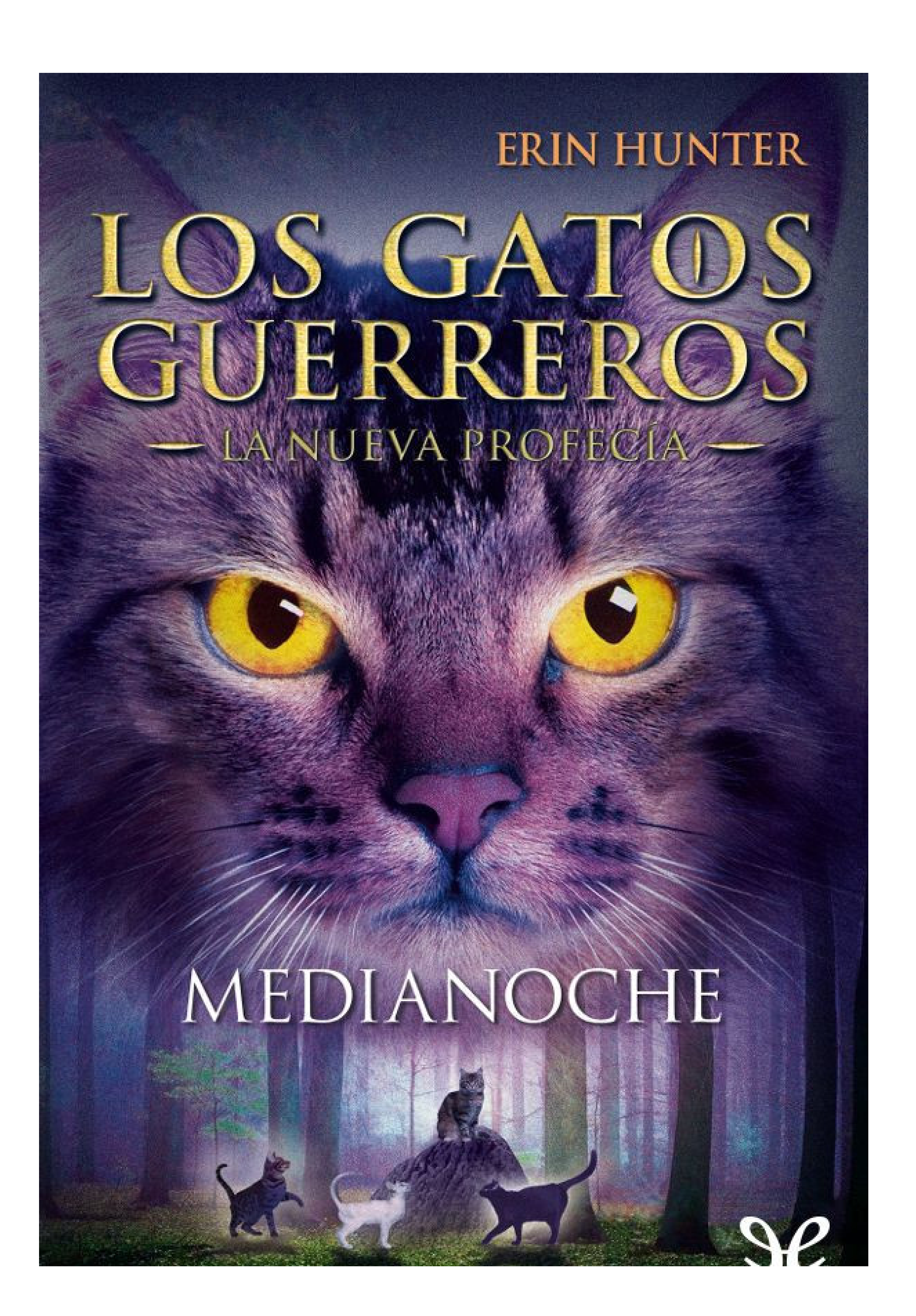
ERIN HUNTER

LOS GATOS GUERREROS

— LA NUEVA PROFECÍA —

MEDIANOCHE


ERIN HUNTER
LOS GATOS GUERREROS
LA NUEVA PROFECÍA
MEDIANOCHE

Tras la decisiva batalla contra el Clan de la Sangre, los cuatro clanes viven una época de paz y prosperidad. Sin embargo, el Clan Estelar vaticina un nuevo desastre de proporciones inimaginables, y lo hace a través de una profecía enigmática, casi un acertijo. El tiempo corre en contra de los gatos y hay una sola manera de encontrar la respuesta: los clanes deben superar sus diferencias, unirse y enviar una expedición de cuatro valientes a un arriesgado viaje por territorios hostiles en busca del lugar «donde se ahoga el sol», pues sólo allí les será revelado el verdadero alcance del misterioso peligro que amenaza la supervivencia de la comunidad felina.



Erin Hunter

Medianoche

Los gatos guerreros: La nueva profecía - 1

ePub r1.0
libra 01.04.15

Título original: *Midnight (Warriors: The New Prophecy)*
Erin Hunter, 2005
Traducción: Begoña Hernández Sala

Editor digital: libra
ePub base r1.2



Para Chris, Janet y Louisa Haslum.
Gracias en especial a Cherith Baldry.

Filiaciones



CLAN DEL TRUENO

- **Líder**
  –ESTRELLA DE FUEGO: hermoso gato rojizo.

- **Lugarteniente**
  –LÁTIGO GRIS: gato de pelo largo y gris.

- **Curandera**
  –CARBONILLA: gata gris oscuro.
  –Aprendiza: HOJARASCA

- **Guerreros (*gatos y gatas sin crías*)**
  –MUSARAÑA: pequeña gata marrón oscuro.
  –Aprendiza: ZANCÓN
  –MANTO POLVOROSO: gato atigrado marrón oscuro.
  –Aprendiz: ESQUIROLINA
  –TORMENTA DE ARENA: gata color melado claro.
  –Aprendiza: ZARPA ACEDERA
  –NIMBO BLANCO: gato blanco de pelo largo.
  –FRONDE DORADO: atigrado marrón dorado.
  –Aprendiza: ZARPA CANDEAL
  –ESPINARDO: atigrado marrón dorado.
  –Aprendiz: TOPILLO

–CENTELLA: gata blanca con manchas canela.

–ZARZOSO: gato atigrado marrón oscuro de ojos color ámbar.

–CENIZO: gato gris claro con motas más oscuras, de ojos azul oscuro.

–ORVALLO: gato gris oscuro de ojos azules.

–HOLLÍN: gato gris de ojos ámbar.

• Aprendices (*de más de seis lunas de edad, se entrenan para convertirse en guerreros*)

–ZARPA ACEDERA: gata parda y blanca de ojos ámbar.

–ESQUIROLINA: gata de color rojizo oscuro de ojos color ámbar.

–HOJARASCA: atigrada marrón claro de zarpas blancas y ojos ámbar.

–ZANCÓN: gato negro de largas patas, con la barriga marrón y los ojos ámbar.

–TOPILLO: pequeño gato marrón oscuro de ojos color ámbar.

–ZARPA CANDEAL: gata blanca de ojos verdes.

• Reinas (*gatas embarazadas o al cuidado de crías pequeñas*)

–FLOR DORADA: de pelaje rojizo claro; la reina de mayor edad de la maternidad.

–FRONDA: gata gris claro con motas más oscuras, de ojos verde claro.

• Veteranos (*antiguos guerreros y reinas, ya retirados*)

–ESCARCHA: hermosa gata blanca de ojos azules.

–COLA MOTEADA: en sus tiempos, una bonita gata leonada con un precioso manto moteado; el miembro más anciano del Clan del Trueno.

–COLA PINTADA: atigrada clara.

–RABO LARGO: gato atigrado, de color claro con rayas muy oscuras, retirado anticipadamente por problemas de vista.



CLAN DE LA SOMBRA

• Líder

–ESTRELLA NEGRA: gran gato blanco con enormes patas negras como el azabache.

- **Lugarteniente**

–BERMEJA: gata de color rojizo oscuro.

- **Curandero**

–CIRRO: atigrado muy pequeño.

- **Guerreros**

–ROBLEDO: pequeño gato marrón.

–Aprendiz: AHUMADO

–TRIGUEÑA: gata parda de ojos verdes.

–CEDRO: gato gris oscuro.

–SERBAL: gata rojiza.

–Aprendiz: GARRUNDO

–AMAPOLA: atigrada marrón claro de patas muy largas.

- **Veteranos**

–NARIZ INQUIETA: pequeño gato blanco y gris; el antiguo curandero del clan.

CLAN DEL VIENTO

- **Líder**

–ESTRELLA ALTA: gato blanco y negro de cola muy larga.

- **Lugarteniente**

–ENLODADO: gato marrón oscuro con manchas.

–Aprendiz: CORVINO: gato gris oscuro, casi negro, de ojos azules.

- **Curandero**

–CASCARÓN: gato marrón de cola corta.

• **Guerreros**

–BIGOTES: atigrado marrón.

–MANTO TRENZADO: gato atigrado gris oscuro.

–OREJA PARTIDA: macho atigrado.

–COLA BLANCA: pequeña gata blanca.

• **Reinas**

–FLOR MATINAL: reina color carey.

CLAN DEL RÍO

• **Líder**

–ESTRELLA LEOPARDINA: gata atigrada con insólitas manchas doradas.

• **Lugarteniente**

–VAHARINA: gata gris oscuro de ojos azules.

• **Curandero**

–ARCILLOSO: gato marrón claro de pelo largo.

–Aprendiz: ALA DE MARIPOSA: preciosa atigrada dorada de ojos ámbar.

• **Guerreros**

–PRIETO: macho negro grisáceo.

–PASO POTENTE: corpulento gato atigrado.

–BORRASCOSO: gato gris oscuro de ojos ámbar.

–PLUMOSA: gata gris claro de ojos azules.

–ALCOTÁN: gato marrón oscuro de anchos omóplatos.

–MUSGOSA: gata parda.

• **Reinas**

–FLOR ALBINA: gata gris muy claro.

• **Veteranos**

–SOMBRA OSCURA: gata gris muy oscuro.

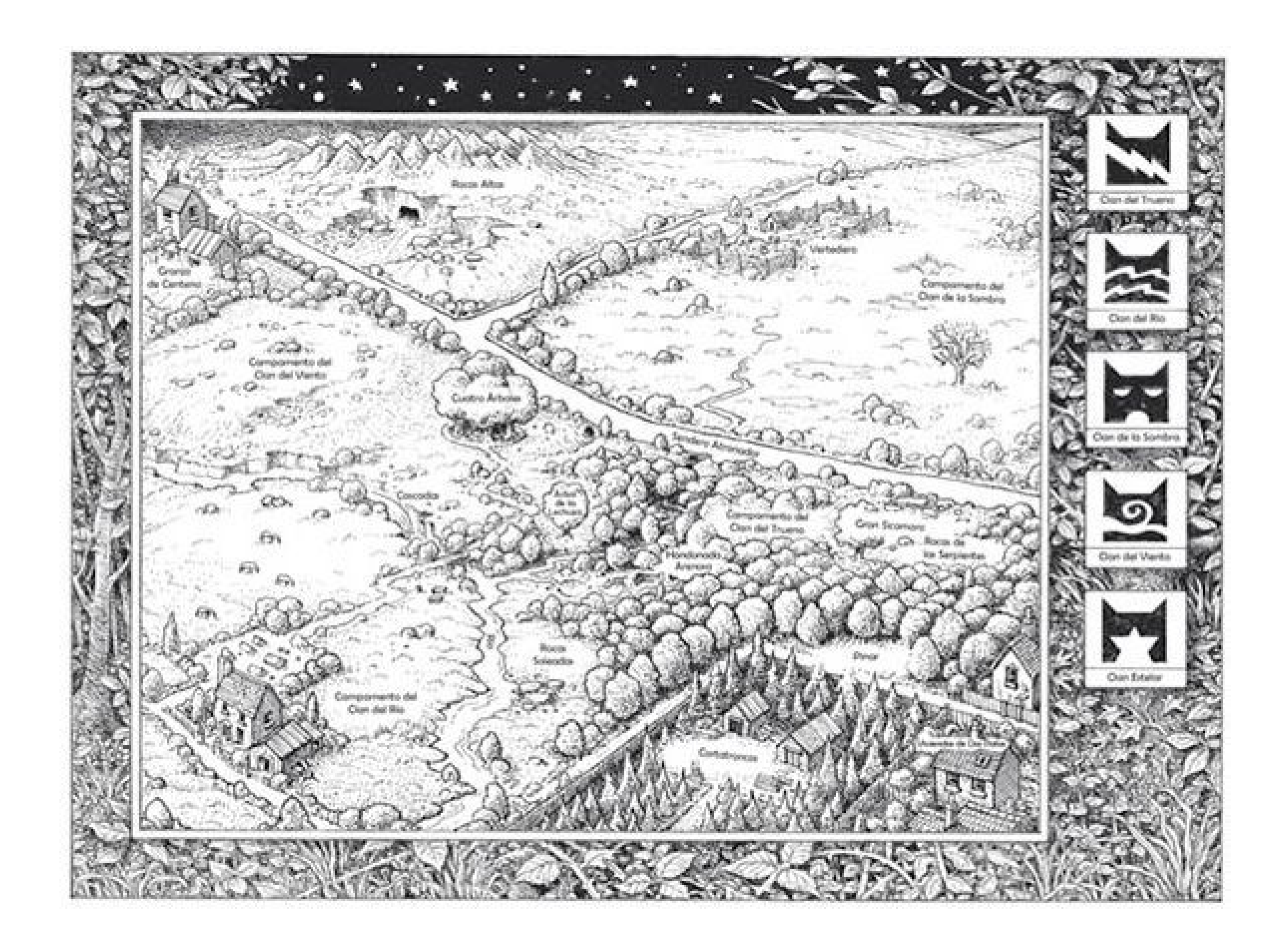
–TRIPÓN: gato marrón oscuro.

GATOS DESVINCULADOS DE LOS CLANES

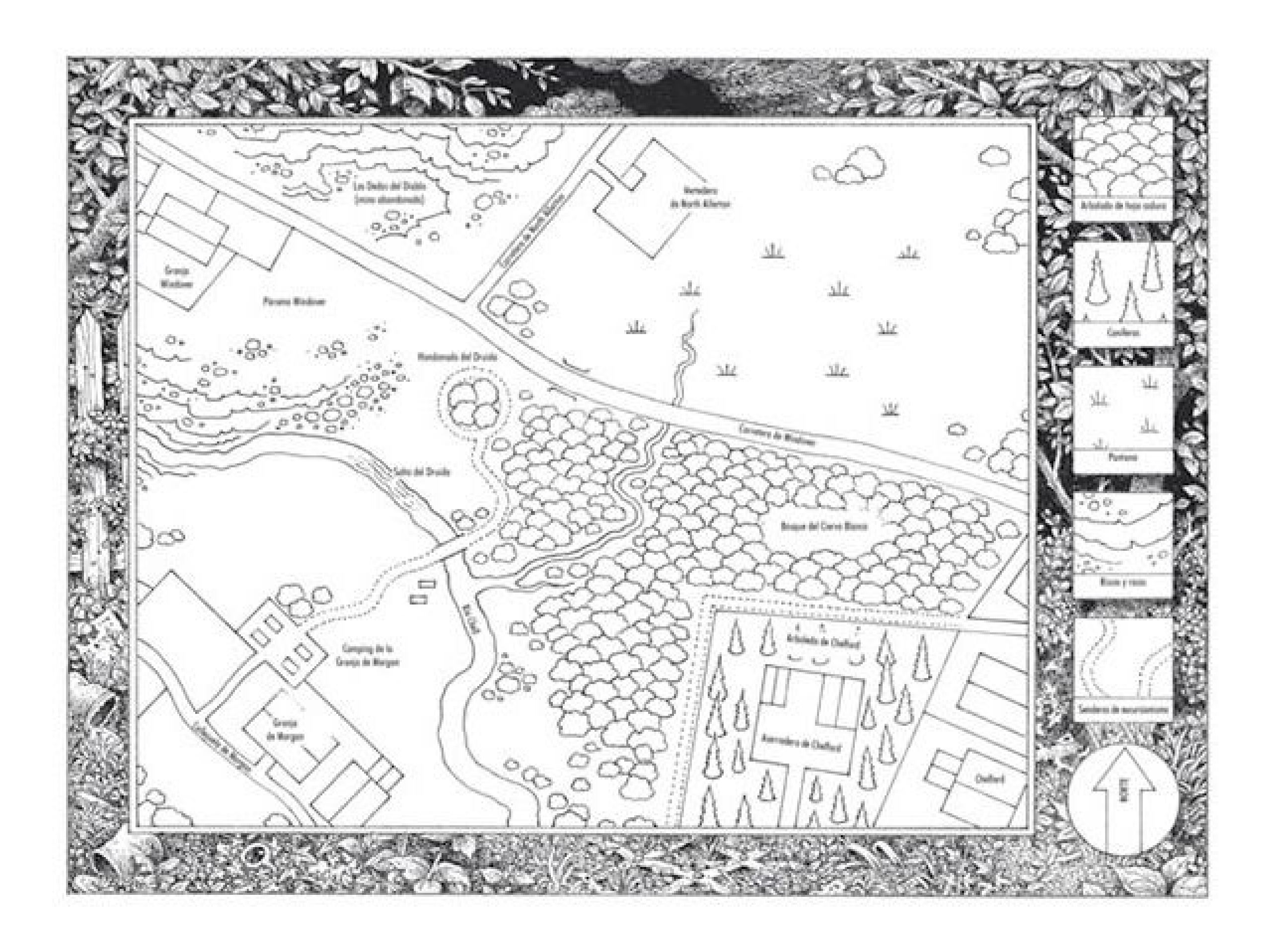
–CENTENO: gato blanco y negro; vive en una granja cercana al bosque.

–CUERVO: lustroso gato negro que vive en la granja con Centeno.

–PUMA: viejo gato atigrado que vive en el bosque cerca del mar.



Rocas Altas
Granja de Centeno
Vertedero
Campamento del Clan de la Sombra
Campamento del Clan del Viento
Cuatro Árboles
Sendero Atronador
Cascada
Campamento del Clan del Trueno
Gran Sicomoro
Rocas de las Serpientes
Hondonada Arenosa
Rocas Soleadas
Campamento del Clan del Río
Clan del Trueno
Clan del Río
Clan de la Sombra
Clan del Viento
Clan Estelar



Los Dedos del Diablo
(mina abandonada)
Vertedero
de North Allerton
Granja
Windover
Páramo Windover
Hondonada del Druida
Salto del Druida
Carretera de Windover
Bosque del Cuervo Blanco
Camping de la
Granja de Morgan
Granja
de Morgan
Arboleda de Chelford
Aserradero de Chelford
Chelford
Arbolado de hoja caduca
Coníferas
Pantano
Riscos y rocas
Senderos de excursionismo



Prólogo

La noche había caído sobre el bosque. No había luna, pero las estrellas del Manto Plateado proyectaban su gélido resplandor por encima de los árboles. Al fondo de una hondonada rocosa, una charca reflejaba el brillo estelar. El aire estaba cargado con los aromas del final de la estación de la hoja verde.

El viento susurraba suavemente entre los árboles y alteraba la serena superficie de la charca. Las hojas de los helechos que había en lo alto de la hondonada se separaron y apareció una gata: su pelaje gris azulado resplandeció cuando avanzó delicadamente de una roca a otra hasta bajar al borde del agua.

Tras sentarse en una piedra plana que sobresalía por encima de la charca, la gata levantó la cabeza para mirar alrededor. Como si eso fuese una señal, empezaron a aparecer más gatos, que fueron entrando en la hondonada desde todas las direcciones. Se sentaban tan cerca del agua como les era posible, hasta que la parte inferior de las laderas rocosas quedó ocupada por esbeltas figuras que contemplaban el agua.

La gata que había llegado en primer lugar se puso en pie.

—¡Ha llegado una nueva profecía! —anunció—. Las estrellas han pronosticado una fatalidad que lo cambiará todo.

En el extremo opuesto de la charca, un gato inclinó su cabeza leonada del color de los helechos.

—Yo también lo he visto —coincidió—. Habrá dudas, y un gran desafío.

—La oscuridad, el aire, el agua y el cielo se unirán para sacudir el bosque hasta sus raíces —continuó la gata—. Nada será como es ahora, ni como ha sido antes.

—Se avecina una gran tormenta —maulló otro felino, y la palabra «tormenta» fue repetida por todo el círculo, hasta que pareció que los truenos retumbaban entre las hileras de gatos congregados.

Cuando el murmullo se extinguió, un gato delgado de pelaje negro tomó la palabra desde el borde del agua.

—¿Nada puede cambiar lo que está a punto de suceder? —inquirió—. ¿Ni siquiera el valor y el temple del mejor guerrero?

—El desastre llegará —respondió la gata gris azulado—. Pero, si los clanes lo reciben como guerreros, podrían sobrevivir. —Alzó la cabeza, dejando que su luminosa mirada se paseara por la hondonada—. Todos habéis visto lo que debe acontecer —maulló—. Y sabéis lo que se debe hacer. Hay que elegir a cuatro gatos para que sostengan en sus patas el destino de sus clanes. ¿Estáis preparados para comunicar vuestra elección ante todo el Clan Estelar?

Cuando terminó de hablar, la superficie del agua se estremeció, aunque no había viento que la alterara, y luego volvió a quedar en calma.

El gato leonado se levantó; el pelo de sus anchos omóplatos parecía plateado a la luz de las estrellas.

—Empezaré yo —maulló. Luego miró a un lado, hacia un atigrado claro con la mandíbula torcida—. Estrella Doblada, ¿tengo tu permiso para hablar en nombre del Clan del Río?

El atigrado asintió con la cabeza.

—Entonces os invito a todos a que veáis y aprobéis mi elección —continuó el leonado.

Se quedó mirando el agua, tan inmóvil como las rocas que lo rodeaban. Un borrón gris claro apareció en la superficie de la charca y todos estiraron el cuello para ver mejor.

—¿Ella? —murmuró la gata gris azulado, contemplando la figura del agua—. ¿Estás seguro, Corazón de Roble?

El leonado sacudió la punta de la cola de un lado a otro.

—Creía que esta elección te complacería, Estrella Azul —contestó con tono risueño—. ¿No te parece que recibió un buen entrenamiento?

—Recibió un entrenamiento excelente de manos de una gran mentora. —A Estrella Azul se le había erizado la nuca, como si Corazón de Roble hubiera dicho algo para provocarla, pero se le alisó enseguida—. ¿El resto del Clan Estelar está de acuerdo? —preguntó.

Un murmullo de asentimiento brotó entre los asistentes, y la pálida figura gris se esfumó del agua, dejándola clara y vacía de nuevo.

Entonces el gato negro se levantó para acercarse al borde de la charca.

—Aquí está mi decisión —anunció—. Vedla y aprobadla.

En esa ocasión, la imagen del agua era delgada y de color pardo, con omóplatos fuertes y musculosos. Estrella Azul se quedó mirándola unos segundos antes de asentir.

—Esa guerrera posee fuerza y valentía.

—Pero, Estrella Nocturna… ¿posee también lealtad? —quiso saber otro gato.

El felino negro giró en redondo, hundiendo las garras en el suelo.

—¿La estás llamando desleal?

—Si lo hago, es porque tengo mis razones. Esa gata no nació en el Clan de la Sombra, ¿verdad?

—Eso podría convertirla en una buena candidata —señaló Estrella Azul con calma—. Si los clanes no pueden trabajar juntos ahora, todos serán destruidos. Quizá hagan falta gatos con una pata en dos clanes para comprender lo que se debe hacer. —Hizo una pausa, pero no hubo más objeciones—. ¿El Clan Estelar lo aprueba?

Hubo cierta vacilación, pero enseguida empezaron a oírse maullidos de aprobación entre los gatos reunidos. La charca se agitó brevemente, y cuando se aquietó de nuevo, la imagen parda había desaparecido.

Otro gato negro se levantó y fue hacia el agua cojeando, pues tenía una pata achatada y torcida.

—Creo que es mi turno —dijo con voz ronca—. Ved y aprobad mi decisión.

La imagen gris negruzco que se formó en la charca era difícil de distinguir contra el reflejo del cielo nocturno. Los gatos se quedaron

mirándola un rato en silencio.

—¿Qué? —exclamó al cabo el leonado—. Pero ¡si es un aprendiz!

—Ya me había dado cuenta, Corazón de Roble, gracias —replicó secamente el gato negro.

—Rengo, no puedes mandar a un aprendiz a enfrentarse a un peligro como éste —añadió otro felino desde las últimas filas.

—Puede que sea un aprendiz —repuso Rengo—, pero tiene un valor y una destreza equiparables a los de muchos guerreros. Quizá algún día se convierta en un buen líder para el Clan del Viento.

—Ese día no es ahora —apuntó Estrella Azul—. Y las cualidades de un líder no son necesariamente las que los clanes necesitan en este momento para salvarse. ¿Deseas escoger a otro?

Rengo sacudió la cola con furia y esponjó el cuello fulminando a Estrella Azul con la mirada.

—Ésta es mi elección —declaró—. ¿Acaso tú o cualquier otro gato os atrevéis a decir que él no vale?

—¿Qué opináis? —preguntó Estrella Azul mirando alrededor—. ¿El Clan Estelar lo aprueba? Recordad que todos los clanes estarán perdidos si uno de nuestros seleccionados desfallece o fracasa.

En vez de murmullos de aprobación, los gatos comenzaron a susurrar entre sí en pequeños grupos, lanzando miradas de inquietud a la imagen de la charca y al gato que estaba al lado. Rengo les devolvía la mirada con ojos iracundos y con el pelo tan erizado que parecía haber doblado su tamaño. Era evidente que estaba listo para saltar sobre cualquiera que lo desafiara.

Al final, los susurros enmudecieron y Estrella Azul preguntó de nuevo:

—¿El clan lo aprueba?

Los gatos lo aprobaron por fin, pero en voz baja y de mala gana, y algunos no dijeron nada en absoluto. Rengo soltó un gruñido malhumorado mientras regresaba a su puesto cojeando.

Cuando el agua volvió a aclararse, Corazón de Roble maulló:

—Tú aún no has anunciado tu decisión para el Clan del Trueno, Estrella Azul.

—No —respondió la gata—, pero ya estoy preparada. Ved y aprobad mi elección.

Observó orgullosamente cómo en las profundidades de la charca se formaba la imagen de un atigrado oscuro.

Corazón de Roble se quedó mirándola fijamente y abrió las mandíbulas en una carcajada muda.

—¡Ése! Estrella Azul, nunca dejarás de sorprenderme.

—¿Por qué? —El tono de la gata reveló que estaba molesta—. Es un joven noble, adecuado para los desafíos que traerá esta profecía.

Corazón de Roble agitó las orejas.

—¿Acaso he dicho que no lo fuera?

Estrella Azul le sostuvo la mirada, y les preguntó a los demás gatos:

—¿El clan lo aprueba?

Ante la aprobación que siguió, fuerte y segura, Estrella Azul sacudió la cola desdeñosamente en dirección a Corazón de Roble y apartó la vista.

—Gatos del Clan Estelar —maulló, elevando la voz—, habéis hecho vuestra elección. Pronto comenzará el viaje para conocer la espantosa tormenta que se desatará en el bosque. Id a vuestros clanes y aseguraos de que todos estén preparados. —Hizo una pausa y sus ojos llamearon con una feroz luz plateada—. Podemos elegir a un guerrero para salvar a cada clan, pero, más allá de eso, no podemos ayudarlos. Que los espíritus de todos nuestros antepasados guerreros acompañen a estos gatos adondequiera que las estrellas los guíen.



1

Las hojas susurraron cuando el joven atigrado se deslizó a través de un hueco entre dos arbustos, con las mandíbulas abiertas para absorber el olor a presas. En aquella cálida noche de la avanzada estación de la hoja verde, el bosque estaba lleno de correteos de criaturas diminutas. Con el rabillo del ojo captaba movimientos continuos, pero, en cuanto giraba la cabeza, no veía más que matas de helecho y espino, moteadas por la luna.

Salió a un amplio claro y se quedó mirando alrededor, confundido. No recordaba haber estado antes en esa parte del bosque. Una hierba corta y blanda, que brillaba como la plata bajo el frío baño lunar, se extendía ante él hasta una roca suavemente redondeada sobre la que había una gata sentada. La luz de las estrellas resplandecía en su pelaje, y sus ojos eran dos pequeñas lunas.

El joven atigrado se quedó aún más confuso al reconocerla.

—¿Estrella Azul? —preguntó, con voz aguda de incredulidad.

Él todavía era aprendiz cuando murió la gran líder del Clan del Trueno, hacía ya cuatro estaciones, al saltar al desfiladero con una manada de perros sanguinarios tras ella. Como todo el clan, él había llorado su pérdida y la había honrado por el modo en que había entregado su vida para salvarlos. Jamás había pensado que volvería a verla, y por primera vez se dio cuenta de que debía de estar soñando.

—Acércate más, joven guerrero —maulló Estrella Azul—. Tengo un mensaje para ti.

Temblando de temor y respeto, el atigrado cruzó silenciosamente la reluciente extensión de hierba hasta llegar al pie de la roca, desde donde pudo mirar a la gata a los ojos.

—Te escucho, Estrella Azul —maulló.

—Una época de peligros se avecina —dijo ella—. Debe cumplirse una nueva profecía para que todos los clanes sobrevivan. Tú has sido elegido para reunirte con otros tres gatos en la luna nueva, y debéis escuchar lo que os diga la medianoche.

—¿De qué estás hablando? —El joven sintió un hormigueo de miedo, tan frío como nieve fundida, bajándole por la columna vertebral—. ¿Qué clase de peligros? ¿Y cómo puede la medianoche decir nada?

—Todo se aclarará para ti —contestó Estrella Azul.

Su voz se apagó formando un extraño eco, como si hablara desde una cueva subterránea. El resplandor lunar también empezó a atenuarse, dejando que surgieran espesas sombras negras de los árboles circundantes.

—¡No, espera! —chilló el atigrado—. ¡No te vayas!

Soltó un aullido aterrorizado, sacudiendo las patas y la cola, mientras la oscuridad crecía y lo engullía.

Algo lo pinchó en el costado, y al abrir los ojos de golpe vio a Látigo Gris, el lugarteniente del clan, con una zarpa lista para pincharlo de nuevo. El joven estaba retorciéndose entre el musgo de la guarida de los guerreros, con la dorada luz del sol filtrándose por las ramas que había sobre su cabeza.

—¡Zarzoso, chiflada bola de pelo! —exclamó el lugarteniente—. ¿A qué viene tanto alboroto? Has espantado a todas las presas desde aquí hasta los Cuatro Árboles.

—Lo siento. —Zarzoso se incorporó y comenzó a quitarse restos de musgo del oscuro pelaje—. Sólo estaba soñando.

—¡Soñando! —rezongó otra voz.

Al darse la vuelta, Zarzoso vio que el guerrero Nimbo Blanco se levantaba de un lecho musgoso para desperezarse largamente.

—En serio, eres igualito a Estrella de Fuego —continuó Nimbo Blanco —. Cuando dormía aquí, siempre estaba mascullando y revolviéndose en

sueños. Te lo juro por todas las presas del bosque: no había quien descansara en paz.

Zarzoso agitó las orejas al oír que el guerrero blanco hablaba con tan poco respeto del líder del clan. Luego se recordó que aquél era Nimbo Blanco, sobrino de Estrella de Fuego y antiguo aprendiz de éste, bien conocido por su mordacidad y su agudo desdén. Pero su insolencia no le impedía ser un guerrero leal a su clan.

Nimbo Blanco sacudió su largo pelaje y salió de la guarida moviendo la cola amistosamente hacia Zarzoso para quitar hierro a sus palabras.

—Vamos, muchachos —maulló entonces Látigo Gris—. Es hora de que os pongáis en movimiento. —Cruzó la guarida cubierta de musgo para despertar a Cenizo—. Pronto saldrán las partidas de caza. Fronde Dorado está organizándolas.

—Bien —contestó Zarzoso.

La visión de Estrella Azul estaba difuminándose, aunque su siniestro mensaje seguía resonando en sus oídos. ¿Podía ser cierto que hubiera una nueva profecía del Clan Estelar? Parecía muy improbable. Para empezar, Zarzoso no podía imaginarse por qué, de entre todos los gatos del Clan del Trueno, Estrella Azul escogería comunicársela a él. Los curanderos recibían frecuentes señales del Clan Estelar, y al líder Estrella de Fuego lo habían guiado varias veces a través de sus sueños. Pero eso no era para los guerreros comunes y corrientes. Intentando justificar su desbocada imaginación con el hecho de haber comido demasiada carne fresca la noche anterior, Zarzoso se dio un último lametón en el omóplato y siguió a Nimbo Blanco a través de las ramas.

El sol asomaba apenas por encima del seto de espinos que rodeaba el campamento, pero el día ya era cálido. La luz solar se vertía como miel sobre la tierra pelada del centro del claro. Zarpa Acedera, la mayor de los aprendices, estaba tumbada junto a los helechos que protegían la guarida de los más jóvenes, compartiendo lenguas con sus compañeros Zancón y Topillo.

Nimbo Blanco se había ido junto a la mata de ortigas, donde comían los guerreros, y ya estaba engullendo un estornino. Zarzoso reparó en que el montón de carne fresca era escaso; como había dicho Látigo Gris, el clan

necesitaba cazar de inmediato. Estaba a punto de unirse al guerrero blanco cuando Zarpa Acedera se levantó de un salto y cruzó el claro hacia él.

—¡Es hoy! —anunció la joven, entusiasmada.

Zarzoso parpadeó.

—¿El qué?

—¡Mi ceremonia de nombramiento!

Con un pequeño ronroneo de felicidad, la gata parda se abalanzó sobre Zarzoso. El inesperado ataque lo derribó y ambos rodaron por el suelo polvoriento, como solían hacer cuando eran cachorros en la maternidad.

Zarpa Acedera lo aporreó en la barriga con las patas traseras, y él agradeció al Clan Estelar que tuviera las uñas envainadas. No cabía duda de que sería una guerrera fuerte y peligrosa, a la que todos los gatos respetarían.

—De acuerdo, de acuerdo, ya basta. —Zarzoso le dio un leve golpe en la oreja y se puso en pie—. Si vas a ser guerrera, tendrás que dejar de comportarte como una cachorrita.

—¿Una cachorrita? —maulló Zarpa Acedera indignada. Se sentó delante de él, con el pelo cubierto de tierra—. ¿Yo? ¡Jamás! He esperado mucho para esto, Zarzoso.

—Lo sé. Y te lo mereces.

Zarpa Acedera se había acercado demasiado al Sendero Atronador mientras estaba persiguiendo a una ardilla en la estación de la hoja nueva. Un monstruo de los Dos Patas le había dado un golpe de refilón, lesionándole un omóplato. Mientras ella permanecía tres largas e incómodas lunas en la guarida de Carbonilla, recibiendo sus atentos cuidados, sus hermanos Hollín y Orvallo se habían convertido en guerreros. Zarpa Acedera estaba decidida a seguir sus pasos en cuanto Carbonilla la declarara apta para retomar el entrenamiento. Zarzoso había sido testigo de lo duramente que Zarpa Acedera había trabajado con su mentora, Tormenta de Arena, hasta que su omóplato quedó como nuevo. La joven jamás se había quejado por tener que entrenar varias lunas más de lo que duraba el aprendizaje habitual. Realmente se merecía su ceremonia de nombramiento.

—Acabo de llevarle carne fresca a Fronda —le contó a Zarzoso—. ¡Sus cachorros son una preciosidad! ¿Los has visto ya?

—No, todavía no. —La camada de Fronda había nacido el día anterior.

—Ve ahora —lo instó Zarpa Acedera—. Tienes tiempo de sobra antes de que salgamos a cazar. —Se levantó de un salto y dio unos pasos de lado, como bailando; parecía que su energía la empujara hacia otro lugar.

Zarzoso se encaminó a la maternidad, oculta en las profundidades de un arbusto de espino cerca del centro del campamento. Se retorció a través de la estrecha entrada, haciendo una mueca cuando las espinas le rozaron los anchos omóplatos. En el interior, cálido y silencioso, Fronda estaba tumbada de costado en un profundo lecho musgoso. Sus ojos relucían al contemplar a los tres diminutos cachorros acurrucados cómodamente en la curva de su cuerpo; uno era gris claro como ella, y los otros dos, atigrados marrones como el padre, Manto Polvoroso. Éste también estaba en la maternidad, sentado sobre sus patas junto a Fronda, a la que de vez en cuando lamía las orejas cariñosamente.

—Ah, hola, Zarzoso —saludó Manto Polvoroso al ver aparecer al joven guerrero—. ¿Has venido a conocer a los nuevos cachorros? —Parecía a punto de estallar de orgullo, bastante distinto de su habitual aire picajoso y desapegado.

—Son adorables —respondió Zarzoso, tocando la nariz de Fronda con la suya a modo de saludo—. ¿Ya habéis escogido sus nombres?

Fronda negó con la cabeza, mirándolo con ojos soñolientos.

—Todavía no.

—Hay tiempo de sobra para eso.

Flor Dorada, la reina de mayor edad del Clan del Trueno y madre de Zarzoso, habló desde su lecho musgoso. Ya no tenía hijos propios de los que ocuparse, pero había decidido quedarse en la maternidad para colaborar en los cuidados de los recién llegados en vez de retomar sus obligaciones como guerrera. Estaba llegándole el momento de unirse a los veteranos en su guarida, y ella era la primera en admitir que su oído y su vista ya no eran lo bastante agudos ni estaban a la altura de los mejores grupos de caza.

—Son cachorros fuertes y sanos. Eso es lo que importa, y Fronda tiene muchísima leche —añadió.

Zarzoso inclinó respetuosamente la cabeza ante ella.

—Fronda es afortunada de tenerte para que la ayudes a cuidarlos.

—Bueno, contigo no hice un trabajo demasiado malo —ronroneó orgullosamente Flor Dorada.

—Hay algo que podrías hacer por mí —le dijo Manto Polvoroso a Zarzoso cuando éste se disponía a marcharse.

—Claro.

—Vigila a Esquirolina, ¿quieres? Me gustaría pasar un día o dos con Fronda, mientras los cachorros son tan pequeñitos, pero Esquirolina no debería quedarse demasiado tiempo sin mentor.

«¡Esquirolina!», gruñó Zarzoso para sus adentros. La hija de Estrella de Fuego, de ocho lunas de edad, recientemente nombrada aprendiza… y el incordio más grande de todo el Clan del Trueno.

—Será una buena práctica para cuando tengas tu propio aprendiz —añadió Manto Polvoroso, como si hubiera percibido las dudas de su compañero.

Zarzoso sabía que Manto Polvoroso tenía razón. Esperaba que Estrella de Fuego no tardara mucho en elegirlo como mentor, con un aprendiz propio al que enseñar el código guerrero, pero también esperaba que su aprendiz no fuera una relamida gata rojiza que creía que lo sabía todo. Era consciente de que Esquirolina no aceptaría de buen grado que él le diera órdenes.

—De acuerdo, Manto Polvoroso —maulló al cabo—. Haré lo que pueda.

Al salir de la maternidad, Zarzoso vio que había más gatos en el claro. Centella, una bonita gata blanca con manchas canela como hojas caídas, acababa de escoger una pieza de carne fresca de los restos del montón y estaba llevándola hacia donde se encontraba Nimbo Blanco, junto a la mata de ortigas. Zarzoso sólo alcanzaba a ver el lado intacto del rostro de la gata, de modo que casi podría olvidarse de las heridas que la habían desfigurado, obra de la manada de perros que había rondado el bosque. El otro lado de su cara estaba cruzado de cicatrices, tenía la oreja despedazada, y donde debería estar el ojo sólo había un hueco vacío. Aunque Centella había sobrevivido al cruel ataque, el clan había temido que nunca fuera una guerrera. Pero Nimbo Blanco entrenó con ella, y juntos se inventaron técnicas para compensar la ceguera lateral, que incluso habían convertido

en una fortaleza, pues ahora la gata podía luchar y cazar tan bien como cualquiera.

Nimbo Blanco saludó a Centella con un movimiento de la cola, y ella se sentó a su lado para comer.

—¡Zarzoso! ¡Aquí estás!

Al darse la vuelta, Zarzoso vio a un gato marrón dorado de largas patas que se dirigía hacia él desde la guarida de los guerreros. Fue a su encuentro.

—Hola, Fronde Dorado. Látigo Gris dice que estás organizando partidas de caza.

—Así es —respondió Fronde Dorado—. ¿Querrás salir con Esquirolina esta mañana, por favor?

Ladeó las orejas hacia la guarida de los aprendices, y Zarzoso advirtió por primera vez que Esquirolina estaba medio oculta bajo la sombra de los helechos. Estaba sentada muy tiesa, con la cola enroscada alrededor de las patas, siguiendo con la mirada a una mariposa de alas brillantes. Cuando Fronde Dorado le hizo un gesto con la cola, la aprendiza se levantó para cruzar el claro, con la cola bien recta, y su pelaje rojizo oscuro relució a la luz del sol.

—Patrulla de caza —le explicó Fronde Dorado brevemente—. Manto Polvoroso está ocupado, así que irás con Zarzoso. Zarzoso, ¿puedes buscar a otro gato que os acompañe?

Sin esperar respuesta, Fronde Dorado corrió hacia Tormenta de Arena y Zarpa Acedera.

Esquirolina bostezó estirándose.

—Bueno —maulló—. ¿Adónde vamos a ir?

—Yo había pensado en las Rocas Soleadas —empezó Zarzoso—. Luego podemos…

—¿Las Rocas Soleadas? —lo interrumpió la aprendiza con los ojos desorbitados de incredulidad—. ¿Estás majara o qué? En un día tan caluroso como éste, todas las presas estarán escondidas entre las grietas. No cazaremos ni los bigotes de un ratón.

—Aún es temprano —replicó Zarzoso con mal humor—. Las presas todavía estarán un rato fuera.

La gata soltó un profundo suspiro.

—En serio, Zarzoso, tú siempre crees que lo sabes todo mejor que los demás.

—Bueno, es que soy un guerrero —señaló el joven, y supo al instante que era lo peor que podía haber dicho.

Esquirolina inclinó la cabeza mostrando un respeto exagerado.

—Sí, señor, oh, señor —maulló—. Haré exactamente lo que me digas. Y cuando volvamos con las zarpas vacías, quizá admitas que yo tenía razón.

—Muy bien —repuso Zarzoso—. Si eres tan lista, ¿dónde crees que deberíamos cazar?

—En dirección a los Cuatro Árboles, junto al arroyo —se apresuró a contestar Esquirolina—. Ese sitio es mucho mejor.

Zarzoso se sintió más irritado aún al comprender que la gata podía estar en lo cierto. A pesar de los días interminablemente calurosos de la estación de la hoja verde, el arroyo seguía fluyendo fresco y profundo, con frondosos carrizos donde podían esconderse las presas. Vaciló, preguntándose cómo cambiar de opinión sin quedar mal delante de la aprendiza.

—Esquirolina. —Una nueva voz lo rescató. Zarzoso descubrió que Tormenta de Arena, la madre de la aprendiza, se les había acercado—. Deja de buscarle las cosquillas a Zarzoso. Parloteas tanto como un nido de grajillas. —Sus irritados ojos verdes se volvieron hacia el guerrero—. Y tú eres igual que ella. Vosotros dos siempre estáis riñendo; no se puede confiar en que cacéis juntos si ni siquiera lográis salir del claro sin espantar a la mitad de las presas de aquí a los Cuatro Árboles.

—Lo lamento —musitó Zarzoso, avergonzado de las orejas a la punta de la cola.

—Tú eres guerrero y deberías saber comportarte. Ve a preguntarle a Nimbo Blanco si puedes cazar con él. Y en lo que a ti respecta —añadió Tormenta de Arena volviéndose hacia su hija—, ven a cazar conmigo y con Zarpa Acedera. A Fronde Dorado no le importará. Y vas a hacer lo que te digan, o tendrás que darme explicaciones.

Sin mirar atrás, Tormenta de Arena fue directamente al túnel de aulagas que llevaba fuera del campamento. Esquirolina se quedó inmóvil un

instante, con expresión enfurruñada, y arañó el suelo con las zarpas delanteras.

Zarpa Acedera se le acercó para darle un empujoncito amistoso.

—Vamos —la animó—. Ésta es mi última partida de caza como aprendiza. Hagamos que sea buena.

Esquirolina asintió de mala gana, y las dos fueron tras los pasos de Tormenta de Arena. La aprendiza rojizo oscuro lanzó una última mirada asesina a Zarzoso al pasar junto a él.

Zarzoso se encogió de hombros. Esquirolina sacaría más partido de una mentora experimentada como Tormenta de Arena que de él, de modo que no estaba defraudando a Manto Polvoroso aunque éste le hubiera pedido que la vigilara. Y no tendría que oír toda la mañana el desquiciante parloteo de la aprendiza, así que no estaba seguro de por qué se sentía levemente decepcionado por tener que salir con una patrulla diferente.

Apartando ese sentimiento, fue hasta la mata de ortigas donde Nimbo Blanco y Centella estaban terminando de comer. La única hija de la pareja, Zarpa Candeal, acababa de unírseles. Al acercarse, Zarzoso oyó cómo la aprendiza les decía:

—¿Vais a cazar? Por favor, ¿puedo ir con vosotros?

Nimbo Blanco sacudió la cola.

—No. —Al ver que su hija empezaba a mostrarse desilusionada, añadió—: Fronde Dorado dijo que te llevaría él. Al fin y al cabo, es tu mentor.

—Me ha dicho que está realmente orgulloso de ti —ronroneó Centella.

A Zarpa Candeal se le iluminó la mirada.

—¡Genial! Iré a buscarlo.

Nimbo Blanco le dio un afectuoso manotazo en la oreja antes de que saliera disparada, ondeando la cola por la emoción.

Zarzoso esperó que eso no significara que Nimbo Blanco y Centella deseaban salir solos.

—¿Os importa que os acompañe? —preguntó.

—Claro que no —contestó Nimbo Blanco.

Se levantó y le hizo una seña con la cabeza a Centella. Los tres gatos cruzaron juntos el claro en dirección al túnel de aulagas.

Justo antes de internarse en el pasadizo espinoso, el joven guerrero se volvió para observar la tranquila actividad del campamento. Todos los gatos parecían bien alimentados, lustrosos y confiados en que su territorio era seguro. El mensaje de Estrella Azul volvió a resonar en su mente. ¿Sería cierto que un serio peligro se cernía sobre el bosque? Zarzoso sintió en la piel el hormigueo de un presentimiento. Decidió que no le hablaría a nadie del sueño. Ésa parecía la única manera de convencerse a sí mismo de que no significaba nada, de que no se avecinaba una nueva profecía que trastornaría la vida del bosque como la conocían hasta entonces.

El sol estaba poniéndose como una bola de fuego, convirtiendo en llamas las copas de los árboles y proyectando largas sombras por el claro. Zarzoso se estiró suspirando con satisfacción. Estaba cansado tras un largo día de caza, pero tenía el estómago agradablemente lleno. Todo el clan se había alimentado ya, y había un abundante montón de carne fresca. La estación de la hoja verde había sido más larga y calurosa de lo que recordaba ningún gato, pero el bosque seguía repleto de presas y había bastante agua en el arroyo que corría cerca de los Cuatro Árboles.

«Un buen día —pensó Zarzoso contento—. Así es como debería ser la vida».

El resto del clan estaba empezando a salir al claro para reunirse alrededor de la Peña Alta, y Zarzoso cayó en la cuenta de que había llegado la hora de la ceremonia de nombramiento de Zarpa Acedera. Se acercó a la Peña Alta y se sentó al lado de Cenizo, el hermano de Fronda, que lo saludó amigablemente. Látigo Gris ya estaba sentado al pie de la roca, con aspecto tan orgulloso como si fueran a nombrar guerrero a su propio aprendiz. Látigo Gris tenía dos hijos, pero éstos habían crecido en el Clan del Río, el clan de nacimiento de su madre. No tenía hijos en el Clan del Trueno, pero le gustaba seguir los progresos de todos los jóvenes.

Mientras Zarzoso lo observaba, al lugarteniente se le unieron la curandera Carbonilla y su aprendiza Hojarasca, que era hermana de Esquirolina, aunque no se le parecía en nada. Hojarasca era más menuda y delicada, de pelaje atigrado claro, con el pecho y las patas de color blanco.

Las hermanas tampoco se parecían en carácter. Cuando Hojarasca se sentó a escuchar, ladeando la cabeza, lo que decían su mentora y el lugarteniente, Zarzoso se preguntó (no por primera vez) cómo podía ser tan callada y atenta cuando Esquirolina no dejaba de hablar jamás.

Por fin apareció el líder del clan desde su guarida, situada al otro lado de la Peña Alta. Estrella de Fuego era un guerrero fuerte y ágil, y su pelo refulgía como llamas bajo la luz del sol poniente. Después de detenerse un instante para cruzar unas palabras con Látigo Gris, tensó los músculos para saltar a la Peña Alta, desde cuya cima podía contemplar a todo el clan.

—¡Gatos del Clan del Trueno! —exclamó—. Que todos los gatos lo bastante mayores para cazar sus propias presas acudan aquí, bajo la Peña Alta, para una reunión del clan.

La mayoría de los gatos ya estaban allí, pero, mientras la voz de Estrella de Fuego resonaba por el claro, los últimos miembros del clan salieron de sus guaridas para unirse a los demás.

Las últimas en aparecer fueron Zarpa Acedera y su mentora, Tormenta de Arena. El pelaje pardo de la aprendiza estaba recién acicalado, y el blanco de su pecho y sus patas resplandecía como la nieve. Sus ojos ámbar destellaban de orgullo y emoción contenida mientras cruzaba el claro. A su lado, Tormenta de Arena parecía igualmente orgullosa. Zarzoso sabía cuánto había sufrido la guerrera melada al ver a su aprendiza herida junto al Sendero Atronador. Las dos habían necesitado mucha valentía y perseverancia para llegar a esa ceremonia.

Estrella de Fuego bajó de un salto de la Peña Alta y fue al encuentro de la aprendiza y su mentora.

—Tormenta de Arena —empezó, empleando las palabras rituales que se habían transmitido a través de todos los clanes—, ¿consideras que esta aprendiza está preparada para convertirse en guerrera del Clan del Trueno?

Tormenta de Arena inclinó la cabeza.

—Será una guerrera de la que el clan podrá estar orgulloso —contestó.

Estrella de Fuego alzó los ojos hacia el cielo crepuscular, donde empezaban a aparecer las primeras estrellas del Manto Plateado.

—Yo, Estrella de Fuego, líder del Clan del Trueno, solicito a mis antepasados guerreros que observen a esta aprendiza. —El clan guardaba

silencio, de modo que su voz resonó por todo el claro—. Ha entrenado duro para comprender el sistema de vuestro noble código, y yo os la encomiendo a mi vez como guerrera. —Se volvió hacia Zarpa Acedera para clavar su mirada en la de ella—. Zarpa Acedera, ¿prometes respetar el código guerrero y proteger y respetar a este clan, incluso a costa de tu vida?

Recordando cómo se había sentido él en su propia ceremonia de nombramiento, Zarzoso vio cómo la aprendiza temblaba de expectación al levantar la barbilla y responder claramente:

—Lo prometo.

—Entonces, por los poderes del Clan Estelar, te doy tu nombre guerrero. Zarpa Acedera, a partir de este momento serás conocida como Acedera. El Clan Estelar se honra con tu coraje y tu paciencia, y te damos la bienvenida como guerrera de pleno derecho del Clan del Trueno.

Estrella de Fuego dio un paso adelante para posar el hocico sobre la cabeza de Acedera. A su vez, ella le dio un lametón respetuoso en el omóplato antes de retroceder.

El resto de los guerreros la rodearon, dándole la bienvenida y coreando su nuevo nombre:

—¡Acedera! ¡Acedera!

Sus hermanos, Hollín y Orvallo, estaban entre los primeros; les brillaban los ojos de orgullo porque su hermana se había unido por fin a ellos como guerrera.

Estrella de Fuego aguardó hasta que el ruido amainó.

—Acedera, según la tradición de nuestros antepasados, esta noche debes velar en silencio hasta el alba y vigilar el campamento.

—Mientras los demás dormimos a pierna suelta —añadió Nimbo Blanco.

El líder le lanzó una mirada de advertencia, pero no dijo nada mientras los gatos se separaban para que Acedera ocupara su puesto en el centro del claro. La gata se sentó con la cola alrededor de las patas y la mirada fija en el cielo, cada vez más oscuro, donde el resplandor del Manto Plateado iba cobrando intensidad.

Con la ceremonia concluida, los demás gatos desaparecieron entre las sombras. Zarzoso se estiró bostezando; se moría de ganas de acomodarse en

su lecho en la guarida de los guerreros, pero se quedó un rato en el claro para disfrutar del cálido anochecer. No veía ninguna señal de que otros gatos hubieran tenido el mismo sueño inquietante que él; y eso que Estrella Azul había insinuado que en la nueva profecía estarían involucrados otros tres. Le subió un ronroneo por la garganta; casi le hacía gracia lo deprisa que se había creído que un miembro del Clan Estelar lo había visitado en sueños. Eso le enseñaría a no zampar carne fresca justo antes de irse a dormir.

—Zarzoso. —Estrella de Fuego fue a sentarse junto a él—. Nimbo Blanco dice que hoy has cazado muy bien.

—Gracias, Estrella de Fuego.

El líder tenía la mirada clavada en sus hijas, Hojarasca y Esquirolina, que se encaminaban juntas al montón de carne fresca.

—¿Echas de menos a Trigueña? —preguntó inesperadamente.

Zarzoso parpadeó sorprendido. Trigueña era su hermana. Y el padre de ambos era Estrella de Tigre, antiguo lugarteniente del Clan del Trueno, que había sido desterrado por intentar arrebatar el poder a Estrella Azul, la líder de entonces. Más tarde, Estrella de Tigre se convirtió en el líder del Clan de la Sombra, sólo para acabar muriendo a manos de un gato proscrito durante un intento fracasado de extender su poder a todo el bosque. Trigueña siempre había sentido que el Clan del Trueno la culpaba por los crímenes de su padre, y había tomado la decisión de unirse al Clan de la Sombra poco después de que Estrella de Tigre llegara a ser su líder.

—Sí —respondió Zarzoso al cabo—. La echo de menos.

—No comprendí cómo podías sentirte hasta que vi la estrecha relación que hay entre ellas —maulló Estrella de Fuego, señalando con la cabeza a sus hijas, que estaban escogiendo una presa del montón.

—Estrella de Fuego, no estás siendo justo contigo mismo —replicó Zarzoso incómodo—. Después de todo, tú también echas de menos a tu hermana, ¿no es cierto? —se atrevió a añadir.

Estrella de Fuego había tenido una infancia como gato doméstico antes de unirse al Clan del Trueno, y su hermana Princesa seguía viviendo con los Dos Patas. El líder la visitaba de vez en cuando, y Zarzoso sabía lo importantes que eran el uno para el otro. Princesa le había entregado a

Estrella de Fuego a su primogénito para que se convirtiera en guerrero… y ése era Nimbo Blanco, el leal compañero de Centella.

El líder del clan ladeó la cabeza, pensativo.

—Por supuesto que echo de menos a Princesa —maulló al fin—. Pero ella es una gata doméstica y jamás podría gustarle esta clase de vida. Seguro que tú desearías que Trigueña se hubiera quedado aquí, en el Clan del Trueno.

—Supongo que sí —admitió Zarzoso—. Pero ella es más feliz donde está.

—Eso es cierto —asintió el líder—. Lo más importante es que los dos habéis encontrado un clan al que podéis ser leales.

Una cálida sensación recorrió a Zarzoso. En el pasado, el líder había dudado de su lealtad porque se parecía muchísimo a su padre, Estrella de Tigre; tenía el mismo cuerpo musculoso, idéntico pelaje atigrado oscuro y los mismos ojos de color ámbar.

De pronto, Zarzoso se preguntó si un gato verdaderamente leal mencionaría el inquietante sueño y la advertencia de Estrella Azul de que se avecinaban serios peligros para el bosque. Estaba intentando encontrar las palabras adecuadas cuando Estrella de Fuego se levantó, inclinó levemente la cabeza a modo de despedida y fue hacia donde estaban Tormenta de Arena y Látigo Gris, cerca de la Peña Alta.

Zarzoso estuvo a punto de ir detrás de él, pero se recordó que, si el Clan Estelar quisiera realmente mandar una profecía sobre un gran peligro, no se la enviaría a uno de los guerreros más jóvenes e inexpertos del clan. Se lo diría a la curandera o al propio líder. Y era evidente que ni Carbonilla ni Estrella de Fuego habían recibido avisos; de lo contrario, estarían diciéndole al clan qué hacer al respecto. Zarzoso se repitió que no había nada de que preocuparse.



2

El sol aún no había salido cuando Zarzoso partió con la patrulla del alba. En los pocos días transcurridos desde la ceremonia de nombramiento de Acedera, las hojas habían empezado a amarillear y apareció el primer frío de la estación de la caída de la hoja, aunque no llovía desde hacía más de una luna. El joven guerrero se estremeció cuando la alta hierba, cubierta de rocío, le rozó el pelo. Las telarañas formaban una fina capa gris sobre los arbustos, y el aire estaba cargado de olores húmedos y frondosos. Los primeros trinos de los pájaros empezaron a ahogar el leve sonido de los pasos de los gatos.

A la cabeza de la patrulla iba el hermano de Centella, Espinardo, que se detuvo para mirar a Zarzoso y Cenizo.

—Estrella de Fuego quiere que inspeccionemos las Rocas de las Serpientes —maulló—. Tened mucho cuidado con las víboras. Ahora hay más porque el tiempo ha sido muy caluroso.

Zarzoso desenvainó las uñas instintivamente. A esas horas, las víboras estarían escondidas en grietas, pero, en cuanto saliera el sol, el calor tentador las sacaría de sus escondrijos. Una picadura de esos colmillos venenosos podía matar a un guerrero antes de que un curandero lograra hacer nada por ayudarlo.

No habían llegado muy lejos cuando Zarzoso empezó a oír tenues sonidos a sus espaldas, como si algo estuviera moviéndose bajo la espesura. Se detuvo mirando atrás, con la esperanza de conseguir una presa fácil. Al principio no vio nada, pero luego advirtió que las hojas de una frondosa

mata de helechos se estremecían aunque no había viento. Olfateó el aire, abriendo la boca para absorberlo, y acabó soltándolo con un suspiro.

—Sal de ahí, Esquirolina —maulló.

Hubo un momento de silencio. Entonces, los helechos se sacudieron de nuevo y las hojas se separaron cuando la gata rojiza salió a campo abierto. Sus ojos verdes llameaban desafiantes.

—¿Qué ocurre? —Espinardo se les acercó con Cenizo a la zaga.

Zarzoso señaló a la aprendiza con la cola.

—He oído algo a nuestras espaldas —explicó—. Debe de habernos seguido desde el campamento.

—¡No hables de mí como si yo no estuviera aquí! —protestó Esquirolina acaloradamente.

—¡Es que no deberías estar aquí! —replicó Zarzoso; por lo visto, si Esquirolina abría la boca, él sentía como si estuvieran tocándolo a contrapelo.

—Vosotros dos, dejad de discutir —gruñó Espinardo—. Ya no sois cachorritos. Esquirolina, cuéntanos qué estás haciendo aquí. ¿Te ha mandado alguien con un mensaje?

—Si fuera así, no se habría escondido entre los helechos —no pudo resistirse a señalar Zarzoso.

—No, no tengo ningún mensaje —contestó la gata con una mirada de resentimiento a Zarzoso, arañando la hierba—. Quería venir con vosotros, eso es todo. Hace años que no salgo con una patrulla.

—Y nadie te ha dicho que salieras con ésta —replicó Espinardo—. ¿Manto Polvoroso sabe que estás aquí?

—No. Anoche me prometió que hoy entrenaríamos, pero todos saben que se pasa el día en la maternidad con Fronda y sus cachorros.

—Ya no —maulló Cenizo—. No desde que los cachorros abrieron los ojos. Esquirolina, creo que vas a tener problemas cuando Manto Polvoroso empiece a buscarte.

—Será mejor que vuelvas al campamento —decidió Espinardo.

Los ojos de Esquirolina se encendieron de rabia. Dio un paso adelante hasta pegar el hocico al de Espinardo.

—Tú no eres mi mentor, ¡así que no puedes darme órdenes!

A Espinardo se le dilataron las ventanas de la nariz mientras soltaba un suspiro paciente, y Zarzoso admiró su capacidad de control. Si la aprendiza le hubiera hablado de esa forma a él, habría sentido la tentación de propinarle un zarpazo en la oreja.

Incluso Esquirolina pareció darse cuenta de que había ido demasiado lejos.

—Lo lamento, Espinardo —maulló—. Pero es cierto que hace días que no salgo en una patrulla. ¿Puedo acompañaros, por favor?

Espinardo intercambió una mirada con Cenizo y Zarzoso.

—De acuerdo —aceptó al cabo—. Pero no me culpes a mí si Manto Polvoroso te hace picadillo cuando regresemos al campamento.

Esquirolina dio un saltito de emoción.

—¡Gracias, Espinardo! ¿Adónde nos dirigimos? ¿Vamos a buscar algo especial? ¿Habrá problemas?

Espinardo le pasó la cola por la boca para que se callara.

—Vamos a las Rocas de las Serpientes —respondió—. Y está en nuestras manos asegurarnos de que no haya problemas.

—Y ten cuidado con las víboras —añadió Zarzoso.

—¡Eso ya lo sé! —le espetó Esquirolina.

—Y vamos a hacerlo en silencio —le recordó Espinardo—. No quiero volver a oírte chillar a menos que haya algo que yo deba saber.

Esquirolina abrió la boca para contestar, pero se contuvo a tiempo y se limitó a asentir.

La patrulla reemprendió la marcha. Zarzoso tuvo que admitir que, ahora que había conseguido lo que quería, Esquirolina estaba portándose juiciosamente, avanzando en silencio tras el dirigente y manteniéndose alerta a cualquier sonido o movimiento en el sotobosque.

El sol estaba bastante alto cuando los cuatro gatos salieron de entre los árboles ante las lisas y redondeadas formas de las Rocas de las Serpientes. Al pie de una de ellas se abría un oscuro agujero; era la cueva donde se había instalado la manada de perros. Zarzoso se estremeció, recordando que Estrella de Tigre, su propio padre, había intentado conducir a esos animales salvajes hasta el campamento del Clan del Trueno, como una venganza mortal contra sus antiguos compañeros de clan.

Esquirolina advirtió su expresión.

—¿Te dan miedo las víboras? —se burló.

—Sí —contestó él—. Y a ti también deberían dártelo.

—Lo que tú digas. —La aprendiza se encogió de hombros—. Probablemente ellas tengan más miedo de nosotros.

Antes de que Zarzoso pudiera detenerla, Esquirolina saltó hacia el claro dispuesta a meter la nariz en el agujero.

—¡Alto! —La voz de Espinardo la hizo frenar en seco—. ¿Es que Manto Polvoroso no te ha dicho que no tienes que correr antes de saber qué te vas a encontrar?

Esquirolina pareció avergonzada.

—Por supuesto que me lo ha dicho.

—Bueno, pues entonces compórtate como si alguna vez hubieras escuchado sus palabras. —Espinardo se le acercó—. Olfatea bien —sugirió—. A ver si puedes captar algo.

La joven se quedó inmóvil con la cabeza levantada, absorbiendo el aire matinal.

—Huelo a ratón —anunció radiante al cabo de un momento—. ¿Podemos cazar, Espinardo?

—Más tarde —contestó el guerrero—. Ahora concéntrate.

Esquirolina volvió a saborear el aire.

—Huelo al Sendero Atronador, por ahí —maulló, señalando con la cola—, y a un Dos Patas con un perro. Pero ese rastro es rancio —añadió—. Supongo que estuvieron por aquí ayer.

—Muy bien. —Espinardo parecía impresionado, y Esquirolina ondeó la cola encantada.

—Hay algo más —continuó—. Un hedor horrible… Creo que no lo había olido nunca.

Zarzoso levantó la cabeza y olfateó. Enseguida identificó los olores que había mencionado Esquirolina, y también el nuevo y desconocido para ella.

—Tejón —anunció.

Espinardo asintió.

—Es cierto. Parece como si se hubiera instalado en la cueva donde estuvieron los perros.

—¡Qué mala suerte la nuestra! —gruñó Cenizo.

—¿Por qué? —preguntó Esquirolina—. ¿Cómo son los tejones? ¿Son un problema?

—¡Desde luego que lo son! —gruñó Zarzoso—. No son nada buenos para los gatos; te matarían en cuanto te vieran.

A Esquirolina se le pusieron los ojos como platos, aunque pareció más impresionada que asustada.

Cenizo se acercó cautelosamente a la oscura boca de la cueva, olfateó y se asomó al interior.

—Ahí dentro está tan negro como el corazón de un zorro —informó—, pero no creo que el tejón esté en casa.

Mientras Cenizo estaba hablando, Zarzoso volvió a captar el olor de repente, mucho más fuerte esa vez, alcanzándolo desde algún lugar a sus espaldas. Al volverse, vio que una cara ovalada y rayada aparecía por detrás del tronco de un árbol cercano; las enormes zarpas de la criatura aplastaban la hierba y su hocico olisqueaba el suelo.

—¡Cuidado! —aulló con el pelaje erizado de pavor. Nunca había estado tan cerca de un tejón. Tras girar en redondo, salió disparado—. ¡Esquirolina, corre!

En cuanto Zarzoso dio la voz de alarma, Cenizo se internó en el sotobosque, mientras Espinardo corría hacia la seguridad de los árboles. Pero Esquirolina se quedó donde estaba, con los ojos clavados en la gigantesca criatura.

—¡Por aquí, Esquirolina! —la llamó Espinardo, empezando a retroceder.

La aprendiza siguió dudando. Zarzoso la embistió, impulsándola hacia los árboles.

—¡Te he dicho que corras!

Los ojos verdes de Esquirolina, ardiendo de miedo y emoción, se encontraron con los de Zarzoso un segundo. El tejón se aproximaba pesadamente; sus pequeños ojos destellaban por el olor de gatos intrusos en su territorio. Esquirolina salió pitando hacia el lindero del claro y se lanzó al árbol más cercano. Tras alcanzar una rama baja, clavó las uñas en ella y se quedó allí agazapada, con el pelo erizado.

Zarzoso también trepó al árbol y se colocó junto a Esquirolina. Abajo, el tejón estaba caminando de un lado a otro, como si no entendiera adónde se habían ido los gatos. Balanceó su cabeza blanca y negra amenazadoramente. Zarzoso sabía que los tejones no veían muy bien; por lo general sólo salían después de que oscureciera, y aquel ejemplar debía de estar de regreso a casa tras una noche alimentándose de gusanos y larvas.

—¿Nos comería? —preguntó Esquirolina sin aliento.

—No —respondió Zarzoso, intentando apaciguar su desbocado corazón—. Incluso los zorros matan para comer, pero un tejón te mataría sólo por cruzarte en su camino. Para ellos no somos presas, pero no toleran ningún intruso en su territorio. ¿Por qué te has quedado parada en vez de correr como te hemos dicho?

—Nunca había visto un tejón, y quería verlo. Además, Manto Polvoroso dice que debemos reunir toda la experiencia que podamos.

—¿Eso incluye la experiencia de que te despellejen? —preguntó Zarzoso secamente, y, por una vez, Esquirolina no respondió.

Zarzoso no le había quitado el ojo de encima al tejón mientras hablaba. Soltó un suspiro de alivio cuando la criatura abandonó la búsqueda y se encaminó a la boca de la cueva, por donde desapareció.

Espinardo bajó del árbol en el que se había refugiado.

—Ha estado más cerca de lo que me habría gustado —maulló cuando Zarzoso y Esquirolina se le unieron—. ¿Dónde está Cenizo?

—Aquí. —La cabeza gris claro de Cenizo asomó por un enmarañado escaramujo—. ¿Crees que ese tejón es el mismo que mató a Sauce en la última estación sin hojas?

—Tal vez —contestó Espinardo—. Nimbo Blanco y Musaraña lo echaron del campamento, pero nunca averiguamos adónde se había ido.

Zarzoso sintió una punzada de tristeza al recordar a la gata gris plateado. Sauce era la madre de Acedera, Hollín y Orvallo, pero no había vivido lo suficiente para ver cómo sus hijos se convertían en guerreros.

—¿Y qué vamos a hacer con él? —preguntó Esquirolina ansiosamente—. ¿Entramos ahí a matarlo? Somos cuatro y sólo hay un tejón. Estaría chupado.

Zarzoso hizo una mueca, mientras Espinardo cerraba los ojos y aguardaba un momento antes de hablar:

—Esquirolina, nunca hay que entrar en la madriguera de un tejón, jamás. Ni en la de un zorro, ya que estamos. Atacarían de inmediato; y ahí dentro no hay suficiente espacio para maniobrar ni puedes ver lo que estás haciendo.

—Pero…

—No. Regresaremos al campamento para informar. Estrella de Fuego decidirá qué hacer.

Sin esperar a que Esquirolina pusiera más objeciones, Espinardo echó a andar por donde habían llegado. Cenizo lo siguió, pero Esquirolina se detuvo en el lindero del claro.

—Podríamos habernos ocupado de él —masculló, mirando anhelante a la oscura boca de la cueva—. Yo podría haberlo atraído para que saliera, y entonces…

—Y entonces él te habría matado de un zarpazo, y nosotros seguiríamos teniendo que volver al campamento a informar —maulló Zarzoso, pesimista—. ¿Qué crees que habríamos dicho? «Lo lamentamos, Estrella de Fuego, pero accidentalmente hemos dejado que un tejón se cargue a tu hija». Nos habría desollado. Los tejones son malas noticias, y eso es todo.

—Bueno, pues tú no vas a impresionar a Estrella de Fuego dejando un tejón en el territorio del Clan del Trueno sin hacer nada.

Esquirolina levantó la cola retadoramente y desapareció en la espesura para alcanzar a Espinardo y Cenizo.

Zarzoso alzó la mirada murmurando:

—¡Por el gran Clan Estelar!

Y la siguió.

Cuando Zarzoso salió del túnel de aulagas al claro del campamento, el primer gato que vio fue Manto Polvoroso. El guerrero marrón estaba paseándose delante de la guarida de los aprendices, sacudiendo la cola. Los aprendices Zancón y Zarpa Candeal estaban sentados a la sombra de los helechos, observándolo con aprensión.

En cuanto Manto Polvoroso vio a Esquirolina, cruzó el claro en su dirección.

—Oh, oh —musitó la aprendiza.

—¿Y bien? —le espetó el mentor con voz glacial.

Zarzoso se estremeció, pues sabía lo irritable que era Manto Polvoroso; el único miembro del clan que nunca había probado la dureza de sus palabras era Fronda.

—¿Qué tienes que decir en tu descargo?

Esquirolina le sostuvo la mirada con valentía, pero la voz le tembló un poco al responder:

—He salido a patrullar, Manto Polvoroso.

—¡Oh, a patrullar! Ya veo. ¿Y qué gato te ha ordenado que vayas? ¿Látigo Gris? ¿Estrella de Fuego?

—Nadie me lo ha ordenado. Pero he pensado…

—No, no has pensado —replicó Manto Polvoroso, cortante—. Te dije que hoy entrenaríamos. Musaraña y Fronde Dorado se han llevado a sus aprendices a la hondonada de entrenamiento a practicar movimientos de lucha. Podríamos haber ido con ellos, pero no lo hemos hecho porque tú no estabas aquí. ¿Sabes que todos han estado buscándote por el campamento?

Esquirolina negó con la cabeza, arañando el suelo con las zarpas delanteras.

—Como no te encontrábamos, Estrella de Fuego ha salido con una patrulla para seguir tu rastro. ¿Los habéis visto?

Esquirolina volvió a negar con la cabeza. Zarzoso pensó que seguir un rastro con el abundante rocío de aquella mañana habría sido poco menos que imposible.

—El líder de tu clan tiene mejores cosas que hacer que ir tras los pasos de aprendices que no hacen lo que se les ordena —continuó Manto Polvoroso—. Espinardo, ¿por qué le has permitido acompañaros?

—Lo lamento, Manto Polvoroso —se disculpó Espinardo—. He pensado que Esquirolina estaría más segura con nosotros que deambulando por el bosque sola.

Manto Polvoroso soltó un resoplido.

—Eso es cierto.

—Todavía podemos ir a entrenar —propuso Esquirolina.

—Oh, no. No habrá más entrenamiento para ti hasta que comprendas lo que significa realmente ser aprendiza. —Manto Polvoroso hizo una breve pausa—. Puedes emplear el resto del día cuidando de los veteranos. Asegúrate de que tengan suficiente carne fresca. Renueva sus lechos. Examínalos por si tienen garrapatas. —Guiñó un ojo—. Estoy convencido de que Carbonilla tiene bastante bilis de ratón para ti.

A Esquirolina se le dilataron los ojos de consternación.

—¡Puaj!

—Bueno, ¿a qué estás esperando?

La aprendiza se quedó mirándolo un largo rato, como si no pudiera creer que estaba hablando en serio. Al ver que la dura mirada de su mentor no se ablandaba, Esquirolina dio media vuelta y cruzó el claro en dirección a la guarida de los veteranos.

—Si Estrella de Fuego está buscando a Esquirolina, tendremos que esperar a que vuelva para informarlo del tejón —observó Espinardo.

—¿Tejón? ¿Qué tejón? —preguntó Manto Polvoroso.

Mientras Espinardo y Cenizo empezaban a explicarle lo que habían visto en las Rocas de las Serpientes, Zarzoso fue tras Esquirolina y la alcanzó justo ante la guarida de los veteranos.

—¿Qué quieres? —le espetó la aprendiza.

—No te enfades —maulló Zarzoso. No podía evitar sentir pena por Esquirolina, aunque ella se merecía algún castigo por haber salido del campamento sin que nadie supiera adónde iba—. Si quieres, te ayudaré con los veteranos.

Esquirolina abrió la boca como si fuera a soltarle una grosería, pero luego lo pensó mejor.

—Vale, gracias —masculló descortésmente.

—Tú ve por la bilis de ratón y yo empezaré con los lechos.

Esquirolina abrió mucho los ojos, con expresión encantadora.

—¿Y no preferirías ir tú por la bilis de ratón?

—No, no lo preferiría —contestó Zarzoso—. Manto Polvoroso ha remarcado que lo hagas, así que ¿no crees que lo comprobará?

Esquirolina se encogió de hombros.

—No perdía nada por intentarlo.

Y, con una sacudida de la cola, se marchó a buscar a Carbonilla.

Zarzoso se encaminó a la guarida de los veteranos, que era una extensión de hierba protegida por un árbol caído. El árbol era una carcasa chamuscada. Zarzoso todavía podía notar el olor acre del incendio que había barrido el campamento hacía más de cuatro estaciones, cuando él no era más que un cachorrito. Pero la hierba había vuelto a crecer alrededor del tronco, densa y lozana, formando un cómodo hogar para los veteranos, los gatos que ya habían cumplido con su servicio al clan.

Al abrirse paso entre la vegetación, se encontró a los veteranos al sol en el pequeño claro de hierba aplastada. Cola Moteada, el miembro más anciano del Clan del Trueno, estaba durmiendo ovillada; su pelaje moteado subía y bajaba con cada respiración. Escarcha, una gata blanca todavía hermosa, estaba molestando perezosamente a un escarabajo en la hierba. Cola Pintada y Rabo Largo estaban sentados juntos, al parecer enfrascados en una interesante charla. Zarzoso notó una familiar oleada de simpatía al ver a Rabo Largo; el atigrado claro seguía siendo joven, pero había empezado a fallarle la vista, de modo que ya no podía luchar ni cazar solo.

—Eh, hola, Zarzoso. —Rabo Largo giró la cabeza cuando él entró en el claro; tenía la boca abierta para absorber el olor del recién llegado—. ¿Qué podemos hacer por ti?

—He venido a ayudar a Esquirolina —explicó el joven guerrero—. Manto Polvoroso le ha mandado que hoy cuide de vosotros.

Cola Pintada soltó una carcajada ronca.

—He oído que se había esfumado. Todo el campamento estaba alborotado buscándola, pero yo ya sabía que había salido por su cuenta.

Antes de que pudiera decir nada más, se oyó el ruido de otro gato abriéndose paso entre la hierba y apareció Esquirolina. En la boca llevaba un palito del que colgaba una bola de musgo empapada en bilis de ratón. Zarzoso arrugó la nariz ante su acre olor.

—Bueno, ¿quién tiene garrapatas? —mascculló Esquirolina todavía con el palo en la boca.

—Se supone que tienes que buscarlas tú —señaló Zarzoso.

Esquirolina lo fulminó con la mirada.

—Puedes empezar conmigo —propuso Escarcha—. Estoy segura de que tengo una en el omóplato, justo donde no alcanzo.

Esquirolina se le acercó. Le separó el blanco pelaje con una zarpa y soltó un gruñido al encontrar la garrapata. Le aplicó la bola de musgo hasta que se soltó. «Está claro que a las garrapatas les disgusta la bilis de ratón tanto como a los gatos», pensó Zarzoso.

—No te preocupes, jovencita —maulló Cola Pintada mientras la aprendiza seguía examinando el pelaje de Escarcha—. A tu padre lo castigaron más de una vez cuando era aprendiz; incluso después de convertirse en guerrero. Jamás he conocido a un gato que se metiera en tantos problemas, ¡y míralo ahora!

Esquirolina giró en redondo hacia la veterana; sus ojos verdes centelleaban, pidiendo claramente una historia.

—Bueno, de acuerdo. —Cola Pintada se puso más cómoda en su lecho herboso—. En una ocasión, sorprendieron a Estrella de Fuego y Látigo Gris alimentando al Clan del Río con presas de nuestro territorio…

Zarzoso ya había oído esa historia, de modo que empezó a recoger el relleno usado de los lechos de los veteranos, formando una bola con todo el musgo de desecho. Al sacarla al claro, vio que Estrella de Fuego aparecía por el túnel de aulagas, seguido de Tormenta de Arena y Nimbo Blanco. Espinardo se apresuró a reunirse con ellos desde el otro lado del claro.

—Gracias al Clan Estelar que Esquirolina está sana y salva —estaba maullando el líder cuando Zarzoso se acercó—. Un día de éstos se meterá en un problema de verdad.

—Ya está metida en un problema de verdad —gruñó Tormenta de Arena—. ¡Espera a que le ponga las zarpas encima!

—Manto Polvoroso ya lo ha hecho. —Espinardo soltó un ronroneo risueño—. Le ha ordenado ayudar a los veteranos durante el resto del día.

Estrella de Fuego asintió.

—Muy bien.

—Y hay algo más —continuó Espinardo—. Hemos encontrado un tejón en las Rocas de las Serpientes, instalado en la cueva donde vivían los perros.

—Creemos que podría ser el mismo que mató a Sauce —intervino Zarzoso tras dejar la bola de musgo en el suelo—. No hemos visto ni rastro de tejón en ningún otro sitio del bosque.

Nimbo Blanco soltó un gruñido.

—Oh, espero que sea el mismo. Daría cualquier cosa por clavar las garras en esa bestia.

Estrella de Fuego giró en redondo para encararse a su sobrino.

—Tú no vas a hacer nada de eso sin que se te ordene. No quiero perder más gatos. —Guardó silencio y luego añadió—: Vigilaremos durante un tiempo. Diles a todos que no cacen por las Rocas de las Serpientes de momento. Con un poco de suerte, el tejón se marchará antes de la estación sin hojas, cuando empiecen a escasear las presas.

—Y los erizos pueden volar —rezongó Nimbo Blanco, pasando ante Zarzoso de camino a la guarida de los guerreros—. Los tejones y los gatos no se mezclan, y ése es el final de la historia.



3

—Esquirolina está disgustada —maulló Hojarasca, al ver cómo su hermana abandonaba el claro de la curandera sujetando el palo con la bilis de ratón.

—Se lo merece. —Carbonilla levantó la vista de las bayas de enebro que estaba contando. Habló con firmeza, aunque no con indiferencia—. Si los aprendices creyeran que pueden salir por su cuenta sin decírselo a nadie, ¿dónde estaríamos?

—Lo sé.

Mientras preparaba la bilis de ratón, Hojarasca había oído cómo su hermana despotricaba por la injusticia del castigo. El enfado de Esquirolina se agitaba profundamente en el estómago de Hojarasca, como si el aire del campamento fuera agua y su hermana estuviera mandando oleadas de fría frustración a la guarida de la curandera. Desde que eran cachorritas habían sabido siempre lo que sentía la otra. Hojarasca recordaba el cosquilleo de emoción cuando nombraron aprendiza a Esquirolina, y cómo ésta había sido incapaz de dormir la noche en la que ella se convirtió en aprendiza de curandera en la Piedra Lunar. Una vez notó un dolor atroz en una zarpa, y anduvo cojeando por el campamento desde el mediodía hasta la puesta de sol, cuando Esquirolina regresó de una patrulla de caza con una espina clavada en una almohadilla.

Hojarasca sacudió la cabeza como si se le hubiera enganchado un abrojo, intentando apartar las emociones de su hermana para concentrarse en su tarea de seleccionar hojas de milenrama.

—Esquirolina estará bien —la tranquilizó Carbonilla—. Mañana todo habrá quedado olvidado. Y ahora dime, ¿esa bilis de ratón te ha tocado el pelo? Si es así, será mejor que vayas a lavarte.

—No, Carbonilla; estoy bien. —Hojarasca advirtió que su voz revelaba la tensión que sentía, por mucho que se esforzara por ocultarlo.

—Arriba esos ánimos.

Carbonilla salió cojeando de la cueva para unirse a su aprendiza, y la consoló restregándole el hocico contra el costado.

—¿Quieres asistir a la Asamblea esta noche?

—¿Puedo? —Hojarasca se volvió hacia su mentora. Titubeó—. A Esquirolina no le permitirán ir, ¿verdad?

—¿Después de lo de hoy? ¡Desde luego que no! —Los ojos azules de Carbonilla destellaron comprensivos—. Hojarasca, tu hermana y tú ya no sois unas cachorritas, y tú has elegido un camino muy distinto al de ella: ser curandera. Siempre seréis amigas, pero no podéis hacerlo todo juntas, y cuanto antes aceptéis eso las dos, mejor.

Hojarasca asintió y volvió a inclinarse sobre las hojas de milenrama. Luchó por apaciguar su emoción por ir a la Asamblea, para que Esquirolina no se disgustara todavía más al sentirse excluida. Carbonilla tenía razón, pero, aun así, no podía evitar desear que ella y Esquirolina pudieran asistir juntas a la Asamblea.

La luna llena se alzaba en el cielo cuando Estrella de Fuego guió a sus gatos desde el campamento hasta la ladera que llevaba a los Cuatro Árboles. Avanzando al lado de Carbonilla, Hojarasca se estremecía de expectación. En ese lugar confluían los territorios de los cuatro clanes. Cada luna llena, los líderes se reunían allí con sus guerreros bajo la sagrada tregua del Clan Estelar para intercambiar noticias y tomar decisiones que afectarían a todo el bosque.

Estrella de Fuego se detuvo en lo alto de la cuesta para mirar al claro de abajo. Hojarasca, cerca de la retaguardia del grupo, sólo veía la copa de los cuatro robles que daban su nombre al claro, aunque captaba el rumor de

muchos gatos, y la brisa le llevó los olores mezclados de los clanes de la Sombra, del Río y del Viento.

Antes de su primera Asamblea, los únicos gatos de los demás clanes que Hojarasca conocía eran los tres curanderos, de su viaje a las Rocas Altas en la media luna para convertirse oficialmente en aprendiza. Acudió a su primera Asamblea junto con Esquirolina, y las dos se sintieron tan abrumadas ante tantos desconocidos que se quedaron cerca de sus mentores. Pero esta vez Hojarasca se sentía más segura, deseosa de reunirse con guerreros y aprendices de otros clanes.

Agazapada en la espesura, observó a su padre, a la espera de que diera la señal de bajar al claro. Zarzoso estaba justo delante de ella, con Musaraña y Acedera. En la tensión del joven atigrado, Hojarasca advirtió que estaba ansioso por que empezara la Asamblea, mientras que Acedera temblaba de ilusión ante la idea de asistir a su primera Asamblea como guerrera. Más allá, Látigo Gris y Tormenta de Arena estaban hablando, mientras Nimbo Blanco cambiaba el peso del cuerpo de una pata a otra, impaciente. Hojarasca sintió una breve punzada de lástima porque Esquirolina no estuviera también allí, pero, para su alivio, a su hermana no le había importado demasiado quedarse en casa; había dicho que estaba deseando irse a dormir tras pasarse el día cuidando de los veteranos.

Por fin, Estrella de Fuego levantó la cola, indicando a los gatos que se pusieran en marcha. Hojarasca saltó al borde de la hondonada y bajó corriendo la ladera justo detrás de Zarzoso, zigzagueando entre los arbustos, hasta salir al claro.

La resplandeciente luna iluminaba una gran cantidad de felinos. Algunos estaban ya sentados alrededor de la Gran Roca, en el centro, mientras que otros cruzaban el claro para saludar a gatos que no veían hacía una luna; acomodados al abrigo de los arbustos, intercambiaban novedades o compartían lenguas. Zarzoso se internó en la multitud, mientras Carbonilla iba a hablar con Cirro, el curandero del Clan de la Sombra. Hojarasca vaciló, todavía un poco intimidada por el número de guerreros reunidos, los olores poco familiares y el brillo de tantos ojos clavados en ella.

Entonces vio a Látigo Gris con un grupo de gatos que olían al Clan del Río. Hojarasca distinguió a una guerrera de espeso pelo gris azulado que había conocido en la anterior Asamblea, y recordó su nombre: Vaharina, la lugarteniente del Clan del Río. Los dos jóvenes guerreros que estaban con ella le eran extraños, pero Látigo Gris los saludó afectuosamente, frotando el hocico contra el de ellos.

Hojarasca estaba preguntándose si les molestaría que fuera a hablar con ellos cuando Vaharina le hizo un gesto con la cola.

—Hola… eres Hojarasca, ¿verdad?, la aprendiza de Carbonilla.

—Así es —respondió Hojarasca acercándose—. ¿Cómo estáis?

—Estamos bien, y el clan va prosperando. ¿Conoces a Borrascoso y Plumosa?

—Mis niños —añadió Látigo Gris con orgullo, aunque hacía muchas lunas que aquellos fuertes gatos habían abandonado la maternidad.

Hojarasca entrechocó la nariz con los jóvenes guerreros, pensando que debería haberse dado cuenta de que Borrascoso era pariente de Látigo Gris. Los dos machos tenían el mismo cuerpo musculoso y el pelo largo y gris. Plumosa era una atigrada de color gris plateado; sus ojos azules relucieron con calidez y amabilidad al saludar a Hojarasca.

—Conozco bien a Carbonilla —maulló la joven guerrera—. Una vez que estuve enferma cuidó de mí. Debes de estar orgullosa de ser su aprendiza.

Hojarasca asintió.

—Muy orgullosa. Pero ella sabe tanto que a veces me pregunto si algún día lo aprenderé todo…

Plumosa ronroneó comprensiva.

—Yo pensaba lo mismo sobre convertirme en guerrera. Estoy segura de que te irá bien.

—Dices que el clan está prosperando, Vaharina —maulló Látigo Gris en voz queda—, pero pareces preocupada. ¿Hay algún problema?

Ahora que Látigo Gris lo mencionaba, Hojarasca advirtió un destello de inquietud en los ojos de la lugarteniente del Clan del Río. Vaharina dudó un par de segundos, y al cabo se encogió de hombros.

—Probablemente no sea nada, pero… Bueno, te enterarás pronto, cuando empiece la Asamblea.

Mientras hablaba, miró de reojo a la Gran Roca. Hojarasca vio que ya había dos gatos esperando en la cima. Destacando contra el resplandeciente círculo de la luna llena estaba Estrella Alta, el líder del Clan del Viento, fácilmente reconocible por su larga cola. Junto a él se hallaba Estrella Leopardina, la líder del Clan del Río, mirando con impaciencia a los gatos que había a sus pies. Mientras Hojarasca los observaba, Estrella de Fuego saltó a la roca para reunirse con los otros dos dirigentes.

—¿Dónde está el líder del Clan de la Sombra? —preguntó Estrella Leopardina—. Estrella Negra, ¿a qué estás esperando?

—Ya voy.

Un corpulento gato blanco de patas negras se abrió paso entre los asistentes, no muy lejos de donde se encontraba Hojarasca. Al llegar al pie de la Gran Roca, dio un salto para aterrizar ágilmente junto a la líder del Clan del Río.

En cuanto las patas del líder negro tocaron la piedra, Estrella Leopardina inclinó la cabeza hacia atrás para soltar un aullido. Al instante, el claro enmudeció y todos los gatos se volvieron hacia la Gran Roca. Plumosa se acomodó al lado de Hojarasca con una mirada amistosa, y la aprendiza sintió una gran simpatía por la afable guerrera.

—Gatos de todos los clanes, bienvenidos. —Estrella Alta, el líder de más edad, se desplazó a la parte delantera de la roca y levantó la voz para dirigirse a los reunidos. Después de mirar a sus colegas líderes, preguntó—: ¿Quién va a hablar primero?

—Yo. —Estrella de Fuego se adelantó; su pelaje rojizo se había vuelto plateado al claro de luna.

Hojarasca escuchó cómo su padre contaba lo del tejón en las Rocas de las Serpientes. No causó demasiado revuelo: era poco probable que la criatura pasara al territorio de otro clan mientras el bosque estuviera lleno de presas.

—Y tenemos una nueva guerrera —continuó Estrella de Fuego—. La aprendiza del Clan del Trueno Zarpa Acedera ya tiene su nombre guerrero: Acedera.

Un murmullo de aprecio recorrió el claro. Acedera era popular y conocida entre los otros clanes, pues había asistido a más Asambleas que la media de los aprendices. Hojarasca la entrevió sentada muy tiesa y orgullosa junto a Tormenta de Arena.

Estrella de Fuego retrocedió y Estrella Negra ocupó su lugar. Había tomado el liderazgo del Clan de la Sombra tras la muerte de Estrella de Tigre. Bajo su mandato, el Clan de la Sombra despertaba más confianza, aunque todavía se creía que vientos fríos soplaban sobre el corazón de los miembros del Clan de la Sombra y oscurecían sus pensamientos.

—El Clan de la Sombra es fuerte y las presas abundan —anunció Estrella Negra—. El calor de la estación de la hoja verde ha secado parte de los marjales de nuestro territorio, pero seguimos teniendo suficiente agua para beber.

Su mirada recorrió el claro, desafiante, y Hojarasca se dijo que, aunque al Clan de la Sombra le quedara menos de una gota de lluvia, sería improbable que Estrella Negra lo admitiera en la Asamblea.

Estrella Alta le hizo un gesto a Estrella Leopardina con la cola, invitándola a hablar, pero la gata dio un paso atrás, cediéndole a él el turno. El líder del Clan del Viento vaciló un momento, y Hojarasca advirtió en sus ojos una sombra de preocupación.

—Estrella Negra ha hablado con razón del calor de la estación de la hoja verde —empezó—. Han pasado muchos días desde la última vez que el bosque vio lluvia, y los arroyos del páramo en el que habita el Clan del Viento se han evaporado por completo en este último cuarto de luna. No tenemos nada de agua.

—Pero ¡el río bordea vuestro territorio! —exclamó una gata desde las sombras que había bajo la Gran Roca; estirando el cuello, Hojarasca reconoció a Bermeja, la lugarteniente del Clan de la Sombra.

—A lo largo de nuestra frontera, el río fluye a través de un profundo desfiladero de paredes escarpadas —contestó Estrella Alta—. Es demasiado peligroso bajar ahí. Unos guerreros lo intentaron, y Bigotes cayó, aunque gracias al Clan Estelar no resultó herido. Nuestros cachorros y veteranos no pueden permitirse escalar por allí. Están sufriendo espantosamente, y temo que alguno de los cachorros más pequeños acabe muriendo.

—¿Vuestros cachorros y veteranos no pueden mascar hierba para obtener líquidos? —sugirió otro gato.

Estrella Alta negó con la cabeza.

—La hierba está reseca. Os digo que no hay agua en ninguna parte de nuestro territorio. —Se volvió reacio hacia la líder del Clan del Río y maulló—: Estrella Leopardina, en el nombre del Clan Estelar debo pedirte que nos permitas entrar en tu territorio para beber del río.

Estrella Leopardina se acercó al líder del Clan del Viento; su pelaje de manchas doradas se onduló a la luz de la luna.

—El agua del río corre baja —advirtió—. Mi clan tampoco se ha librado de los efectos de esta sequía.

—Pero tenéis mucha más agua de la que necesitáis —contestó Estrella Alta, con tono cada vez más ansioso.

Estrella Leopardina asintió.

—Eso es cierto. —Tras ir hasta el borde de la roca, miró hacia el claro y preguntó—: ¿Qué opinan mis guerreros? ¿Vaharina?

La lugarteniente se levantó, pero, antes de que pudiera hablar, otro miembro de su clan espetó:

—¡No podemos fiarnos de ellos! Si dejamos que el Clan del Viento traspase nuestra frontera, se llevarán nuestras presas además de nuestra agua.

Hojarasca vio al que hablaba, un gato negro grisáceo sentado a unas colas de zorro de distancia, pero no lo reconoció.

—Ése es Prieto —le dijo Plumosa al oído—. Es leal al clan, pero… —Se interrumpió; era obvio que no quería decir nada malo de un compañero.

Vaharina se volvió hacia Prieto y clavó en él sus claros ojos azules.

—Olvidas las veces que el Clan del Río ha necesitado ayuda de otros clanes —maulló—. Si no nos hubieran ayudado entonces, quizá no estaríamos aquí hoy. —Dirigiéndose a Estrella Leopardina, añadió—: Yo digo que deberíamos permitírselo. Tenemos agua de sobra.

El claro quedó en silencio mientras los congregados aguardaban a que Estrella Leopardina tomara una decisión.

—Muy bien, Estrella Alta —maulló al cabo la líder—. Tu clan podrá entrar en nuestro territorio a beber del río justo debajo del puente de los Dos

Patas. Pero no pasaréis de ahí, y no tenéis permitido llevaros presas.

Estrella Alta inclinó la cabeza, y Hojarasca percibió el alivio en su voz cuando dijo:

—Estrella Leopardina, el Clan del Río tiene nuestro agradecimiento, desde el más anciano hasta el cachorro más pequeño. Has salvado a nuestro clan.

—La sequía no durará eternamente, y pronto habrá agua en vuestro territorio. Volveremos a hablar del tema en la próxima Asamblea —concluyó Estrella Leopardina.

—Seguro que lo harán —masculló Látigo Gris sombríamente—. Si conozco a Estrella Leopardina, le cobrará al Clan del Viento lo del agua de alguna manera.

—Esperemos que el Clan Estelar haya mandado lluvia para entonces —maulló Estrella Alta, retrocediendo para que Estrella Leopardina se dirigiera a la Asamblea.

El interés de Hojarasca aumentó, pues se preguntaba si estarían a punto de oír lo que perturbaba a Vaharina, pero, al principio, las noticias de la líder del Clan del Río fueron anodinas: había nacido una nueva camada de gatitos; la basura dejada por los Dos Patas junto al río había atraído ratas que Prieto y Borrascoso habían tenido que matar. Látigo Gris pareció henchirse de satisfacción cuando alabaron a su hijo, y éste arañó el suelo con las orejas gachas de vergüenza.

Por fin, Estrella Leopardina maulló:

—Dos de nuestros aprendices, a los que algunos ya conocéis, se han convertido en guerreros. A partir de ahora serán conocidos como Alcotán y Ala de Mariposa.

Los gatos que rodeaban a Hojarasca estiraron el cuello para ver a los guerreros que había nombrado la líder del Clan del Río. Hojarasca también se volvió para mirar, pero no pudo distinguirlos entre la multitud. Brotó el tradicional murmullo de bienvenida a los nuevos guerreros, pero, para sorpresa de Hojarasca, estaba mezclado con algunos desconcertantes gruñidos procedentes del Clan del Río.

Estrella Leopardina, ceñuda desde la Gran Roca, cortó el rumor con una sacudida de la cola.

—¿Oigo protestas? —bufó iracunda—. Muy bien, os lo contaré todo para terminar con los rumores de una vez por todas.

»Hace seis lunas, al inicio de la estación de la hoja nueva, una gata proscrita llegó al Clan del Río con dos de sus cachorros, los que habían logrado sobrevivir. Se llamaba Sasha. El nacimiento de sus hijos la había debilitado tanto que necesitaba ayuda para cazar y cuidar de los pequeños. Durante un tiempo pensó en unirse al clan, que la habría recibido de buen grado como guerrera, pero al final decidió que el código guerrero no era la clase de vida para ella. Sasha nos abandonó, pero sus hijos prefirieron quedarse.

Una oleada de protestas surgió entre los felinos que rodeaban la Gran Roca. Una voz se elevó claramente por encima de los aullidos.

—¿Proscritos? ¿Aceptados en un clan? ¿Es que el Clan del Río se ha vuelto loco?

Látigo Gris le lanzó una mirada inquisitiva a Vaharina, que se encogió de hombros.

—Son buenos guerreros —murmuró la lugarteniente a la defensiva.

Estrella Leopardina no intentó acallar el clamor; se limitó a observar fríamente a los congregados hasta que enmudecieron.

—Son gatos jóvenes y fuertes que han aprendido bien las habilidades guerreras —maulló cuando su voz pudo oírse de nuevo—. Han jurado defender a su clan a costa de sus propias vidas, al igual que todos vosotros. —Tras lanzar una mirada a Estrella Negra, añadió—: ¿Acaso algunos de los guerreros del Clan de la Sombra no habían sido proscritos? —Antes de que el líder pudiera contestar, la gata se volvió hacia Estrella de Fuego—: Y si un minino casero puede convertirse en líder de clan, ¿por qué un proscrito no puede llegar a ser guerrero?

—En eso tiene razón —admitió Látigo Gris.

Estrella de Fuego inclinó la cabeza hacia la gata.

—Cierto —maulló—. Me alegrará ver cómo esos gatos cumplen su promesa de ser leales miembros del Clan del Río.

Estrella Leopardina asintió; al parecer, las palabras del líder del Clan del Trueno la habían apaciguado.

—¿Era eso lo que te preocupaba, Vaharina? —le preguntó Látigo Gris—. No es nada del otro mundo, si esos dos gatos se han adaptado bien.

—Lo sé. —Vaharina suspiró—. Sé que debería ser la última en criticar a un guerrero por haber nacido fuera del clan, pero…

—¿Tú sabes que la madre de Vaharina era vuestra antigua líder, Estrella Azul? —le susurró Plumosa a Hojarasca.

La aprendiza de curandera asintió.

—Pero Estrella Leopardina no os lo ha contado todo —continuó Vaharina, interrumpiéndose al ver que su líder empezaba a hablar de nuevo.

—Ala de Mariposa ha escogido un lugar especial en nuestro clan —explicó Estrella Leopardina—. Nuestro curandero, Arcilloso, se está haciendo mayor y ha llegado la hora de que tome un aprendiz.

Esta vez, su voz quedó ahogada por los alaridos de protesta. Los otros tres líderes que se hallaban sobre la Gran Roca se reunieron para debatir vehementemente. Era obvio que Estrella Alta no deseaba opinar después de que Estrella Leopardina le hubiera dado acceso al río, y al final fue Estrella Negra quien contestó.

—Estoy dispuesto a admitir que un proscrito puede aprender nuestro código lo suficiente para convertirse en guerrero —dijo con voz ronca—. Pero ¿en curandero de un clan? ¿Qué saben los proscritos del Clan Estelar? ¿Aceptará el Clan Estelar a esa gata?

—Eso es lo que me preocupaba —le confió Vaharina a Látigo Gris en voz baja.

Hojarasca sintió un hormigueo por todo el cuerpo. Recordó su propia convicción, cuando era poco más que una cachorrita, de que lo adecuado para ella era curar y reconfortar a sus compañeros de clan, e interpretar para ellos las señales del Clan Estelar. «¿Habrá sentido lo mismo Ala de Mariposa?», se preguntó. ¿Podría haber sentido lo mismo si no hubiera nacido dentro de un clan? Incluso Fauces Amarillas, la curandera anterior a Carbonilla, había nacido en el bosque, aunque el Clan del Trueno no era su clan de nacimiento.

Por todo el claro sonaban voces repitiendo las preguntas de Estrella Negra. Al pie de la roca, un viejo gato marrón se puso fatigosamente en pie

y aguardó a que se hiciera el silencio. Era Arcilloso, el curandero del Clan del Río.

Cuando el estruendo se apagó, el curandero levantó la voz.

—Ala de Mariposa es una joven con talento —maulló—. Pero, como nació proscrita, estoy esperando una señal del Clan Estelar que me indique que es la curandera apropiada para el Clan del Río. En cuanto reciba esa señal, llevaré a Ala de Mariposa a la Boca Materna, durante la media luna. Si actúo sin la bendición del Clan Estelar, entonces todos podréis quejaros… pero no hasta entonces.

Volvió a sentarse, dejándose caer pesadamente y agitando los bigotes con irritación.

La multitud se había disgregado, de modo que Hojarasca alcanzó a ver a una joven gata junto al curandero. Era asombrosamente hermosa, con centelleantes ojos ámbar en un rostro triangular, y un largo pelaje dorado y atigrado con sinuosas rayas.

—¿Ésa es Ala de Mariposa? —le susurró Hojarasca a Plumosa.

—Sí. —Plumosa le dio un lametón en la oreja—. Cuando los líderes hayan terminado, te la presentaré. Es bastante simpática.

Hojarasca asintió ansiosamente. Estaba segura de que Arcilloso no tardaría en recibir la señal de que Ala de Mariposa había sido aceptada. En el bosque no había más aprendices de curandero, y estaba deseando hacer amistad con un colega… alguien con quien pudiera hablar de su entrenamiento y de todos los misterios del Clan Estelar que éste iba revelándole poco a poco.

Las protestas se habían acallado tras el discurso de Arcilloso, y como Estrella Leopardina no tenía nada más que decir, Estrella Alta dio por finalizada la reunión.

Plumosa se levantó de un salto.

—Vamos, antes de que tengamos que marcharnos.

Mientras Hojarasca seguía a la guerrera del Clan del Río por el claro, empezó a sentir simpatía por Ala de Mariposa. Teniendo en cuenta la reacción de los otros gatos esa noche, resultaba fácil imaginar el duro camino que tenía por delante la joven antes de que su clan la aceptara por completo.

Conforme la Asamblea llegaba a su fin y los asistentes empezaban a separarse en sus respectivos clanes, Zarzoso miró alrededor buscando a su hermana. No la había visto, y se preguntó si no la habrían escogido para acudir a la Asamblea.

Zarzoso vio cómo Estrella de Fuego se detenía ante un joven atigrado sentado cerca del curandero Arcilloso.

—Felicidades, Alcotán —maulló el líder—. Serás un buen guerrero.

«De modo que ése es Alcotán —pensó Zarzoso con interés, irguiendo las orejas—. El guerrero del Clan del Río nacido como proscrito».

—Gracias, Estrella de Fuego —maulló el nuevo guerrero—. Haré todo lo que pueda para servir a mi clan.

—Estoy convencido de que así será. —Estrella de Fuego le tocó el omóplato con la punta de la cola, en un gesto de ánimo—. No hagas caso de todo este alboroto. Estará olvidado dentro de una luna.

Estrella de Fuego continuó andando. Alcotán lo siguió con la mirada. Zarzoso no pudo reprimir un estremecimiento al ver los ojos del atigrado, de un escalofriante azul, que parecían mirar a través del líder del Clan del Trueno, como si éste estuviera hecho de humo.

—¡Por el gran Clan Estelar! —murmuró—. No me gustaría enfrentarme a él en una batalla.

—¿Enfrentarte a quién?

Zarzoso giró en redondo y se encontró frente a Trigueña, plantada tras él.

—¡Estás aquí! —exclamó el joven—. Te he buscado por todas partes. —Y, contestando a la pregunta de su hermana, añadió—: A Alcotán. Parece peligroso.

Trigueña se encogió de hombros.

—Tú también eres peligroso. Yo soy peligrosa. Para eso son los guerreros. Todo esto de la tregua de la luna llena podría romperse con un zarpazo… y ya ha sucedido con anterioridad.

Zarzoso asintió.

—Cierto. ¿Y cómo estás, Trigueña? ¿Cómo va la vida en el Clan de la Sombra?

—Bastante bien. —La joven vaciló, con aspecto insólitamente indeciso —. Escucha, hay algo que quería preguntarte —maulló al cabo, y Zarzoso se sentó, atento y expectante—. La otra noche tuve un sueño muy extraño…

—¡¿Qué?! —No pudo contener la exclamación, y los ojos verdes de su hermana se dilataron alarmados—. Perdona; continúa —añadió, obligándose a mantener la calma—. Cuéntame el sueño.

—Yo estaba en un claro del bosque —explicó Trigueña—, aunque no reconocí dónde exactamente. Había un gato sentado… un gato negro. Creo que se trataba de Estrella Nocturna, ¿te suena? El líder del Clan de la Sombra anterior a nuestro padre. Supongo… supongo que si el Clan Estelar tenía que mandar un enviado al Clan de la Sombra, no sería Estrella de Tigre.

—¿Y qué te dijo? —preguntó Zarzoso con voz ronca, sabiendo ya cuál iba a ser la respuesta de su hermana.

—Me contó que sobre el bosque se cierne un grave peligro y que había que cumplir una nueva profecía. Me han elegido para que me reúna con otros tres gatos en la luna nueva, para escuchar lo que nos diga la medianoche.

Zarzoso se quedó mirándola sin pestañear, con un hormigueo glacial por la piel.

—¿Qué te ocurre? —inquirió Trigueña—. ¿Por qué me miras así?

—Porque yo tuve exactamente el mismo sueño, excepto que quien me habló fue Estrella Azul.

Trigueña parpadeó y su hermano vio cómo se estremecía su pelaje pardo. Por fin, la gata maulló:

—¿Has hablado con alguien más de tu sueño?

Zarzoso negó con la cabeza.

—No sabía qué hacer. Para ser sincero, creía que era por culpa de algo que había comido. Quiero decir, ¿por qué iba el Clan Estelar a mandarme una visión a mí, en vez de a Estrella de Fuego o Carbonilla?

—Yo pensé lo mismo —coincidió su hermana—. Y también esperaba que los otros tres gatos fueran del Clan de la Sombra, de modo que al ver que nadie mencionaba el tema…

—Lo sé. A mí me pasó igual. Creí que serían del Clan del Trueno. Pero da la impresión de que estábamos equivocados.

Zarzoso miró alrededor. En el claro, los gatos estaban empezando a marcharse y, a pesar de las protestas por el nombramiento de Alcotán y Ala de Mariposa, el ambiente general era de buen humor. Ningún otro gato parecía haber tenido sueños cargados de malos presagios. ¿Qué peligros se avecinarían? Y si era así, ¿qué podrían hacer Trigueña y él al respecto?

—¿Qué crees que deberíamos hacer ahora? —le preguntó la gata, haciéndose eco de sus pensamientos.

—Si el sueño es real, entonces deben de haberlo tenido también otros dos gatos —contestó Zarzoso—. Tiene sentido que sean de los otros dos clanes. Deberíamos intentar averiguar quiénes son.

—Oh, sí —replicó Trigueña burlona—. ¿Vas a entrar en el territorio del Clan del Viento o el Clan del Río a preguntar a todos los gatos si han tenido un sueño extraño? Yo no. Pensarían que nos hemos vuelto locos, eso si no nos arrancan primero las orejas.

—Entonces, ¿qué propones?

—Se supone que todos hemos de encontrarnos en la luna nueva —maulló Trigueña pensativa—. Estrella Nocturna no me dijo dónde, pero debe de ser aquí, en los Cuatro Árboles. No hay ningún otro sitio donde puedan reunirse gatos de cuatro clanes diferentes.

—¿Así que opinas que deberíamos volver aquí en la luna nueva?

—A menos que a ti se te ocurra una idea mejor.

Zarzoso negó con la cabeza.

—Sólo espero que los otros gatos hagan lo mismo. Si… si el sueño es real, por supuesto.

Se interrumpió al oír que lo llamaban. Al volverse, vio a Estrella de Fuego a poca distancia, rodeado por los demás gatos del Clan del Trueno.

—Es hora de irse —anunció Estrella de Fuego.

—¡Ya voy! —Volviéndose de nuevo hacia su hermana, Zarzoso maulló apresuradamente—: Entonces, en la luna nueva. No le digas nada a nadie. Y confiemos en el Clan Estelar para que los otros acudan.

Trigueña asintió y se internó en los arbustos, siguiendo a sus compañeros de clan. Zarzoso corrió a unirse a Estrella de Fuego, con la

esperanza de que su cara no revelara la conmoción y el temor que sentía. Había intentado olvidarse del sueño, pero, si Trigueña había soñado lo mismo, no le quedaba más remedio que tomárselo en serio. Se avecinaban problemas, y no sabía qué hacer ni comprendía cómo la medianoche podría decirles algo.

«Oh, Clan Estelar —maulló en silencio—. ¡Espero que sepas lo que estás haciendo!».



4

Zarzoso salió de la guarida de los guerreros y miró alrededor. Había transcurrido otro cuarto de luna y seguía sin llover. El aire estaba caliente y cargado en todo el bosque. Los arroyos cercanos al campamento se habían secado, de modo que cuando el clan necesitaba agua tenían que desplazarse hasta el que corría más allá de los Cuatro Árboles. Afortunadamente, era un cauce profundo en suelo rocoso y fluía incluso en la época más seca de la estación de la hoja verde.

Desde la Asamblea, Zarzoso dormía mal y se despertaba todas las mañanas con el presentimiento de que algo espantoso había sucedido en el campamento durante la noche. Pero todo parecía siempre tan sereno como el día anterior. Aquella mañana, Zarpa Candeal y Topillo estaban practicando movimientos de lucha delante de la guarida de los aprendices. Musaraña apareció por el túnel de aulagas con una ardilla en la boca, seguida por su aprendiz, Zancón, y el guerrero Orvallo, que también llevaba carne fresca. Estrella de Fuego y Látigo Gris estaban hablando al pie de la Peña Alta, mientras Esquirolina y Manto Polvoroso los escuchaban.

El líder llamó a Zarzoso moviendo la cola.

—¿Estás preparado para una patrulla extra? —le preguntó—. Quiero inspeccionar la frontera con el Clan de la Sombra, por si se les ocurre traspasarla en busca de agua.

—Pero Estrella Negra dijo que su clan tenía toda el agua que necesitaban —le recordó el gato.

Estrella de Fuego agitó las orejas.

—Cierto. Pero no tenemos por qué creer al pie de la letra lo que dicen los líderes de clan en una Asamblea. Además, nunca me he fiado de Estrella Negra. Si piensa que en nuestro territorio hay mejores presas, seguro que mandará guerreros para tomar lo que les apetezca.

Látigo Gris coincidió con un gruñido.

—El Clan de la Sombra ha estado muy tranquilo durante demasiadas lunas —maulló el lugarteniente—. Si quieres saber mi opinión, ya es hora de que empiecen a dar problemas.

—Yo sólo pensaba… —Zarzoso se detuvo, azorado por poner objeciones a la orden de su líder, y asombrado de ver una posibilidad que Estrella de Fuego no parecía haber tenido en cuenta.

—Continúa —lo instó Estrella de Fuego.

Zarzoso respiró hondo. Ya no podía echarse atrás, a pesar de la mirada asesina que estaba lanzándole Esquirolina por atreverse a discrepar de su padre.

—Sólo pensaba que, si hay problemas, es más probable que procedan del Clan del Viento —aventuró—. Si su territorio está tan seco como dijo Estrella Alta, entonces seguro que andan escasos de presas.

—¡El Clan del Viento! —espetó Esquirolina—. Zarzoso, ¿es que tienes cerebro de ratón? El Clan del Río les dio permiso para que bebieran en el río, así que si el Clan del Viento roba presas de algún lugar, serán del Clan del Río.

—Y esa franja de terreno del Clan del Río es muy estrecha y está muy cerca de nuestra frontera —replicó Zarzoso—. Si el Clan del Viento caza, las presas podrían entrar fácilmente en nuestro territorio.

—¡Te crees muy listo! —Esquirolina se puso en pie con el pelo erizado —. Estrella de Fuego te ha ordenado que inspecciones la frontera del Clan de la Sombra, así que deberías hacer lo que te han dicho.

—Claro, porque tú nunca has desobedecido a un guerrero, ¿verdad? —intervino hoscamente Manto Polvoroso.

Esquirolina hizo caso omiso de su mentor.

—El Clan de la Sombra siempre ha causado problemas —insistió la aprendiza—. Y ahora somos amigos del Clan del Viento.

Zarzoso notó que estaba cada vez más furioso. Por supuesto que no quería cuestionar la autoridad de su líder. Estrella de Fuego era el héroe que había salvado al bosque de las terribles ambiciones de Estrella de Tigre y los proscritos que lo seguían. Jamás habría otro gato como él. Aun así, Zarzoso creía realmente que el Clan del Trueno debería tomarse en serio una posible amenaza por parte del Clan del Viento. Le habría gustado discutirlo apropiadamente con Estrella de Fuego, pero era imposible, pues Esquirolina se empeñaba en rebatir todo lo que él decía.

—Eres tú quien se cree que lo sabe todo —espetó Zarzoso, dando un paso hacia la aprendiza—. ¿Serías capaz de escuchar un momento?

Se agachó para evitar la reacción de Esquirolina, que intentó propinarle un zarpazo con las uñas desenvainadas, y el poco autocontrol que le quedaba se esfumó. Agazapándose, Zarzoso se preparó para saltar sobre ella, sacudiendo la cola. Si Esquirolina quería pelear, ¡tendría pelea!

Pero, antes de que ninguno de los dos pudiera atacar, Estrella de Fuego se interpuso entre ambos.

—¡Ya basta! —gruñó.

Desolado, Zarzoso se quedó de piedra. Tras incorporarse, se dio un lametón nervioso en el pecho y murmuró:

—Lo lamento, Estrella de Fuego.

Esquirolina guardó silencio, mirando con rebeldía al joven guerrero, hasta que Manto Polvoroso le espetó:

—¿Y bien?

—Lo siento —masculló la aprendiza, y enseguida estropeó su disculpa añadiendo—: Pero Zarzoso sigue teniendo cerebro de ratón.

—En realidad, yo creo que tiene algo de razón, ¿no te parece? —le preguntó Manto Polvoroso a Estrella de Fuego—. Estoy de acuerdo en que el Clan de la Sombra siempre ha dado problemas, pero, si resulta que los del Clan del Viento ven un jugoso ratón o una ardilla en nuestro lado de la frontera, ¿no crees que podrían sentirse tentados?

—Quizá estás en lo cierto —concedió el líder—. En ese caso, Zarzoso, será mejor mandar una patrulla hasta la frontera del Clan del Río a la altura de los Cuatro Árboles. Manto Polvoroso, Esquirolina y tú podéis ir también.

—Entornó los ojos para observar a su hija y a Zarzoso varias veces—. Y vosotros dos vais a llevaros bien, o tendréis que darme explicaciones.

—Sí, Estrella de Fuego —contestó el joven guerrero, aliviado; se había librado de un castigo por haber estado a punto de abalanzarse sobre Esquirolina.

—Entonces serán dos patrullas —maulló Látigo Gris alegremente—. Buscaré a otros que me acompañen a la frontera del Clan de la Sombra. —Se levantó de un salto y desapareció en la guarida de los guerreros.

Estrella de Fuego hizo un gesto con la cabeza a Manto Polvoroso, dándole autoridad sobre la patrulla, y se encaminó a su guarida, al otro lado de la Peña Alta.

—De acuerdo, pongámonos en marcha —maulló Manto Polvoroso. Se encaminó al túnel de aulagas, pero luego se volvió hacia Esquirolina, que no se había movido—. ¿Qué pasa ahora?

—No es justo —masculló la gata—. Yo no quiero patrullar con él.

Zarzoso puso los ojos en blanco, pero tuvo la sensatez de no empezar a discutir de nuevo.

—Entonces no deberías haber dicho lo que has dicho —replicó Manto Polvoroso a su aprendiza. Después de volver sobre sus pasos, se quedó mirándola con severidad—. Esquirolina, tarde o temprano tendrás que aprender que hay momentos para hablar y momentos para guardar silencio.

Ella soltó un ruidoso suspiro.

—Pero parece que siempre sea el momento de guardar silencio.

—Bien, ya has captado la idea. —Manto Polvoroso le tocó la oreja con la punta de la cola, y Zarzoso percibió el afecto que había entre mentor y aprendiza—. Vamos, pareja. Renovaremos las marcas olorosas y, con un poco de suerte, nos tropezaremos con un ratón o dos mientras estamos fuera.

Esquirolina recuperó su buen humor al atrapar un rollizo campañol en las Rocas Soleadas. Zarzoso tuvo que admitir que era una cazadora eficaz: acechó a la presa con paciencia y saltó sobre ella para despacharla de un zarpazo.

—Manto Polvoroso, estoy muerta de hambre —declaró la aprendiza—. ¿Puedo comérmelo?

El mentor dudó un segundo, y al cabo asintió.

—El clan ya está alimentado —contestó—. Y ésta no es una patrulla de caza.

Esquirolina miró de reojo a Zarzoso mientras se inclinaba sobre la pieza y le daba un mordisco voraz.

—Hum… delicioso —maulló con la boca llena. Empujó los restos del campañol hacia Zarzoso—. ¿Te apetece un poco?

Zarzoso estuvo en un pelo de decirle que él podía cazar sus propias presas, pero se dio cuenta de que Esquirolina estaba intentando hacer las paces.

—Gracias —maulló, y tomó un bocado.

Manto Polvoroso bajó de lo alto de la roca.

—Cuando hayáis terminado de atiborraros… —empezó—. Esquirolina, ¿qué puedes oler?

—Aparte del campañol, ¿verdad? —maulló ella risueña. Se levantó de un salto para saborear el aire. El viento soplaba desde el territorio del Clan del Río, y enseguida respondió—: Gatos del Clan del Río… el olor es intenso y reciente.

—Bien —aprobó Manto Polvoroso complacido—. Acaba de pasar una patrulla. No tiene nada que ver con nosotros.

«Y no hay ni rastro del Clan del Viento», pensó Zarzoso mientras se ponían en marcha. Eso no significaba necesariamente que sus sospechas fueran erróneas… La verdad es que no esperaba ver gatos vecinos tan río abajo, pues hasta su frontera se extendía todo el territorio del Clan del Trueno.

Al acercarse más a los Cuatro Árboles y pasar junto al puente de Dos Patas, los tres gatos se detuvieron para examinar la ladera. La brisa había cesado y el aire estaba inmóvil, cargado con el olor a felinos.

—Clan del Viento y Clan del Río —le dijo Zarzoso a Manto Polvoroso en voz baja.

El guerrero marrón asintió.

—Pero el Clan del Viento tiene permiso para bajar al río —le recordó—. No hay señales de que hayan traspasado nuestra frontera.

—¡Toma ya! —no pudo resistirse a exclamar Esquirolina.

Zarzoso se encogió de hombros. No quería que hubiera problemas con el Clan del Viento.

Manto Polvoroso estaba encaminándose ya hacia los Cuatro Árboles cuando Zarzoso captó otro olor: el Clan del Viento de nuevo, pero más fuerte y reciente que antes. Sin atreverse a alzar la voz, le hizo señales a Manto Polvoroso con la cola, inclinando las orejas hacia donde creía que estaba el origen del olor. Manto Polvoroso se agazapó entre la alta hierba e indicó a sus compañeros que lo imitaran.

«Por favor, Clan Estelar —suplicó Zarzoso para sus adentros—, ¡no dejes que Esquirolina haga algún comentario insolente!».

Pero la aprendiza guardó silencio, pegándose al suelo y observando las matas de helechos que Zarzoso había señalado. Durante un momento, el único sonido fue el chapoteo y murmullo del río cercano. Luego hubo un susurro seco, y un gato marrón moteado asomó la cabeza entre los helechos antes de salir al claro, internándose un par de colas en el territorio del Clan del Trueno. Zarzoso reconoció a Enlodado, el lugarteniente del Clan del Viento. Iba seguido por Bigotes y por un gato más pequeño gris oscuro que no había visto jamás (supuso que sería un aprendiz) y que llevaba un campañol en la boca.

Mirando atrás, Enlodado murmuró:

—Id hacia la frontera. Puedo oler al Clan del Trueno.

—No me extraña —gruñó Manto Polvoroso, incorporándose en la hierba.

Enlodado retrocedió, mostrando los colmillos con un gruñido. Al instante, Zarzoso saltó para situarse junto a su compañero de clan, mientras Esquirolina corría al lado de su mentor.

—¿Qué estáis haciendo en nuestro territorio? —exigió saber Manto Polvoroso—. Aunque me parece que está muy claro.

—No estamos robando presas —replicó Enlodado.

—Y entonces, ¿qué es eso? —preguntó Esquirolina, señalando con la cola el campañol que llevaba el aprendiz.

—No es un campañol del Clan del Trueno —explicó Bigotes. Era un viejo amigo de Estrella de Fuego, y parecía avergonzado porque lo hubieran pillado así en el territorio del Clan del Trueno—. Ha cruzado la frontera desde el Clan del Río.

—Aunque eso fuera cierto, estaríais robándolo al Clan del Río —replicó Zarzoso—. Os han autorizado a beber agua, no a llevaros presas.

El aprendiz gris oscuro soltó el campañol y se abalanzó sobre Zarzoso.

—¡Métete en tus asuntos! —bufó.

Derribó de una embestida a Zarzoso, que soltó un aullido de sorpresa al notar que le hincaban los dientes en el pescuezo. Retorciéndose, consiguió propinarle un zarpazo en el omóplato a su oponente, mientras unas fuertes zarpas le pateaban la barriga. Con un chillido de rabia, se liberó de la dentellada y apuntó hacia la garganta del aprendiz.

Cuando sus colmillos alcanzaron su objetivo, vio que Bigotes alzaba una pata, a punto de golpear. Se preparó para pelear con ambos gatos a la vez, pero entonces se dio cuenta de que el guerrero del Clan del Viento había apartado al aprendiz de un manotazo y estaba plantado ante él, con ojos llameantes de furia.

—¡Ya basta, Corvino! —gruñó Bigotes—. ¿Cómo se te ocurre atacar a un guerrero del Clan del Trueno cuando hemos traspasado su frontera ilícitamente? ¿Qué será lo siguiente?

Corvino lo miró iracundo, entornando los ojos.

—¡Nos ha llamado ladrones!

—Y tiene razón, ¿no te parece?

Bigotes se volvió hacia Manto Polvoroso, que estaba a unos zorros de distancia. Mientras Zarzoso se ponía en pie a trompicones, vio que el guerrero marrón había corrido a cerrarle el paso a Esquirolina para impedir que se uniera a la pelea.

—Lo lamento, Manto Polvoroso —continuó Bigotes—. Es un campañol del Clan del Río, y sé que no deberíamos haberlo atrapado, pero es que apenas hay presas en nuestras tierras. Nuestros veteranos y nuestros cachorros están pasando hambre, y… —Se interrumpió, como si pensara que había hablado demasiado—. ¿Qué vais a hacer ahora?

—Lo del campañol es algo entre el Clan del Río y vosotros —maulló Manto Polvoroso fríamente—. No veo la necesidad de contarle esto a Estrella de Fuego… a menos que suceda de nuevo. Salid de nuestro territorio y manteneos fuera de él.

Enlodado empujó levemente a Corvino para que se pusiera en pie. El lugarteniente del Clan del Viento todavía parecía furioso porque los hubieran descubierto, y Zarzoso advirtió que no se había disculpado como Bigotes. Sin decir palabra, se encaminó a la frontera, con Bigotes pisándole los talones. Corvino vaciló; luego, con una mirada desafiante, recogió el campañol y corrió tras sus compañeros de clan.

—¡Supongo que esto no quedará así! —bufó Esquirolina, mirando a Zarzoso con un destello de irritación en los ojos—. ¿Contento de haber demostrado que tenías razón?

—Pero ¡si yo no he dicho nada! —protestó el joven guerrero.

Esquirolina no contestó; se limitó a echar a andar con la cola bien alta. Zarzoso se quedó mirándola con un suspiro. Habría preferido que aquel incidente no hubiera ocurrido. Notó un hormigueo en la piel con la sensación de un desastre inminente. Los clanes estaban sufriendo tanta sed y desesperación que incluso gatos decentes como Bigotes estaban dispuestos a traspasar fronteras sin permiso, robar y mentir. El calor se abatía sobre el bosque con el peso de un manto gigantesco y asfixiante, y parecía que todos los seres vivos estuvieran esperando que se desatara una tormenta. ¿Podría ser ése el peligro que había vaticinado el Clan Estelar?

Los días y las noches siguientes, mientras la luna iba quedando reducida a una simple línea en el cielo, se le antojaron una eternidad a Zarzoso. Cuando pensaba en lo que podría suceder en los Cuatro Árboles cuando fuera a reunirse con Trigueña, notaba como si hasta el último pelo se le erizara de miedo. ¿Aparecerían los gatos de los otros clanes? ¿Y qué les revelaría exactamente la medianoche? Quizá el propio Clan Estelar descendiera del firmamento para hablar con ellos.

Por fin llegó la noche en que casi no había rastro de la luna. Sin embargo, las estrellas del Manto Plateado brillaban con tanto esplendor que

a Zarzoso no le costó encontrar el camino a través del túnel de aulagas y barranco arriba. Las hojas susurraban mientras avanzaba entre la espesura, de una zona en penumbra a otra, procurando pisar tan levemente como si estuviera aproximándose a un ratón. Podría haber otros guerreros del Clan del Trueno trasnochando, y Zarzoso no quería que lo vieran ni tener que explicar adónde iba. No le había contado a nadie su sueño, y sabía que Estrella de Fuego no aprobaría que fuera a encontrarse con miembros de otros clanes en los Cuatro Árboles sin la protección de la tregua de la luna llena.

Ahora el aire era fresco, pero tenía un olor polvoriento que se elevaba de la tierra reseca. Las plantas estaban mustias o marchitas en el suelo. Todo el bosque pedía lluvia a gritos, como un cachorro hambriento, y si la lluvia no llegaba pronto, el Clan del Viento no sería el único al que le faltara agua.

Cuando Zarzoso alcanzó los Cuatro Árboles, el claro estaba vacío. Los lados de la Gran Roca brillaban bajo el resplandor de las estrellas, y las hojas de los cuatro robles susurraban delicadamente sobre su cabeza. Zarzoso se estremeció. Estaba tan acostumbrado a ver la hondonada rebosante de gatos que le pareció más amedrentadora que antes: más grande y con más sombras inexplicables. Casi podía imaginarse que había entrado en el mundo místico del Clan Estelar.

Cruzó el claro y se sentó al pie de la Gran Roca. Irguió las orejas para captar hasta el mínimo sonido; todos sus nervios, de la cabeza a la punta de la cola, estaban tensos de expectación. ¿Quiénes serían los otros gatos? Conforme pasaban los segundos, su emoción fue reemplazada por nerviosismo. Ni siquiera había llegado Trigueña. Quizá hubiera cambiado de opinión, o quizá aquél no fuera el lugar adecuado para el encuentro.

Por fin vio movimiento en los arbustos, hacia el centro de la ladera. Se puso en tensión. La brisa soplaba desde su espalda, de modo que no lograba percibir el olor; podría ser un gato del Clan del Río o del Clan del Viento.

Siguió el movimiento con la mirada hasta una mata de helechos en la parte inferior de la ladera. Las hojas se sacudieron violentamente y un felino salió al claro.

Zarzoso se quedó con los ojos desorbitados, paralizado un segundo, pero luego se levantó de un salto con el pelo del cuello erizado de rabia.

—¡Esquirolina!

5

Zarzoso cruzó el claro con las patas agarrotadas, hasta llegar ante la aprendiza.

—¿Qué crees que estás haciendo aquí? —siseó.

—Hola, Zarzoso. —Esquirolina intentó sonar tranquila, pero el fulgor de sus ojos delataba su entusiasmo—. No podía dormir y he visto que te marchabas, así que te he seguido. —Soltó un pequeño ronroneo complacido—. Lo he hecho bien, ¿verdad? Tú ni siquiera sabías que yo estaba ahí, durante todo el paseo por el bosque.

Era cierto, aunque Zarzoso habría preferido morir antes que admitir que estaba impresionado. En vez de eso, emitió un gruñido bajo. Le daban ganas de abalanzarse sobre la gata rojiza para borrarle aquella expresión de suficiencia de un zarpazo.

—¿Por qué no puedes ocuparte de tus asuntos?

La aprendiza entornó los ojos.

—Es asunto de cualquier gato si un guerrero del clan sale a hurtadillas del campamento en plena noche.

—No he salido a hurtadillas —protestó Zarzoso con una punzada de culpabilidad.

—¿Ah, no? —replicó ella con sorna—. Te has ido del campamento para venir directamente a los Cuatro Árboles, y llevas aquí sentado una eternidad, como si esperaras que fueran a aparecer todos los guerreros del bosque. No me vengas con que sólo estás disfrutando de la bonita noche.

—No tengo que contarte nada.

Zarzoso notó que su voz sonaba cada vez más desesperada. Lo único que quería era librarse de aquella latosa aprendiza antes de que llegaran los gatos de los otros clanes. Esquirolina no había mencionado el sueño, de modo que no podía haberlo tenido también, así que no tenía derecho a estar allí y enterarse de la siguiente parte de la profecía… si es que eso iba a suceder realmente.

—Esto no tiene nada que ver contigo, Esquirolina. ¿Por qué no te vas a casa de una vez?

—No. —Se sentó, enroscando la cola alrededor de las patas delanteras y fulminando a Zarzoso con sus ojos verdes—. No voy a marcharme hasta que descubra qué está pasando.

El joven guerrero soltó un gruñido de frustración, pero dio un brinco cuando una voz espetó a sus espaldas:

—¿Qué está haciendo ella aquí?

Era Trigueña, que apareció rodeando la Gran Roca. Cruzó el claro, observando ceñuda a Esquirolina.

—Creía que no íbamos a contárselo a nadie más.

Zarzoso notó un hormigueo en la piel.

—Y no se lo he contado a nadie. Esquirolina me ha visto marcharme y me ha seguido.

—Y me alegro de haberlo hecho. —La aprendiza se levantó, sosteniendo la mirada de Trigueña con las orejas pegadas al cráneo—. ¡Te escapas en mitad de la noche para venir aquí a encontrarte con una guerrera del Clan de la Sombra! ¿Qué pensará Estrella de Fuego cuando se lo cuente?

A Zarzoso se le revolvió el estómago. Tal vez debería haberle contado a Estrella de Fuego lo del sueño desde el primer momento, pero ya era demasiado tarde.

—Escucha —le pidió con tono apremiante—. Trigueña no es una simple guerrera del Clan de la Sombra; es mi hermana. Lo sabes tan bien como cualquiera. No estamos tramando nada.

—Entonces, ¿por qué tanto secretismo? —inquirió Esquirolina.

Zarzoso estaba buscando una respuesta cuando Trigueña lo interrumpió, señalando la ladera con la cola.

—Mira.

Zarzoso vislumbró algo gris que se movía entre los arbustos, y al cabo de unos segundos aparecieron Plumosa y Borrascoso. Miraron alrededor cautelosamente, pero, en cuanto Plumosa vio a los otros gatos en el claro, corrió hacia ellos.

—¡Yo tenía razón! —exclamó la guerrera del Clan del Río, frenando en seco ante Zarzoso y las dos gatas. Se le dilataron los ojos, y pareció desconcertada y algo intimidada—. ¿Vosotros también habéis tenido el sueño? ¿Somos nosotros cuatro?

—Trigueña y yo sí lo hemos tenido —respondió Zarzoso, y en ese mismo instante Esquirolina preguntó:

—¿Qué sueño?

—El sueño del Clan Estelar, diciéndonos que se avecina un gran peligro. —Plumosa sonó más indecisa todavía, y su mirada fue de un gato a otro, cada vez más tensa.

—¿Vosotros dos habéis tenido el sueño? —preguntó Zarzoso mirando a Borrascoso, que acababa de alcanzar a su hermana.

El guerrero del Clan del Río negó con la cabeza.

—Yo no; sólo Plumosa.

—Me asusté mucho —confesó Plumosa—. No podía comer ni dormir pensando en el sueño. Borrascoso sabía que me pasaba algo, y me dio tanto la tabarra que al final se lo conté. Decidimos que debía venir esta noche a los Cuatro Árboles, en luna nueva, y que Borrascoso me acompañaría. —Le dio un lametón afectuoso en la oreja a su hermano—. Él… él no quería que estuviera en peligro. Pero no lo estoy, ¿verdad? Quiero decir que aquí nos conocemos todos.

—No te des tanta prisa en fiarte de todos los gatos —gruñó Borrascoso —. A mí no me gusta reunirme con miembros de otros clanes en secreto. Eso no es lo que nos dice el código guerrero.

—Pero todos tenemos un mensaje del Clan Estelar, diciéndonos que viniéramos —señaló Trigueña—. Estrella Azul visitó a Zarzoso, y Estrella Nocturna fue a verme a mí.

—Y yo vi a Corazón de Roble —maulló Plumosa—. Me dijo que un gran peligro amenazaba al bosque y que tendría que encontrarme con otros

tres gatos en luna nueva para oír lo que nos diga la medianoche.

—A mí me dieron el mismo mensaje —confirmó Trigueña. Agitando las orejas en dirección a Borrascoso, añadió—: Tampoco me gusta demasiado esto, pero deberíamos esperar a ver qué desea el Clan Estelar.

—A medianoche, supongo —maulló Borrascoso, alzando la vista hacia las estrellas—. Ya casi debe de ser la hora.

A Zarzoso se le cayó el alma a los pies al advertir la expresión de Esquirolina.

—¿Queréis decir que el Clan Estelar os dijo a todos que os reunierais aquí? —espetó la aprendiza—. ¿Y que hay un peligro a la vista? ¿Qué clase de peligro?

—No lo sabemos —contestó Plumosa—. Al menos, Corazón de Roble no me lo explicó…

Enmudeció, con aspecto confundido, pero Zarzoso y Trigueña negaron con la cabeza para mostrarle que los gatos de sus sueños tampoco les habían revelado nada.

Borrascoso entornó los ojos.

—Tu compañera de clan no tuvo el sueño —le dijo a Zarzoso—. ¿Qué está haciendo aquí?

—¡Tú tampoco lo tuviste! —A Esquirolina no le dio miedo plantarle cara al guerrero del Clan del Río—. Yo tengo tanto derecho a estar aquí como tú.

—Sólo que yo no te he invitado —gruñó Zarzoso.

—Entonces, échala de aquí —sugirió Trigueña—. Yo te ayudaré.

Esquirolina dio un paso hacia la guerrera del Clan de la Sombra, con el pelo y la cola erizados.

—Ponme una zarpa encima y…

Zarzoso suspiró.

—Si la echamos ahora, irá derechita a Estrella de Fuego —maulló—. Ya lo ha oído casi todo, así que podría quedarse.

Esquirolina sorbió con desdén por la nariz y volvió a sentarse. Se pasó la lengua por una pata y empezó a lavarse la cara tranquilamente.

—En serio, Zarzoso —gruñó Trigueña—, deberías haber tenido más cuidado. ¡Mira que dejar que una aprendiza te siga el rastro!

—¿Qué sucede? —preguntó a sus espaldas una nueva voz, aguda y agresiva—. Esto no puede ser… Por lo que me dijo Rengo, se suponía que seríamos cuatro.

Zarzoso se levantó de un salto mirando alrededor. Entornó los ojos de furia al reconocer al gato de pelaje gris oscuro, patas delgadas y cabeza pequeña y proporcionada.

—¡Tú! —bufó.

A sólo un par de zorros de distancia estaba Corvino, el aprendiz del Clan del Viento que había traspasado la frontera del Clan del Trueno y robado un campañol.

—Sí, yo —respondió con el pelo erizado, como si en cualquier momento pudiera terminar con la pelea.

Trigueña inclinó las orejas.

—Este gato es del Clan del Viento, ¿verdad? —Miró a Corvino de arriba abajo, despectivamente—. Es un ejemplar más pequeño de lo normal, ¿no?

—Es un aprendiz —explicó Zarzoso, mientras el recién llegado mostraba los colmillos en un gruñido—. Se llama Corvino.

Zarzoso le lanzó una mirada a Esquirolina, esperando que guardara silencio sobre el incidente del campañol. Quería que se hiciera justicia por las presas que estaba robando el Clan del Viento, pero adecuadamente, en una Asamblea, no provocando una pelea allí. Al fin y al cabo, lo que estaban haciendo no se ajustaba en absoluto al código guerrero. Esquirolina agitó la punta de la cola, pero, para alivio de Zarzoso, no dijo nada.

—¿Tú también has tenido el sueño? —le preguntó Plumosa a Corvino; la inquietud estaba empezando a esfumarse de sus ojos azules, como si estuviera sacando valor de la creciente certeza de que los sueños eran reales.

Corvino asintió secamente.

—Hablé con nuestro antiguo lugarteniente Rengo —maulló—. Me dijo que me encontrara con otros tres gatos en luna nueva.

—Entonces, hay un gato de cada clan —contestó Plumosa—. Estamos todos aquí.

—Ahora sólo tenemos que aguardar a la medianoche —añadió Zarzoso.

—¿Sabes de qué va todo esto? —Corvino le dio la espalda a Zarzoso y le preguntó directamente a Plumosa.

—Si yo estuviera en vuestro lugar —maulló Esquirolina antes de que Plumosa pudiera responder—, no me creería esos sueños tan deprisa. Si realmente hubiera un peligro inminente, ¿creéis que el Clan Estelar acudiría primero a vosotros, en vez de a los líderes de clan o los curanderos?

—Entonces, ¿cómo lo explicas? —inquirió Zarzoso, mucho más a la defensiva porque él había tenido las mismas dudas que estaba expresando Esquirolina—. ¿Por qué si no hemos tenido el mismo sueño?

—Quizá todos os atiborrasteis de carne fresca —sugirió la aprendiza.

Corvino giró en redondo con un bufido de rabia.

—¿Y a ti quién te ha preguntado?

—Yo puedo decir lo que me dé la gana —le espetó Esquirolina—. No necesito tu permiso. Ni siquiera eres guerrero.

—Y tú tampoco —replicó el gato gris negruzco—. Además, ¿qué estás haciendo aquí? No tuviste el sueño. Nadie te quiere aquí.

Zarzoso abrió la boca para defender a Esquirolina. Aunque le había irritado que la aprendiza lo siguiera, Corvino no era nadie para decirle qué hacer. Luego cayó en la cuenta de que Esquirolina no se lo agradecería; era capaz de defenderse sola con su afilada lengua.

—Pues yo tampoco veo que estén peleándose por darte la bienvenida —resopló la aprendiza.

Corvino bufó, pegando las orejas al cráneo y echando chispas por los ojos.

—No hay por qué enfadarse… —empezó Plumosa.

El pequeño gato oscuro no le hizo caso. Sacudiendo la cola de un lado a otro, saltó sobre Esquirolina. Al instante, Zarzoso saltó también, chocando contra Corvino y derribándolo antes de que pudiera clavar las zarpas en el costado de Esquirolina.

—¡Quieto! —bufó, inmovilizándolo con una zarpa en el cuello.

Apenas podía creer que el aprendiz del Clan del Viento empezara una pelea en esos momentos, cuando estaban esperando un mensaje del Clan Estelar, vinculados en la profecía a través de sus sueños. Si el Clan Estelar

los había escogido realmente para un destino misterioso, desde luego no lo llevarían a cabo derramando la sangre de los otros.

La luz de la batalla se extinguió en los ojos de Corvino, aunque seguía pareciendo furioso. Zarzoso dejó que se levantara. El aprendiz le dio la espalda y empezó a atusarse el alborotado pelo.

—¡Gracias por nada!

A Zarzoso no le sorprendió que Esquirolina estuviera lanzándole una mirada asesina, casi con tanta hostilidad como Corvino.

—Puedo ocuparme de mis propias batallas —añadió la aprendiza.

Zarzoso soltó un resoplido de exasperación.

—No puedes iniciar una pelea aquí. Hay cosas más importantes en las que pensar. Si los sueños son verdad, entonces el Clan Estelar desea que los clanes trabajen juntos.

Miró alrededor, casi esperando que apareciera un miembro del Clan Estelar a decirles lo que se suponía que tenían que hacer, antes de que empezara una pelea imposible de parar. Pero el Manto Plateado relucía sobre un claro vacío excepto por ellos seis. No captaba nada más que los olores habituales de la noche de plantas creciendo y presas lejanas, y no oía otra cosa que el suspiro del viento a través de las ramas de los robles.

—Ya debe de ser medianoche pasada —maulló Trigueña—. No creo que el Clan Estelar vaya a venir.

Plumosa se volvió para mirar alrededor, con sus ojos azules de nuevo dilatados de inquietud.

—Pero ¡debe venir! ¿Por qué íbamos a tener todos el mismo sueño si no fuera cierto?

—Entonces, ¿por qué no sucede nada? —la cuestionó Trigueña—. Aquí estamos, reunidos en luna nueva, exactamente como nos dijo el Clan Estelar. No podemos hacer nada más.

—Hemos sido unos idiotas al venir. —Corvino volvió a mirarlos a todos de forma poco amistosa—. Los sueños no significaban nada. No hay ninguna profecía, ningún peligro… e, incluso aunque lo hubiera, el código guerrero debería bastar para salvar al bosque. —Comenzó a cruzar el claro en dirección a la ladera que llevaba al territorio del Clan del Viento, y

pronunció sus últimas palabras por encima del hombro—: Me vuelvo a mi campamento.

—¡Vete con viento fresco! —le gritó Esquirolina.

Él no le hizo caso, y al cabo de un momento desapareció entre los arbustos.

—Trigueña tiene razón. No va a pasar nada —maulló Borrascoso—. Nosotros también deberíamos irnos. Vamos, Plumosa.

—Sólo un minuto —pidió Zarzoso—. Quizá lo hayamos hecho mal… quizá el Clan Estelar se haya enfadado por la pelea. No podemos fingir que no ha sucedido nada, que ninguno de nosotros tuvo ese sueño. Deberíamos decidir qué vamos a hacer ahora.

—¿Y qué podemos hacer? —preguntó Trigueña. Señaló a Esquirolina con la cola—. Tal vez ella tenga razón. ¿Por qué el Clan Estelar nos elegiría a nosotros en lugar de a nuestros líderes?

—No lo sé, pero yo creo que sí nos han elegido —maulló Plumosa delicadamente—. Sin embargo, de algún modo, no lo hemos entendido bien. A lo mejor nos mandan otro sueño que lo explique todo.

—A lo mejor —repuso su hermano, aunque no sonó muy convencido.

—Intentemos asistir todos a la próxima Asamblea —propuso Zarzoso —. Tal vez haya habido otra señal para entonces.

—Corvino no sabrá que tiene que reunirse aquí con nosotros —murmuró Plumosa, mirando hacia el lugar por donde había desaparecido el aprendiz del Clan del Viento.

—No es una gran pérdida —replicó Borrascoso, pero, al ver la expresión desazonada de su hermana, añadió—: Podemos estar atentos cuando vaya a beber al río. Si lo vemos, le daremos el mensaje.

—De acuerdo; está decidido —maulló Trigueña—. Nos veremos en la Asamblea.

—¿Y qué les decimos a nuestros clanes? —preguntó Borrascoso—. Va contra el código guerrero ocultarles cosas.

—El Clan Estelar nunca dijo que tuviéramos que mantener el sueño en secreto —recordó Trigueña.

—Lo sé, pero… —Plumosa vaciló antes de continuar—. Tengo la sensación de que no está bien hablar de él.

Zarzoso sabía que Borrascoso y Trigueña estaban en lo cierto; él ya se sentía culpable por no haber contado el sueño a Estrella de Fuego y Carbonilla. Pero, al mismo tiempo, compartía la intuición de Plumosa de guardar silencio.

—No estoy seguro —maulló al cabo—. Suponed que nuestros líderes nos prohibieran volver a reunirnos. Podríamos terminar teniendo que escoger entre obedecerlos a ellos u obedecer al Clan Estelar. —Consciente de las miradas angustiadas de los otros, siguió muy serio—: No sabemos lo suficiente para contárselo. Esperemos por lo menos hasta la próxima Asamblea. Quizá para entonces hayamos recibido otras señales que lo expliquen todo.

Plumosa accedió al instante, claramente aliviada, y tras una pausa Borrascoso asintió a su pesar.

—Pero sólo hasta la próxima Asamblea —maulló Trigueña—. Si para ese día no hemos averiguado nada más, tendré que contárselo a Estrella Negra. —Se desperezó, arqueando el lomo con las patas estiradas—. Bueno, yo me marcho.

Zarzoso entrechocó su nariz con la de ella para despedirse, aspirando su familiar aroma.

—Debe de significar algo que nos eligieran a los dos… hermano y hermana —murmuró.

—Quizá. —Los ojos verdes de Trigueña no parecían muy convencidos —. Pero los otros gatos no son parientes. —Le pasó la lengua por la oreja, en un insólito gesto de cariño—. Si el Clan Estelar quiere, nos veremos en la Asamblea.

Zarzoso la observó cruzar el claro, antes de volverse hacia Esquirolina.

—Vamos —maulló—. Tengo que decirte unas cuantas cosas.

Esquirolina se encogió de hombros y se alejó en dirección al territorio del Clan del Trueno.

Después de darles las buenas noches a Plumosa y Borrascoso, Zarzoso empezó a subir la ladera tras Esquirolina. Cuando salió de la hondonada, un viento caliente y húmedo le dio en la cara, alborotándole el pelo y girando las hojas de los árboles. Sobre su cabeza habían empezado a crecer las nubes, bloqueando la luz del Manto Plateado. El bosque estaba en silencio y

el aire parecía más pesado que nunca. Zarzoso supuso que se acercaba una tormenta.

Cuando comenzó a bajar hacia el arroyo, Esquirolina se detuvo a esperarlo. Ahora tenía el pelo liso y relajado, y sus ojos verdes centelleaban.

—¡Ha sido de lo más emocionante! —exclamó—. Zarzoso, tienes que dejar que te acompañe en la próxima Asamblea, ¡por favor! Jamás pensé que sería parte de una profecía del Clan Estelar.

—Es que no eres parte de ella —replicó el gato con mala cara—. El Clan Estelar no te mandó el sueño a ti.

—Pero lo conozco, ¿no? Si el Clan Estelar no hubiese querido que estuviera involucrada, me habría mantenido lejos de los Cuatro Árboles de alguna manera. —Se encaró al joven guerrero, obligándolo a detenerse, y lo miró con ojos suplicantes—. Podría ayudar. Haría todo lo que me dijeras.

Zarzoso fue incapaz de reprimir una carcajada.

—Y los erizos vuelan.

—No; lo haré. Te lo prometo. —Esquirolina entornó sus ojos verdes—. Y no se lo contaré a nadie. Puedes fiarte de mí, por lo menos en eso.

Durante unos segundos, Zarzoso le sostuvo la mirada. Sabía que, si Esquirolina le contaba lo sucedido a Estrella de Fuego, él se vería metido en un buen lío. El silencio de la aprendiza tenía un precio.

—De acuerdo —accedió al fin—. Si ocurre algo más te lo contaré, pero sólo si mantienes la boca cerrada.

Esquirolina irguió la cola, con los ojos destellantes de alegría.

—¡Gracias, Zarzoso!

El joven guerrero suspiró. Tenía la sensación de que podría verse metido en un problema mayor por el trato que acababa de hacer. Siguió a Esquirolina hacia las densas sombras que se extendían bajo los árboles, con un escalofrío de temor ante la idea de que pudieran estar observándolos sin saberlo. Pero el bosque que lo rodeaba no era más oscuro ni amenazador que la imprecisa profecía. Si el peligro que se cernía sobre el bosque era tan grave como había dicho Estrella Azul, entonces Zarzoso podía cometer un error fatal simplemente por no saber lo suficiente.



6

Hojarasca había dormido mal durante toda la noche, acosada por sueños muy extraños y vívidos. Al principio creía que estaba siguiendo un rastro oloroso hacia los Cuatro Árboles, recorriendo el bosque a lo largo de una senda invisible. Luego el sueño cambiaba, y ella notaba que se le erizaba el pelo del cuello y los omóplatos, como si se enfrentara a un enemigo, con una batalla a la vuelta de la esquina. La amenaza de peligro se desvanecía, pero ahora sentía cada vez más frío, hasta que se despertó sobresaltada, y descubrió que la mata de helechos en la que dormía estaba cubierta de gruesas gotas de agua. A su alrededor, la lluvia tamborileaba con suavidad sobre el bosque.

Tras levantarse torpemente, cruzó el claro rodeado de helechos para refugiarse justo en el umbral de la guarida de Carbonilla. La curandera estaba durmiendo profundamente en su lecho musgoso, junto al muro del fondo, y no se movió cuando Hojarasca entró, sacudiéndose el agua del pelo.

La aprendiza parpadeó y bostezó, observando el claro. Apenas distinguía la negra silueta de los árboles contra el cielo, que estaba volviéndose gris con la primera luz del alba. Una parte de ella se alegraba de que la larga y seca temporada llegara a su fin con aquel aguacero que tanto necesitaban. La otra parte no pudo evitar sentirse turbada por el significado de sus sueños. ¿El Clan Estelar estaría mandándole una señal? ¿O es que había captado de alguna manera los pensamientos de

Esquirolina? No sería la primera vez que sabía lo que estaba haciendo su hermana sin que se lo contara.

Hojarasca soltó un suspiro. Por poco que le gustara la idea, estaba casi convencida de que Esquirolina se había escabullido del campamento para cazar de noche, mandándole las imágenes de la carrera por el bosque. Era imposible que hubiera salido en una patrulla oficial. ¿Qué clase de problemas tendría Esquirolina si Estrella de Fuego se enterara?

Mientras estaba sentada en la entrada de la guarida, la lluvia empezó a amainar, las nubes comenzaron a deshacerse y a tornarse de color amarillento. Con una última mirada a la dormida Carbonilla, Hojarasca volvió a salir, sin importarle el agua que le empapaba el pelo mientras atravesaba el túnel de helechos hacia el claro principal. Quizá si encontraba rápidamente a Esquirolina podría ayudarla a ocultar lo que hubiera estado haciendo.

Pero cuando llegó al claro no había ni rastro de su hermana. Los otros aprendices habían salido de su guarida y estaban bebiendo con ansia de un pequeño charco que se había formado sobre la tierra abrasada por el sol. Los tres cachorros de Fronda salieron de la maternidad, examinando con los ojos dilatados aquella extraña agua que había caído del cielo. Fronda los observó orgullosamente mientras la tocaban y sacudían las zarpas, chillando de emoción al ver cómo se esparcían las resplandecientes gotitas.

Hojarasca se quedó mirándolos un rato, pero giró en redondo al captar movimiento en la boca del túnel de aulagas. «¿Será un grupo de caza tempranero al que ha sorprendido la lluvia? —se preguntó—. ¿O puede que sea Esquirolina, regresando de su salida no autorizada?».

Luego reparó en que el recién llegado no olía al Clan del Trueno. Tomó aire para lanzar un aullido de advertencia, pero entonces reconoció el lustroso pelaje negro: se trataba de Cuervo, que había sido aprendiz del Clan del Trueno pero ahora vivía como solitario en una granja de Dos Patas, al borde del territorio del Clan del Viento. Hojarasca lo había visto una vez, en su viaje a las Rocas Altas con Carbonilla. Como vivía tan cerca de los Dos Patas, Cuervo solía cazar de noche, por lo que se sentía muy cómodo atravesando el bosque en plena oscuridad. Él podría decirle si había visto a una aprendiza del Clan del Trueno cazando antes del alba.

El visitante cruzó el claro despacio, sorteando los charcos más profundos y levantando cuidadosamente las patas para sacudirse el agua.

—Hola… tú eres Hojarasca, ¿verdad? —maulló, dirigiendo las orejas hacia ella—. ¡Menuda tormenta! Me habría calado hasta los huesos si no hubiera encontrado refugio en un árbol hueco. Pero bueno, el bosque necesita lluvia.

Hojarasca le devolvió el saludo educadamente. Estaba buscando las palabras correctas para preguntarle si había visto a Esquirolina de camino al campamento cuando la interrumpió un grito de alegría:

—¡Hola, Cuervo!

Zarpa Candeal y Topillo estaban cruzando el claro en dirección a ellos. Los cachorros de Fronda abandonaron sus juegos con el agua de lluvia y corrieron tras los aprendices.

La mayor de los tres cachorros frenó en seco delante de Cuervo y olfateó profundamente.

—Gato nuevo —gruñó—. Olor nuevo.

El solitario inclinó la cabeza a modo de saludo, agitando la punta de la cola risueñamente.

—Carrasquilla, éste es Cuervo —le dijo Topillo—. Vive en una granja de Dos Patas y se da festines con más ratones de los que has visto en tu vida.

Los ojos ámbar de la atigrada marrón se pusieron como platos.

—¿Todos los días?

—Así es —confirmó Zarpa Candeal solemnemente—. Todos los días.

—Yo quiero ir allí —maulló el cachorro gris—. ¿Podemos? ¿Ahora?

—Cuando seas más mayor, Betulino —prometió Fronda, uniéndose a ellos—. Bienvenido, Cuervo. Me alegro de… ¡Carrasquilla! ¡Alercina! ¡Parad de una vez!

Las dos atigradas marrones habían saltado sobre la cola de Cuervo y estaban dándole manotazos. Cuervo hizo una mueca.

—No hagáis eso, pequeñajas —las riñó amablemente—. Es mi cola, no un ratón.

—Cuervo, lo lamento —se disculpó Fronda—. Todavía no han aprendido a portarse como es debido.

—No te preocupes, Fronda —contestó el solitario, pero pegó la cola a un costado, poniéndola fuera de peligro—. Los cachorros siempre serán cachorros.

—Y éstos en concreto ya llevan bastante tiempo fuera. —Fronda movió la cola para reunir a sus tres hijos y guiarlos de nuevo hacia la maternidad —. Ahora despedíos de Cuervo.

Los cachorros le dijeron adiós y salieron corriendo.

—¿Podemos hacer algo por ti, Cuervo? —le preguntó Zarpa Candeal cortésmente—. ¿Te apetece algo de carne fresca?

—No; he comido antes de salir de casa, gracias —contestó el gato negro —. He venido a ver a Estrella de Fuego. ¿Está por aquí?

—Creo que está en su guarida —respondió Topillo—. ¿Quieres que te acompañe hasta allí?

—No; yo lo haré —intervino Hojarasca. Estaba cada vez más impaciente por preguntarle si había visto a Esquirolina en el bosque.

Justo entonces, el mentor de Topillo, Espinardo, salió de la guarida de los guerreros. Hojarasca apuntó las orejas hacia él.

—Hum… ¿Tu mentor está buscándote? —le preguntó a Topillo.

Mientras ella hablaba, Espinardo llamó a su joven aprendiz, que se marchó pitando después de despedirse también a toda prisa. Zarpa Candeal también se despidió y fue a reunirse con Fronde Dorado junto al montón de carne fresca.

De pronto temblaron las ramas espinosas que formaban el túnel de aulagas, y Hojarasca sintió una oleada de alivio al ver aparecer a Esquirolina, arrastrando un conejo por el barro. Hojarasca había dado unos pasos hacia su hermana cuando recordó al visitante del Clan del Trueno y se volvió azorada hacia él.

—Ésa es tu hermana, ¿verdad? —maulló Cuervo—. Ve a hablar con ella si quieres. Yo puedo encontrar solo la guarida de Estrella de Fuego.

Aliviada, Hojarasca corrió hacia Esquirolina, que se encaminaba hacia el túnel de helechos. Al verla, Esquirolina se detuvo a esperarla, dejando el conejo a sus pies. La presa tenía todo el pelo apelmazado de barro, y la lluvia había aplastado el pelaje de la aprendiza, cuyos ojos relucían triunfales.

—No está mal, ¿verdad? —comentó, señalando la pieza—. Es para ti y para Carbonilla.

—¿Dónde has estado? —siseó Hojarasca—. Estaba muerta de preocupación por ti.

—¿Por qué? —Los ojos verdes de Esquirolina parecieron dolidos—. Yo sólo… sólo he salido a cazar cuando la lluvia ha empezado a amainar. ¡Y por lo menos podrías darme las gracias!

Tras recoger de nuevo el conejo, desapareció por los helechos que llevaban al claro de la curandera, sin esperar a que su hermana respondiera. Hojarasca la siguió más despacio, no muy segura de si debía sentirse aliviada o furiosa. Tenía la desagradable impresión de que Esquirolina estaba mintiéndole, por primera vez en la vida. Si de verdad había captado los pensamientos de su hermana en sueños, entonces Esquirolina había hecho mucho más que escabullirse del campamento para atrapar un conejo.

Cuando llegó al claro, vio que Esquirolina ya había dejado el conejo en la entrada de la guarida de Carbonilla. La gata rojiza lo olfateó con admiración y maulló:

—Por lo menos podrías decir que he hecho una buena caza. —Seguía sonando indignada, pero habló sin mirarla a los ojos.

—Es cierto —admitió Hojarasca—. ¡Es enorme! Especialmente con la noche tan movidita que has tenido —añadió mordazmente.

Esquirolina se quedó de piedra. Sólo se movieron sus ojos verdes, que se posaron en el rostro de su hermana.

—¿Y quién dice eso?

—Yo lo sé. Has estado despierta casi toda la noche. ¿Qué es lo que pasa? Ha sido algo más que una breve caza; lo sé.

Esquirolina bajó la vista al suelo.

—Oh, bueno, me comí una rana antes de acostarme —masculló—. Debió de sentarme mal; eso es todo.

Hojarasca clavó las uñas en la tierra, ablandada por la lluvia. Estaba haciendo un gran esfuerzo por mantener la calma. Sabía con certeza que Esquirolina estaba mintiendo, y una parte de ella deseaba ponerse a chillar como una cachorrita: «¡Eres mi hermana! ¡Tendrías que confiar en mí!».

—Oh, una rana —maulló—. Deberías haber venido a verme para que te diera algunas hierbas.

—Sí, bueno…

Esquirolina arañó el suelo con su única zarpa blanca. Hojarasca notaba su incomodidad en sus orejas gachas y la mirada culpable que le lanzó, pero no lo sintió lo más mínimo. ¿Por qué estaba mintiendo?

—Ahora ya me encuentro bien —aseguró Esquirolina—. No quería hacer una montaña de un grano de arena.

Miró alrededor, aliviada, cuando Carbonilla apareció por la boca de la guarida. Su pelaje gris oscuro estaba alborotado, y llevaba en la boca un fardo envuelto en hojas.

—Carne fresca, ya veo —maulló—. Esquirolina, ¡qué conejo tan espléndido! Gracias.

Esquirolina se dio un lametón en el omóplato, con los ojos relucientes por la alabanza de la curandera, pero seguía evitando la mirada de su hermana.

Carbonilla recogió de nuevo el paquete y cruzó el claro cojeando para sentarse delante de Hojarasca. Muchas estaciones atrás, cuando Carbonilla era aprendiza de Estrella de Fuego, se había herido una de las patas traseras en un accidente en el Sendero Atronador. Había sido incapaz de finalizar su entrenamiento como guerrera, pero mientras se recuperaba bajo los cuidados de Fauces Amarillas, la curandera de entonces del Clan del Trueno, había descubierto un nuevo camino al servicio de su clan.

—Hojarasca, llévale esto a Cola Moteada —maulló Carbonilla—. Son semillas de adormidera; la ayudarán a descansar, porque tiene un espantoso dolor de muelas. No olvides decirle que no se exceda con la cantidad.

—Sí, Carbonilla.

Hojarasca tomó el paquete y salió a toda prisa del claro, después de lanzar una última mirada a su hermana. Ya no había oportunidad de preguntarle nada más, y Esquirolina seguía negándose a mirarla. Hojarasca notó un hormigueo por todo el cuerpo con un presentimiento, y se preguntó qué podría haber pasado para que se abriera aquel abismo entre ellas.

—¡Agua! ¡Ayuda! ¡Agua por todas partes! ¡Nadad! —aulló Zarzoso, y se atragantó cuando un agua áspera y salada le llenó la boca, empapándole el pelo y tirando de él.

Pataleó frenéticamente, luchando por mantener la cabeza por encima de la superficie. Estiró el cuello, intentando localizar la línea de carrizos que deberían señalar la orilla opuesta, pero lo único que pudo ver fueron olas agitadas e interminables de color verde azulado. En el horizonte vislumbró el sol, hundiéndose en las olas en un charco de llamas, mientras sus rayos ponientes dibujaban una senda de sangre que se extendía hacia él. Entonces volvió a sumergirse, y el agua fría y salada le llenó de nuevo la boca.

«¡Me estoy ahogando! —se lamentó Zarzoso en silencio, luchando por su vida—. ¡Que el Clan Estelar me ayude!».

Asomó de nuevo a la superficie, y una fuerte corriente se arremolinó alrededor de sus patas traseras, que se bamboleaban con impotencia. Ahogándose y buscando aire entre resuellos, se encontró ante un muro de roca arenosa. ¿El agua lo había arrastrado hasta el desfiladero? No; aquellos acantilados verticales eran todavía más altos. Al pie de éstos, las olas lamían un oscuro agujero, bordeado de piedras afiladas con aspecto de boca abierta. El pavor de Zarzoso aumentó cuando se dio cuenta de que las turbulentas aguas estaban llevándolo directamente hacia las fauces de roca.

—¡No! ¡No! —aulló—. ¡Socorro!

Se revolvió pataleando de pánico, pero estaba cada vez más débil, y su pelo empapado lo arrastraba hacia abajo. Las olas seguían empujándolo hacia delante, rompiendo contra las piedras. Ahora la boca oscura se alzó frente a él, escupiendo espuma salada, como si estuviera a punto de engullirlo vivo…

Entonces abrió los ojos. Sobre su cabeza había hojas, no acantilados cortados a pico, y se hallaba sobre un suelo arenoso cubierto de musgo, no hundiéndose en unas aguas insondables. Zarzoso tembló de alivio al descubrir que estaba tumbado en su lecho de la guarida de los guerreros. El rugido de las olas se transformó en el susurro del viento entre las ramas del techo. Por el dosel de hojas se había colado agua, que le goteaba sobre el

cuello, y Zarzoso comprendió que por fin había llegado la lluvia. Tenía la garganta irritada, como si se hubiera bebido un río entero de agua salada, y la boca seca.

Se incorporó desazonado. Manto Polvoroso levantó la cabeza para mascullar:

—Pero ¿qué pasa contigo? ¿No puedes estarte callado y dejarnos dormir a los demás?

—Lo siento —maulló el joven.

Empezó a retirarse el musgo del pelo con el corazón todavía desbocado, como si fuera a salírsele del pecho. Se sentía tan débil y exhausto como si de verdad hubiera estado luchando por salvar la vida en aquella extraña agua.

Poco a poco, el incremento de luz en la guarida le indicó que el sol había salido. Se puso en pie a duras penas para asomarse entre las ramas, bizqueando mientras buscaba un charco en el que saciar su sed.

Una fresca brisa estaba llevándose las nubes. Delante de Zarzoso, el claro se hallaba iluminado por la tenue luz amarilla del sol naciente, que se reflejaba en los charcos del suelo y el rocío de las ramas. El bosque entero parecía estar bebiendo la revitalizante agua; los árboles alzaban sus hojas polvorientas para atrapar todas las resplandecientes gotitas.

—¡Gracias al Clan Estelar! —exclamó Musaraña, saliendo de la guarida junto a Zarzoso—. Casi había olvidado cómo huele la lluvia.

Zarzoso cruzó el claro tambaleándose hasta un charco cerca del pie de la Peña Alta, donde bebió, tratando de borrar el sabor a sal de su boca. Nunca había imaginado que el agua pudiera saber salada. Como los demás gatos, en ocasiones lamía la sal de la superficie de algunas rocas, o la saboreaba en la sangre de las presas, pero el recuerdo de beber agua salada le provocó un hormigueo por todo el cuerpo.

Una última racha de lluvia alteró los charcos y eliminó la sensación de Zarzoso de tener el pelo pegajoso y salado. Al levantar la cabeza para disfrutar de aquella ducha fría y punzante, vio cómo Estrella de Fuego salía de su guarida tras la Peña Alta y se volvía para hablar con el gato que lo seguía. A Zarzoso lo sorprendió ver que se trataba de Cuervo.

—Los Dos Patas siempre están haciendo cosas raras —decía Estrella de Fuego mientras se acercaban al joven guerrero—. Te agradezco que hayas venido hasta aquí sólo para contárnoslo, pero la verdad es que no creo que eso tenga nada que ver con nosotros.

Cuervo parecía incómodo.

—Ya sé que a menudo los Dos Patas actúan sin razón, pero nunca había visto nada semejante. Hay muchos más que antes en el Sendero Atronador, y se pasean por el borde con mantos brillantes de colores vivos. Y tienen nuevas clases de monstruos… ¡que son gigantescos!

—Sí, Cuervo, eso ya me lo has dicho. —Estrella de Fuego sonó algo impaciente con su viejo amigo—. Pero no hemos visto a ninguno de ellos en nuestro territorio. Te diré qué… —Se detuvo para restregar el hocico afectuosamente contra el flanco de Cuervo—. Les diré a las patrullas que tengan los ojos más abiertos de lo habitual, a ver si descubren algo fuera de lo común.

Cuervo sacudió los omóplatos.

—Supongo que eso es lo único que puedes hacer.

—Y tú podrías pasar por el campamento del Clan del Viento de camino a casa —propuso Estrella de Fuego—. Ellos viven más cerca que nosotros de esa parte del Sendero Atronador, de modo que Estrella Alta debería saber si ocurre algo raro.

—Sí, Estrella de Fuego, lo haré.

—Espera un momento. Tengo una idea mejor. ¿Por qué no voy contigo parte del camino? Podría encabezar una patrulla hasta los Cuatro Árboles al mismo tiempo. Quédate aquí, que voy en busca de Látigo Gris y Tormenta de Arena.

Estrella de Fuego desapareció en la guarida de los guerreros sin esperar a que su amigo contestara.

Cuando el líder se hubo ido, Cuervo reparó en Zarzoso y lo saludó con la cabeza.

—Hola, ¿cómo estás? —le preguntó—. ¿Qué tal van las presas?

—Bien. Todo va bien. —Zarzoso notó que todavía le temblaba la voz, de modo que no le extrañó que Cuervo lo observara más atentamente.

—Tienes aspecto de haberte pasado la noche huyendo de una horda de tejones —maulló el solitario—. ¿Te sucede algo?

—En realidad nada… —Zarzoso arañó el suelo—. He tenido un sueño; eso es todo.

Cuervo lo miró con expresión amistosa.

—¿Quieres contármelo?

—La verdad es que es una tontería —murmuró el joven.

Se le volvieron a llenar los oídos con el estruendo de las olas rompiendo y aullando contra los acantilados, y de repente se encontró contándoselo todo a Cuervo: la enorme extensión de agua, su sabor salado cuando le entraba en la boca, la gruta negra abierta en el acantilado que amenazaba con engullirlo, y, lo más alarmante de todo, el sol hundiéndose en un charco de fuego rojo como la sangre.

—Ese sitio no puede ser real —concluyó—. Pero no sé por qué no logro quitarme ese sueño de la cabeza. Como si no tuviera nada más en que pensar —añadió muy serio.

Para su sorpresa, Cuervo no se apresuró a decir que él también había tenido un sueño sin ningún significado sobre un lugar que sólo existía en su turbada imaginación. En vez de eso, el gato negro se quedó callado un largo rato, con ojos pensativos.

—Agua salada, acantilados —murmuró al cabo—. Ese lugar es real. He oído hablar de él, aunque jamás lo he visto personalmente.

—¿Re… real? ¿Qué quieres decir? —Zarzoso se quedó mirándolo sin pestañear mientras se le empezaba a erizar el pelo.

—A veces aparecen por nuestra granja gatos solitarios, cuando viajan lejos y necesitan refugio para pasar la noche y un ratón o dos —explicó Cuervo—. Son gatos que viven hacia el lugar donde se pone el sol. Nos han contado a Centeno y a mí que existe un sitio donde hay más agua de la que nunca podrías imaginar, como si fuera un río con sólo una orilla, y que el agua está demasiado salada para beberla. Todas las noches, en un destello de fuego, se traga al sol, que se desangra en las olas sin el menor sonido.

Zarzoso se estremeció. Las palabras del solitario le hicieron revivir su sueño de forma tan gráfica que se sintió desazonado.

—Sí. En el sueño he visto el sitio donde se ahoga el sol. ¿Y qué hay de la cueva oscura con dientes?

—No sé nada de eso —admitió Cuervo—. Pero habrás tenido ese sueño por alguna razón. Ten paciencia, y quizá el Clan Estelar te muestre más.

—¿El Clan Estelar? —Zarzoso notó que le daba un vuelco el corazón.

—¿Cómo podrías haber soñado con un lugar que jamás has visto a menos que fuera la voluntad del Clan Estelar? —replicó el gato negro.

Zarzoso debía admitir que las palabras del visitante tenían lógica.

—Digamos que ha sido el Clan Estelar quien me ha enviado el sueño sobre el lugar donde se ahoga el sol —empezó—. ¿Crees que el Clan Estelar está diciéndome que fuese hasta allí?

A Cuervo se le dilataron los ojos de la sorpresa.

—¿Ir hasta allí? ¿Por qué?

—Bueno, antes de éste tuve otro sueño —se explicó Zarzoso, incómodo—. Yo… me encontraba con Estrella Azul en el bosque. Ella me hablaba de una nueva profecía, que un gran peligro amenaza al bosque. Decía que me habían elegido… —No mencionó a los gatos de los otros clanes. Aunque Cuervo ya no viviera de acuerdo con el código guerrero, no aprobaría que se reuniera en secreto con rivales, como él había hecho—. ¿Por qué yo? —terminó, confundido—. ¿Por qué no Estrella de Fuego? Él sabría qué hacer.

El solitario lo observó solemnemente largo rato.

—También hubo una profecía sobre Estrella de Fuego —maulló al cabo—. El Clan Estelar prometió que el fuego salvaría el bosque, pero no explicó exactamente cómo. Estrella de Fuego nunca lo entendió, nunca supo que la profecía era sobre él, hasta que Estrella Azul se lo contó justo antes de morir.

Zarzoso le sostuvo la mirada, sin saber qué decir. Había oído hablar de la profecía del fuego (como todos los gatos de clan, pues era parte de las historias que se contaban sobre su líder), pero jamás se le había ocurrido que, alguna vez, Estrella de Fuego hubiera podido sentirse tan confuso como estaba él ahora.

—Hubo un tiempo en que Estrella de Fuego era un joven guerrero como tú —continuó Cuervo, como si pudiera leerle el pensamiento—. A menudo se preguntaba si estaba tomando las decisiones correctas. Oh, sí, ahora es un

héroe, salvó al bosque, pero, para empezar, su tarea parecía tan imposible como la tuya… se trate de lo que se trate. La profecía de Estrella de Fuego se cumplió —añadió—. Quizá ahora sea tu momento. Recuerda que al Clan Estelar no le gusta hacer las cosas obvias. Nos mandan profecías, pero jamás nos dicen exactamente cómo deberíamos actuar. Esperan de nosotros que mostremos valor y lealtad para lograr el objetivo, al igual que hizo Estrella de Fuego.

Zarzoso se quedó perplejo con el modo reverencial en que Cuervo, un solitario que había elegido no habitar en ningún clan, hablaba del Clan Estelar. Para su sorpresa, el gato negro murmuró:

—Que viva fuera del bosque no significa que rechace el código guerrero. Es un noble camino para que lo sigan los gatos, y yo lo defendería tan gustosamente como cualquier guerrero.

Le hizo un gesto amistoso cuando Estrella de Fuego regresó con Látigo Gris y Tormenta de Arena. Zarzoso se despidió con un murmullo y se quedó mirando cómo los cuatro amigos cruzaban el claro y desaparecían por el túnel de aulagas.

Si los sueños eran verdaderos —los dos—, entonces tenía una gran tarea por delante. No sabía cómo encontrar el agua salada, sólo que debería seguir al sol poniente. E ignoraba a qué distancia estaría; mucho más lejos de lo que jamás había ido ningún gato del bosque, eso seguro.

Las palabras de Cuervo resonaron en sus oídos: «Quizá ahora sea tu momento».

¿Habrían soñado también los otros tres gatos con el sitio donde se ahogaba el sol? «¿Y si Cuervo tiene razón? —se preguntó Zarzoso—. ¿Qué debería hacer ahora?».



7

Zarzoso salió cautelosamente de entre la vegetación y fue hasta el borde de los árboles que había frente a la ribera, saboreando el aire en busca de olor a gatos. Los rastros del Clan del Trueno eran viejos, aunque del otro lado del cauce llegaban olores del Clan del Río. Con la esperanza de que no lo viera nadie, Zarzoso se deslizó rápidamente hasta la orilla.

Un agua marrón corría turbulentamente ante él. Durante el día había llovido más, aunque las nubes ya estaban disipándose y dejaban pasar una tenue luz solar, de modo que el bosque humeaba. El río estaba crecido, y los pasaderos casi sumergidos, así que Zarzoso tuvo que prepararse antes de atreverse a saltar a la primera piedra.

Iba a visitar a Plumosa y Borrascoso. Había estado pensando todo el día en el segundo sueño, y cada vez estaba más convencido de que debían viajar al lugar donde se ahogaba el sol para saber lo que el Clan Estelar tenía que decirles. El sueño había sido demasiado real para menospreciarlo; todavía podía notar el sabor de la sal en la boca, y se estremeció cuando el agua que chocaba contra los pasaderos le salpicó el hocico, esperando casi que tuviera ese intenso sabor. Y tenían que marcharse de inmediato; le picaba la piel con una extraña sensación de urgencia, como una advertencia de que no podían esperar a la siguiente Asamblea. Si los demás gatos elegidos habían tenido el mismo sueño, no costaría mucho convencerlos.

Todavía no le había hablado a Esquirolina del segundo sueño. Aunque se sentía culpable por no haber mantenido su promesa, era consciente de que, si la aprendiza se enteraba del viaje que él estaba planeando, querría ir

también. ¿Y qué pensaría Estrella de Fuego si Zarzoso arrastraba a su hija a lo desconocido?

La fría agua le lamió las patas cuando aterrizó en la primera piedra, desde donde se preparó para pasar a la siguiente. Antes de hacerlo, examinó de nuevo la orilla opuesta. Aunque ahora había amistad entre el Clan del Río y el Clan del Trueno, no estaba seguro de que lo recibieran bien si entraba en el territorio vecino sin ser invitado. Preferiría encontrar a Borrascoso y Plumosa antes de que ningún otro gato supiera que estaba allí.

Consiguió llegar a la otra piedra, y a la siguiente, temblando cuando la fría agua le salpicaba el pelo. El siguiente pasadero había desaparecido por completo, con sólo un remolino de agua indicando dónde estaba. Con los ojos clavados en ese punto, Zarzoso saltó, pero le resbalaron las patas sobre la superficie sumergida y se encontró chapoteando en el agua. Soltó un aullido alarmado mientras se le hundía la cabeza. Lo invadió el terror al verse empujado al fondo, entre olas verdiazuladas como las de su sueño. Propulsándose hacia arriba, logró emerger, y vio carrizales en vez de acantilados de color arena; y agua de color marrón grisáceo, no olas. La corriente estaba arrastrándolo a la ribera opuesta, y Zarzoso pataleó con fuerza. Para su alivio, sus patas tocaron guijarros, y al cabo de un segundo consiguió hacer pie y avanzar caminando penosamente. Resollando, se encaramó a la orilla, donde se sacudió vigorosamente.

De repente, captó el olor del Clan del Río y se escondió en una mata de helechos para espiar entre las hojas. Al cabo de un instante dio las gracias al Clan Estelar en un murmullo: Plumosa y Borrascoso, los dos guerreros a los que quería ver, aparecieron por la ribera.

Zarzoso salió de golpe de entre los helechos y se plantó temblando ante los dos hermanos.

—Hola —maulló.

—¡Por el gran Clan Estelar! —Borrascoso lo miró de arriba abajo—. ¿Has estado nadando?

—Me he caído de los pasaderos. Plumosa, ¿puedo hablar contigo?

—Por supuesto. ¿Seguro que estás bien?

—Sí, estoy bien. Plumosa, ¿has tenido otro sueño?

La gata gris pareció desconcertada.

—No, ¿por qué? ¿Tú sí?

—Sí.

Después de sentarse en la hierba para poder hablar más cómodamente, Zarzoso les contó en pocas palabras lo del sitio donde se ahogaba el sol y la cueva con dientes. Mientras lo hacía, sintió cómo se le erizaba de nuevo todo el pelo de miedo.

—Esta mañana he hablado con Cuervo, lo conocéis, ¿no?, el solitario que vive cerca de las Rocas Altas. Dice que el lugar donde se ahoga el sol es real. Y también me ha dicho que las profecías del Clan Estelar siempre son imprecisas. Necesitamos la fe y el valor de los guerreros para comprenderlas, y confiar en que el Clan Estelar desea que hagamos lo correcto.

—¿Y qué es lo correcto? —inquirió Borrascoso.

—Yo… creo que deberíamos ir al lugar donde se ahoga el sol —contestó Zarzoso, con el estómago revuelto de la tensión—. Allí es donde el Clan Estelar nos contará lo que debemos saber.

Plumosa había escuchado en silencio, mirándolo fijamente con sus ojos azules. Cuando Zarzoso terminó de hablar, ella asintió despacio.

—Creo que tienes razón.

—¿Qué? —Borrascoso se levantó de un salto—. ¿Estáis locos? Ni siquiera sabéis dónde está ese lugar.

Plumosa lo tocó con la cola.

—No, pero el Clan Estelar nos guiará.

Zarzoso esperó en tensión. Si Borrascoso no aprobaba el plan, podría contarle a Estrella Leopardina lo que estaba sucediendo, y el Clan del Río impediría que Plumosa se marchara con él.

El guerrero gris se paseó a lo largo de la orilla, arriba y abajo, con la cola erizada de nervios.

—Fe y valor… desde luego que los necesitaríamos si fuéramos a ese lugar —masculló—. Todavía no estoy convencido de que tengas razón, eso que te quede claro —añadió ceñudo para Zarzoso—. Pero, si no tienes razón, quizá el Clan Estelar nos envíe otra señal para que regresemos.

A Plumosa se le iluminaron los ojos.

—¿Significa eso que vas a venir con nosotros?

—Intenta impedírmelo —replicó su hermano, muy serio. Luego se volvió hacia Zarzoso—. Sé que yo no he tenido ningún sueño, pero un guerrero extra podría resultar útil.

—Es cierto. —Zarzoso se sentía tan aliviado de haber conseguido su aprobación que no quiso discutir—. Gracias, a los dos.

—Bueno, ¿y cuándo nos vamos? —preguntó Borrascoso.

—Yo había pensado en el día anterior a la media luna —propuso Zarzoso—. Eso nos daría tiempo suficiente para hablar con los demás.

Tras ponerse en pie, se dirigió hacia la orilla. El sol estaba descendiendo, rojo, tras bandas de nubes oscuras. El viento alborotó el pelo casi seco de Zarzoso, que se estremeció de nuevo, menos por frío que por la idea del camino que tenían que recorrer.

—Sé que Trigueña vendrá si se lo pido —maulló—, pero ¿qué me decís de Corvino? Ese aprendiz preferiría comer cagarrutas de zorro a viajar con nosotros. Pero, si no vamos juntos todos los gatos elegidos por el Clan Estelar, la profecía podría malograrse.

—Corvino lo entenderá —intentó tranquilizarlo Plumosa, y Zarzoso deseó tener tanta confianza como ella.

—Te ayudaremos a convencerlo —repuso Borrascoso—. Todos los días baja a beber al río a la puesta de sol. Ahora es demasiado tarde, de modo que ¿por qué no nos encontramos mañana junto al puente y hablamos todos con él?

—De acuerdo. —Zarzoso le guiñó un ojo, agradecido. De algún modo, la profecía parecía pesar menos compartida con amigos—. Eso si acude, con toda esta lluvia. Tened en cuenta que el Clan del Viento ya debería disponer de agua.

—Si Corvino no viene —replicó Plumosa con tono decidido—, tendremos que pensar en otra cosa.

Llovió más durante la noche. Sin duda, los arroyos del páramo donde vivía el Clan del Viento estarían llenos de nuevo, y eso ponía a Zarzoso más nervioso que nunca, pues Corvino tal vez no acudiese al territorio del Clan del Río a beber. Estuvo todo el día intranquilo; Nimbo Blanco y Manto

Polvoroso, con los que salió en una partida de caza, no dejaron de preguntarle si tenía hormigas en el pelo.

Cuando el montón de carne fresca quedó reabastecido, Zarzoso se las arregló para escabullirse solo del campamento. Deseaba evitar en especial a Esquirolina, que seguro que le preguntaría adónde iba.

El sol estaba descendiendo para cuando alcanzó la frontera con el Clan del Río, con el puente de Dos Patas a la vista. No pasó mucho tiempo antes de que viera que los dos hermanos del Clan del Río subían por la ribera y cruzaban corriendo el puente con la cabeza gacha. Borrascoso hizo una señal con la cola, y Zarzoso traspasó la frontera para reunirse con él y con Plumosa cerca del final del puente.

—Será mejor que nos escondamos —maulló Borrascoso—. No sabemos cuántos gatos del Clan del Viento vendrán, y se supone que tú no estás aquí.

Zarzoso asintió. Los tres se ocultaron bajo un espino, no lejos del lugar al que los miembros del Clan del Viento iban a beber. Justo debajo de su escondrijo, el río fluía ruidosamente; su agua marrón coronada de espuma al salir del desfiladero.

No tuvieron que esperar mucho antes de captar un fuerte olor al Clan del Viento; un grupo de gatos apareció desde los Cuatro Árboles. El líder, Estrella Alta, iba en cabeza, seguido de Bigotes y de un guerrero rojizo que Zarzoso no conocía. Detrás iban más, y a Zarzoso se le aceleró el corazón cuando reconoció a Corvino entre ellos, con su mentor, Enlodado.

Los gatos del Clan del Viento descendieron la pendiente hasta la orilla, donde se agacharon para beber. Frustrado, Zarzoso vio que Corvino se hallaba en el centro del grupo, demasiado lejos para llamarlo sin que los demás lo oyeran.

—Tendré que ir a por él —murmuró Plumosa.

La guerrera abandonó el arbusto de espino y se encaminó al río.

Zarzoso vio cómo Plumosa saludaba a los gatos del Clan del Viento y se detenía a hablar brevemente con Flor Matinal, una de las veteranas del clan. Su conversación fue cortés, aunque no amistosa. Zarzoso se preguntó cuánto duraría la incómoda alianza sobre el agua ahora que la sequía había terminado.

Pronto Plumosa estuvo al lado de Corvino, agachándose a beber. Zarzoso clavó las uñas en la tierra al advertir que la gata se incorporaba de nuevo, se sacudía el agua del hocico y regresaba hacia el arbusto. Corvino no la siguió; ¿acaso había decidido que no quería tener nada más que ver con la misión, o es que Plumosa había sido incapaz de decirle lo de la reunión?

—¿Qué ocurre? —siseó Zarzoso cuando Plumosa se metió de nuevo bajo el espino—. ¿Has hablado con él?

—Toda va bien —contestó, restregándole el hocico contra el costado—. Va a venir. Sólo que no quiere que su clan lo vea.

Mientras ella estaba hablando, Corvino se separó de la orilla andando hacia atrás y se encaminó al arbusto. Sus compañeros de clan seguían bebiendo. A un par de zorros de distancia, el aprendiz miró alrededor como si nada y luego desapareció en el espino antes de que nadie se diera cuenta.

Mientras las hojas del arbusto susurraban a su alrededor, Corvino fulminó con la mirada a Zarzoso; sus ojos verdes estaban cargados de hostilidad.

—Me había parecido oler al Clan del Trueno —gruñó—. ¿Qué queréis ahora?

Zarzoso intercambió una mirada dubitativa con Plumosa. Aquél no era un buen comienzo.

—He tenido otro sueño —empezó, tragando saliva nerviosamente.

—¿Qué clase de sueño? —le espetó Corvino con voz fría—. Yo no he tenido ninguno. ¿Por qué el Clan Estelar te mandaría un sueño a ti y a mí no?

A Borrascoso se le erizó el pelo, y Zarzoso se mordió la lengua para no contestar mal.

—No lo sé —admitió.

Corvino respondió con un gruñido, pero escuchó en silencio cómo Zarzoso describía lo que había visto.

—Cuervo, el solitario que vive en el extremo más lejano de vuestro territorio, visitó ayer mi campamento. Me contó que el lugar donde se ahoga el sol es real. Yo… yo creo que el Clan Estelar está indicándonos que

vayamos allí. Y deberíamos ir pronto, todos nosotros, por si el resto de la profecía se cumple y los clanes corren peligros insalvables.

A Corvino se le salieron los ojos de las órbitas.

—No puedo creer lo que estoy oyendo —maulló—. Nos pides que abandonemos a nuestros clanes para pegarnos una caminata hasta lo desconocido… ¡que el Clan Estelar sabrá lo lejos que está!… sólo porque has tenido un sueño que ninguno de nosotros ha tenido, ¿no es así? ¿Quién se ha muerto y te ha convertido en líder?

A Zarzoso le costaba mirarlo a los ojos. Corvino sólo estaba expresando en voz alta las mismas dudas que tenía él.

—No estoy intentando ser líder —tartamudeó—. Solamente te estoy diciendo lo que creo que el Clan Estelar desea.

—Yo estoy dispuesta a ir —intervino Plumosa—. Aunque no haya tenido otro sueño.

—Entonces tú eres más descerebrada aún que él —replicó Corvino—. Bien, pues yo no iré. Pronto me nombrarán guerrero. He trabajado muy duro para conseguirlo, y no voy a abandonar el clan cuando estoy tan cerca de finalizar mi entrenamiento.

—Pero, Corvino… —empezó a protestar Zarzoso.

—¡No! —El aprendiz le mostró los colmillos con un gruñido—. No voy a ir. ¿Qué opinaría mi clan?

—Quizá te honren por esto —maulló Borrascoso muy serio—. ¡Piénsalo, Corvino! Si de verdad nos acechan nuevos peligros, peligros peores que cualquier cosa que hayamos visto hasta ahora, ¿qué les parecerán a los clanes los gatos que los ayuden? Comprenderán cuánta fe tuvimos en el Clan Estelar, confiando en que nos estaba guiando a una misión genuina, y todos sabrán cuánto valor necesitamos para hacerlo.

—Pero ¡a ti no te han elegido! —señaló Corvino—. A ti ni te va ni te viene.

—Quizá no, pero voy a ir igualmente —declaró Borrascoso.

—La razón de que el Clan Estelar no esté dándonos instrucciones claras es que quiere que demostremos fe y coraje —añadió Zarzoso—. Ésas son las cualidades que necesitan los auténticos guerreros.

—¡Por favor, Corvino! —exclamó Plumosa con ojos brillantes—. La misión podría fracasar sin ti. Recuerda que eres uno de los elegidos: el único aprendiz seleccionado por el Clan Estelar. Nuestros antepasados deben de creer que puedes hacerlo.

Corvino vaciló mirando a la guerrera. La roja luz de la puesta de sol se había desvanecido, dejándolos en penumbra, y Zarzoso pudo oler y oír a los gatos del Clan del Viento, pasando ante el arbusto de camino a su territorio. Corvino tendría que marcharse antes de que repararan en su ausencia; no quedaba tiempo para suplicar ni razonar con él.

—De acuerdo —maulló Corvino al fin—. Iré. —Miró a Zarzoso entornando los ojos—. Pero tú no empieces a decirme qué tengo que hacer. Con sueños o sin ellos, ¡no pienso aceptar órdenes tuyas!

Zarzoso avanzó por el túnel revestido de piedra que pasaba por debajo del Sendero Atronador, sorteando los charcos que se habían formado a causa de la lluvia. Estaba rodeado de oscuridad, junto con el hedor del Clan de la Sombra.

Había ido hasta allí directamente tras el encuentro con Corvino. Los hermanos del Clan del Río se habían ofrecido a acompañarlo, pero a él le parecía demasiado arriesgado. Yendo solo, resultaría menos amenazante si guerreros del Clan de la Sombra lo encontraban en su territorio. Al salir al otro lado del Sendero Atronador, olisqueó el aire en busca de rastros frescos del Clan de la Sombra, pero no detectó nada más que los aromas húmedos del terreno pantanoso. Con la barriga casi pegada al suelo, cruzó a la carrera un espacio abierto para refugiarse entre unos arbustos.

En el territorio del Clan de la Sombra había pocos árboles. La mayor parte del suelo estaba repleto de zarzales y ortigas, separados por charcas poco profundas. A Zarzoso se le hundían las patas en la tierra cenagosa con cada paso, y se estremeció conforme se le empapaba la barriga.

—¿Cómo lo soporta el Clan de la Sombra? —masculló—. ¡Esto está tan mojado que me sorprende que no tengan las zarpas palmeadas!

Tenía una idea bastante aproximada de dónde podría encontrar a Trigueña. Ella le había hablado una vez de un gigantesco castaño cerca del

arroyo que se internaba en el territorio del Clan del Trueno. Con ojos relucientes, Trigueña le había descrito su lugar favorito para disfrutar del sol y cazar ardillas; y Zarzoso se había preguntado si su hermana no añoraría secretamente los árboles del Clan del Trueno. Con un poco de suerte, ahora ella estaría allí.

Zarzoso localizó el arroyo y empezó a seguirlo; algunas veces apretaba los dientes para vadear las charcas, con la esperanza de ocultar su olor al Clan de la Sombra. Vio una patrulla cruzando el arroyo algo más adelante, y se agazapó detrás de una mata de cárices hasta que el grupo desapareció entre la vegetación y su olor se desvaneció.

No mucho después llegó al castaño. Sus raíces se retorcían a su alrededor, estirándose y hundiéndose en el arroyo. Zarzoso creyó detectar el olor de su hermana, pero bajo el espeso dosel de hojas estaba demasiado oscuro para verla.

—¡Trigueña! —llamó quedamente—. ¿Estás aquí?

La respuesta llegó como un peso que cayó sobre él, derribándolo. Zarzoso soltó un aullido de sorpresa que se interrumpió cuando le apretaron el hocico contra la húmeda tierra. Una zarpa se posó sobre su cuello, inmovilizándolo con las garras apenas envainadas, y una voz le gruñó al oído:

—¿Qué estás haciendo aquí, estúpida bola de pelo?

Zarzoso soltó un respingo de alivio. Las uñas retrocedieron y el peso desapareció, dejando que se levantara. Trigueña estaba sobre una de las raíces del árbol, observándolo.

—Si te encuentran aquí, acabarás hecho picadillo —resopló—. ¿Qué es lo que te pasa?

—Ha sucedido algo. He tenido otro sueño —se apresuró a contarle Zarzoso.

Trigueña se acomodó en la raíz para escuchar.

—De modo que Cuervo cree que ese lugar es real —musitó cuando su hermano hubo terminado—. Y tú crees que el Clan Estelar desea que vayamos allí. No piden demasiado, ¿verdad?

Zarzoso se sintió descorazonado.

—¿Significa eso que no vas a venir?

Trigueña agitó la cola con irritación.

—¿He dicho yo eso? Por supuesto que voy a ir, pero eso no significa que tenga que gustarme. Y ¿qué pasa con Borrascoso? ¿Por qué tiene que involucrarse en esto? El Clan Estelar no lo ha elegido a él.

Zarzoso suspiró.

—Lo sé, pero intenta impedírselo. Además, es un buen guerrero, y quizá nos alegremos de contar con su apoyo. No sabemos qué vamos a encontrarnos ahí fuera. Y otra cosa —añadió—: él y Plumosa lo hacen todo juntos. Creo que se debe a que tienen a su padre en otro clan.

—Eso lo entiendo —repuso Trigueña secamente, y Zarzoso comprendió la simpatía que podía sentir su hermana hacia los dos guerreros del Clan del Río.

El padre de Trigueña estaba muerto, y su hermano y su madre, Flor Dorada, se habían quedado en el Clan del Trueno. Tal vez la gata se sentía una extraña en el clan que había escogido. Pero Zarzoso reconocía el orgullo que le impediría a Trigueña admitir su soledad, y su determinación de ser una leal guerrera del Clan de la Sombra. Lo invadió la pena, no por primera vez, al pensar que Trigueña era una gran pérdida para el Clan del Trueno.

—Servirás bien a tu clan haciendo este viaje —le recordó Zarzoso.

—Eso es cierto. —Un dejo de emoción se coló en su voz, que sonó más fuerte—. El Clan Estelar debe de habernos escogido porque cree que somos los gatos adecuados. Debemos de tener algo que ofrecer que otros no pueden dar. —Bajó de la raíz de un salto para aterrizar con un leve sonido junto a Zarzoso—. El Clan de la Sombra tiene muchos guerreros fuertes para las patrullas. Pueden arreglárselas sin mí una temporada. ¿Cuándo nos marchamos?

Zarzoso soltó un ronroneo afectuoso.

—¡Ahora mismo no! Les he dicho a los otros que la noche anterior a la media luna. Nos encontraremos en los Cuatro Árboles.

Trigueña sacudió la cola entusiasmada.

—Estaré lista. Y ahora —añadió—, será mejor que te acompañe hasta la frontera. Incluso a un elegido por el Clan Estelar pueden despellejarlo por traspasar una frontera sin permiso.

8

—Las Rocas de las Serpientes son el mejor lugar del bosque para encontrar perifollo —explicó Carbonilla por encima del hombro mientras cojeaba por el camino sombreado por los helechos—. Pero ahora mismo no podemos ir allí, gracias a ese maldito tejón.

—Entonces, ¿el tejón sigue allí? —preguntó Hojarasca.

Ella y la curandera habían salido de expedición para recolectar hierbas. El sol brillaba espléndidamente en un cielo despejado de nuevo, la lluvia había reanimado a las plantas del bosque, y Hojarasca estaba disfrutando de la deliciosa frescura en sus zarpas mientras seguía a su mentora a lo largo del sendero.

—Eso ha dicho la patrulla del alba —contestó Carbonilla—. Ten los ojos bien abiertos por… ¡Ah!

Virando bruscamente, se internó en los helechos para ascender una pendiente arenosa, donde crecían varias matas de una hierba de intenso olor; ya no tenía flores, pero Hojarasca reconoció las largas hojas, y al acercarse más captó el dulce aroma del perifollo.

—Dime para qué se usa —le pidió Carbonilla, y empezó a morder la base de los tallos.

Hojarasca entornó los ojos, intentando recordar.

—El jugo de las hojas se emplea para las heridas infectadas —maulló—. Y mascar la raíz es bueno para aliviar el dolor de barriga.

—Muy bien —ronroneó Carbonilla—. Ahora puedes desenterrar algunas raíces, pero no demasiadas, o no habrá más en las próximas

estaciones.

La curandera siguió mordiendo tallos mientras Hojarasca comenzaba a cavar obedientemente para encontrar las raíces. El olor a perifollo las envolvió, y la aprendiza se sintió un poco mareada, pero al cabo de unos instantes empezó a oler a algo más… algo que le recordaba al hedor acre del Sendero Atronador, aunque no era exactamente igual.

Levantó la vista y descubrió una fina voluta de humo elevándose desde una mata de helechos secos, un poco más abajo en la ladera.

—Carbonilla, mira —maulló inquieta, señalando con la cola.

La curandera miró alrededor y se quedó helada, erizando el pelo de la nuca con un destello en sus ojos azules.

—¡Por el gran Clan Estelar, no! —exclamó con un grito ahogado.

Torpemente, debido a su pata herida, comenzó a bajar hacia el helecho humeante.

Hojarasca corrió tras ella y la adelantó con un par de saltos. Al acercarse al helecho, una luz abrasadora la deslumbró. Bizqueando, Hojarasca distinguió algo resplandeciente y transparente sobresaliendo del suelo, un desecho puntiagudo de los Dos Patas. El sol incidía directamente sobre él, y el helecho de detrás iba ennegreciéndose poco a poco mientras el humo subía hacia el cielo.

—¡Fuego! —bramó Carbonilla, llegando detrás de Hojarasca—. ¡Rápido!

De pronto, el helecho se prendió en llamas. La aprendiza retrocedió de un salto, apartándose de la oleada de calor. Al darse la vuelta para huir, vio que Carbonilla estaba inmóvil, contemplando la llamarada roja y naranja que brincaba ávidamente hacia los tallos resecos.

«¿Se habrá quedado paralizada de pánico?», se preguntó Hojarasca.

Tormenta de Arena le había hablado del espantoso incendio que había arrasado el campamento del Clan del Trueno hacía muchas lunas. Carbonilla había sobrevivido, pero algunos gatos no. A la curandera, el fuego debía de resultarle especialmente temible porque, con su pata herida, le costaría más salir corriendo.

Entonces Hojarasca advirtió que Carbonilla no tenía los ojos dilatados de pavor, sino de otra cosa. La curandera tenía la mirada fija y distante. Con

un escalofrío de las orejas a la punta de la cola, la aprendiza comprendió que su mentora estaba recibiendo un mensaje del Clan Estelar.

Tan deprisa como se había prendido, el fuego empezó a extinguirse, y Hojarasca soltó un suspiro de alivio. Las llamas se transformaron en relucientes brasas centelleantes, mientras las hojas de helecho se desintegraban en motas de ceniza. Carbonilla dio un paso atrás. Estaba aún más inestable que antes, y Hojarasca corrió a pegarse a su costado, sujetándola para ayudarla a sentarse.

—¿Lo has visto? —susurró la curandera.

—¿El qué, Carbonilla?

—En las llamas… un tigre saltando. Lo he visto con claridad: su enorme cabeza, las patas saltando, las rayas tan negras como la noche a lo largo de su cuerpo… —Hablaba con voz ronca—. Una premonición del Clan Estelar, el fuego y el tigre, juntos. Debe de significar algo, pero ¿qué?

Hojarasca negó con la cabeza.

—No lo sé —confesó, sintiéndose asustada e impotente.

Carbonilla se levantó con patas temblorosas, rechazando el intento de Hojarasca de ayudarla.

—Tenemos que volver directamente al campamento —maulló—. Estrella de Fuego debe saber esto de inmediato.

El líder del Clan del Trueno estaba solo en su guarida, debajo de la Peña Alta, cuando Carbonilla y Hojarasca regresaron. La curandera se detuvo delante de la cortina de liquen que cubría la entrada y llamó:

—¿Estrella de Fuego? Necesito hablar contigo.

—Entra —contestó la voz del líder.

Hojarasca siguió a su mentora y vio a su padre ovillado en el lecho de musgo, junto al muro más alejado. Tenía la cabeza levantada, como si Carbonilla lo hubiera despertado, y cuando las dos gatas entraron, el líder se puso en pie para desperezarse, arqueando el lomo y tensando los músculos bajo su pelaje color fuego.

—¿Qué puedo hacer por vosotras?

Carbonilla cruzó la guarida hasta él, y Hojarasca se sentó en silencio junto a la entrada, enroscando la cola alrededor de las patas mientras intentaba ahogar su sensación de peligro cercano. Nunca había visto que Carbonilla recibiera un mensaje de sus antepasados guerreros, y la desazonaba el temor que había captado en los ojos de su mentora durante el camino de regreso a través del húmedo y reverdecido bosque.

—El Clan Estelar me ha mandado una premonición —empezó la curandera. Describió cómo la basura de los Dos Patas había atraído los rayos de sol y prendido el helecho—. En las llamas he visto un tigre saltando. Fuego y tigre, juntos, devorando el helecho. Un poder semejante, desatado, podría destruir el bosque.

Estrella de Fuego se hallaba sentado sobre las patas traseras, y sus ojos verdes estaban clavados en el rostro de la curandera tan atentamente que Hojarasca casi esperó que el pelo gris de su mentora empezara a humear como el helecho que había ardido bajo la luz del sol.

—He estado tratando de descifrar el mensaje —maulló Carbonilla—. No estoy segura de acertar, pero… en la vieja profecía, «el fuego salvará al clan», «el fuego» eras tú, Estrella de Fuego.

El líder del Clan del Trueno dio un respingo sorprendido.

—¿Crees que ahora también se refiere a mí? Bueno… quizá, pero ¿qué me dices del «tigre»? Estrella de Tigre está muerto.

A Hojarasca se le revolvió el estómago cuando su padre nombró con tanta tranquilidad al temible gato que había derramado tanta sangre en su afán de poder.

—Estrella de Tigre está muerto… pero su hijo vive —señaló Carbonilla con voz queda.

Lanzó una mirada a Hojarasca, sentada en las sombras, como si dudara de si su aprendiza debería oír aquello. La joven permaneció inmóvil, decidida a escuchar hasta el final.

—¿Zarzoso? —exclamó Estrella de Fuego—. ¿Me estás diciendo que él va a destruir el bosque? Vamos, Carbonilla. Zarzoso es tan leal como cualquier guerrero del clan. Recuerda cómo peleó con nosotros en la batalla contra el Clan de la Sangre.

Hojarasca sintió un repentino impulso de salir en defensa de Zarzoso, pero ella no era nadie para hablar allí. No conocía al joven guerrero especialmente bien, pero cierto instinto gritaba en su interior: «¡No! Él jamás le haría ningún daño a su clan, ni al bosque».

—Estrella de Fuego, usa la cabeza. —Carbonilla sonó irritada—. Yo no he dicho que Zarzoso vaya a destruir el bosque. Pero, si «tigre» no se refiere a él, entonces ¿a qué gato se refiere? Y otra cosa… si «tigre» es el hijo de Estrella de Tigre, quizá «fuego» sea la hija de Estrella de Fuego.

Hojarasca se encogió como si un tejón le hubiera clavado los colmillos.

—Oh, no estaba hablando de ti. —Carbonilla se volvió hacia su aprendiza con ojos levemente risueños—. Te tendré vigilada; no te preocupes. —Volviéndose de nuevo hacia Estrella de Fuego, añadió—: Creo que lo más probable es que aluda a Esquirolina. Al fin y al cabo, ella tiene el pelo rojizo como tú.

El alivio que había sentido Hojarasca duró poco, engullido por el miedo y la angustia al comprender hacia dónde se dirigía la lógica de la curandera. Su propia hermana, la criatura a la que ella quería más que a nada en el mundo… ¿iba a hacer, según una profecía, algo tan horrible que su nombre sería maldecido por todos los clanes, al igual que ahora las reinas contaban a los cachorros que, si eran malos, el pavoroso Estrella de Tigre acudiría a llevárselos?

—Mi hija… es testaruda, sí, pero no peligrosa… —Los ojos de Estrella de Fuego estaban profundamente turbados; Hojarasca advirtió que su padre respetaba demasiado la sabiduría de Carbonilla para rebatir su argumentación, aunque fuera tan amarga como la bilis de ratón—. ¿Qué crees que debo hacer? —preguntó con impotencia.

Carbonilla negó con la cabeza.

—Eso es decisión tuya, Estrella de Fuego. Yo sólo puedo transmitirte lo que el Clan Estelar me ha mostrado. El fuego y el tigre, juntos, y peligro para el bosque. Pero te recomiendo que no se lo cuentes al clan todavía, no hasta que yo reciba otra señal. Sólo les causaría pánico, y eso empeoraría las cosas. —Giró la cabeza para mirar fríamente a Hojarasca—. No digas nada de esto, por tu lealtad al Clan Estelar.

—¿Ni siquiera a Esquirolina? —preguntó la aprendiza, nerviosa.

—A Esquirolina menos que a nadie.

—Yo debo contárselo a Látigo Gris —maulló Estrella de Fuego—. Y a Tormenta de Arena… ¡El Clan Estelar sabe lo que pensará Tormenta de Arena de esto!

Carbonilla asintió.

—Creo que eso es sensato.

—Y quizá también sea recomendable mantener separados a Zarzoso y Esquirolina —añadió Estrella de Fuego casi para sí mismo. Hojarasca vio que se sentía dividido entre hacer lo mejor para el clan y sus profundos sentimientos hacia su hija y el guerrero del que había sido mentor—. No debería ser difícil; ella es aprendiza, y él, guerrero —continuó—. Nos aseguraremos de que tengan mucho que hacer, cada uno por su lado. Tal vez el Clan Estelar mande otro augurio para decirnos que el peligro ha pasado —concluyó, mirando esperanzado a Carbonilla.

—Tal vez —repuso la curandera, pero su tono no era tranquilizador. Se levantó y sacudió la cola para que Hojarasca la siguiera—. Si eso sucede, tú serás el primero en saberlo.

Inclinó la cabeza y retrocedió hacia la salida. Hojarasca se dispuso a seguirla, pero antes corrió hasta su padre y enterró el hocico en su pelo, con el deseo de que la reconfortara y de reconfortarlo a su vez a él. Significara lo que significase aquel presagio, a ella le daba miedo. Notó cómo Estrella de Fuego le pasaba la áspera lengua por la oreja, cálidamente. Los ojos de ambos se encontraron y la aprendiza vio reflejados en ellos su temor y su angustia.

Entonces Carbonilla la llamó desde el exterior, y el momento pasó. Hojarasca inclinó la cabeza ante su líder y lo dejó solo, a la espera de nuevas noticias del Clan Estelar sobre el destino de sus gatos.



9

Zarzoso escogió un carnoso estornino del montón de carne fresca y se lo llevó a unos pasos de distancia antes de empezar a comérselo. Era mediodía, y el claro estaba lleno de gatos que disfrutaban de la calidez del momento. Zarzoso vio a Hojarasca encaminándose a la guarida de los veteranos, con un fardo de hojas en la boca. Le sorprendió lo infeliz que parecía. Quizá tuviera problemas con su mentora, aunque a él le costaba imaginar que Carbonilla pudiera disgustar tanto a ningún gato.

Cerca de la mata de ortigas, Estrella de Fuego estaba comiendo con Látigo Gris y Tormenta de Arena. Al dar un mordisco a su pieza, Zarzoso advirtió que su líder levantaba la vista y lo miraba con dureza, como si se hubiera metido en un lío. El joven guerrero no recordaba haber hecho nada malo que Estrella de Fuego pudiera saber, pero notó un hormigueo por la piel; ¿habría descubierto lo de los sueños?

Se preparó para que Estrella de Fuego lo llamara y le dijera lo que le pasaba, pero, cuando una voz lo llamó, era la de Esquirolina. La aprendiza había tomado un ratón y fue a sentarse con Zarzoso.

—¡Uf! —exclamó, dejando el ratón en el suelo—. Pensaba que nunca acabaría de dar de comer a los veteranos. ¡Rabo Largo tiene el apetito de un zorro hambriento! —Dio un bocado a su pieza y se lo tragó—. Bueno, ¿cómo van las cosas? —preguntó—. ¿Has recibido más mensajes del Clan Estelar?

Zarzoso engulló su bocado de estornino.

—¡Chist! —siseó—. No hables tan alto.

Era el día siguiente de su encuentro con Corvino y su visita al territorio del Clan de la Sombra, y todavía no había decidido cuánto contarle a Esquirolina de su segundo sueño. Si desaparecía el día anterior a la media luna sin habérselo confiado todo, estaría incumpliendo su parte del acuerdo, pero ignoraba qué diría si ella le exigía ir con ellos.

—Bueno, ¿has recibido más mensajes? —insistió la gata bajando la voz.

Zarzoso masticó despacio para ganar tiempo. Acababa de decidir que tendría que contarle algo a aquella gata entrometida, aunque sólo fuera para que dejara de hacerle preguntas, cuando advirtió que Estrella de Fuego se había plantado ante ellos. Se puso en tensión y sacó instintivamente las uñas, que se clavaron en el pecho del estornino.

—Esquirolina, quiero que salgas con Espinardo —ordenó Estrella de Fuego—. Va a enseñarle a Topillo los mejores lugares para cazar cerca de los Cuatro Árboles.

Esquirolina tomó otro bocado de ratón y se pasó la lengua por los bigotes.

—¿Tengo que ir? He estado allí con Manto Polvoroso montones de veces.

Estrella de Fuego sacudió la punta de la cola con impaciencia.

—Sí, tienes que ir. Cuando tu líder te da una orden, la obedeces.

La aprendiza se volvió hacia Zarzoso, poniendo los ojos en blanco, antes de tragarse el último pedazo de ratón.

—¡Ya, Esquirolina! —espetó Estrella de Fuego agitando de nuevo la cola—. Espinardo está esperando —añadió, señalando al guerrero atigrado, que estaba cruzando el claro con Topillo.

—Por lo menos podrías dejar que me acabe el ratón en paz —protestó la gata—. Llevo de pie todo el día, detrás de los veteranos.

—¡Como tiene que ser! —replicó el líder con voz cortante—. En eso consiste ser aprendiz. No quiero oír cómo te quejas.

—¡No me estaba quejando! —Esquirolina se levantó con el pelo erizado —. Sólo he dicho que quería un poco de tranquilidad y silencio para comer. ¿Por qué siempre estás fastidiándome? Tú no eres mi mentor, así que deja de actuar como si lo fueras. ¿O es que tienes miedo de que te defraude, de que no esté a la altura del brillante ejemplo de nuestro gran líder?

Sin aguardar respuesta, giró en redondo y corrió a reunirse con Espinardo y Topillo cerca de la entrada del campamento. Zarzoso notó la sorpresa del guerrero atigrado cuando Esquirolina habló con él —aunque estaba demasiado lejos para oír lo que decía—, y se le ocurrió que quizá Espinardo no esperaba que ella se uniera a su patrulla. El guerrero asintió al cabo, y los tres desaparecieron por el túnel de aulagas.

Estrella de Fuego observó muy serio cómo se marchaba Esquirolina. No le dijo ni una palabra a Zarzoso; se limitó a dar media vuelta y regresar junto a Látigo Gris y Tormenta de Arena.

Zarzoso oyó cómo Tormenta de Arena gruñía:

—Ya sabes que ésa no es la forma de manejarla. Si empiezas a darle órdenes, se pondrá más tozuda todavía.

El líder contestó en voz demasiado baja para que Zarzoso lo oyera; luego los tres amigos se levantaron para dirigirse hacia la guarida de Estrella de Fuego.

«¿De qué iba todo esto? —se preguntó Zarzoso—. Estrella de Fuego estaba molesto con Esquirolina, de modo que se ha inventado una excusa para sacarla del campamento. —Se le heló la sangre—. ¿O sería para alejarla de mí?».

Si estaba en lo cierto, sólo podía ser por una razón. Esquirolina debía de haberle contado a su padre el primer sueño de Zarzoso y su reunión con los otros gatos en los Cuatro Árboles. Tal vez lo había hecho deliberadamente, o tal vez se le había escapado algo por no tener cuidado. Fuera lo que fuese lo que había sucedido, Zarzoso sabía que habría más problemas, pero al menos eso significaba que no tendría que contarle el segundo sueño a la aprendiza: era evidente que ella había roto el acuerdo que habían alcanzado en los Cuatro Árboles.

Apartando de su mente los temores sobre lo que podría hacer Estrella de Fuego, regresó junto al montón de carne fresca. Si iba a iniciar un largo viaje al cabo de unos pocos días, sería buena idea comer más y ganar fuerzas. También podría preguntarle a Carbonilla sobre las hierbas que servían para aumentar el vigor cuando se viajaba a las Rocas Altas, siempre que se le ocurriera un modo de hacerlo sin levantar las sospechas de la curandera.

Estaba inclinándose a tomar un campañol de aspecto jugoso cuando oyó una voz a sus espaldas.

—¡Eh! ¿Qué crees que estás haciendo?

Se trataba de Musaraña. Zarzoso vio que la gata marrón lo miraba ceñuda a unos zorros de distancia.

—Te he estado observando —continuó la guerrera—. Ya has comido. Hoy no has cazado lo suficiente para tomar más presas.

Zarzoso se sintió avergonzado.

—Lo lamento —musitó.

—Más te vale —le espetó Musaraña.

Nimbo Blanco, que se hallaba junto a ella, soltó un ronroneo risueño.

—Zarzoso está intentando competir con Látigo Gris —bromeó—. Parece que un gran comedor no es suficiente para el Clan del Trueno. No pasa nada, Zarzoso. ¿Quieres salir a cazar con Centella y conmigo? Atraparemos tantos campañoles como puedas comer, y doblaremos el montón de carne fresca.

—Eh… gracias —tartamudeó Zarzoso.

—Espera; iré en busca de Centella.

Nimbo Blanco corrió hacia la guarida de los guerreros y Musaraña lo siguió, tras dirigir una última mirada asesina a Zarzoso.

Mientras esperaba a que regresaran sus amigos, Zarzoso decidió que propondría ir hasta los Cuatro Árboles, donde podrían tropezarse con la patrulla de Esquirolina. Necesitaba hablar con la aprendiza y averiguar qué le había contado exactamente a Estrella de Fuego. Si éste se enteraba de que el Clan Estelar había escogido a cuatro gatos, uno de cada clan, ¿no intentaría avisar a los otros líderes y poner fin a su viaje antes de que empezara?

Sin embargo, Zarzoso y sus compañeros no vieron ni rastro de Esquirolina y los demás mientras estaban fuera, y cuando regresaron al campamento con una buena cantidad de presas que añadir al montón de carne fresca, estaba cayendo la noche. La mayor parte de los gatos ya estaban encaminándose a las guaridas. Zarzoso se quedó vigilando hasta que se

hubo marchado la patrulla del anochecer y apareció la luna por encima de los árboles, pero ni aun así vio a Esquirolina. Esa noche durmió mal, preocupado por la profecía y por la participación indeseada de Esquirolina.

A la mañana siguiente, salió de la guarida de los guerreros nada más despertarse, decidido a encontrar a la aprendiza y obtener algunas respuestas a sus preguntas. Pero parecía como si el mismísimo Clan Estelar estuviera en su contra, y eso le hizo soltar un sonoro bufido de frustración. En cuanto pisó el claro, Látigo Gris lo llamó para que se uniera a la patrulla del alba con Acedera y Orvallo. Para cuando regresaron, tras un circuito por todo el territorio, el sol estaba casi en su cenit. Cuando Zarzoso fue a mirar en la guarida de los aprendices, descubrió que estaba vacía, y al no ver a Manto Polvoroso en el campamento, supuso que Esquirolina se habría ido a entrenar con su mentor.

Dio una cabezada al calor del mediodía, y sus inquietudes se mitigaron durante un corto espacio de tiempo con el quedo zumbido de las abejas y el susurro del viento en las ramas. Al despertar vio a Esquirolina desapareciendo por el túnel de aulagas, con una bola de musgo usado de los lechos. Zarzoso se levantó de un salto, y estaba a punto de seguir a la aprendiza cuando oyó que lo llamaban.

Fronde Dorado se dirigía hacia él con su aprendiza, Zarpa Candeal. Por alguna razón, el guerrero atigrado parecía incómodo.

—Hola, Zarzoso. Yo… he pensado que a lo mejor te gustaría presenciar una sesión de entrenamiento —maulló.

El joven se quedó mirándolo sorprendido. Los guerreros casi nunca presenciaban el entrenamiento de los aprendices, a menos que fueran mentores. Tras echar un vistazo hacia el túnel, donde ya no se veía a Esquirolina, respondió:

—Hum… gracias, Fronde Dorado, pero en otro momento, ¿vale?

Se volvió deprisa hacia la entrada del campamento, pero al cabo de unos segundos advirtió que Fronde Dorado avanzaba al mismo ritmo que él.

—Es que Estrella de Fuego opina que podría ser una buena práctica para ti —explicó el guerrero marrón—. Para cuando tengas tu propio aprendiz.

Zarzoso se detuvo.

—Vamos a dejar esto claro. ¿Estrella de Fuego te ha pedido que me digas que vaya a ver cómo entrenas a Zarpa Candeal?

Fronde Dorado desvió la mirada, con expresión muy azorada.

—Así es —admitió.

—Pero nunca lo hacemos —protestó Zarzoso—. Además, pasarán lunas antes de que los cachorros de Fronda necesiten mentores.

Fronde Dorado se encogió de hombros.

—Una orden es una orden, Zarzoso.

El joven pestañeó.

—Entonces, ¿es una orden?

Negó con la cabeza malhumorado. No era el Clan Estelar el que estaba contra él, sino su propio líder. Y no era de extrañar, si es que Esquirolina le había contado que uno de sus guerreros había tenido sueños proféticos sin decírselo al resto del clan.

Echando humo, siguió a Fronde Dorado y su aprendiza barranco arriba y hasta la hondonada arenosa donde se desarrollaban las sesiones de entrenamiento. Se sentó al borde, observando cómo Fronde Dorado enseñaba a Zarpa Candeal los movimientos de lucha. Poco después llegó Musaraña con Zancón, y los dos aprendices iniciaron una pelea simulada. Zarpa Candeal se abalanzó a dar un mordisco a Zancón en el cuello; éste giró en redondo al instante, para saltar sobre ella con sus largas patas negras e inmovilizarla contra el suelo. Distraídamente, bostezando de aburrimiento, Zarzoso reparó en que ambos aprendices estaban haciendo progresos.

«Podría estar haciendo algo útil», pensó con tristeza. Sólo faltaban dos días para reunirse con los otros gatos en los Cuatro Árboles e iniciar su viaje. Necesitaba hablar pronto con Esquirolina.

Cuando Musaraña interrumpió la pelea y los dos aprendices salieron de la hondonada sacudiéndose arena del pelo, Zarzoso regresó al campamento, más decidido que nunca a encontrar a Esquirolina y conseguir respuestas. Para su alivio, nada más salir del túnel de aulagas la vio con Topillo junto a la guarida de los aprendices.

Tras cruzar el claro a la carrera, se detuvo delante de Esquirolina y exigió:

—Quiero hablar contigo.

Sabía que dar órdenes no era la forma de tratar con Esquirolina. Preparado para que la aprendiza le gruñera o le bufara, le sorprendió que ella respondiera a toda prisa y en voz baja, mirando de reojo a Topillo:

—Vale, pero no aquí. Nos vemos detrás de la maternidad.

Zarzoso asintió y se acercó a saludar a Hollín y Cenizo, que regresaban con carne fresca. Se paró en la entrada de la maternidad, desde donde Fronda observaba los juegos de sus cachorros, obligándose a sonar normal mientras comentaba lo fuertes y sanos que estaban creciendo. Por fin se dirigió a la parte trasera de la maternidad, una zona arenosa y bordeada de ortigas adonde los gatos acudían a hacer sus necesidades.

Esquirolina ya estaba esperándolo; su pelaje rojizo oscuro quedaba casi oculto en las sombras.

—Zarzoso, yo…

—Tú le has contado algo a tu padre, ¿verdad? —la interrumpió el joven —. A pesar de haber prometido que mantendrías la boca cerrada.

Esquirolina se incorporó para mirarlo directamente a la cara, erizando el pelo del cuello con furia.

—¡No lo he hecho! No le he dicho ni una palabra a nadie.

—Entonces, ¿por qué Estrella de Fuego está tan empeñado en mantenernos separados?

—Oh, tú también lo has notado, ¿eh? —Esquirolina intentó sonar calmada, pero su voz se elevó en un quejido—. ¡No lo sé! Te juro que no le he contado ni una palabra. Pero él me mira como si hubiera hecho algo malo, y no he hecho nada.

Sintiendo una pena repentina por la desdichada y confundida aprendiza, Zarzoso se acercó a pegar el hocico contra su costado, pero ella lo rechazó enseñándole los dientes con un gruñido.

—No es algo que no pueda manejar. Hojarasca también está disgustada —añadió—. No ha dicho nada, pero yo lo sé.

Zarzoso se sentó y se quedó mirando más allá de las ortigas, al seto de espinos que rodeaba el campamento, sin verlo en realidad. Si Esquirolina estaba siendo sincera al decir que había guardado silencio, entonces el comportamiento de Estrella de Fuego no tenía sentido. Era incapaz de creer

que Esquirolina estuviera mintiéndole, de modo que debía de haber otra razón para que Estrella de Fuego estuviera enfadado con ellos dos. Pero ¿qué demonios podía ser?

—Tal vez deberíamos preguntárselo a Estrella de Fuego —propuso—. Si él nos cuenta qué ocurre, quizá podamos aclarar las cosas.

Esquirolina pareció dubitativa, pero, antes de que pudiera responder, Zarzoso oyó el sonido de más gatos abriéndose paso entre las ortigas. Se levantó de un salto y, al volverse, vio al mismísimo Estrella de Fuego con Látigo Gris a la zaga.

—Vaya. —El líder del Clan del Trueno dio unos pasos hasta colocarse entre su hija y su antiguo aprendiz—. Topillo me ha dicho que os encontraría aquí.

—¡No estamos haciendo nada malo! —espetó Esquirolina.

—Pues yo me pregunto qué creéis que estáis haciendo. —Estrella de Fuego le dirigió una dura mirada, que luego trasladó a Zarzoso—. Para empezar, perdiendo el tiempo, cuando hay trabajo que hacer.

—Hemos estado trabajando muy duro todo el día —maulló Zarzoso, inclinando la cabeza respetuosamente.

—Eso es cierto, Estrella de Fuego —intervino Látigo Gris.

El líder le lanzó una fugaz mirada, pero no respondió.

—¿Significa eso que piensas que no hay nada más que hacer? —le preguntó a Zarzoso.

Éste abrió la boca para protestar, pero Estrella de Fuego no le dio la oportunidad.

—Si tan seguro estás —continuó—, entonces ve a echar un vistazo a los veteranos. Escarcha tiene abrojos enredados en el pelo. Podrías ayudarla a librarse de ellos.

Zarzoso sintió que se encendía de rabia. ¡Aquélla era una tarea de aprendices! Pero en la frialdad de los ojos verdes de Estrella de Fuego vio que no serviría de nada discutir, y masculló:

—Sí, Estrella de Fuego.

Y se encaminó hacia el claro principal.

Una vez que las ortigas volvieron a su sitio, ocultándolo del pequeño grupo, Zarzoso se detuvo a escuchar lo que Estrella de Fuego le decía a

Esquirolina, todavía con el mismo tono duro y descontento.

—Esquirolina, debes de tener mejores cosas que hacer que pasar el rato con un guerrero inexperto como Zarzoso. A partir de ahora, quédate con tu mentor.

Zarzoso no pudo oír la respuesta de la aprendiza, pues no era seguro quedarse escuchando más tiempo. Lo invadió la tristeza mientras se dirigía a la guarida de los veteranos. De alguna manera había perdido el respeto de su líder, y si de verdad Esquirolina no le había contado a su padre el sueño y la reunión con los otros gatos en los Cuatro Árboles, entonces no podía imaginarse la razón.

Se suponía que al cabo de dos noches se marcharía con los gatos de los otros clanes para encontrar el sitio donde se ahogaba el sol y escuchar qué decía la medianoche. Desesperado, se preguntó cómo podría irse si Estrella de Fuego lo vigilaba tan estrechamente. Lo recorrió un escalofrío de las orejas a la punta de la cola cuando comprendió que, para ser leal a la profecía y al Clan Estelar, podría tener que ser desleal a su líder.



10

Zarzoso apenas pegó ojo aquella noche, y cuando se dormía, sus sueños estaban llenos de la furia de Estrella de Fuego y de imágenes de Estrella de Fuego expulsándolo del campamento. Cuando salió de la guarida de los guerreros a la mañana siguiente, aún se sentía agotado… y todavía más al pensar en que aquél era su último día en el campamento antes de que comenzara su viaje.

Una luz gris empezaba a filtrarse entre los árboles y el viento era frío. Al saborear el aire, Zarzoso creyó distinguir el primer aroma de la estación de la caída de la hoja, que estaba cada vez más cerca. Comprendió que el cambio se hallaba en camino, fuera lo que fuese lo que él y los demás intentaran hacer.

A lo largo del día no se atrevió siquiera a tratar de hablar con Esquirolina. Aunque Estrella de Fuego no les había ordenado que se mantuviesen separados, era obvio que no le gustaba que estuviesen juntos. No tenía sentido buscarse problemas. Zarzoso entrevió a la aprendiza saliendo del campamento con Manto Polvoroso; parecía insólitamente sumisa, arrastrando la cola por el suelo y con las orejas gachas.

—Parece que hubieras perdido un conejo y encontrado un ratón —dijo una vigorosa voz a su lado.

Zarzoso giró la cabeza; se trataba de Musaraña.

—¿Quieres venir a cazar con Zancón y conmigo? —preguntó la guerrera.

Por una vez, Zarzoso sintió que apenas tenía energías para cazar ni para ninguna otra cosa. Con el inicio de su viaje fijado para el día siguiente, las preocupaciones se amontonaban a su alrededor como gatos en la Asamblea. ¿De verdad debía guiar a otros cuatro gatos a lo desconocido, a enfrentarse a peligros que ni siquiera podían imaginar?

Musaraña seguía esperando una respuesta. Zarzoso no pudo evitar preguntarse si la propuesta de cazar juntos no sería otra orden de Estrella de Fuego para mantenerlo ocupado. Pero la gata marrón le hizo un guiño amistoso, y Zarzoso pensó que sería mejor salir a cazar que quedarse en el campamento preocupándose. Tal vez, si volvía cargado de presas, recuperaría la buena opinión de Estrella de Fuego.

Sin embargo, la caza no fue bien. Zancón se distraía con demasiada facilidad, tan juguetón como un cachorro en su primera salida. Una vez, mientras acechaba a un ratón, una hoja bajó girando ante su nariz y él levantó una pata para darle un golpe. Sobresaltado por el repentino movimiento, el ratón desapareció debajo de una raíz.

—¡Por favor! —suspiró Musaraña—. ¿Es que esperas que las presas te salten a la boca?

—Lo siento —maulló Zancón con expresión avergonzada.

Hizo otro esfuerzo después de eso. Cuando la patrulla descubrió una ardilla que mordisqueaba una bellota en medio de un claro, Zancón empezó a avanzar hacia ella, moviendo sus largas patas negras sigilosamente. Estaba casi preparado para saltar cuando el viento cambió de repente, llevando su olor hacia la presa. La ardilla dio un brinco levantando la cola, y saltó hacia el lindero del claro.

—¡Mala suerte! —exclamó Zarzoso.

En vez de contestar, Zancón corrió tras la ardilla y desapareció en el sotobosque.

—¡Eh! —le gritó Musaraña—. Así nunca cazarás una ardilla —añadió. Al ver que su aprendiz no reaparecía, la gata enseñó los dientes en un gruñido de resignación—. Algún día aprenderá.

Y se encaminó a la espesura para ir en su busca.

Una vez solo, Zarzoso se quedó inmóvil, aguzando el oído para captar presas. Junto a un árbol cercano, hubo un leve susurro entre las hojas del

suelo. Apareció un ratón, hurgando en busca de semillas. Zarzoso adoptó la postura de caza y avanzó silenciosamente hacia él, intentando que sus patas delanteras flotaran sobre el suelo. Luego saltó y mató a su presa de una sola y veloz dentellada.

Echó tierra sobre el ratón para recuperarlo más tarde, deseando casi que Musaraña hubiese sido testigo de su éxito. Al menos, la guerrera habría podido contarle a Estrella de Fuego que él seguía cazando bien para su clan; fuera cual fuese la queja de su líder hacia él, no podía tratarse de eso. Aguzó de nuevo el oído, prometiéndose a sí mismo que haría una buena última caza antes de partir, pero irguió las orejas de golpe al oír que algo más grande se movía entre los arbustos un poco más allá, en dirección contraria a la que habían tomado Musaraña y Zancón. Zarzoso saboreó el aire, pero no pudo distinguir otra cosa que olor a gatos del Clan del Trueno. Empezó a avanzar, y apretó el paso cuando el sonido se volvió más fuerte, seguido de un aullido de furia. Bordeó un espino y frenó en seco.

Delante de él había un arbusto de aulaga, y Esquirolina estaba retorciéndose violentamente entre sus densas y pinchudas ramas. Las patas delanteras no le tocaban el suelo, y tenía el pelo enganchado en las espinas. Zarzoso no pudo contener un ronroneo de risa.

—¿Lo estás pasando bien?

Esquirolina giró inmediatamente la cabeza, y sus ojos verdes lo miraron destellando de rabia.

—Muy bien, ríete de mí, ¡estúpida bola de pelo! —espetó—. ¡Y después a lo mejor tienes tiempo de sacarme de aquí!

Sonaba tanto a la Esquirolina de siempre, en vez de a la criatura abatida que había salido del campamento esa mañana, que Zarzoso se sintió mejor al instante. Ondeando la cola, avanzó con parsimonia hacia la aprendiza.

—¿Cómo te las has arreglado para quedarte enredada de esa manera?

—Estaba cazando un campañol —explicó Esquirolina con tono exasperado—. Cola Moteada ha dicho que le apetecía uno, así que he pensado que sería mejor darle gusto, ya que parece que Estrella de Fuego quiere que alimente a los veteranos hasta… hasta siempre. El campañol se ha escondido aquí debajo, y he creído que había espacio para correr tras él.

—Pues no lo hay —señaló Zarzoso muy amable.

—¡Eso ya lo sé, cerebro de ratón! ¡Haz algo!

—Entonces no te muevas.

Tras acercarse al arbusto, Zarzoso vio dónde estaban los peores nudos y empezó a desenganchar cuidadosamente el pelo de Esquirolina, usando los dientes y las zarpas. Algunas espinas le pincharon la nariz, haciendo que le lloraran los ojos, pero siguió adelante sin quejarse.

—Espera —masculló Esquirolina al cabo de un rato—. Creo que ya me he soltado.

Zarzoso se apartó mientras la aprendiza se abalanzaba hacia delante, arañando la tierra con las patas delanteras mientras sacaba las traseras de entre las ramas. Al cabo de un momento estaba libre, sacudiéndose irritada y mirando los mechones de pelo rojizo que había dejado atrás.

—Gracias, Zarzoso —maulló.

—¿Estás herida? —preguntó él—. Quizá deberías ir a que Carbonilla le eche un vistazo a…

—¡Esquirolina!

Zarzoso se quedó de piedra, y el alma se le cayó a los pies. Se volvió lentamente para ver cómo Estrella de Fuego se acercaba a grandes zancadas.

El líder del clan tenía una expresión glacial al pasear la mirada entre Zarzoso y su hija.

—¿Es así como obedecéis las órdenes? —gruñó.

La actitud de Estrella de Fuego era tan injusta que Zarzoso se quedó sin respiración. Durante unos segundos no encontró las palabras para responder, y cuando lo hizo, sonó culpable:

—Yo no estoy desobedeciendo órdenes, Estrella de Fuego.

—¿Ah, no? Cuánto lo siento. —La voz del líder era tan seca como una roca abrasada por el sol—. Creía que estabas en una partida de caza, pero debo de haber oído mal.

—Sí que estoy en una partida de caza —maulló Zarzoso desesperado.

Estrella de Fuego miró alrededor teatralmente.

—Pues yo no veo a Musaraña ni a Zancón.

—Zancón ha salido corriendo tras una ardilla —explicó Zarzoso señalando con la cola—. Y Musaraña ha ido detrás de él.

—¿Por qué estás siendo tan desagradable? —lo interrumpió Esquirolina, fulminando con la mirada a su padre—. Zarzoso no está haciendo nada malo.

—Zarzoso no está haciendo lo que le han dicho que hiciera —gruñó Estrella de Fuego—. Ése no es el código guerrero que yo aprendí.

Esquirolina saltó hacia delante para encararse a su padre, y alzó la voz en un aullido de pura ira.

—¡Me he quedado enganchada en el arbusto! ¡Zarzoso me ha ayudado a soltarme! ¡No es culpa suya!

—Cállate —repuso Estrella de Fuego con voz áspera. A Zarzoso le impresionó lo mucho que se parecían padre e hija: llameantes ojos verdes, pelaje rojizo erizado de furia—. Esto no tiene nada que ver contigo.

—Pues da la impresión de que sí —replicó Esquirolina—. Le gruñes a Zarzoso cada vez que me lanza aunque sea una simple mirada…

—¡Silencio! —bufó Estrella de Fuego.

Zarzoso se quedó mirándolo alarmado. Justo en ese momento, Látigo Gris llegó al claro con un campañol entre los dientes.

—¿Estrella de Fuego? —maulló tras soltar su presa—. ¿Qué ocurre?

El líder sacudió la cola y luego se cuadró moviendo la cabeza con un gesto de impaciencia. Zarzoso se obligó a relajar el pelo erizado de su cuello.

—Oh, ya veo. —Los ojos ámbar de Látigo Gris brillaron con entendimiento al ver a los otros gatos del claro, y Zarzoso advirtió que el lugarteniente sabía qué era lo que estaba provocando que el líder se comportara así, fuera lo que fuese—. Vamos, Estrella de Fuego —añadió, acercándose a su amigo para darle un empujoncito afable—. Este par no está haciendo nada malo.

—Y tampoco nada bueno —replicó Estrella de Fuego. Se volvió hacia los dos jóvenes—. Mis decisiones, y las órdenes que doy, son por el bien del clan —les recordó—. Si no podéis entender eso, entonces a lo mejor no sois aptos para ser guerreros.

—¿Qué? —Esquirolina abrió la boca en un lamento de indignación, pero un furioso bufido de su padre la silenció.

Zarzoso estaba demasiado desconcertado para protestar siquiera. Algo —algo que sabían Estrella de Fuego y Látigo Gris— había vuelto a su líder contra él. Si Esquirolina no le había contado a su padre lo del sueño, entonces debía de ser otra cosa. Pero él no tenía ni idea de qué podía ser ni de qué podía hacer al respecto.

—Tú —continuó el líder secamente, señalando a Esquirolina con la cola—, lleva el campañol de Látigo Gris a los veteranos, y luego sigue cazando para ellos. Y tú —prosiguió, indicando a Zarzoso—, encuentra a Musaraña y a ver si es posible que vuelvas con carne fresca antes de que oscurezca. Y hazlo ahora.

Sin aguardar a comprobar si obedecían sus órdenes, giró en redondo y desapareció entre los arbustos.

Látigo Gris hizo una pausa antes de ir tras él.

—Estrella de Fuego tiene muchas cosas en mente —lo disculpó en un murmullo—. No os lo toméis demasiado a pecho. Todo saldrá bien, ya lo veréis.

Lo llamaron con un bramido y Látigo Gris agitó las orejas. Se despidió de los dos jóvenes con un movimiento de cabeza y corrió tras su líder.

Esquirolina se quedó mirando por donde se habían ido. Ahora que Estrella de Fuego no estaba y ya no tenía que seguir desafiándolo, bajó la cola y se volvió hacia Zarzoso con unos ojos cargados de angustia.

—Soy incapaz de hacer nada bien —maulló—. Ya has oído a Estrella de Fuego. Cree que no soy apta para ser guerrera. Jamás me dará un nombre guerrero.

Zarzoso no supo qué decir. Su desconcierto estaba transformándose en una rabia lenta e intensa. Sabía con certeza que no había hecho nada. Fuera lo que fuese lo que estuviera impulsando a Estrella de Fuego a actuar así, no era culpa suya. Y tampoco era culpa de Esquirolina. La aprendiza podía ser irritante, pero era leal y trabajadora. Cualquier líder que valiera un par de colas de ratón vería que podía convertirse en una gran guerrera.

Se quedó mirando al suelo, ceñudo, y cuando Esquirolina lo llamó por su nombre, apenas la oyó. Notaba cómo se le iba aclarando la mente, como un cielo gris cuando el viento se lleva las nubes y el sol brilla a través de ellas. El día anterior, después de la confrontación tras la maternidad, se

había sentido dividido entre las exigencias de la profecía y la lealtad a Estrella de Fuego. Ahora, al mirar adelante, veía un día tras otro luchando por complacer a su líder sin posibilidades de éxito, porque, para empezar, ignoraba por qué Estrella de Fuego estaba enfadado con él. Solamente había una solución. Debía partir de viaje con la palabra del Clan Estelar como única guía, y no regresar hasta que hubiera encontrado respuestas que demostraran a Estrella de Fuego lo leal que había sido siempre. En caso contrario, no regresaría.

—Vamos —maulló Zarzoso bruscamente, señalando el campañol—. Llévalo al campamento, o Estrella de Fuego te echará otro rapapolvo.

—¿Y tú? —Esquirolina, habitualmente tan vivaz y segura, sonó nerviosa.

—Yo… —Estuvo a punto de mentirle, de decirle que se iba a buscar a Musaraña. Pero comprendió que se sentiría hondamente traicionada cuando él no volviera. Después de todo, estaban juntos en aquello, al menos en lo que se refería a la hostilidad de Estrella de Fuego—. Me marcho —confesó.

—¿Te marchas? —repitió la gata, descorazonada—. ¿Abandonas el Clan del Trueno?

—No me marcho para siempre —se apresuró a aclarar Zarzoso—. Esquirolina, escucha…

La aprendiza se sentó delante de él, y sus ojos verdes no se despegaron de la cara del joven mientras éste le contaba el segundo sueño, donde se ahogaba en una interminable agua salada y era arrastrado hacia la cueva con dientes.

—Cuervo dice que ese sitio es real —explicó Zarzoso—. Creo que el Clan Estelar estaba indicándome que fuera allí, y los demás gatos coinciden. Salimos mañana al amanecer.

Vio perfectamente lo dolida que se sentía Esquirolina.

—¿Se lo contaste a ellos y a mí no? —se lamentó—. Zarzoso, ¡me lo habías prometido!

—Lo sé. —El joven sintió que lo corroía la culpabilidad—. Iba a hacerlo, pero entonces empezó el problema con Estrella de Fuego… el Clan Estelar sabrá por qué, y si lo sabe, me está contando menos sobre eso de lo que me ha contado sobre la profecía.

—¿Y de verdad piensas recorrer todo ese camino? Si ni siquiera sabes lo lejos que está.

—Ninguno de nosotros lo sabe —admitió él—. Pero Cuervo ha hablado con gatos que han visto el lugar, de modo que tiene que ser posible llegar hasta allí. No voy a volver al campamento —añadió—. Pasaré la noche en el bosque y me reuniré con los otros en los Cuatro Árboles al alba. Por favor, Esquirolina, no nos delates. No le cuentes a ningún gato que nos hemos ido.

Mientras él hablaba, los ojos de la aprendiza fueron iluminándose hasta destellar de emoción. Zarzoso supo lo que iba a decir un segundo antes de que abriera la boca.

—No le diré ni una palabra a nadie —prometió la gata—. No podré, porque me voy contigo.

—¡Ah, no, de eso nada! —replicó Zarzoso—. Tú no eres uno de los elegidos. Ni siquiera eres guerrera todavía.

—Corvino tampoco es guerrero —espetó ella—. Y apuesto una luna de patrullas del alba a que Borrascoso también irá. Jamás dejaría que Plumosa se fuera sin él. De modo que ¿por qué tengo que quedarme fuera? —Vaciló antes de añadir—: No le he hablado a nadie del primer sueño, Zarzoso. No he dicho ni una palabra. Ni siquiera a Hojarasca.

Zarzoso sabía que eso era verdad. Si a Esquirolina se le hubiera escapado algo, por nimio que fuese, a esas alturas ya lo sabría todo el campamento.

—Yo no te prometí que pudieras venir —le recordó—. Te prometí contártelo, y lo he hecho.

—Pero ¡no puedes dejarme atrás! —chilló ella—. Si no averiguo qué está pasando, ¡se me caerá el pelo de la incertidumbre!

—Es demasiado peligroso, Esquirolina, ¿o es que no lo ves? La profecía ya es una carga demasiado pesada para mí sin tener que cuidar también de ti.

—¡Cuidar de mí! —Los ojos de Esquirolina llamearon de indignación —. Yo puedo cuidar de mí misma, gracias. Voy a ir, tanto si te gusta como si no. Si no me dejas acompañarte, te seguiré. Piensa en lo que ha pasado hoy.

No quiero regresar al campamento para que me riñan por nada, una y otra vez, más de lo que quieres tú.

Zarzoso se quedó mirándola indeciso. No deseaba la responsabilidad de llevar a una aprendiza hacia el peligro… pero Esquirolina correría más peligro aún si intentaba seguirlo sola a través de un territorio desconocido. Y si regresaba al campamento, en cuanto Estrella de Fuego descubriera que él había desaparecido, la acorralaría hasta que le contara lo que sabía, y puede que incluso mandara una expedición para traerlo de vuelta. Durante unos segundos, Zarzoso comprendió lo que significaba ser líder, aplastado por dudas y preguntas más pesadas que el agua de una riada.

Al cabo soltó un profundo suspiro.

—De acuerdo, Esquirolina —maulló—. Puedes venir.



11

—¿Dónde vamos a dormir? —preguntó Esquirolina.

En cuanto Zarzoso accedió a llevarla en su viaje, la pena y la rabia de la aprendiza se habían desvanecido como la bruma del alba bajo un sol ardiente. Zarzoso tenía la impresión de que Esquirolina no había parado de hablar ni un momento desde que dejaron el claro.

—¡Silencio! —bufó—. Si hay gatos buscándonos, podrán oírnos desde cualquier punto del bosque.

—Pero ¿dónde vamos a dormir? —insistió la gata, aunque bajando la voz.

—En algún sitio no muy lejos de los Cuatro Árboles. Así estaremos listos para reunirnos con los demás cuando amanezca.

Mientras avanzaban a través del sotobosque, había caído la noche. Las nubes cubrían el cielo, de modo que no había luz de luna ni estrellas. Una fría brisa susurraba entre la hierba, y Zarzoso saboreó al instante los olores de la venidera estación de la caída de la hoja.

Previendo que podían perseguirlos, Zarzoso había considerado la idea de buscar cobijo cerca de las Rocas de las Serpientes, porque los miembros del clan tenían la orden de evitarlas, pero el riesgo de tropezarse con el tejón —que era un cazador nocturno— era demasiado grande. En vez de eso, había decidido aproximarse al Sendero Atronador, con la esperanza de que los olores acres de los monstruos de Dos Patas enmascararan su olor y el de Esquirolina.

—Conozco un buen árbol cerca del Sendero Atronador —apuntó Esquirolina—. Está hueco, y podríamos escondernos allí.

—¿Y pasar toda la noche con arañas y escarabajos corriéndonos por encima? —maulló el guerrero en tono desalentador—. No, gracias.

Esquirolina sorbió por la nariz.

—¿Por qué siempre crees que lo sabes todo?

—¿Quizá porque soy guerrero?

Distraída por un susurro en la espesura, la aprendiza no contestó. Sin detenerse apenas a rastrear a la presa, saltó a una mata de helechos y reapareció al cabo de dos segundos con un ratón en la boca.

—Bien hecho —maulló Zarzoso.

La visión de la pieza le hizo darse cuenta del hambre que tenía. No mucho después consiguió cazar un ratón, y los dos se pararon a comer a bocados rápidos y cautelosos, con las orejas erguidas para captar cualquier sonido de una patrulla del Clan del Trueno. Pero Zarzoso no oyó más que los habituales sonidos nocturnos del bosque y el cercano rugido de los monstruos del Sendero Atronador. El hedor de los monstruos era tan intenso allí que tapaba la mayoría de los demás olores, como Zarzoso había esperado, aunque se estremeció ante la idea de pasar toda la noche soportándolo.

Mientras comían, empezó a caer una lluvia fina y fría, que fue arreciando hasta que Zarzoso acabó con el pelo empapado y más helado de lo que recordaba haberse sentido en lunas.

—Necesitamos cobijarnos —maulló Esquirolina estremeciéndose. Con el pelo pegado al cuerpo, parecía pequeña y vulnerable—. ¿Qué tal si buscamos ese árbol?

Zarzoso estaba a punto de acceder cuando salieron de entre la maleza a lo alto de un terraplén herboso. El Sendero Atronador se veía a sus pies. Un monstruo de Dos Patas pasó rugiendo; sus cegadores ojos atravesaban la noche con rayos de un fulgor amarillo. Antes de alejarse, su luz iluminó una amenazante forma oscura, el monstruo más grande que Zarzoso había visto en su vida, que estaba agazapado en el arcén del Sendero Atronador. Su hedor le desbordó los sentidos.

—¿Qué es eso? —exclamó Esquirolina, arrimándose al joven guerrero.

—No lo sé —admitió él—. Nunca había visto nada semejante. Quédate aquí un momento mientras echo un vistazo.

Se acercó al monstruo cautelosamente, hasta quedarse a un par de zorros de distancia. Se preguntó si estaría muerto y si sería ésa la razón por la que su Dos Patas lo había abandonado allí. ¿O acaso estaba agazapado, observando, a la espera de saltar como él mismo saltaría sobre un ratón indefenso?

—Mira, podemos meternos debajo de él —señaló Esquirolina, corriendo para alcanzar a Zarzoso; por supuesto, no había obedecido la orden de esperar en lo alto del terraplén—. Podríamos resguardarnos de la lluvia.

Había la luz justa para que Zarzoso vislumbrara un espacio entre el vientre del monstruo y el suelo. Se le erizó el pelo ante la perspectiva de arrastrarse por ese estrecho hueco, pero no quería parecer un cobarde delante de Esquirolina, y su propuesta era buena. Sin duda, el abrumador olor los protegería de cualquier perseguidor.

—De acuerdo —maulló—. Pero déjame…

Se interrumpió cuando Esquirolina se adelantó.

—… ir delante —concluyó resignadamente, y fue tras la aprendiza.

Cuando Zarzoso se despertó al día siguiente, la tenue luz del alba se filtraba bajo el vientre del monstruo. Esquirolina estaba ovillada a su lado. Durante unos segundos, el joven no entendió por qué la aprendiza estaba durmiendo en la guarida de los guerreros en vez de en la suya. Luego, el acre hedor del monstruo y el continuo rugido del cercano Sendero Atronador le recordaron dónde estaba y por qué. ¡Ésa era la mañana en que su viaje iba a empezar de verdad! Pero, en vez de emoción, sólo sintió incertidumbre, junto con el sombrío pensamiento de que prácticamente se había exiliado de su clan al desaparecer sin el permiso de su líder.

Zarzoso salió de debajo del monstruo y levantó la cabeza para saborear el aire. La hierba seguía mojada por la lluvia de la noche anterior, y los arbustos del terraplén estaban cargados de gotas de agua. La niebla

serpenteaba entre los árboles bajo la gris aurora. No se oía ni olía a otros gatos.

Volviéndose hacia el monstruo, llamó a Esquirolina.

—¡Despierta! Es hora de ir a los Cuatro Árboles.

Estaba empezando a pensar que tendría que volver a arrastrarse debajo del monstruo para despertar a la aprendiza cuando ella apareció bizqueando.

—Estoy muerta de hambre —se quejó.

—Tendremos tiempo de cazar de camino —respondió Zarzoso—. Pero debemos ponernos en marcha ya. Los otros estarán esperando.

—De acuerdo.

Esquirolina subió corriendo el terraplén en dirección a los Cuatro Árboles, siguiendo la línea del Sendero Atronador. Zarzoso la alcanzó, y durante un rato avanzaron juntos. La niebla se disipó, y una luz dorada surgió en el horizonte, en el lugar por donde iba a salir el sol. Los pájaros empezaron a cantar en las ramas más altas.

En cuanto estuvo bien despejada, Esquirolina pareció olvidarse del hambre. Caminaba deprisa, sin prestar atención a nada. Zarzoso estaba dividido entre el deseo de llegar lo antes posible a los Cuatro Árboles y la necesidad de mantenerse alerta por si había problemas. Cuando oyó un ruido en los arbustos, a sus espaldas, se detuvo irguiendo las orejas y abriendo la boca para captar el olor del perseguidor.

—¡Esquirolina! —siseó—. ¡Escóndete!

Pero ella giró en redondo un segundo antes de que él hablara, y se quedó mirando en dirección al sonido, dilatando sus ojos verdes. En el mismo momento, Zarzoso distinguió el conocido olor de un miembro del Clan del Trueno. Luego se separaron las ramas de un arbusto cercano y apareció Hojarasca.

Las dos hermanas se quedaron paralizadas, mirándose fijamente. Al cabo, Hojarasca dio unos pasos adelante y depositó a los pies de Esquirolina el paquete de hierbas que llevaba en la boca.

—Te he traído unas hierbas sanadoras —murmuró—. Vas a necesitarlas.

Zarzoso miró a ambas sin pestañear.

—¡Me dijiste que no se lo habías contado a nadie! —exclamó indignado —. ¿Cómo lo sabe Hojarasca? ¡Me has mentido!

—¡Eso no es verdad! —espetó Esquirolina.

—Mi hermana no te ha mentido —intervino Hojarasca, apaciguadora—. No tenía que contarme nada. Yo lo sabía; eso es todo.

Zarzoso se sacudió.

—¿Quieres decir que lo sabes todo? —preguntó—. ¿Lo de los sueños y el viaje al lugar donde se ahoga el sol?

Hojarasca lo miró muy seria, y Zarzoso vio desdicha y desconcierto en su mirada.

—No —contestó—. Sólo sé que Esquirolina se va. —Vaciló, cerrando los ojos brevemente—. Y que hay un gran peligro.

Zarzoso sintió una punzada de pena por ella, tan penetrante como una espina, pero no podía permitirse sucumbir a ese sentimiento. Debía averiguar qué había hecho Hojarasca con esa información.

—¿Quién más lo sabe? —inquirió bruscamente—. ¿Se lo has contado a tu padre?

—¡No! —Los ojos de Hojarasca se encendieron de furia, y se pareció más que nunca a su hermana—. No delataría a Esquirolina ni siquiera ante Estrella de Fuego.

—Hojarasca no lo haría, Zarzoso —aseguró Esquirolina.

El joven guerrero asintió.

—Casi habría sido mejor que lo hubiera hecho —continuó Hojarasca con amargura—. Quizá así habría impedido todo esto y vosotros os quedaríais aquí. Esquirolina, ¿de verdad tienes que irte?

—¡Claro que sí! Esto es lo más emocionante que me ha pasado en mi vida. ¿Es que no lo ves? Es una orden del mismísimo Clan Estelar, así que no vamos a actuar contra el código guerrero.

Empezó a explicarle a su hermana la historia de los sueños de Zarzoso y la reunión con los gatos de los otros clanes. Hojarasca escuchaba con los ojos dilatados de congoja. Zarzoso cambiaba el peso del cuerpo de una pata a la otra, angustiosamente consciente del paso del tiempo conforme se intensificaba la luz diurna.

—Pero ¡tú no tienes por qué ir! —gimió Hojarasca cuando Esquirolina terminó—. No eres una de los elegidos.

—Bueno, pues no pienso volver al campamento. En lo que se refiere a Estrella de Fuego, yo no hago nada bien. ¿Sabes que incluso me dijo que podría no ser apta para convertirme en guerrera? ¡Le enseñaré si soy apta o no!

Zarzoso miró de reojo a Hojarasca. Ella sabía tan bien como él lo inútil que era discutir con Esquirolina cuando ésta tomaba una decisión. También había algo más en los ojos ámbar de la aprendiza de curandera; un indicio de problemas, como si supiera más de lo que estaba diciendo.

—Pero quizá no regreses —dijo Hojarasca con voz temblorosa, y Zarzoso recordó que, además de la futura curandera, era la hermana de Esquirolina—. ¿Qué voy a hacer sin ti?

—Estaré bien, Hojarasca.

A Zarzoso lo sorprendió la dulzura con que habló Esquirolina y el modo en que restregó el hocico consoladoramente contra el costado de su hermana.

—Tengo que irme —remarcó la aprendiza—. Eso lo entiendes, ¿verdad? —preguntó, y Hojarasca asintió—. ¿Y no le dirás a nadie adónde hemos ido?

—No sé adónde vais… y vosotros tampoco —señaló Hojarasca—. Pero no, no diré nada. Sólo recuerda que Estrella de Fuego te quiere. Tiene cosas en la cabeza que tú ignoras. —Inspiró aire con un estremecimiento—. Ahora tomaos las hierbas y partid.

Esquirolina dividió las hierbas entre ella y Zarzoso. Mientras tragaban las hojas de sabor amargo, Hojarasca se quedó mirándolos con los ojos dilatados y sombríos.

—Aunque no tengáis un curandero con vosotros, podéis encontrar hierbas por el camino. No olvidéis la caléndula para las heridas —maulló deprisa—. Y la atanasia para la tos… oh, y las bayas de enebro para el dolor de estómago. Y, si podéis encontrarlas, las hojas de borraja son lo mejor para la fiebre. —Sonaba como si quisiera transmitirles todos sus conocimientos en los pocos minutos que quedaban.

—No lo olvidaremos —prometió Esquirolina. Después de terminarse el último bocado de hierbas, se pasó la lengua por la boca—. Vamos, Zarzoso.

—Adiós, Hojarasca —maulló el guerrero—. Tú… y el resto del clan… tened cuidado. Si realmente se cierne una amenaza sobre el bosque, quizá… no podamos regresar a tiempo para ayudaros a combatirla.

—Eso está en manos del Clan Estelar —admitió Hojarasca con tristeza —. Yo haré todo lo que pueda, lo prometo.

—Y no te preocupes por Esquirolina —añadió Zarzoso—. Yo cuidaré de ella.

—Y yo de Zarzoso. —Esquirolina le lanzó una mirada desafiante antes de acercarse a su hermana para entrechocar narices—. Regresaremos — aseguró en un susurro.

Hojarasca inclinó la cabeza, con los ojos empañados de pena. Mientras se encaminaba de nuevo hacia los Cuatro Árboles, Zarzoso se volvió para verla: era una figura inmóvil de color marrón claro contra los helechos. Cuando el joven levantó la cola a modo de despedida, ella dio media vuelta rápidamente y la espesura la engulló.



12

Hojarasca atrapó un campañol en el camino de vuelta al campamento. Bajó por el barranco con la presa bien sujeta entre los dientes, con la esperanza de que si alguien la viese pensara que había salido temprano a cazar. Aún le daba vueltas la cabeza por la marcha de su hermana, y por cómo las profecías del Clan Estelar parecían estar agrupándose alrededor de Esquirolina y Zarzoso como la neblina se aferraba a las ramas de un arbusto de aulaga.

Al llegar al claro principal, oyó que Musaraña exclamaba:

—¡Ese Zarzoso es un gandul! Ya hace rato que ha salido el sol y él todavía no se ha levantado. Quería que me acompañara en una partida de caza.

—Yo lo despertaré —se ofreció Centella, que estaba sentada con Musaraña junto a la mata de ortigas, y se puso en pie para ir a la guarida de los guerreros.

Hojarasca sintió un nudo en el estómago al pensar en qué ocurriría cuando el resto del clan descubriera que Esquirolina y Zarzoso se habían esfumado. En ese momento apareció Manto Polvoroso desde la maternidad y se dirigió a la guarida de los aprendices, donde estaban Zarpa Candeal y Topillo tomando el sol.

—Hola —los saludó el guerrero marrón—. ¿Habéis visto a Esquirolina? No estará enferma, ¿verdad? A estas horas del día ya suele estar deseando salir… antes de que yo haya tenido tiempo de comerme una pieza de carne fresca.

Zarpa Candeal y Topillo intercambiaron una mirada.

—No la hemos visto —respondió la aprendiza—. Anoche no durmió en la guarida.

Hojarasca vio cómo Manto Polvoroso ponía los ojos en blanco.

—¿Qué estará tramando ahora?

Centella salió de la guarida de los guerreros y volvió junto a Musaraña. Hojarasca corrió hacia el montón de carne fresca con el campañol para poder oír lo que decían las gatas.

—Zarzoso no está ahí —informó Centella.

—¿Cómo? —Musaraña agitó la cola, sorprendida—. ¿Dónde está entonces?

Centella se encogió de hombros.

—Debe de haber salido a cazar por su cuenta. No te preocupes, Musaraña. Nimbo Blanco y yo podemos ir contigo.

—Bien.

Musaraña se encogió de hombros, y en cuanto Nimbo Blanco salió de la guarida, parpadeando para espabilarse, despertó a Zancón y los cuatro se marcharon del campamento.

Mientras tanto, Manto Polvoroso se encaminaba hacia el montón de carne fresca, preguntando irritado al Clan Estelar cómo se suponía que iba a entrenar a una aprendiza si ésta nunca estaba donde debería.

—Si ves a tu hermana —le gruñó Manto Polvoroso a Hojarasca—, dile que estoy en la maternidad. Y será mejor que tenga una buena excusa por haber salido sola de nuevo. —Luego tomó un estornino y regresó con Fronda.

Hojarasca se quedó mirándolo antes de irse hacia el túnel de helechos que llevaba a la guarida de la curandera. Se sentía aliviada porque Manto Polvoroso no la había interrogado sobre Esquirolina, pero sabía que, a medida que pasara el tiempo y los dos jóvenes no volvieran, se generarían preguntas… muchas preguntas. Y ella no tenía ni idea de cómo responderlas.

A mediodía habían empezado a circular habladurías por el campamento. De camino hacia el claro principal para recoger carne fresca para Carbonilla, Hojarasca oyó cómo Estrella de Fuego ordenaba a las patrullas que estuvieran ojo avizor por los dos gatos desaparecidos.

—Así que Zarzoso va detrás de Esquirolina, ¿eh? —comentó Nimbo Blanco, con ojos brillantes de la risa—. Bueno, ella es una jovencita muy atractiva, qué duda cabe.

—No sé qué se llevan entre manos. —Estrella de Fuego parecía más molesto que preocupado—. Tendré que decirles cuatro cosas a los dos cuando regresen.

Hojarasca se agachó, fingiendo escoger la mejor pieza, mientras los guerreros se dispersaban, dejando a solas a su padre y su madre.

—¿Sabes? —le dijo Tormenta de Arena a Estrella de Fuego—. Látigo Gris me ha contado lo que sucedió ayer cuando encontraste a Zarzoso y Esquirolina cazando solos. Suena como si no hubieran vuelto desde entonces. Por lo que cuenta Látigo Gris del modo en que les hablaste, no me extraña que quieran poner distancia un tiempo.

—No puedo haberlos ofendido tanto —repuso Estrella de Fuego con tono ansioso—. No tanto como para que abandonen el campamento, ¿verdad?

Tormenta de Arena lo miró directamente con sus ojos verdes, idénticos a los de Esquirolina.

—Te he repetido una y otra vez que no ganarás nada con Esquirolina criticándola y dándole órdenes sin parar. Ella hará justo lo contrario sólo para mostrar su disconformidad.

—Lo sé. —Estrella de Fuego soltó un profundo suspiro—. Es sólo que esa profecía… el fuego y el tigre juntos, y un peligro para el bosque. Yo creía que después de librarnos del Clan de la Sangre los clanes vivirían en paz.

—Y hemos tenido muchas lunas de paz. —Tormenta de Arena se le acercó para frotar el hocico contra su mejilla—. Todo gracias a ti. Si hay más problemas en el horizonte, no es culpa tuya. He estado pensando en ese

augurio —añadió, sentándose tras lanzar una rápida mirada alrededor para asegurarse de que ningún guerrero podía oírla.

Hojarasca dio un respingo culpable, preguntándose si debería salir de las sombras del otro lado del montón de carne fresca, pero, si su madre sabía que ella estaba allí, no le prestó atención; al fin y al cabo, la aprendiza ya conocía el mensaje del Clan Estelar.

—Menciona el fuego y el tigre, y un peligro que nos acecha —continuó Tormenta de Arena—, pero no dice que el fuego y el tigre sean las causas del peligro, ¿no es cierto?

Hojarasca vio cómo un estremecimiento recorría a Estrella de Fuego, ondulando su pelaje del color del fuego.

—¡Tienes razón! —murmuró el líder—. La profecía podría significar que ellos nos salvarán de la amenaza.

—Podría ser.

Estrella de Fuego se incorporó, repentinamente rejuvenecido.

—Entonces, ¡es todavía más importante que vuelvan a casa! —exclamó —. Yo mismo encabezaré una patrulla.

—Iré contigo —maulló Tormenta de Arena. Levantando la voz, añadió —: Hojarasca, ya has tenido tiempo de olfatear todas las piezas de carne del montón. Carbonilla estará esperándote… y recuerda que has prometido no decir nada a nadie sobre ese mensaje del Clan Estelar.

—Sí, Tormenta de Arena.

Hojarasca escogió un campañol y se encaminó a la guarida de la curandera. Se preguntó si debería revelar lo que le había contado su hermana sobre el viaje… pero a ella también le había prometido guardar silencio. La carga de las dos profecías le pesaba como gotas de lluvia en el pelo. Ignoraba cómo podría mantener sus promesas y seguir siendo leal a su juramento como curandera —actuar sólo en beneficio del clan—, todo al mismo tiempo.

Durante el resto del día, Carbonilla tuvo a Hojarasca muy atareada, revisando las provisiones de hierbas y comprobando de qué necesitaban reabastecerse antes de que la estación sin hojas se instalara definitivamente.

El sol estaba descendiendo y el aire se había tornado frío, cargado del olor a hojas húmedas, cuando oyeron que un gato se acercaba por el túnel de helechos.

—Es Estrella de Fuego —maulló Carbonilla, asomándose desde la guarida—. Tú sigue con eso y yo veré qué quiere.

Hojarasca agradeció quedarse dentro de la gruta contando bayas de enebro. Entrevió a su padre en el claro, con el pelo convertido en una llamarada a la luz del sol, y se escondió más para que él no pudiera verla.

—Ninguna señal de ellos por ninguna parte. —Estrella de Fuego parecía agotado—. He intentado seguir su rastro, pero la lluvia de anoche debe de haberlo borrado. Podrían estar en cualquier parte. Carbonilla, ¿qué crees que debería hacer?

—No veo qué más puedes hacer, excepto dejar de preocuparte. —La voz de la curandera sonó enérgica pero comprensiva—. Me acuerdo de un par de aprendices que siempre estaban escabulléndose por una razón u otra. Nunca hicieron ningún daño.

—¿Te refieres a Látigo Gris y a mí? Eso era diferente. Esquirolina…

—Esquirolina tiene a su lado a un guerrero joven y fuerte. Zarzoso cuidará de ella.

Hubo un breve silencio. Hojarasca se arriesgó a echar una ojeada por la abertura de la roca y vio a su padre sentado con la cabeza gacha. Parecía derrotado, y a ella se le encogió el corazón de pena. Deseó ir a consolarlo, pero no podía darle consuelo sin incumplir su promesa.

—Es culpa mía —maulló Estrella de Fuego en voz baja y temblorosa—. Nunca debería haber dicho lo que dije. Si no regresan, jamás me lo perdonaré.

—Por supuesto que regresarán. El bosque está a salvo de momento. Estén donde estén, estarán bien alimentados y resguardados.

—Tal vez. —Estrella de Fuego no sonó muy convencido.

Sin decir más, se levantó y desapareció por el túnel de helechos.

Cuando el líder se hubo ido, Carbonilla volvió a entrar en la gruta.

—Hojarasca —maulló—, ¿tú sabes dónde está tu hermana ahora?

La aprendiza dio unos golpecitos a una baya de enebro que había rodado por el suelo, sin querer mirar a los ojos a su mentora. Cuando

pensaba en Esquirolina, sentía calidez y seguridad, y la presencia de otros gatos. Se imaginaba que estaría en el granero de Cuervo, pero no estaba segura. Respondió sinceramente:

—No, Carbonilla. No sé dónde está Esquirolina.

—Hum… —mascculló la curandera.

Hojarasca notó la mirada de su mentora, pero al levantar la vista hacia sus ojos azules no vio en ellos enfado, sino profundos estanques de sabiduría y comprensión.

—Si tú lo supieras, me lo contarías, ¿verdad? Las lealtades de los curanderos no son las mismas que las de los demás gatos, aunque al final todos somos leales al Clan Estelar y a los cuatro clanes del bosque.

Hojarasca asintió y, para su alivio, Carbonilla se volvió y empezó a examinar las provisiones de hojas de caléndula.

«No le he mentido», se dijo Hojarasca, abatida. Pero eso no la ayudó. Con profecía del Clan Estelar o sin ella, conocía el código guerrero tan bien como cualquiera. Una de las peores cosas que podía hacer un aprendiz era mentir a su mentor, y aunque las palabras que ella había pronunciado eran la verdad exacta, se sintió terriblemente culpable.

«Oh, Esquirolina —protestó para sus adentros—, ¿por qué has tenido que marcharte?».



13

—Éste no es el camino más rápido hasta los Cuatro Árboles —se quejó Esquirolina cuando Zarzoso se detuvo junto a un espino. Señaló con la cola —. Deberíamos ir por ahí.

—Bien —suspiró él. La aprendiza había estado insólitamente callada tras despedirse de su hermana, pero, por desgracia, el silencio no había durado—. Ve por ahí si te apetece darte un chapuzón. Por aquí el arroyo es más estrecho y hay una roca que podemos usar como pasadero.

—Oh… vale.

Esquirolina pareció desconcertada un momento, pero luego se encogió de hombros y corrió entre los árboles al lado de Zarzoso. Cruzaron el arroyo en un par de saltos y se encaminaron a la última ladera que llevaba a los Cuatro Árboles. Cuando llegaron al borde de la hondonada, él reparó en que todo el disco solar había rebasado el horizonte.

Hizo una pausa, moviendo la cola para refrenar a Esquirolina y que no irrumpiera en el claro antes de saber qué iban a encontrar allí. Absorbiendo el aire, saboreó los olores mezclados de los otros tres clanes, y al mirar hacia abajo vio a Trigueña, Plumosa y Borrascoso sentados al pie de la Gran Roca, mientras que Corvino se paseaba nerviosamente delante de ellos.

—¡Por fin! —Trigueña se levantó de un salto cuando Zarzoso y Esquirolina aparecieron entre los arbustos de la ladera—. Creíamos que no venías.

—¿Qué está haciendo ella aquí? —espetó Corvino, fulminando con la mirada a Esquirolina.

La aprendiza le devolvió una mirada idéntica, erizando el pelo del cuello.

—Puedo hablar por mí misma, gracias. Yo voy con vosotros.

—¿Qué? —Trigueña se acercó a su hermano—. Zarzoso, ¿has perdido el juicio? No puedes traer a una aprendiza. Esto va a ser peligroso.

Antes de que Zarzoso pudiera responder, Esquirolina bufó:

—¡Él también es un aprendiz! —Y apuntó a Corvino con la cola.

—A mí me escogió el Clan Estelar —remarcó el aludido—. A ti no. —Y, dando el tema por zanjado, se sentó y empezó a lavarse las orejas.

—A él tampoco lo escogieron —protestó Esquirolina, mirando ceñuda a Borrascoso—. ¡No me digáis que sólo ha venido a despedirse de su hermana!

Los guerreros del Clan del Río no dijeron nada; se limitaron a intercambiar una mirada de preocupación.

—Esquirolina viene; es lo que hay. —A Zarzoso se le estaba acabando la paciencia. A ese paso, la misión fracasaría por las riñas y el mal genio incluso antes de comenzar—. Bien, pongámonos en marcha.

—¡No me des órdenes! —replicó Corvino.

—No; tiene razón —suspiró Trigueña—. Si no podemos impedir que Esquirolina venga…

—No podéis —declaró la aprendiza.

—… entonces quizá sea mejor que nos pongamos en camino y aprovechemos el tiempo al máximo.

Para alivio de Zarzoso, incluso Corvino pareció ver la sensatez de esas palabras. El aprendiz se levantó dándole la espalda a Esquirolina, como si ella no existiera.

—Qué pena que no puedas irte de tu clan sin llevarte un abrojo enganchado en el pelo —le dijo a Zarzoso con tono burlón.

Los dos gatos del Clan del Río se levantaron también para unirse al grupo.

—No te preocupes —murmuró Plumosa, tocando el omóplato de Esquirolina con el hocico—. Todos estamos un poco nerviosos. Las cosas

irán mejor cuando nos hallemos en camino.

Los ojos de Esquirolina destellaron como si estuvieran a punto de replicarle a Plumosa, pero, al ver la amable mirada de la guerrera, lo pensó mejor y bajó la cabeza, mientras el pelo del cuello empezaba a alisársele.

Como obedeciendo a una orden muda, los seis gatos se internaron en los arbustos para subir la ladera y llegar a la frontera del territorio del Clan del Viento. Observando las lomas del páramo, la dura y elástica hierba que el viento ondulaba como el pelaje de un animal enorme, a Zarzoso le latía tan fuerte el corazón que creyó que iba a salírsele del pecho. Aquél era el momento que había estado esperando desde que Estrella Azul le habló en sueños. Había llegado el momento de la nueva profecía. ¡El viaje había comenzado!

Pero, al dar los primeros pasos por el páramo, sintió una punzada de pena por todo lo que estaba dejando atrás: el bosque familiar, su lugar en el clan, sus amigos. A partir de ese instante, todo sería diferente.

«¿De verdad podemos vivir según el código guerrero fuera del bosque? —se preguntó. Y al mirar hacia atrás, hacia la oscura línea de árboles, añadió en silencio—: ¿Alguno de nosotros volverá a ver su clan?».

Zarzoso se agazapó al abrigo de un seto para examinar los apiñados edificios de una granja de Dos Patas. Detrás de él, los otros gatos se movían con impaciencia.

—¿A qué estamos esperando? —quiso saber Corvino.

—Ése es el granero donde viven Cuervo y Centeno —contestó Zarzoso, señalando con la cola.

—Sí, lo sé —respondió el gato negro—. Enlodado me llevó a ese sitio cuando hice mi viaje de aprendizaje a las Rocas Altas. No iremos a pararnos ahí, ¿verdad?

—Creo que tal vez deberíamos. —Zarzoso se cuidó de no sonar como si estuviera dando una orden al susceptible aprendiz—. Cuervo conoce lo del lugar donde se ahoga el sol. Quizá pueda contarnos algo útil.

—Y su granero está rebosante de ratones. —Trigueña se relamió los bigotes.

—Podríamos hacer cosas peores que pasar una noche aquí —coincidió Zarzoso—. Un par de buenas presas nos ayudaría a ganar fuerzas.

—Pero, si continuamos adelante, podríamos llegar a las Rocas Altas antes de que anochezca —replicó Corvino.

Zarzoso sospechó, poco caritativamente, que el aprendiz del Clan del Viento estaba discutiendo por discutir.

—Yo sigo pensando que sería mejor pernoctar aquí esta noche —maulló—. De ese modo llegaríamos a las Rocas Altas mañana temprano, con la mayor parte del día por delante para adentrarnos en un territorio desconocido.

—¿Prefieres dormir sobre piedra y sin presas, o calentito y cómodo con la barriga llena? —murmuró Borrascoso—. Yo voto por el granero de Centeno.

—¡Yo también! —exclamó Esquirolina.

—Tú no tienes voz ni voto —le espetó Corvino.

Ella no se arredró. Con los ojos resplandecientes de expectación, se levantó de un salto.

—¡Vamos!

—No; espera. —Plumosa se colocó delante de la impaciente aprendiza un segundo antes que Zarzoso—. Por aquí hay ratas. Debemos tener cuidado.

—Y también perros —añadió Trigueña.

—Oh… vale.

Zarzoso recordó que Esquirolina todavía no había hecho el viaje a las Rocas Altas que todos los aprendices debían realizar antes de convertirse en guerreros. De hecho, aquélla debía de ser la primera vez que salía del territorio del clan más allá de los Cuatro Árboles. Para sus adentros, admitió que la gata lo había hecho muy bien, cruzando las tierras del Clan del Viento sin alborotar, consciente de que tenían que evitar las patrullas del Viento para que la partida de Corvino quedara en secreto. Quizá sobrellevara mejor de lo que él creía el largo camino que tenían por delante.

Zarzoso salió de debajo del seto y abrió la marcha ante los edificios de la granja en dirección al granero. Se quedó inmóvil un instante al oír el ladrido de un perro, pero sonaba lejano y el olor que captó era tenue.

—Venga, que es para hoy —masculló Corvino a sus espaldas.

El granero estaba algo apartado de la casa principal de los Dos Patas. El tejado tenía agujeros y la puerta estaba combada. Zarzoso se acercó cautelosamente y olfateó por una abertura al pie de la puerta. El olor a ratón le anegó los sentidos. Se le hizo la boca agua, y tuvo que concentrarse para distinguir el olor a gatos, que quedaba casi anulado.

Una voz familiar habló desde el otro lado:

—Huele al Clan del Trueno. Adelante, sed bienvenidos.

Era Cuervo. Zarzoso se deslizó por el agujero y vio al lustroso solitario negro justo delante de él. Centeno, el gato blanco y negro que compartía el granero con él, estaba sentado unos pasos más atrás. Se le dilataron los ojos, incómodo al ver que también entraban los compañeros de Zarzoso. Éste pensó que seguramente Centeno no había visto tantos gatos desde que acudió al bosque a ayudar a los clanes en su lucha contra el Clan de la Sangre, hacía cuatro estaciones.

—He seguido tu consejo, Cuervo —maulló Zarzoso—. Creo que el Clan Estelar me mandó el sueño porque quiere que viaje al lugar donde se ahoga el sol. Éstos son los gatos a los que el Clan Estelar ha elegido también para que vayan hasta allí.

—Sólo algunos lo somos —masculló Corvino con aspereza.

Zarzoso no le hizo caso y presentó a todos a Cuervo y Centeno. El solitario más viejo se limitó a inclinar la cabeza a modo de saludo y desapareció en las oscuras profundidades del granero.

—No os preocupéis por Centeno —maulló Cuervo—. No solemos tener tantas visitas a la vez. Así que ésta es Esquirolina —continuó, entrechocando su nariz con la de la aprendiza—. ¡La hija de Estrella de Fuego! Ya te había visto antes, de cachorrita, cuando estabas en la maternidad con Tormenta de Arena, pero no te acordarás. Entonces dije que eras igualita a tu padre, y ahora veo que tenía razón.

Esquirolina arañó el suelo, incómoda. Zarzoso supuso que, por una vez, se había quedado sin palabras frente a un gato que había representado un gran papel en la historia de su clan.

—¿Qué piensa Estrella de Fuego del viaje? —le preguntó Cuervo a Zarzoso—. Me sorprende que haya dejado que Esquirolina vaya tan lejos

sin ser ni siquiera guerrera.

Zarzoso y Esquirolina intercambiaron una mirada de inquietud.

—No ha sido exactamente así —reconoció el joven guerrero—. Nos hemos marchado sin decírselo.

A Cuervo se le desorbitaron los ojos de la impresión, y por un segundo Zarzoso se preguntó si los echaría de allí. Pero se limitó a sacudir la cabeza.

—Lamento que no hayáis podido contarle lo que sucedía —maulló—. Quizá me contéis más cosas a mí después de comer. ¿Tenéis apetito?

—¡Estamos muertos de hambre! —exclamó Esquirolina.

A Cuervo se le escapó la risa.

—Cazad lo que os apetezca —los invitó—. Hay ratones de sobra.

Poco después, Zarzoso estaba cómodamente ovillado en la paja, con el estómago lleno de ratones que casi se habían puesto en fila para saltarle a la boca. Si Cuervo y Centeno comían así a diario, no era de extrañar que parecieran tan fuertes y sanos.

Sus compañeros estaban despatarrados a su alrededor, igualmente llenos y cada vez más soñolientos, mientras el sol descendía, mandando rayos rojizos a través de los agujeros del tejado. Por todas partes se oían correteos y leves chillidos entre el heno, como si la caza no hubiera afectado en nada al número de ratones.

—Si no te importa, dormiremos aquí esta noche y nos marcharemos a primera hora de la mañana —maulló Zarzoso.

Cuervo asintió.

—Os acompañaré hasta las Rocas Altas. —Antes de que el joven pudiera decir que no hacía falta, el solitario continuó—: Hay más Dos Patas que antes alrededor del Sendero Atronador. He estado vigilándolos, de modo que conozco las rutas más seguras.

Zarzoso le dio las gracias y entonces notó que Corvino se le acercaba para susurrarle al oído:

—¿Podemos fiarnos de él?

Cuervo agitó las orejas; obviamente, había oído la pregunta. Zarzoso deseó que se lo tragase la tierra, muerto de vergüenza, y Esquirolina levantó la cabeza para bufar a Corvino.

—No os enfadéis con él —maulló Cuervo—. Está bien que pienses así, Corvino. De hecho, has pensado como un guerrero. Allá adonde vais, no podéis fiaros de nada ni de nadie sin una buena razón.

Corvino inclinó la cabeza, complacido con la alabanza del solitario.

—Pero de mí sí podéis fiaros —continuó Cuervo—. Tal vez no consiga ayudaros mucho con el resto de vuestro viaje, pero por lo menos puedo encargarme de que lleguéis sanos y salvos a las Rocas Altas.

El viento azotaba a Zarzoso en la cara, pegándole el pelo a los flancos y amenazando con derribarlo. Cuando sacó las uñas para no perder el equilibrio, arañó la roca pelada. Él y sus compañeros se hallaban en la cima de las Rocas Altas, contemplando territorios interminables y desconocidos.

Habían salido con la primera luz del alba y alcanzaron las laderas rocosas mucho antes de que el sol estuviera en lo más alto, guiados velozmente por Cuervo. El solitario estaba junto a Zarzoso, apuntando con las orejas hacia lo lejos.

—Tenéis que evitar esa maraña de Senderos Atronadores —maulló, señalando con la cola un denso borrón gris en el paisaje—. Ahí es donde se refugió el Clan del Viento cuando Estrella Rota los expulsó de su hogar. Está lleno de ratas y carroña.

—¡Lo sé! —intervino Esquirolina—. Látigo Gris me contó cómo él y Estrella de Fuego fueron a buscar al Clan del Viento para llevarlo de vuelta a su casa.

—Hay muchos Senderos Atronadores más pequeños que atravesar —continuó Cuervo—. Y casas de Dos Patas que evitar. He viajado por ahí alguna que otra vez… no muy lejos, pero lo bastante para saber que no es un lugar para guerreros.

Esquirolina le lanzó una mirada nerviosa.

—¿No hay más bosque? —preguntó.

—Que yo haya visto, no.

—No te preocupes —la tranquilizó Zarzoso—. Yo cuidaré de ti.

Para su sorpresa, la aprendiza giró en redondo, encarándose a él con sus ojos verdes encendidos.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que no necesito que me cuiden? —le espetó—. Si vas a comportarte como Estrella de Fuego durante todo el camino hasta el lugar donde se ahoga el sol, quizá tendría que haberme quedado en casa.

—Oh, ya nos gustaría —murmuró Corvino, poniendo los ojos en blanco.

Trigueña miró a Esquirolina con curiosidad, y luego se volvió hacia su hermano.

—¿Vas a dejar que una aprendiza te hable así? —le preguntó.

Zarzoso se encogió de hombros.

—Intenta detenerla si puedes.

Trigueña agitó las orejas.

—¡Clan del Trueno!

Plumosa intercambió una mirada con Borrascoso y luego se acercó a Esquirolina.

—Yo también estoy nerviosa —admitió—. Me corren escalofríos por el espinazo cuando pienso en estar tan cerca de todos esos Dos Patas. Pero el Clan Estelar nos guiará.

Esquirolina asintió, aunque sus ojos seguían agitados.

—Si ya habéis terminado —maulló Corvino—, es hora de ponerse en marcha.

—De acuerdo. —Zarzoso se volvió hacia Cuervo—. Gracias por todo. Que tú entiendas por qué hacemos esto cambia las cosas.

El solitario inclinó la cabeza.

—No hay de qué. Buena suerte a todos y que el Clan Estelar ilumine vuestro camino.

Se quedó a un lado y, uno por uno, los seis jóvenes empezaron a descender la pendiente más lejana de las montañas. El sol proyectaba largas sombras azules delante de ellos mientras daban los primeros pasos en el viaje más largo de sus vidas.



14

Zarzoso soltó un suspiro de alivio al descender de las Rocas Altas y volver a sentir la hierba bajo las zarpas. Ahora estaban solos; eran un pequeño grupo de gatos en un territorio extenso y desconocido. Cuervo les había señalado un sendero a través de campos divididos por relucientes vallas de Dos Patas. Había muchos olores a Dos Patas y perros, pero ninguno reciente. Ovejas de rostro lanudo se quedaban mirando a los gatos expedicionarios, que avanzaban con la cabeza gacha y las orejas pegadas al cráneo, incómodos por encontrarse en espacios abiertos.

—Cualquiera diría que nunca han visto un gato —gruñó Borrascoso.

—Quizá no habían visto ninguno hasta ahora —repuso Trigueña—. No hay razones para que los gatos vengan aquí. No he captado el olor de ninguna presa desde que abandonamos el granero.

—Bueno, yo nunca había visto una oveja —intervino Esquirolina.

Se aproximó a la más cercana, y Zarzoso se colocó detrás de ella discretamente; por lo que sabía, las ovejas no eran peligrosas, pero no iba a correr riesgos. Esquirolina se detuvo a una cola de distancia, olfateó con ganas y arrugó la nariz.

—¡Puaj! ¡Puede que parezcan esponjosas nubes con patas, pero huelen fatal!

Trigueña bostezó.

—¿Podemos seguir adelante, por el amor del Clan Estelar?

—Me pregunto por qué el Clan Estelar nos envía al lugar donde se ahoga el sol —maulló Plumosa, ladeándose bruscamente para esquivar a

una oveja que estaba pastando demasiado cerca para su gusto—. ¿Por qué no podían decirnos en el bosque lo que necesitamos saber? ¿Y por qué tenemos que oír el mensaje a medianoche?

Corvino resopló.

—Quién sabe. —Miró a Zarzoso entornando los ojos—. Quizá pueda contárnoslo el guerrero del Clan del Trueno. Después de todo, es el único de nosotros que ha visto ese sitio… o eso dice.

A Zarzoso le rechinaron los dientes.

—Tú sabes tanto como yo —maulló—. Sólo tenemos que confiar en el Clan Estelar y en que al final todo se aclarará.

—Para ti es fácil decirlo —replicó Corvino.

—¡Déjalo en paz! —le espetó Esquirolina. Para sorpresa de Zarzoso, la gata se plantó delante del aprendiz del Clan del Viento—. Zarzoso no pidió tener el segundo sueño. No es culpa suya que el Clan Estelar lo eligiera.

—¿Y qué sabes tú de eso? —gruñó Corvino—. En el Clan del Viento, los aprendices saben cuándo mantener la boca cerrada.

—Oh. ¿Significa eso que vas a cerrar el pico a partir de ahora? —contestó Esquirolina con descaro—. Genial.

Mostrando los dientes con un gruñido, Corvino rodeó a Esquirolina y siguió adelante a grandes zancadas.

Zarzoso se acercó a su compañera de clan.

—Gracias por apoyarme —murmuró.

Esquirolina lo miró con ojos destellantes.

—¡No lo estoy haciendo por ti! —le espetó—. Pero no voy a permitir que esa estúpida bola de pelo se crea que el Clan del Viento es muchísimo mejor que el del Trueno.

Y salió pitando con un bufido irritado, pasando ante Plumosa y Borrascoso, que se habían detenido a observar la escena.

—¡No te adelantes demasiado! —le gritó Zarzoso, pero ella no le hizo caso.

Mientras echaba a correr tras la aprendiza, Zarzoso era dolorosamente consciente de que ningún otro miembro del grupo había intentado defenderlo, ni siquiera Trigueña. Todos debían de tener sus dudas sobre su visión del lugar en que se ahogaba el sol y por qué debían ir hasta allí, como

Plumosa. Con cada paso que daba, Zarzoso sentía más el peso de la responsabilidad; sabía que si alguno de sus compañeros resultaba herido o incluso muerto en el viaje, sería culpa de él. Tal vez el Clan Estelar se había equivocado en esa ocasión. Tal vez, al final ni siquiera la fe y el valor de los guerreros bastarían para llevar a cabo la misión sanos y salvos.

Poco después del mediodía llegaron a su primer Sendero Atronador. Era más estrecho que el que conocían, y se curvaba, de modo que no podían ver los monstruos que se aproximaban hasta el último momento. En el extremo opuesto, un alto seto se extendía en ambas direcciones.

Corvino se acercó cautelosamente a olfatear el duro y negro borde del Sendero Atronador.

—¡Puaj! —exclamó arrugando la nariz—. Es un material asqueroso. ¿Por qué los Dos Patas lo extienden por todas partes?

—Sus monstruos se desplazan sobre él —explicó Borrascoso.

—¡Ya lo sé! Sus monstruos también apestan.

Borrascoso se encogió de hombros.

—Así son los Dos Patas.

—¿Vamos a quedarnos aquí hasta la puesta de sol discutiendo las costumbres de los Dos Patas? —interrumpió Trigueña—. ¿O vamos a cruzar este Sendero Atronador?

Zarzoso se agachó en el arcén herboso, irguiendo las orejas para captar monstruos en movimiento.

—Cuando yo diga «ahora», corre —le indicó a Esquirolina, que estaba a su lado—. Lo harás bien.

La aprendiza no lo miró. Había estado de mal humor desde la riña con Corvino.

—No estoy asustada, que lo sepas —bufó.

—Pues deberías estarlo —gruñó Trigueña, al otro lado de Zarzoso—. ¿No has escuchado lo que te hemos dicho al cruzar el Sendero Atronador cerca de las Rocas Altas? Que te quede muy claro esto: son peligrosos incluso para guerreros experimentados. En ellos mueren muchos gatos.

Esquirolina la miró y asintió; sus ojos verdes estaban como platos.

—Bien —maulló la guerrera del Clan de la Sombra—. Pues escucha a Zarzoso, y cuando él te diga que corras, corre como nunca en tu vida.

—Antes de cruzar —empezó Zarzoso, levantando la voz para que todos lo oyeran—, deberíamos decidir qué vamos a hacer al otro lado. No podemos ver qué hay detrás de ese seto, y con la pestilencia del Sendero Atronador, no consigo captar ningún olor.

Borrascoso alzó la cabeza para saborear el aire.

—Yo tampoco —coincidió—. Propongo que crucemos el Sendero Atronador, atravesemos directamente el seto y nos reunamos al otro lado. Si hay algo peligroso allí, los seis juntos deberíamos poder con ello.

Zarzoso estaba impresionado por la sensatez de Borrascoso.

—De acuerdo —maulló, y el resto de los gatos, incluido Corvino, asintieron en un murmullo.

—Zarzoso, tú dirás cuándo —maulló Borrascoso.

Zarzoso volvió a aguzar el oído. Un quedo gruñido lejano se transformó rápidamente en un rugido, y un monstruo dobló la curva; su antinatural pelaje resplandeció al pasar de largo. Abofeteó a los gatos con un viento caliente y arenoso, y los dejó ahogándose con el hedor que desprendía.

Casi a la vez pasó otro monstruo en dirección contraria. Luego todo volvió a quedar en silencio, denso como una capa de nieve. Al aguzar el oído, Zarzoso no logró captar otra cosa que un ladrido distante.

—¡Ahora! —bramó.

Saltó hacia delante, consciente de que Esquirolina lo seguía por un lado y Plumosa por el otro. Sus patas avanzaron por la dura superficie del Sendero Atronador. Alcanzó la estrecha franja de hierba del otro arcén y se internó en el seto, cuyas espinosas ramas se le engancharon en el pelo.

Empujando con fuerza, consiguió salir al otro lado. Durante un momento no logró entender lo que veía, y casi se quedó paralizado de pánico. Entrevió una llama saltarina y el acre olor del fuego le llenó la garganta. Sonó un grito agudo, y una criatura Dos Patas corrió hacia él; no era más alta que un zorro y avanzaba con patas gruesas e inestables. De repente, el ladrido del perro sonó mucho más fuerte.

—¡Esquirolina, quédate conmigo! —exclamó sin aliento, pero la aprendiza rojiza había desaparecido de su lado.

Oyó que Borrascoso aullaba:

—¡Permaneced juntos! ¡Aquí!

Zarzoso miró alrededor, pero no vio a ninguno de sus compañeros, y sus patas lo condujeron a las profundidades de un arbusto de acebo, el refugio más cercano que descubrió. Con la barriga pegada al suelo, se puso a salvo y notó que estaba apretándose contra algo peludo. Oyó un quejido temeroso, y en la escasa luz distinguió un pelaje gris: Plumosa.

—Sólo soy yo —la tranquilizó.

—¡Zarzoso! —A Plumosa le temblaba la voz—. Por un momento he pensado que era un perro.

—¿Has visto a los otros? —preguntó el joven guerrero—. ¿Has visto adónde iba Esquirolina?

Plumosa negó con la cabeza, sus ojos azules dilatados de miedo.

—No te preocupes. Seguro que todos están bien —maulló él, consolándola con un lametazo en la oreja—. Voy a ver qué está pasando ahí fuera.

Avanzó un par de colas hasta que pudo asomarse. El fuego, advirtió aliviado, no era más que un montoncito de ramas ardiendo, confinado en una pequeña zona no muy lejos del lugar por el que habían irrumpido. Un Dos Patas adulto estaba echándole más ramas. La criatura Dos Patas se le había unido. Zarzoso todavía oía ladrar al perro, pero no lo veía, y el fuego impedía que pudiera olerlo. Y más importante que eso: no vio a ninguno de sus compañeros perdidos.

Retorciéndose para volver junto a Plumosa, susurró:

—Venga, sígueme. Los Dos Patas no están prestando atención.

—¿Y qué pasa con el perro?

—No sé dónde está, pero no está aquí. Escucha: esto es lo que vamos a hacer.

Zarzoso sabía que tenía que idear un plan de inmediato para sacar de allí a Plumosa, antes de que el pánico la inmovilizara por completo. El arbusto de acebo crecía cerca de una valla de madera, y un poco más allá, un pequeño árbol extendía sus ramas hasta el jardín vecino.

—Ahí —maulló, señalándolo con las orejas—. Trepa al árbol y luego subiremos a lo alto de la valla. Desde ahí podemos ir a cualquier parte.

Se preguntó brevemente qué haría si Plumosa estaba tan asustada que se negaba a moverse, pero la gata asintió con resolución.

—¿Ahora? —preguntó ésta.

—Sí… Yo iré justo detrás de ti.

Al instante, Plumosa abandonó su refugio, corrió a lo largo de la valla y dio un gran salto hacia el árbol. Zarzoso, pisándole los talones, oyó cómo la criatura Dos Patas chillaba de nuevo. Subió al árbol clavando las uñas en el tronco, hasta alcanzar la seguridad de una rama y el abrigo de frondosas hojas. Captó el olor de Plumosa y vio que sus ojos azules lo miraban desazonados.

—Zarzoso —maulló la gata—. Creo que he encontrado al perro.

Apuntó con las orejas hacia el jardín vecino. Zarzoso se asomó entre las hojas y vio al animal —una enorme bestia marrón—, que saltaba y arañaba la valla con sus zarpas en un esfuerzo por atraparlos. Cuando Zarzoso sacó la cabeza, el perro soltó una ráfaga de ladridos histéricos.

—¡Cagarruta de zorro! —le espetó Zarzoso.

Se preguntó qué posibilidades tendrían de huir por la valla; ésta era más endeble que las que había escalado al borde del territorio del Clan del Trueno, y el perro estaba sacudiéndola tanto que un gato que anduviera sobre ella acabaría cayendo al jardín. Zarzoso se imaginó esas fauces cerrándose sobre una de sus patas o su cuello, y decidió que sería mejor quedarse donde estaban.

—A este paso nunca encontraremos a los demás —se lamentó Plumosa.

Y entonces Zarzoso oyó que se abría la puerta de la vivienda de Dos Patas. Un Dos Patas adulto empezó a gritarle al perro. Pero, sin dejar de ladrar como un desquiciado, el animal siguió atacando la valla. El Dos Patas volvió a gritar, salió al jardín, agarró al perro por el collar y se lo llevó a rastras, entre protestas, al interior de la casa. La puerta se cerró de golpe; los ladridos siguieron un poco más, y al cabo cesaron.

—¿Has visto? —dijo Zarzoso—. Hasta los Dos Patas pueden resultar útiles.

Plumosa asintió con los ojos rebosantes de alivio. Zarzoso saltó del árbol a lo alto de la valla y, manteniendo cuidadosamente el equilibrio, avanzó hasta el seto que bordeaba el Sendero Atronador. Desde allí tenía una buena visión de los jardines de ambos lados. Todo parecía en calma.

—No veo ni oigo a los otros —maulló Plumosa tras reunirse con él.

—No, pero eso podría ser una buena señal —comentó Zarzoso—. Si los Dos Patas los hubieran atrapado, habrían organizado tal escándalo que seguro que los habríamos oído.

No estaba muy convencido de que eso fuera verdad, pero pareció tranquilizar a Plumosa.

—¿Qué crees que deberíamos hacer? —preguntó la guerrera.

—El peligro está dentro de estos jardines —concluyó Zarzoso—. Estaremos más seguros al otro lado del seto, junto al Sendero Atronador. Los monstruos no nos molestarán si no salimos del arcén, y en cuanto lleguemos al final de estas viviendas de Dos Patas, no habrá más problemas.

—¿Y qué pasa con los otros?

Ésa era la pregunta a la que Zarzoso no podía responder. Resultaba imposible buscar a sus compañeros con perros y Dos Patas por todas partes. Notó en el estómago punzadas de ansiedad al pensar en Esquirolina sola y desconcertada en aquel lugar extraño y aterrador.

—Probablemente hagan lo mismo que nosotros —maulló, esperando sonar convincente—. Quizá estén aguardándonos. Si no es así, volveremos a echar un vistazo al caer la noche, cuando los Dos Patas estén en sus casas.

Plumosa asintió tensa, y los dos bajaron de la valla y aterrizaron delicadamente sobre una hierba corta y de un verde vivo. Se colaron de nuevo a través del seto y avanzaron a lo largo del Sendero Atronador, manteniéndose lo más lejos posible de su negra y lisa superficie. Pasaban monstruos de vez en cuando, pero Zarzoso estaba tan preocupado por sus camaradas extraviados que apenas reparaba en los rugidos guturales y las rachas de viento que le azotaban las patas.

Por fin llegaron al final del seto. El Sendero Atronador se alejaba formando una curva para unirse a otro un poco más adelante. Entre los dos había una franja de terreno casi cubierta de arbustos de espino. Al otro lado del Sendero Atronador, los campos se extendían perdiéndose en la distancia. Mientras Zarzoso miraba más allá de los campos, donde el sol empezaba a hundirse, una fría brisa le alborotó el pelo.

—¡Gracias al Clan Estelar! —suspiró Plumosa.

Zarzoso abrió la marcha hasta los arbustos. Allí estarían seguros, y puede que alguno de sus amigos ya estuviera esperándolos. Tras dejar a Plumosa de guardia, se internó más en la vegetación, buscando y llamando a sus amigos en voz baja. No hubo respuesta y no logró captar olores conocidos.

Cuando regresó junto a Plumosa, vio que la gata estaba sentada con la cola alrededor de las patas. A sus pies había un ratón muerto.

—¿Quieres compartirlo? —maulló la guerrera—. Lo he cazado, pero ahora no me apetece comérmelo.

La visión de la presa le recordó a Zarzoso lo hambriento que estaba. Había comido bien esa madrugada en el granero de Cuervo, pero desde entonces habían viajado mucho.

—¿Estás segura? Yo puedo cazar otro para mí.

—No; adelante. —Empujó el ratón hacia él.

—Gracias. —Zarzoso tomó un bocado; los cálidos sabores le inundaron la boca—. Intenta no preocuparte —le dijo a Plumosa cuando ésta se inclinó a dar un mordisco desganado—. Pronto encontraremos a los demás.

Plumosa dejó de comer para mirarlo angustiada.

—Eso espero. Me siento muy rara sin Borrascoso. Siempre hemos estado más unidos que la mayoría de los hermanos. Supongo que eso se debe a que nuestro padre pertenece a otro clan.

Zarzoso asintió, recordando lo unido que se sentía a Trigueña cuando eran cachorros, mientras se esforzaban por encontrar sentido a la sangrienta herencia de su padre, Estrella de Tigre.

—Claro que tú lo entiendes. —Con un movimiento de orejas, Plumosa lo invitó a comer más.

—Sí —contestó el joven, encogiéndose de hombros—. Aunque yo no echo de menos a mi padre tanto como vosotros a Látigo Gris. Ojalá pudiera honrar su memoria, pero no puedo.

—Eso debe de ser muy duro. —Plumosa restregó el hocico contra su omóplato—. Por lo menos nosotros vemos a Látigo Gris en las Asambleas. Y nos sentimos muy orgullosos cuando lo nombraron lugarteniente.

—Él también está orgulloso de vosotros —maulló Zarzoso, contento de abandonar el tema de su padre.

Se acabó su parte del ratón y, mientras Plumosa se obligaba a terminar la suya, se puso a planear qué iban a hacer. Al asomarse entre los arbustos, vio cómo el sol se ponía lanzando rayos de fuego, iluminando el camino que ellos debían tomar. Pero no había posibilidad de continuar hasta que encontraran a los demás.

—No están aquí —murmuró Plumosa, acercándose tanto que él notó su cálido aliento en la oreja.

—No. Tendré que volver atrás. Tú quédate aquí por si acaso…

Lo interrumpió un furioso alarido: voces de gatos asustados, procedentes del último jardín de la hilera. Zarzoso se levantó de un salto y sus ojos se encontraron con los sorprendidos de Plumosa.

—¡Están ahí! —exclamó sin aliento—. ¡Y tienen problemas!



15

Al abrir los ojos, Hojarasca vio frondas de helecho sobre su cabeza, recortándose contra un pálido cielo. Entonces recordó que aquél era el día de la media luna, cuando todos los curanderos se desplazaban hasta las Rocas Altas para reunirse con el Clan Estelar en la misteriosa Piedra Lunar. La recorrió un estremecimiento de emoción. Sólo había ido hasta allí una vez, cuando el Clan Estelar la recibió como aprendiza de curandera, y la experiencia la acompañaría el resto de su vida.

Tras salir de su cómodo lecho musgoso de un salto, se estiró con un bostezo, parpadeando para eliminar los últimos restos de sueño. Oyó a Carbonilla dando vueltas dentro de su guarida, y al cabo de unos instantes la curandera se asomó para olfatear el aire.

—No huele a lluvia —maulló—. Deberíamos tener un buen viaje.

Sin más demora, se puso en marcha. Hojarasca lanzó una mirada de pena al montón de la carne fresca al pasar por delante; ningún gato que quisiera compartir lenguas con el Clan Estelar podía comer previamente.

Cenizo, que estaba de guardia junto a la boca del túnel de aulagas, inclinó la cabeza cuando Hojarasca y su mentora pasaron ante él. Hojarasca se sintió un poco azorada. Consciente de que todavía era una simple aprendiza, aún no se había acostumbrado al respeto con que los guerreros trataban a los curanderos.

Las sombras todavía se extendían por el barranco y debajo de los árboles de camino a los Cuatro Árboles, desde donde las dos gatas se internarían en el territorio del Clan del Viento. Tenues susurros en el

sotobosque les indicaban el movimiento de presas, pero las pequeñas criaturas estaban a salvo de momento. De vez en cuando, un pájaro lanzaba una llamada de alarma al paso de las gatas, que no eran más que sombras a la grisácea luz.

—Practica tus habilidades olfativas —le indicó Carbonilla a Hojarasca al cabo de un rato—. Si localizas hierbas útiles, las recolectaremos en el camino de vuelta.

La aprendiza obedeció, concentrándose tanto como podía, hasta que llegaron al arroyo. Las dos se detuvieron a beber, y luego siguieron a lo largo de la orilla hasta el lugar en que una roca, situada en medio de la corriente, facilitaba el paso. Hojarasca no le quitó ojo a su mentora, preocupada porque su pata herida le diera problemas, pero Carbonilla saltó con la destreza de una larga práctica.

Mientras subían la ladera que llevaba a los Cuatro Árboles, Hojarasca empezó a captar el olor de otros gatos.

—El Clan de la Sombra —murmuró—. Debe de ser Cirro.

Carbonilla asintió.

—Tiene la costumbre de esperarme.

Hojarasca sabía que Carbonilla le había salvado la vida a Cirro cuando una enfermedad arrasó el campamento del Clan de la Sombra. Debido a eso, Cirro había escogido seguir la senda del curanderismo, y desde entonces había un lazo de amistad entre él y Carbonilla que iba más allá de la lealtad común que compartían los curanderos.

Cuando llegaron a lo alto de la hondonada, Hojarasca vio al curandero del Clan de la Sombra sentado al pie de la Gran Roca. El pequeño pero digno gato estaba solo, pues no tenía aprendiz. Se levantó en cuanto vio a las gatas, saludándolas con un maullido. En el mismo instante, sonó un susurro en los arbustos que rodeaban la hondonada, y Arcilloso, del Clan del Río, apareció en el claro con su aprendiza, Ala de Mariposa.

A Hojarasca le encantó ver a la aprendiza del Clan del Río. Bajó a saltos la pendiente para unirse a ella mientras Carbonilla y los dos curanderos se reunían en el centro del claro y empezaban a intercambiar novedades.

—¡Ala de Mariposa! —exclamó—. Qué alegría verte.

El sol se había elevado ya por encima de los árboles, y el pelaje dorado de Ala de Mariposa resplandecía como el ámbar. Hojarasca pensó de nuevo en lo hermosa que era, pero la desconcertó que no le devolviese el saludo amistosamente.

En vez de eso, Ala de Mariposa asintió con frialdad.

—Hola. Me preguntaba si Carbonilla traería a su aprendiza.

Algo en su tono hizo que Hojarasca se sintiera pequeña, como si Ala de Mariposa estuviera intentando ponerla en su lugar. Desde luego, la joven del Clan del Río ya era guerrera, así que quizá esperaba respeto de una aprendiza, no amistad. Hojarasca sintió una desilusión tan punzante como una espina; agachó la cabeza y se situó en la cola para seguir a los otros gatos cuando se pusieron en camino, ladera arriba, para cruzar la frontera del territorio del Clan del Viento.

Volvió a sentirse animada cuando empezaron a atravesar el páramo; el brillante sol del principio de la estación sin hojas, la brisa que ondulaba la hierba, elástica bajo las zarpas, los aromas de la aulaga y el brezo, tan diferentes del umbroso y verde bosque del Clan del Trueno. Al ver que Ala de Mariposa avanzaba detrás de su mentor sin unirse a la conversación de los curanderos, Hojarasca se le acercó.

—No pensaba que fueras a estar aquí —maulló—. Creía que Arcilloso te habría llevado ya a la Boca Materna.

Ala de Mariposa se volvió de golpe para mirarla; sus ojos ámbar llameaban como si Hojarasca la hubiera ofendido. La aprendiza del Clan del Trueno se estremeció.

—Lo lamento… —empezó.

De pronto, Ala de Mariposa se relajó y la luz hostil desapareció de sus ojos.

—No; soy yo quien lo lamenta —maulló—. No es culpa tuya. ¿Oíste lo que dijo Arcilloso en la última Asamblea, que estaba esperando la señal del Clan Estelar de que yo sería la curandera apropiada para el Clan del Río?

Hojarasca asintió.

—La señal no llegó. —Ala de Mariposa hizo una pausa y se puso a tirar de la dura hierba del páramo con una zarpa—. ¡No hubo nada! Yo creía que eso significaba que el Clan Estelar me había rechazado… ¡y a los demás

gatos les faltó tiempo para empezar a hablar del tema! Sólo porque mi madre era una gata proscrita y yo no he nacido dentro de un clan. —La fiera luz volvió a brillar brevemente en sus ojos, y luego se apagó.

—Oh, no… ¡Cuánto lo siento! —exclamó Hojarasca con los ojos dilatados de compasión.

—Arcilloso me dijo que debía tener paciencia. —Ala de Mariposa torció la boca con amargura—. Quizá a él se le dé bien eso, pero a mí no. Estaba dispuesta a abandonar el clan, pero Alcotán (no sé si lo recuerdas: es mi hermano) me dijo que no hiciera caso a las habladurías. Me dijo que yo no tenía que demostrar mi lealtad a gatos envidiosos, sino únicamente al Clan Estelar, y que estaba seguro de que al final recibiría la señal.

—Y tenía razón —maulló Hojarasca—, o tú no estarías aquí ahora.

—Sí, tenía razón. —Los ojos de la joven centellearon de alivio—. Sucedió hace sólo dos días. Arcilloso salió de su guarida y se encontró un ala de mariposa en la entrada. Se la enseñó a Estrella Leopardina y a los demás miembros del clan. Dijo que no se podía tener una señal más clara.

—¿Y Estrella Leopardina…? —Hojarasca se interrumpió al oír un aullido lejano.

Los tres curanderos se habían detenido en lo alto de una loma distante y estaban mirando hacia ellas.

—¿Vais a venir con nosotros o no? —La voz de Arcilloso sonó apagada en el viento.

Hojarasca intercambió una mirada sorprendida con Ala de Mariposa y ronroneó de risa. El Clan Estelar había enviado la señal, de modo que Ala de Mariposa no tenía que preocuparse. La Piedra Lunar las aguardaba a las dos, lista para introducirlas en los misterios de sus antepasados guerreros. En ese momento, Hojarasca no podía imaginarse nada mejor que ser aprendiza de curandera.

—Vamos —maulló emocionada a su compañera—. ¡Nos estamos quedando rezagadas!

Cuando el sol estaba en su cenit se encontraron con Cascarón, el curandero del Clan del Viento, junto al manantial de uno de los arroyos del páramo.

Hojarasca observó que Cascarón y Arcilloso se saludaban con maullidos amigables, a pesar de la tensión existente entre sus clanes por la decisión del Clan del Viento de seguir bebiendo en el río hasta la siguiente Asamblea. Entre los curanderos no se daban las habituales rivalidades de clan… su lealtad era para el Clan Estelar, que traspasaba todas las fronteras del bosque.

Al cabo de un rato, Hojarasca reparó en que Carbonilla empezaba a cojear y se imaginó que la vieja herida estaba pasándole factura. Pero la curandera del Clan del Trueno jamás admitiría que el ritmo era demasiado intenso para ella, de modo que Hojarasca decidió aminorar la marcha por su cuenta.

—¿No podríamos descansar? —suplicó, dejándose caer en una extensión de blando brezo—. ¡Estoy cansadísima!

Carbonilla le lanzó una mirada penetrante, como si adivinara qué estaba pensando, y luego accedió con un maullido.

—Aprendices —masculló Cascarón—. Qué poca resistencia tienen.

—Cascarón no ha caminado tanto como nosotros —susurró Ala de Mariposa, sentándose junto a Hojarasca—. Y no tiene aprendiz, así que ¿qué sabe él?

—En realidad no es desconsiderado —contestó Hojarasca en un susurro —. Yo creo que simplemente le gusta parecer un cascarrabias.

Se tumbó de costado y empezó a lavarse a conciencia, pues quería tener el mejor aspecto al presentarse ante el Clan Estelar.

Ala de Mariposa la imitó, y luego se detuvo.

—Hojarasca, ¿tú me examinarías? —pidió.

—¿Examinarte… sobre qué?

—Sobre hierbas —respondió con los ojos dilatados de ansiedad—. Por si Arcilloso espera que las conozca todas. No quiero decepcionarlo. Usamos caléndula para frenar las infecciones, y milenrama para expulsar el veneno, pero ¿qué es lo mejor para el dolor de estómago? Nunca me acuerdo.

—Bayas de enebro o raíz de perifollo —contestó Hojarasca, desconcertada—. Pero ¿por qué estás tan nerviosa? Siempre puedes preguntarle a tu mentor. Él no va a esperar que lo sepas ya todo.

—¡No cuando me presente ante el Clan Estelar! —Ala de Mariposa estaba casi gimiendo de angustia—. Tengo que demostrarles a los espíritus guerreros que soy adecuada para curandera. Quizá no me acepten si no recuerdo las cosas que debería saber.

Hojarasca estuvo a punto de reírse.

—Las cosas no son así —maulló con paciencia—. Los miembros del Clan Estelar no te harán preguntas. Ellos… Bueno, es difícil de explicar, pero estoy segura de que no debes preocuparte.

—Para ti es fácil decirlo —replicó Ala de Mariposa con un dejo de amargura que sorprendió a Hojarasca—. Tú has nacido en un clan del bosque. Yo tengo que ser mejor que cualquier otro gato sólo para que me acepten en el clan.

Sus ojos dilatados brillaban con una mezcla de rabia y determinación. Hojarasca sintió que se le encogía el corazón de pena, y le tocó el omóplato con la cola.

—Eso puedes ser así con el Clan del Río —maulló—, pero no con el Clan Estelar. No tienes que ganarte la aprobación del Clan Estelar… ellos te la conceden como un regalo.

—Bueno, entonces puede que no me la den —musitó Ala de Mariposa.

Hojarasca la miró con asombro. Su amiga era fuerte y hermosa, tenía todas las habilidades de una guerrera más la posibilidad de aprender las de una curandera, pero aun así temía no llegar a ser nunca parte del bosque. Acercándose más, restregó el hocico contra el costado de Ala de Mariposa para consolarla.

—Todo irá bien —murmuró—. Fíjate en Estrella de Fuego. No nació en un clan, pero ahora es el líder del Clan del Trueno. —Al ver que su compañera seguía dudosa, añadió—: Confía en mí. Cuando te encuentres delante del Clan Estelar, lo comprenderás todo.

El sol estaba empezando a descender cuando los curanderos se aproximaron a las Rocas Altas. La áspera hierba de los páramos dio paso a una escarpada ladera de suelo pelado, con matas de brezo aquí y allá. Afloramientos rocosos asomaban por toda la zona, manchados de liquen amarillo.

Cascarón, que se había situado en cabeza, se detuvo sobre una piedra plana y miró hacia arriba. Justo debajo de la cima, un agujero negro se abría en la montaña, coronado por un arco rocoso.

—Ahí está la Boca Materna —explicó Hojarasca, y luego pensó que su amiga ya la habría visto antes, cuando hizo su viaje de aprendizaje durante su entrenamiento como guerrera—. Perdona —añadió—. Ya sé que no es tu primera vez.

A Ala de Mariposa se le dilataron los ojos mientras contemplaba la gran abertura.

—Solamente llegué hasta aquí. No me escogieron para entrar.

—Es un poco aterrador… pero también es maravilloso —la tranquilizó Hojarasca.

Ala de Mariposa se irguió.

—No tengo miedo —declaró—. Soy guerrera. No le tengo miedo a nada.

«¿Ni siquiera al rechazo del Clan Estelar?», se preguntó Hojarasca, aunque no se atrevió a decirlo, pero al sentarse junto a su amiga a esperar que cayera la noche, notó que ésta estaba temblando.

Por fin la media luna asomó por encima de la cumbre, y Arcilloso se puso en pie.

—Es la hora —anunció con voz ronca.

Hojarasca notó la tensión en el estómago al seguir a su mentora ladera arriba para franquear el arco rocoso. Un aire frío y húmedo sopló hacia ellos, y casi parecía como si también fluyera un río de oscuridad, más negro que la noche que los rodeaba. Hojarasca ocupó su posición al final de la hilera de gatos, justo detrás de Ala de Mariposa.

El túnel descendía, serpenteando hacia un lado y otro, hasta que Hojarasca perdió todo el sentido de la orientación. El aire parecía espeso, como si estuvieran bajo el agua además de bajo tierra. La aprendiza no veía nada, ni siquiera a Ala de Mariposa, que se hallaba a no más de un salto de conejo de distancia, aunque sí oía la entrecortada respiración de la guerrera del Clan del Río y captaba el olor a miedo que despedía.

Por fin Hojarasca notó una corriente fresca en el aire, y sintió un cosquilleo de emoción al reconocer la primera señal de que estaban

llegando al corazón de la montaña. Al entrar en una gran caverna, detectó tenuemente olores frescos del mundo de arriba. El resplandor de las estrellas entraba por un agujero en el techo, iluminando las altísimas paredes de roca, y bajo las patas de Hojarasca el suelo era de piedra lisa y erosionada. En el centro de la cueva se alzaba una piedra de tres colas de largo. Los ojos de Hojarasca se dilataron de admiración reverencial al verla: aunque ya estaba oscuro, era una formidable presencia dormida.

Ala de Mariposa la rozó levemente.

—¿Dónde estamos, Hojarasca? —susurró—. ¿Qué está pasando?

—Ala de Mariposa, ven ante la Piedra Lunar —la llamó Arcilloso, algo más adelante—. Todos debemos esperar hasta que llegue el momento de compartir lenguas con el Clan Estelar.

Él y los demás curanderos se sentaron alrededor de la piedra, a un zorro de distancia.

Hojarasca oyó que su amiga soltaba un suspiro tembloroso, y se apretó contra su omóplato para tranquilizarla.

—Nosotras también podemos sentarnos —le susurró al oído.

Al acomodarse detrás de Carbonilla, notó que Ala de Mariposa se sentaba vacilante a su lado.

El tiempo se alargó en la oscuridad, hasta que Hojarasca creyó que llevaban estaciones esperando. Pero entonces, en un segundo, una brillante luz blanca destelló en la gruta: la luna había aparecido a través del agujero del techo. Hojarasca oyó cómo Ala de Mariposa daba un respingo. Delante de ellos, la Piedra Lunar despertó a una deslumbrante vida, resplandeciendo a la luz de la luna como si todo el Manto Plateado estuviera dando vueltas en su superficie de cristal. Cuando los ojos de Hojarasca se acostumbraron a la reluciente luz, Arcilloso se levantó y caminó despacio por la caverna hasta situarse delante de su aprendiza. La blanca luz se derramaba sobre su pelaje como si estuviera cubierto de hielo.

—Ala de Mariposa —maulló Arcilloso solemnemente—, ¿deseas introducirte en los misterios del Clan Estelar como curandera?

La joven vaciló. Hojarasca vio cómo tragaba saliva antes de contestar:

—Sí, lo deseo.

—Entonces ven conmigo.

La aprendiza siguió a su mentor a través de la cueva, hasta que ambos se hallaron cerca de la Piedra Lunar. Ante su luz, Ala de Mariposa parecía sobrenatural; su pelaje dorado se veía tan blanquecino como la ceniza y en sus ojos había un fulgor plateado… casi como si ya se hubiera unido al Clan Estelar. Hojarasca se estremeció. Ese pensamiento no podía ser bueno; se lo sacó de la cabeza, reacia a creer que pudiera ser un augurio.

—Guerreros del Clan Estelar —continuó Arcilloso—, os presento a esta aprendiza. Ha escogido la senda del curanderismo. Concededle vuestra sabiduría y perspicacia para que pueda comprender vuestras costumbres y sanar a su clan de acuerdo con vuestra voluntad. —Luego agitó la cola y le dijo a Ala de Mariposa—: Túmbate aquí y pega la nariz contra la piedra.

Como si se moviera dentro de un sueño, Ala de Mariposa obedeció. En cuanto ella estuvo en su sitio, todos los curanderos se acercaron para colocarse en la misma posición alrededor de la Piedra Lunar, y Carbonilla le hizo un gesto a Hojarasca para que se les uniera. La aprendiza del Clan del Trueno sintió un hormigueo de anticipación; sabía qué iba a suceder.

—Es hora de compartir lenguas con el Clan Estelar —murmuró Cascarón.

—Hablad con nosotros, antepasados guerreros —maulló Cirro—. Mostradnos el destino de nuestros clanes.

Hojarasca cerró los ojos y apretó la nariz contra la superficie de la Piedra Lunar. Inmediatamente, el frío la atenazó como la garra de un halcón, o como si hubiera caído de cabeza en un agua oscura. No podía ver ni oír nada, ni sentir el suelo rocoso de la caverna bajo su cuerpo; estaba flotando en una noche cerrada, sin siquiera la luz del Manto Plateado.

Entonces empezó a desfilar ante su vista una rápida sucesión de escenas. Vio los Cuatro Árboles, pero los grandes robles estaban pelados, con sólo unas pocas hojas maltrechas colgando de las ramas. Uno de los árboles estaba sacudiéndose de un lado a otro, de un modo más violento que bajo el viento más intenso, mientras que los otros tres permanecían inmóviles junto a él. Casi al instante, la imagen fue reemplazada por la visión de monstruos corriendo veloces por el Sendero Atronador y una larga hilera de gatos avanzando a través de nieve: una línea negra contra el

interminable paisaje nevado. Allí no había árboles y nada sugería que fuese algún lugar de los cuatro territorios felinos.

La última escena mostraba a Esquirolina, y aunque Hojarasca sabía que estaba prohibido hablar, le costó contener un grito de alivio y alegría. Su hermana estaba saltando por un extenso campo verde, y a Hojarasca le dio la impresión de que había varios gatos con ella antes de que la visión desapareciera y volviese a sumirse en la oscuridad.

Poco a poco, el frío de la piedra sobre la que estaba posada se filtró a través de su pelo, y el interminable espacio de sus sueños del Clan Estelar quedó reducido al habitual frescor de una noche de la estación sin hojas. Hojarasca abrió los ojos parpadeando y se separó de la Piedra Lunar antes de ponerse en pie con patas temblorosas. Se sentía extrañamente reconfortada, como si volviera a ser una cachorrita protegida por su madre mientras dormía. El Clan Estelar había preservado su vínculo con Esquirolina, a pesar de lo lejos que estaban.

Los otros curanderos empezaron a levantarse a su alrededor, preparados para regresar al exterior. Ala de Mariposa se levantó también, con los ojos destellantes con una mezcla de triunfo y asombro ante las cosas que el Clan Estelar le había mostrado. Hojarasca sintió una punzada de alivio al ver que, aparentemente, los antepasados guerreros la habían aceptado. Fuera lo que fuese lo que Ala de Mariposa sentía hacia sus compañeros de clan, el Clan del Río ya no tenía que dudar sobre la aprobación del Clan Estelar.

Arcilloso tocó la boca de Ala de Mariposa con la punta de la cola, una señal de silencio, y encabezó la marcha para salir de la cueva. Hojarasca volvió a tomar la posición de retaguardia y recorrió el serpenteante túnel subterráneo de regreso al mundo ordinario.

En cuanto llegaron a la entrada, Ala de Mariposa se subió de un salto a un promontorio rocoso, echó la cabeza hacia atrás y soltó un aullido de puro triunfo.

Arcilloso la observó sacudiendo la cabeza con indulgencia.

—Después de todo, no ha estado tan mal, ¿verdad? Bueno —continuó cuando la joven se colocó de nuevo a su lado—, ahora ya eres una auténtica aprendiza de curandera. ¿Cómo te sientes?

—¡Maravillosamente! He visto a Alcotán dirigiendo una patrulla, y…

Se interrumpió cuando Hojarasca la miró con los ojos muy abiertos, en un intento de advertirle que los curanderos no compartían sus sueños hasta tener idea de su significado.

Hojarasca se acercó a entrechocar su nariz con la de la aprendiza del Clan del Río.

—Felicidades —murmuró—. Ya te había dicho que todo iría bien.

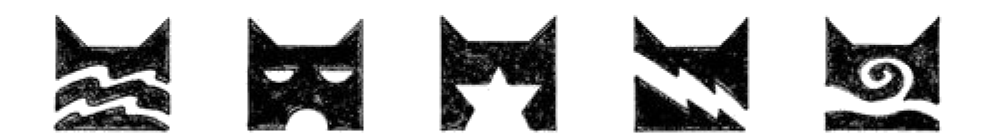
—Sí, es cierto —respondió Ala de Mariposa con ojos brillantes—. Todo irá bien ahora. El Clan del Río se enterará de que el Clan Estelar me ha dado su aprobación. ¡Ahora tendrán que aceptarme!

Bajó la ladera a grandes saltos, dejando que los demás la siguieran más despacio. Hojarasca la contempló con el corazón lleno de preguntas. ¿Qué había visto su amiga? ¿Y qué visiones habría enviado el Clan Estelar a Carbonilla? La curandera del Clan del Trueno parecía pensativa, aunque su expresión no revelaba nada.

Reprimiendo un escalofrío, Hojarasca recordó sus propias visiones. ¿Qué sería lo bastante potente para sacudir uno de los grandes robles de los Cuatro Árboles? ¿Y por qué había gatos viajando en lo más crudo del invierno? Si el Clan Estelar le había mandado señales de lo que traería el futuro, ¿cómo se suponía que debía interpretarlas?

Pero, a pesar de todas sus incertidumbres, Hojarasca estaba llena de esperanzas. Aunque Esquirolina se hallaba a mucha distancia del bosque, el Clan Estelar le había mostrado que se encontraba bien.

«Mandadla pronto de vuelta —rogó Hojarasca mientras seguía a los demás ladera abajo—. Los lleve a donde los lleve su viaje, por favor, que todos regresen sanos y salvos».



16

Zarzoso volvió corriendo al seto con Plumosa a la zaga. Todos sus instintos le decían que irrumpiera en el jardín a rescatar a los otros gatos, pero el recuerdo de lo sucedido tras cruzar el Sendero Atronador lo incitó a ser prudente. De modo que avanzó por el seto hasta que pudo ver sin ser visto.

Y lo que vio le contrajo el estómago. Cerca de la casa de Dos Patas, dos enormes mininos domésticos habían acorralado a Borrascoso y Corvino en un rincón. El aprendiz del Clan del Viento estaba agazapado, con las orejas pegadas al cráneo y mostrando los dientes con un gruñido. Borrascoso agitaba una zarpa delantera, amenazando a la mascota con las uñas desenvainadas. Zarzoso comprendió que tendrían que luchar, y no había ningún sitio donde parapetarse, aparte de la puerta entreabierta de la vivienda de Dos Patas.

—¡Por el gran Clan Estelar! —exclamó Plumosa—. ¡Esos mininos caseros son más grandes que la mayoría de los guerreros!

Zarzoso no estaba seguro de que eso importara. El tamaño y un pelaje reluciente no hacían a un guerrero. No le cabía duda de que sus amigos saldrían victoriosos de la pelea, pero los dos oponentes estaban defendiendo su territorio y parecían capaces de provocar heridas profundas… heridas que los gatos de clan no podían permitirse si querían continuar con su viaje.

Tensó los músculos, preparándose para saltar sobre las mascotas por la espalda, pero, antes de que pudiera moverse, un rayo del color del fuego descendió de la valla a toda velocidad y cruzó el jardín.

—¡Esquirolina, no! —aulló Zarzoso.

Ella no le hizo caso; Zarzoso ni siquiera estaba seguro de que lo hubiera oído. Abalanzándose contra los furiosos mininos, la aprendiza propinó un zarpazo al más cercano. Ambos giraron en redondo, gruñendo.

Zarzoso se apresuró a gritar:

—¡Borrascoso, Corvino! ¡Por aquí!

Corvino salió disparado y chocó contra Plumosa al internarse en el seto, pero Borrascoso se quedó donde estaba, bufando a los contrincantes con Esquirolina al lado. En ese instante, Trigueña apareció en lo alto de la valla del jardín contiguo, desde donde saltó para unirse a la refriega.

—¡Atrás, cagarrutas de zorro! —espetó Esquirolina a los mininos caseros.

El que estaba más cerca blandió una zarpa y no alcanzó a la aprendiza por los pelos. Entonces, la puerta de la vivienda se abrió de par en par y apareció una Dos Patas gritando y sacudiendo los brazos. Los mininos caseros huyeron por el lateral de la casa, mientras que los gatos de clan corrieron a refugiarse bajo el seto. La Dos Patas los miró ceñuda un momento, y al cabo regresó a su hogar dando un portazo.

—¡Esquirolina! —siseó Zarzoso cuando ella frenó en seco a su lado—. ¿En qué estabas pensando? Esos dos podrían haberte despellejado.

La gata se encogió de hombros, nada arrepentida.

—No, no habrían podido. Todos los mininos caseros son flojos —maulló—. Además, Borrascoso y Corvino estaban allí.

—Zarzoso, no la riñas. —Borrascoso miró a Esquirolina con ojos resplandecientes—. Es lo más valiente que he visto en mi vida.

Plumosa coincidió con un murmullo, y Zarzoso empezó a sentirse incómodo. Incluso Trigueña hizo un gesto de aprobación a la aprendiza. Sólo Corvino parecía malhumorado; quizá era consciente de que Esquirolina había quedado mejor que él, o quizá lamentaba haber obedecido una orden de Zarzoso en una situación apurada.

—Yo no he dicho que no sea valiente —se defendió Zarzoso con vehemencia—. Sólo que necesita pensar antes de actuar. Todavía tenemos un largo camino por delante, y si alguno de nosotros resulta herido, eso nos retrasará.

—Bueno, ahora ya estamos todos aquí —repuso Trigueña—. Pongámonos en marcha.

Zarzoso los guió hasta el terreno en que había estado esperando con Plumosa. Para entonces, el sol se había puesto, aunque regueros rojos teñían el cielo, mostrándoles el camino que debían seguir.

—Podríamos pasar la noche aquí —sugirió Plumosa—. Está resguardado y hay presas.

—Está demasiado cerca de las viviendas de Dos Patas —objetó Borrascoso—. Si cruzamos el Sendero Atronador hasta esos campos, podríamos encontrar un lugar más seguro.

Ningún gato puso objeciones. El Clan Estelar les facilitó un cruce fácil del segundo Sendero Atronador, y mientras anochecía empezaron a atravesar los campos. El suelo era duro, con trozos embarrados y montones de piedra, como si alguna vez hubiera habido allí casas de Dos Patas, ahora abandonadas y ruinosas.

Ya era casi noche cerrada cuando se tropezaron con un muro derruido. Entre las grietas había helechos y hierba que proporcionaban cierto cobijo, y el musgo había cubierto las piedras caídas.

—Esto no tiene mala pinta —maulló Borrascoso—. Podríamos quedarnos aquí.

—¡Oh, sí, por favor! —pidió Esquirolina—. ¡Estoy tan cansada que siento como si se me fueran a caer las patas!

—Pues yo creo que deberíamos seguir un poco más —replicó Corvino, y Zarzoso sospechó que sólo estaba intentando poner pegas—. Aquí no huele a presas.

—Hoy hemos viajado mucho —maulló Zarzoso—. Si seguimos adelante, podríamos tropezar con más problemas o tener que pasar la noche al raso. Pero echemos un vistazo primero para asegurarnos de que no hay sorpresas desagradables, madrigueras de tejones o zorros por aquí cerca.

Los demás estuvieron de acuerdo, todos excepto Corvino, que protestó rezongando. Esquirolina fue a investigar al otro lado del muro. Cuando ya hacía un rato que se había ido, Zarzoso fue tras ella, temiendo que la aprendiza hubiese vuelto a meterse en problemas, pero la encontró regresando a saltos por la línea de piedras.

—¡Hay un sitio genial! —anunció Esquirolina, sacudiéndose gotas de agua de los bigotes. Zarzoso se preguntó de dónde sacaba tanta energía—. Al otro lado hay una charca llena de agua.

—¿Agua? Voy para allá —maulló Trigueña, yendo hacia donde Esquirolina señalaba—. Tengo la boca tan seca como las hojas de la pasada estación.

La guerrera del Clan de la Sombra regresó al cabo de un instante, avanzando hacia Esquirolina amenazadoramente con la cola erizada.

—Una broma muy pesada —gruñó.

La gata pareció desconcertada.

—¿Broma? No sé qué quieres decir.

Trigueña escupió.

—Esa agua tiene un sabor asqueroso. Como si estuviera llena de sal.

—¡No es cierto! —protestó Esquirolina—. Yo he bebido y estaba fresquísima.

Trigueña le dio la espalda y empezó a mascar con rabia unos jugosos tallos de hierba. Borrascoso miró a Esquirolina con inquietud.

—Espera aquí —ordenó.

Reapareció tras un momento, con gotas reluciendo en sus bigotes.

—No; está buena —informó.

—Entonces, ¿por qué la mía estaba salada? —maulló Trigueña.

Zarzoso sintió un escalofrío.

—¿Y si…? —empezó, mirando a sus compañeros—. ¿Y si es una señal del Clan Estelar para indicarnos que estamos haciendo lo correcto al buscar el lugar donde se ahoga el sol? Recordad que en mi sueño también había agua salada.

Los cuatro gatos elegidos se miraron entre sí, con los ojos dilatados de asombro y —según le pareció a Zarzoso— temor.

—Si estás en lo cierto —murmuró Plumosa—, eso significaría que el Clan Estelar está observándonos todo el tiempo. —Miró alrededor como si esperara ver figuras estelares acercándose a través del oscuro campo.

Zarzoso hundió las garras en el suelo, deseoso de aferrarse a algo real y sólido.

—Pues eso es bueno —maulló al cabo.

—Entonces, ¿por qué no hemos recibido todos la misma señal? —preguntó Corvino—. ¿Por qué solamente vosotros dos?

—Quizá la recibamos más adelante —aventuró Plumosa, rozando el costado de Corvino con la cola—. Puede que se repartan para ir diciéndonos que vamos por el buen camino.

—Puede. —Corvino se encogió de hombros y fue a ovillarse a un extremo del muro.

El resto del grupo también se puso cómodo. Zarzoso pensó anhelante en los ratones del granero de Cuervo. Allí no había olor a presas, y tendrían que dormirse con el estómago vacío. Al día siguiente habría que dedicar tiempo a cazar antes de proseguir.

Las primeras estrellas del Manto Plateado empezaron a aparecer sobre su cabeza. «Guerreros del Clan Estelar —pensó Zarzoso, soñoliento—, vigiladnos y guiadnos en nuestro viaje. Ojalá pudiera hablar con vosotros directamente… Ojalá pudiera preguntaros si de verdad estamos haciendo lo correcto y por qué tenemos que viajar tan lejos. Ojalá pudiera preguntaros qué amenaza se cierne sobre el bosque».

Las estrellas brillaron con mayor intensidad, pero no hubo respuestas.



17

Zarzoso se despertó con un sobresalto cuando una zarpa lo pinchó en un costado.

La voz de Esquirolina maulló apremiante:

—¡Despierta! ¡Plumosa y Corvino han desaparecido!

Zarzoso se incorporó parpadeando. Trigueña ya se había levantado y Borrascoso estaba saliendo del lecho que se había preparado bajo una mata de helechos. Esquirolina tenía razón: no había ni rastro de Plumosa y Corvino.

Con la cabeza dándole vueltas, se puso en pie. El sol ya había rebasado el horizonte, en un brillante cielo azul salpicado de jirones de nubes blancas. Soplaba un viento constante, ondulando la hierba del campo, pero sin el olor de los gatos desaparecidos. Zarzoso se preguntó si se habrían marchado a casa. Ellos no habían recibido la señal del agua salada del Clan Estelar; ¿eso habría hecho que quisieran abandonar, como si los hubieran juzgado y encontrado inadecuados?

Luego comprendió que estaba siendo un tonto. Corvino podría pensar así, pero no Plumosa. Allá donde hubiesen ido, debían de estar juntos. Y era muy poco probable que se los hubiera llevado un depredador; no había olor a peligro y, además, el ruido los habría despertado.

—Ve a ver si han ido a beber a la charca —sugirió a Esquirolina, que seguía mirándolo con pánico en sus ojos verdes.

—Ya lo he hecho. No tengo cerebro de ratón.

—Desde luego que no. Bueno, entonces…

Miró alrededor, desesperado por que se le ocurriera un plan, y entonces vislumbró dos pequeñas figuras, una gris claro y otra negra, que se acercaban a campo traviesa. El viento, que soplaba hacia el muro derruido, alejaba su olor.

—¡Ahí vienen! —exclamó el joven guerrero.

Plumosa y Corvino avanzaban briosamente sobre las piedras. Traían la boca llena de carne fresca y sus ojos relucían de satisfacción.

—¿Adónde habéis ido? —quiso saber Zarzoso—. Estábamos preocupados por vosotros.

—No deberías marcharos de esta forma —añadió Borrascoso dirigiéndose a su hermana.

—¿Qué os parece esto? —espetó Corvino tras dejar en el suelo los dos ratones que llevaba—. Estabais todos roncando como erizos en invierno, así que decidimos salir a cazar.

—Allí hay muchas presas. —Plumosa señaló con la cola hacia una zona de matorral en el campo contiguo—. Tenemos un montón, pero habrá que volver por el resto.

—Deja que lo hagan estos gandules —masculló Corvino.

—Claro que ayudaremos —maulló Zarzoso; se le hacía la boca agua por el olor de la carne fresca—. Lo habéis hecho muy bien. Quedaos a comer y nosotros recogeremos el resto de las piezas.

Corvino ya se había agachado para dar un bocado a un ratón.

—No nos hables como si fueras nuestro mentor —le gruñó.

Estaba decidido a poner difíciles las cosas, de modo que Zarzoso no le contestó. A pesar del mal humor del aprendiz, él no pudo evitar sentirse optimista. Habían sobrevivido al incidente del jardín de los Dos Patas, la señal de Trigueña significaba que estaban cumpliendo los designios del Clan Estelar, y ahora disponían de una buena comida. Mientras se encaminaba hacia los matorrales, se dijo que las cosas podrían estar mucho peor.

—¿Qué son esos bichos? —preguntó Zarzoso.

Habían transcurrido tres días desde el episodio en el jardín de Dos Patas, y los gatos habían atravesado tierras de labranza y evitado las viviendas de Dos Patas desperdigadas aquí y allá; no se habían cruzado con nada más amenazador que ovejas.

Ahora estaban agazapados en una zanja que discurría a lo largo de un seto entre dos campos. Desde allí observaban a dos de los animales más grandes que Zarzoso había visto en su vida, que corrían de un lado al otro del campo, resoplando y echando hacia atrás la cabeza. El impacto de sus enormes patas hacía que el suelo temblase.

—Son caballos —respondió Corvino con altivez, como encantado de saber algo que Zarzoso ignoraba—. A veces atraviesan nuestro territorio con Dos Patas sobre el lomo.

Zarzoso pensó que nunca había oído nada tan absurdo.

—Supongo que incluso los Dos Patas querrán tener cuatro patas de vez en cuando.

Corvino se encogió de hombros.

—¿Podemos seguir adelante, por favor? —se quejó Esquirolina—. En esta zanja hay agua y se me está mojando la cola.

—Bien, vamos —masculló Zarzoso—. Pero no me apetece que me aplasten.

—No creo que esos caballos sean peligrosos —maulló Borrascoso—. Los he visto en la granja que hay al borde del territorio del Clan del Río. Nunca nos prestan demasiada atención.

—Si nos pisaran, no lo harían a propósito —añadió Plumosa.

Zarzoso se dijo que aquello no serviría de consuelo: el golpe de una de esas patas, que parecían de piedra erosionada, podría partirle el espinazo a un gato.

—Sólo tenemos que cruzar a la carrera cuando ellos estén en la otra punta —dijo Trigueña—. Dudo que nos sigan. Deben de ser bastante tontos, o no dejarían que los Dos Patas se les subiesen encima.

—Vale. —A Zarzoso le pareció bastante sensato—. Cruzaremos en línea recta este campo y el seto del otro lado. Y, por el Clan Estelar, mantengámonos todos juntos esta vez.

Esperaron hasta que los caballos se fueron trotando al otro extremo del campo.

—¡Ahora! —ordenó Zarzoso.

Se lanzó a campo abierto, con el viento colándose entre su pelo, consciente de que sus compañeros corrían junto a él. Creyó oír el retumbo de las enormes patas de los caballos, pero no se atrevió a reducir la velocidad para echar un vistazo. Al cabo, saltó la zanja que bordeaba el seto del otro lado y se internó en el refugio que proporcionaban los arbustos.

Al asomarse cautelosamente, vio que los demás estaban resguardados junto a él.

—¡Genial! —maulló—. Creo que estamos empezando a cogerle el tranquillo.

—Ya era hora —contestó Corvino sorbiendo por la nariz.

En el siguiente campo también había animales grandes; esta vez estaban juntos a la sombra de unos árboles, sacudiendo la cola y pastando hierba. Eran vacas; Zarzoso las había visto cerca del granero de Cuervo en su viaje de aprendizaje a las Rocas Altas. Tenían el pelo liso y de color blanco y negro, y unos ojos enormes, como charcos de turba.

Las vacas parecieron no reparar en los gatos, de modo que éstos cruzaron el campo más despacio, sin perderlas de vista mientras avanzaban sobre la larga y fresca hierba. El sol estaba casi en su cenit y a Zarzoso le habría encantado echar una cabezada, pero tenían que proseguir. Comprobaba continuamente la posición del sol en el cielo, impaciente por que empezara a descender y asegurarse así de que estaban yendo en la dirección correcta. Apartó una persistente preocupación: que no pudieran orientarse si las nubes ocultaban el sol; deseó que el buen tiempo continuase.

Dejando las vacas atrás, llegaron a un campo tan vasto que no podían ver su final. En vez de hierba, estaba cubierto de tallos más gruesos, rígidos y amarillos, como la paja del granero de Cuervo, pero muy cortos, duros y punzantes para caminar sobre ellos. En la distancia se oía el rugido de un monstruo.

—Está por ahí. —Esquirolina saltó a la rama baja de un árbol viejo—. ¡Hay un monstruo gigantesco dentro del campo! ¡Y estamos muy lejos de

cualquier Sendero Atronador!

—¿Qué? ¡No puede ser!

Zarzoso saltó a la rama. Para su asombro, Esquirolina estaba en lo cierto. Un monstruo mucho más grande que los que transitaban por el Sendero Atronador estaba cruzando el campo rugiendo lentamente. Lo rodeaba una especie de nube que llenaba el aire con un revoltijo de polvo amarillo.

—¿Satisfecho? —maulló la aprendiza con sarcasmo.

—Perdona. —Zarzoso bajó junto a los otros—. Esquirolina tiene razón. Hay un monstruo en el campo.

—Entonces será mejor que sigamos adelante antes de que nos vea —maulló Borrascoso.

—Se supone que nunca salen del Sendero Atronador —objetó Plumosa.

Corvino tocó con sumo cuidado los gruesos y punzantes tallos.

—Esto está fatal —bufó—. Las almohadillas se nos llenarán de cortes si intentamos pasar por aquí. Tendríamos que bordear el campo.

Miró a sus compañeros ceñudo, casi como si esperara que le llevaran la contraria, pero la única respuesta fue un murmullo de coincidencia por parte de Plumosa. Zarzoso pensó que Corvino tenía buenas ideas; ojalá las compartiera con menos agresividad.

El aprendiz del Clan del Río encabezó la marcha, y los demás lo siguieron pegados al seto para poder esconderse si el monstruo iba tras ellos. Había una estrecha franja herbosa entre el seto y los duros tallos amarillos, perfecta para que los gatos avanzaran en fila india.

—¡Mirad eso! —exclamó Trigueña.

Dirigió las orejas hacia un ratón que mordisqueaba entre los tallos las semillas dispersas por el suelo. Antes de que ninguno pudiera moverse, Esquirolina atacó, rodó entre los quebradizos tallos y se levantó con el ratón entre los dientes.

—Toma —maulló, dejándolo a los pies de Trigueña—. Tú lo has visto primero.

—Yo puedo cazar mis propias presas, gracias —replicó Trigueña secamente.

Ahora que Zarzoso sabía qué buscar, advirtió que había más ratones correteando entre los tallos cortados y dándose un atracón con las semillas esparcidas. Era casi como si el Clan Estelar les hubiera dado la oportunidad de cazar y alimentarse bien. En cuanto Esquirolina hubo comido, Zarzoso la envió a vigilar desde un árbol, para que avisara si el monstruo cambiaba de dirección e iba hacia ellos.

Sin embargo, el monstruo se mantuvo a distancia. Zarzoso se sentía más esperanzado y más fuerte por la comida cuando reemprendieron la marcha, sobre todo cuando el sol empezó su descenso y él pudo comprobar su dirección. No tardaron mucho en abandonar el extraño y pinchudo campo, y la ruta se tornó más fácil. El aire estaba espeso por el calor del día; las abejas zumbaban en la hierba y una mariposa pasó volando. Esquirolina intentó darle con una pata, pero estaba demasiado amodorrada para perseguirla.

Trigueña iba en cabeza cuando se acercaron al borde del prado, con Borrascoso y Esquirolina justo detrás de ella y Corvino con Plumosa. Zarzoso, en la retaguardia, se mantenía ojo avizor ante posibles peligros.

En esa ocasión no había seto, sino una valla de Dos Patas hecha de un material fino y brillante. Era una especie de malla, como ramitas entrelazadas, sólo que con espacios regulares. Eran demasiado pequeños para colarse por ellos, pero había un hueco al pie de la valla por donde un gato podía pasar pegándose al suelo y retorciéndose.

Zarzoso pasó clavando las uñas en la tierra y notando cómo la valla le raspaba el lomo. Borrascoso lo imitó. Al incorporarse al otro lado, Zarzoso oyó un bufido procedente de la verja.

—¡Estoy atascada!

Era Esquirolina. Soltando un suspiro, Zarzoso fue hasta ella seguido de Borrascoso. Corvino y Plumosa ya estaban al lado de la aprendiza y Trigueña apareció al cabo de un momento.

—Bueno, ¿qué estáis mirando? —les espetó Esquirolina—. ¡Sacadme de aquí!

Estaba aplastada contra el suelo, con medio cuerpo a cada lado de la valla. Al intentar colarse por debajo, el alambre había empezado a

desenredarse y las puntas se le habían enganchado en el pelo. Cada vez que la gata se retorcía, se le clavaban en la piel y la hacían chillar de dolor.

—Estate quieta —le ordenó Zarzoso. Estaba examinando el robusto poste de madera—. Así podremos ver qué hacer. Quizá si desenterramos el poste, la malla se afloje.

El poste parecía sólidamente clavado al suelo, pero si todos ayudaban…

—Sería más fácil morder la malla —propuso Borrascoso. Tiró de las afiladas hebras con los dientes, pero no cedieron. El guerrero se incorporó escupiendo—. Es demasiado dura.

—Yo podría habértelo dicho —maulló Corvino—. Sería mejor liberarla tirándole del pelo.

—¡Deja mi pelo en paz, cerebro de ratón! —le espetó Esquirolina.

El aprendiz del Clan del Viento le enseñó los dientes con un gruñido.

—Si hubieras tenido más cuidado, esto no habría ocurrido. Si no podemos sacarte, tendrás que quedarte aquí.

—¡De eso nada! —se le encaró Borrascoso—. Si nadie más quiere hacerlo, yo me quedaré con ella.

—Estupendo —replicó Corvino encogiéndose de hombros—. Quedaos aquí los dos, y los cuatro que sí hemos sido elegidos seguiremos adelante sin vosotros.

Borrascoso erizó el pelo del cuello y pasó todo el peso del cuerpo a las ancas, tensando los músculos de las patas bajo su pelaje gris oscuro; los dos gatos estaban a un paso de pelearse. Con una punzada de pánico, Zarzoso reparó en que dos o tres ovejas se habían acercado a mirarlos, mientras que algo más lejos sonaba el agudo ladrido de un perro. Tendrían que actuar deprisa.

—Ya basta —maulló, interponiéndose entre los dos furiosos gatos—. No vamos a dejar a nadie atrás. Debe de haber una manera de sacar a Esquirolina de aquí.

Al volverse hacia la aprendiza, vio que Plumosa y Trigueña se hallaban junto a ella. Plumosa estaba mascando hojas de romaza.

—¡Por favor! —exclamó tras escupir la última hoja, mirando a Zarzoso con exasperación—. ¿Es que los machos no saben hacer otra cosa que discutir?

—Es lo que hacen mejor —repuso Trigueña con un brillo divertido en los ojos—. Muy bien: extiende las hojas de romaza sobre el pelo de Esquirolina. Deberían volverlo resbaladizo. Respira hondo, Esquirolina. Has comido demasiados ratones.

Zarzoso observó cómo Plumosa repartía las hojas mascadas de romaza sobre el pelo de la gata, frotándolo en el enredo que había con los alambres.

—Ahora prueba otra vez —le indicó Trigueña.

Esquirolina clavó las uñas en la tierra y trató de emplear las patas traseras para impulsarse hacia delante.

—¡No funciona! —dijo sin aliento.

—Sí que funciona —contestó Plumosa con voz tensa, y le presionó el omóplato, que estaba resbaladizo con una baba verde—. Continúa.

—¡Y date prisa! —añadió Zarzoso.

El perro ladró de nuevo y las ovejas curiosas se desperdigaron. La brisa les llevó olor a perro, cada vez más fuerte. Borrascoso y Corvino se prepararon para salir corriendo.

Esquirolina hizo un último esfuerzo y lo logró. Un nudo de pelo rojo cayó de la valla, pero la gata estaba libre. Se levantó y se sacudió.

—Gracias —les dijo a Plumosa y Trigueña—. ¡Ha sido una idea magnífica!

Tenía razón. Zarzoso deseó que se le hubiera ocurrido a él. Ahora podían seguir adelante, derechos hacia la senda del sol poniente… y deprisa, antes de que el perro los alcanzara. Dirigió al grupo hacia el siguiente campo, convencido de que el Clan Estelar los estaba guiando.

Al despertar a la mañana siguiente, Zarzoso se sintió descorazonado al ver el cielo encapotado. Su confianza en el Clan Estelar flaqueó. Aquello era lo que había temido; a lo mejor era la suerte la que había mantenido el cielo despejado hasta entonces. ¿Cómo iba a saber qué camino tomar si no podía ver el sol?

Al levantarse, advirtió que sus compañeros seguían durmiendo. La noche anterior no habían encontrado mejor refugio que un hueco en un campo debajo de un par de espinos raquíticos. Zarzoso estaba nervioso sin

el familiar dosel forestal sobre su cabeza. Hasta entonces, jamás había reparado en cuánto dependían de los árboles él y sus compañeros: por las presas, como protección y para ocultarse. El nerviosismo por la profecía de Estrella Azul lo atenazó con más fuerza, como si un tejón estuviera mordiéndole el cuello.

Con un cosquilleo en las patas, deseosas de ponerse en marcha, salió del hueco y oteó alrededor. El cielo se veía gris y el aire estaba húmedo, como si fuera a llover. En la distancia había una hilera de árboles y los muros de más viviendas de Dos Patas. Zarzoso esperó que la ruta no volviera a llevarlos entre Dos Patas.

—¡Zarzoso! ¡Zarzoso!

Alguien lo llamaba con apremio. Al darse la vuelta, el joven guerrero vio a Plumosa corriendo hacia él.

—¡La he tenido! —exclamó la gata al llegar a su lado.

—¿Qué has tenido?

—¡Mi señal de agua salada! —Plumosa soltó un ronroneo encantado—. He soñado que iba caminando por un suelo rocoso bañado por el agua. Al inclinarme a beber, el agua estaba salada, y he despertado con su sabor en la boca.

—¡Genial, Plumosa! —El nerviosismo de Zarzoso se mitigó un poco. El Clan Estelar seguía vigilándolos.

—Eso significa que Corvino es el único que no ha recibido una señal —continuó la gata, mirando hacia el hueco en que se veía la curva gris oscuro del lomo del aprendiz, dormido sobre una mata de hierba.

—Entonces, ¿quizá no deberíamos contarle lo del sueño? —sugirió incómodo.

—¡Ni hablar! —Plumosa pareció asombrada—. Se enteraría antes o después, y entonces pensaría que lo hemos engañado deliberadamente. No —añadió tras pararse a pensar—. Deja que se lo cuente yo. Esperaré a pillarlo de buen humor.

Zarzoso resopló.

—Pues tendrás que esperar un buen rato.

Plumosa soltó un leve maullido de tristeza.

—Oh, Zarzoso. Corvino no es tan malo. Le resultó muy difícil tener que abandonar el bosque cuando estaba a punto de convertirse en guerrero. Creo que se siente solo… Yo tengo a Borrascoso y tú tienes a Trigueña y Esquirolina. Todos nos conocíamos antes de esto, pero Corvino está solo.

Zarzoso no había pensado en eso. Valía la pena tenerlo en consideración, aunque no ayudaría a llevarse bien con Corvino la siguiente vez que éste empezara a discutir por alguna nimiedad.

—Todos somos leales a nuestros clanes —maulló—, al bosque y al código guerrero. Corvino no es distinto. El problema es que quiere llevar la voz cantante todo el tiempo, cuando es un mero aprendiz.

Plumosa todavía parecía incómoda.

—Aunque tengas razón, a Corvino no le facilitará las cosas saber que es el único que no ha tenido una visión.

Zarzoso tocó el hocico de Plumosa con el suyo.

—Entonces cuéntaselo tú cuando te parezca apropiado. —Tras mirar alrededor, añadió—: Será mejor que los despertemos y nos pongamos en marcha. Si conseguimos averiguar hacia dónde ir.

—Tenemos que ir hacia allá. —Plumosa señaló muy segura hacia la hilera de árboles del otro extremo del campo—. Ayer, el sol se puso por ahí.

«¿Y después de eso?», se preguntó Zarzoso. Si no veían el sol, ¿cómo encontrarían el camino? ¿Les mandaría el Clan Estelar alguna señal para localizar el lugar donde se ahogaba el sol? Mientras se dirigía a la hondonada a despertar a sus compañeros, lanzó una rápida súplica a sus antepasados guerreros.

«Mostradnos el camino, por favor. Y protegednos cuando se presente el peligro… sea lo que sea».



18

—Nos estamos quedando sin celidonia. —Carbonilla asomó la cabeza por la grieta de la roca—. La hemos empleado casi toda para aliviar los ojos de Rabo Largo. ¿Crees que podrías salir y traer un poco?

Hojarasca levantó la vista; estaba mascando hojas de margarita para formar una pasta.

—Claro —maulló, escupiendo los restos de hojas—. Esto ya está casi listo. ¿Quieres que, de paso, se lo lleve a Cola Pintada?

—No; será mejor que vaya yo a echarle un vistazo. Desde que el tiempo se ha vuelto tan húmedo, le duelen mucho las articulaciones. —Carbonilla salió de la guarida y soltó un ronroneo de aprobación al olfatear las hojas mascadas—. Está muy bien. Ahora vete… y llévate a un guerrero. La mejor celidonia crece cerca de los Cuatro Árboles, a lo largo de la frontera del Clan del Río, y a éste no le hace gracia que el Clan del Viento siga bajando a beber a su territorio.

Hojarasca se sorprendió.

—¿Todavía? Pero si ha llovido mucho… Ya deben de tener agua en sus tierras.

Carbonilla se encogió de hombros.

—Intenta decirle eso al Clan del Viento.

Hojarasca se olvidó de la noticia mientras salía por el túnel de helechos al claro principal. Esa disputa no tenía nada que ver con el Clan del Trueno, y la mayoría de sus pensamientos estaban impregnados de ansiedad por Esquirolina y Zarzoso. El sol había salido cuatro veces desde que los vio

partir. Su íntima conexión con Esquirolina le decía que su hermana seguía con vida, pero no sabía nada sobre dónde se hallaban o qué estaban haciendo.

Hojarasca no había comido esa mañana, de modo que se encaminó al montón de carne fresca, donde Acedera estaba terminándose un campañol.

—Hola. —La joven guerrera parda saludó con la cola a Esquirolina mientras ésta escogía un ratón y se sentaba para comérselo.

La aprendiza le devolvió el saludo.

—Acedera, ¿estás ocupada ahora?

—No. —Engulló el último bocado de campañol y se incorporó, pasándose la lengua por la boca—. ¿Querías algo?

—Carbonilla me ha pedido que vaya hasta los Cuatro Árboles, junto a la frontera del Clan del Río, a recolectar un poco de celidonia. Y me ha dicho que debería acompañarme un guerrero.

—¡Oh, sí! —Acedera se levantó de un salto, con un brillo de emoción en sus ojos ámbar—. ¿Por si acaso el Clan del Viento entra en nuestro territorio accidentalmente? ¡Que lo intente!

Hojarasca se echó a reír y se comió de un bocado el resto del ratón.

—Bien, ya estoy lista. ¡En marcha!

Cuando se acercaban al túnel de aulagas, apareció Estrella de Fuego, seguido de Fronde Dorado y Orvallo. Hojarasca sintió como si una espina se le clavara en el corazón al ver a su padre; iba cabizbajo y arrastrando la cola, incluso su pelaje del color del fuego parecía apagado.

—¿Nada? —le preguntó Acedera en voz queda, y Hojarasca comprendió que la guerrera sabía perfectamente qué había estado haciendo el líder.

Estrella de Fuego negó con la cabeza.

—Ni rastro de ellos. Ni olores ni huellas, nada. Se han ido.

—Debieron de abandonar el territorio hace días —maulló Fronde Dorado sombríamente—. No creo que sirva de nada seguir mandando patrullas en su busca.

—Tienes razón. —Estrella de Fuego soltó un profundo suspiro—. Ahora están en manos del Clan Estelar.

Hojarasca restregó el hocico contra el costado de su padre, que le acarició las orejas con la cola antes de encaminarse al claro. Hojarasca vio que Tormenta de Arena se reunía con Estrella de Fuego al pie de la Peña Alta y que los dos se iban juntos hacia la guarida del líder.

La aprendiza se sintió culpable al recordar cuántas cosas estaba ocultando —sobre todo, la certeza de que Esquirolina estaba sana y salva, aunque muy lejos del territorio del Clan del Trueno—, y notó un hormigueo tan intenso que le pareció imposible que ningún gato dejara de advertirlo mientras salía del campamento con Acedera.

A medida que el sol se elevaba más en el cielo, las brumas matinales se disiparon. El día prometía ser cálido, aunque las hojas rojizas y doradas de los árboles mostraban que la estación de la caída de la hoja se había adueñado del bosque. Hojarasca y Acedera se dirigieron hacia los Cuatro Árboles. La aprendiza de curandera ronroneó con satisfacción al ver cómo Acedera corría a investigar todos los arbustos y huecos que encontraban. Ya no había ni rastro de la herida en el omóplato que había retrasado tanto la ceremonia de nombramiento de la joven guerrera, que no albergaba nada de amargura por haber tenido que esperar el doble de tiempo que los demás aprendices para recibir su nombre guerrero. Aunque era mayor que Hojarasca, Acedera aún conservaba la alegre energía de los cachorros.

Al acercarse más a la frontera del Clan del Río, Hojarasca oyó los quedos sonidos del río y entrevió el agua destellando entre el sotobosque que bordeaba los árboles. Encontró grandes matas de celidonia donde Carbonilla le había indicado, y empezó a cortar tallos.

—Yo también puedo llevar unos cuantos —se ofreció Acedera, mirando atrás mientras se encaminaba a la frontera—. ¡Puaj!… ¡Marcas olorosas del Clan del Río! Me ponen los pelos de punta.

Se quedó mirando desde lo alto de la ladera que llevaba a la orilla, mientras Hojarasca proseguía con su tarea. La aprendiza casi había terminado cuando oyó que su amiga la llamaba.

—¡Hojarasca, ven a ver esto!

Al llegar junto a Acedera y mirar ladera abajo, Hojarasca vio un nutrido grupo de gatos del Clan del Viento reunidos en la orilla para beber. Reconoció a Estrella Alta y Bigotes entre ellos.

—¡Todavía acuden a beber al río! —exclamó.

—Y fíjate en eso. —Acedera señaló con la cola: una patrulla del Clan del Río estaba cruzando el puente Dos Patas—. Si quieres saber mi opinión, va a haber problemas.

Vaharina iba en cabeza de la patrulla; la acompañaban el nuevo guerrero Alcotán y un gato negro que Hojarasca no conocía. Bajaron por la ribera y se detuvieron a poca distancia de los miembros del Clan del Viento. Vaharina gritó algo, pero estaba demasiado lejos para que la aprendiza la oyera.

Acedera sacudió la cola.

—¡Ojalá pudiéramos acercarnos un poco más!

—Yo creo que traspasar la frontera sería una mala idea —replicó Hojarasca nerviosa.

—Ya. Pero sería interesante. —Sonó resignada, como si la atrajera la idea de ayudar al Clan del Río a solucionar su disputa fronteriza.

Para entonces, Vaharina había erizado el pelo y su cola se había hinchado. Estrella Alta se separó de los miembros de su clan y se acercó a hablar con ella. Alcotán intentó decirle algo a la lugarteniente, pero ésta negó con la cabeza y el guerrero retrocedió con semblante rabioso.

Al final, Estrella Alta regresó con los gatos de su clan, que terminaron de beber y pusieron rumbo a su territorio. Se tomaron su tiempo; a Hojarasca le dio la impresión de que se marchaban porque habían acabado, no porque Vaharina se lo hubiese ordenado. Varios gatos del Clan del Viento bufaron a la patrulla del Clan del Río al pasar ante ella, y Hojarasca habría jurado que a Vaharina le estaba costando impedir que sus compañeros iniciaran una pelea. Los superaban con creces en número, y Hojarasca se imaginó lo frustrada que se sentiría Vaharina por no poder exigir que se respetaran las fronteras de su territorio, debido al acuerdo de la última Asamblea.

Cuando los gatos del Clan del Viento desaparecieron en dirección a los Cuatro Árboles, Vaharina reunió a su patrulla para ir hacia el río. Guiada

por un impulso, Hojarasca la llamó. La lugarteniente del Clan del Río se volvió y, tras vacilar un segundo, subió la ladera para encontrarse con la aprendiza y Acedera en la frontera.

—Hola —saludó—. ¿Cómo vais de presas?

—Bien, gracias —contestó Hojarasca. Lanzó una mirada de advertencia a Acedera, pues sería mejor no mencionar la confrontación con el Clan del Viento que acababan de presenciar—. ¿Marcha todo bien en el Clan del Río?

Vaharina asintió con la cabeza.

—Sí, todo bien, excepto… —Hizo una breve pausa—. ¿Habéis visto a Borrascoso y Plumosa? Desaparecieron de nuestro territorio hace cuatro días. Nadie ha vuelto a verlos desde entonces.

—Seguimos su rastro hasta los Cuatro Árboles, pero, claro, no podíamos buscar en las tierras de los demás clanes —explicó Alcotán, que había llegado a tiempo para oír las palabras de su lugarteniente; el gato negro se había quedado vigilando junto a la orilla del río.

Alcotán inclinó la cabeza cortésmente ante Hojarasca y Acedera. Era un poderoso atigrado de reluciente pelaje oscuro, y Hojarasca pensó que le recordaba a algún gato que ya había visto… aunque ningún otro gato del bosque tenía esos penetrantes ojos azul hielo.

—¿Qué queréis decir? —preguntó la aprendiza—. ¿Plumosa y Borrascoso han abandonado el Clan del Río?

—Sí —respondió Vaharina con expresión acongojada—. Creíamos que habrían decidido ir al Clan del Trueno para estar con su padre.

Hojarasca negó con la cabeza.

—No los hemos visto.

—Pero ¡nosotros también hemos perdido dos gatos! —exclamó Acedera, moviendo la cola con nerviosismo—. Y… sí, fue hace cuatro días.

—¿Qué? —Vaharina la miró con incredulidad—. ¿Qué gatos?

—Zarzoso y Esquirolina —contestó Hojarasca con una mueca.

Ojalá Acedera no hubiera contado nada. Instintivamente, ella habría ocultado la desaparición a los demás clanes, pero ya era demasiado tarde.

—¿Se los estará llevando alguna criatura? —preguntó Vaharina, casi para sí misma—. ¿Alguna clase de depredador? —Se estremeció—. Me

acuerdo de aquellos perros…

—No; estoy segura de que no es eso lo que ha sucedido. —Hojarasca quería tranquilizarla sin revelar el secreto que sólo ella conocía—. Si hubiera sido un zorro o un tejón, quedarían señales. Olores, excrementos… algo.

La lugarteniente del Clan del Río seguía dubitativa, pero a Acedera se le iluminaron los ojos.

—Si todos han decidido abandonar el bosque, quizá se hayan ido juntos —aventuró.

Vaharina pareció todavía más confundida.

—Sé que a veces Plumosa y Borrascoso sentían que el clan los culpaba por que su padre es del Clan del Trueno —maulló—. Y Zarzoso tiene que soportar el peso de ser el hijo de Estrella de Tigre. Pero Esquirolina… ¿qué razón tendría ella para dejar su hogar?

«Solamente la profecía del fuego y el tigre», pensó Hojarasca, pero luego recordó que Esquirolina no sabía nada de eso… sólo de lo que le habían parecido críticas injustas por parte de su padre. Era la profecía del sueño de Zarzoso lo que había impulsado a Esquirolina a partir. Sin embargo, de momento, Hojarasca no podía decir nada de ninguna de las dos profecías.

—Quizá los otros clanes también hayan perdido gatos —maulló Alcotán—. Deberíamos averiguarlo. Tal vez sepan más que nosotros.

—Cierto —coincidió Vaharina. Tras mirar muy seria hacia la orilla en que los gatos del Clan del Viento habían ido a beber, añadió—: Será bastante fácil preguntarle al Clan del Viento. Pero nadie podrá hablar con el de la Sombra hasta la próxima Asamblea.

—Ya no falta mucho —maulló Hojarasca.

—¿Y seguro que será fácil hablar con los del Viento? —se atrevió a preguntar Acedera, como si desafiara a Vaharina a admitir que sus vecinos seguían atravesando las fronteras del Clan del Río para beber a sus anchas.

Vaharina dio un paso atrás y de repente pareció más altiva, con unos ojos de fuego helado. De compartir angustiada sus preocupaciones con Hojarasca, había vuelto a convertirse en la lugarteniente del Clan del Río, protegiendo la debilidad de su clan.

—Supongo que habéis visto lo ocurrido —bufó—. Estrella Alta ha quebrantado el espíritu de su acuerdo con Estrella Leopardina. Nuestra líder les permitió venir a beber al río sólo porque no tenían agua en sus tierras, y él lo sabe.

—¡Deberíamos echarlos! —exclamó Alcotán con dureza; sus claros ojos azules miraban fríamente en la dirección por la que habían desaparecido los gatos del Clan del Viento.

—Ya sabes que Estrella Leopardina lo ha prohibido. —El tono de Vaharina sugería que ya habían discutido el tema con anterioridad—. Ella dice que mantendrá su palabra, sin importarle lo que haga Estrella Alta.

Alcotán le dio la razón inclinando la cabeza, pero Hojarasca reparó en que el guerrero sacaba y metía las uñas, como deseoso de clavarlas en el pellejo de los gatos que habían invadido el territorio de su clan. La aprendiza se dijo que, nacido en el bosque o no, estaba transformándose en un guerrero formidable, tan excepcional, a su manera, como su hermana, Ala de Mariposa.

—Saluda a Ala de Mariposa de mi parte —le pidió al guerrero, y con una idea repentina corrió hacia la mata de celidonia. Tras tomar algunos de los tallos que había cortado, fue a depositarlos a los pies de Alcotán—. Quizá a tu hermana le guste tener esta hierba —le dijo—. Carbonilla la utiliza para los gatos con vista débil. Creo que crece mucho mejor en vuestro lado de la frontera.

—Gracias —contestó Alcotán con un gesto de agradecimiento.

—Será mejor que sigamos nuestro camino —maulló Vaharina—. Hojarasca, cuéntale a tu padre lo de Borrascoso y Plumosa, y pídele que nos informe si se entera de algo.

—Sí, lo haré.

Hojarasca volvió a sentirse culpable al ver cómo se alejaba la patrulla del Clan del Río, ribera arriba. Notó de nuevo el peso de ser el único felino que conocía las dos profecías —la que había llevado a Zarzoso y Esquirolina a un viaje quién sabía adónde, y la que había convencido a Estrella de Fuego de que ambos jóvenes estarían involucrados en la destrucción de su clan—, pero, aun así, su conocimiento no bastaba. El Clan Estelar no había decidido contarle a ella el destino del bosque, y la

aprendiza tenía la sensación de que ni siquiera la luna llena, que brillaría en la próxima Asamblea, arrojaría demasiada luz sobre aquellas oscuras preguntas.

Para cuando Hojarasca y Acedera regresaron al campamento, cargadas de celidonia, el sol estaba casi en su cenit.

—Será mejor que informemos a Estrella de Fuego —maulló Acedera después de llevarle las hierbas a Carbonilla—. Le interesará saber lo de los gatos desaparecidos del Clan del Río.

Hojarasca asintió y se encaminaron a la guarida de su padre, bajo la Peña Alta. El claro estaba lleno de gatos disfrutando del último calor del inicio de la estación de la caída de la hoja. Zancón y Zarpa Candeal estaban despatarrados a la sombra de los helechos que resguardaban su guarida, mientras que Nimbo Blanco y Centella compartían lenguas en un espacio bañado por el sol. Fronda estaba sentada fuera de la maternidad con Manto Polvoroso, contemplando juntos cómo jugaban sus cachorros.

Una oleada de tristeza inundó a Hojarasca. Era casi como si Zarzoso y Esquirolina nunca hubieran formado parte del Clan del Trueno, como si hubieran desaparecido de la vista, igual que un gato se ahoga en el río, con las aguas cerrándose sobre su cabeza.

La sensación se mitigó un poco al llegar a la guarida de Estrella de Fuego. Hojarasca oyó su voz diciéndoles que entraran, y al franquear la cortina de liquen lo vio ovillado en su lecho. Látigo Gris estaba junto a él, y la angustia que reflejaban los ojos de ambos bastó para convencer a Hojarasca de que Zarzoso y Esquirolina no habían caído en el olvido.

—Traemos noticias —maulló Acedera, y explicó todo lo que Vaharina les había contado sobre la desaparición de Borrascoso y Plumosa.

Estrella de Fuego y Látigo Gris escucharon entornando los ojos, y al cabo, el lugarteniente se levantó de un salto, como si quisiera salir corriendo a buscar a sus hijos desaparecidos.

—¡Si se los ha llevado un zorro, lo encontraré y lo despellejaré! —gruñó.

Estrella de Fuego permaneció en su lecho, pero desenvainó las uñas, como si quisiera clavarlas en lo que fuera que le había arrebatado a su hija.

—¿Seguro que no han vuelto los perros? —masculló—. No podríamos volver a enfrentarnos a ellos.

—No, no hay ni rastro de eso —lo tranquilizó Hojarasca—. Plumosa y Borrascoso deben de haberse ido con Zarzoso y Esquirolina, y eso… eso sugiere que tenían una razón para marcharse.

Intentó decidir cuánta información dar a los angustiados padres sin desvelar que sabía más de lo que se suponía. Hasta entonces había ocultado, incluso a su mentora Carbonilla, su visión en la Piedra Lunar de los gatos en ruta, pero ahora sabía que tenía que contarla. Se dijo que no estaba incumpliendo su promesa; no repetiría nada de lo que le habían dicho Esquirolina y Zarzoso cuando los encontró en el bosque.

—Estrella de Fuego —empezó vacilante—, tú ya sabes lo unida que estoy a Esquirolina, ¿verdad? Bueno, a veces puedo decir lo que está haciendo, incluso cuando está a mucha distancia.

A Estrella de Fuego se le pusieron los ojos como platos de asombro.

—¡Eso es imposible! —exclamó con voz ahogada—. Siempre he sabido que estabais unidas, pero esto…

—Es cierto. Lo juro. Cuando fui a la Piedra Lunar, el Clan Estelar me mandó una visión de Esquirolina —continuó Hojarasca—. Estaba sana y salva, y había otros gatos con ella. —Sostuvo la intensa mirada de su padre y vio lo mucho que él deseaba creerla—. Esquirolina está viva —concluyó—, y los otros deben de estar con ella. Cuatro gatos juntos estarán más seguros que dos.

Estrella de Fuego parpadeó perplejo.

—Que el Clan Estelar nos conceda que tengas razón.

Los ojos ámbar de Látigo Gris seguían rebosantes de temor e incertidumbre.

—Aunque eso fuera cierto, ¿por qué se marcharon sin decirnos adónde iban o por qué? —maulló—. Si Borrascoso y Plumosa tenían un problema, ¿por qué no acudieron primero a mí?

—Pensamos que los demás clanes también pueden haber perdido gatos —intervino Acedera—. Deberíamos preguntarles.

Estrella de Fuego y Látigo Gris intercambiaron una mirada.

—Tal vez —maulló el líder, y Hojarasca advirtió que estaba esforzándose en sonar resuelto, en actuar como un líder de clan en vez de como un padre preocupado—. Sólo faltan unos días para la próxima Asamblea.

—¡Que el Clan Estelar los mantenga a todos a salvo! —añadió Látigo Gris con fervor.

Hojarasca intuyó que había poca fe en su ruego; Látigo Gris sabía de sobra los peligros que acechaban fuera del bosque. Al salir de la guarida de su padre, la aprendiza sintió la carga de su conocimiento, que cada vez le resultaba más pesada. Ella era el único gato del bosque que sabía que había dos profecías y qué decía cada una.

«Pero sólo soy una aprendiza —se dijo angustiada—. Las conozco accidentalmente, no porque nuestros antepasados guerreros decidieran contármelas. ¿Qué espera el Clan Estelar que haga?».

A Hojarasca le costó conciliar el sueño esa noche; no paró de moverse en su nido de helechos mientras el Manto Plateado resplandecía fríamente sobre ella. Ansiaba saber qué les estaba sucediendo a los gatos viajeros, pero no se le ocurría cómo averiguarlo.

Cuando por fin cayó dormida, se encontró en un lugar oscuro, corriendo, atenazada por el pánico, entre árboles en sombras.

—¡Esquirolina! ¡Esquirolina! —llamó sin aliento.

Sólo le respondió el ulular de un búho y el gañido de un zorro. La muerte jadeaba tras sus pasos, acercándose más con cada pisada, y Hojarasca sabía que, por mucho que zigzagueara y cambiase de dirección, no había escapatoria.



19

Zarzoso corría entre los árboles presa del pánico, zigzagueando en un intento frenético por escapar. A sus espaldas oía los ladridos guturales del perro que había aparecido de un salto por encima de un seto cuando él y sus compañeros llegaban al bosque. Al mirar atrás, vio la delgada figura negra atravesando ruidosamente una mata de helechos con la lengua colgando. Casi podía sentir aquellos afilados colmillos blancos clavados en su pellejo.

—¡Que el Clan Estelar nos ayude! —exclamó Plumosa, sin aliento, mientras corría a su lado.

Se habían quedado por detrás de los demás gatos, aunque Zarzoso oyó un alarido de terror desde algún punto por delante.

—¡Dadle esquinazo! —chilló—. ¡Intentad perderlo!

El perro ladró de nuevo, y más lejos aún gritó un Dos Patas. Zarzoso perdió de vista a su perseguidor y redujo el paso sintiendo cierto alivio; la criatura debía de haber vuelto con su Dos Patas.

Pero entonces oyó la sonora respiración del perro, que apareció de golpe por detrás de un tronco caído. Durante un segundo, Zarzoso se quedó mirando unos ojos como llamas. En el acto salió disparado entre los árboles, y los ladridos empezaron de nuevo.

Confundido por el miedo, recordó cómo Estrella de Fuego y otros gatos del clan habían dirigido la manada de perros a través del bosque hasta que cayeron por el precipicio y se ahogaron en el río. Pero ¿cómo podían sus amigos y él alejar a aquel perro en un territorio desconocido?

—¡Subid a un árbol! —aulló, esperando que los demás lo oyeran por encima de los feroces ladridos que sonaban más fuertes que nunca.

Miró hacia arriba mientras corría, pero todos los árboles parecían tener el tronco liso y sin ramas bajas. No podía pararse a buscar; aquella bestia se le echaría encima. ¿Habría atrapado ya a alguno de los otros? ¿Alguno de sus compañeros se hallaba gravemente herido, como Centella, o, peor aún, muerto?

El aliento le raspaba la garganta y las patas le ardían con cada zancada; no podría mantener el ritmo mucho más tiempo. Entonces, un susurro lo llamó desde algún lugar por encima de su cabeza.

—¡Aquí arriba… deprisa!

Zarzoso se detuvo en seco junto a un árbol cubierto de hiedra, desde donde lo observaban dos ojos relucientes. En ese mismo instante, el perro atravesó un enmarañado espino a su espalda. Con un aullido de pavor, el joven guerrero saltó hacia arriba, aferrándose frenéticamente a los tallos de hiedra, que cedieron bajo su peso. Durante un momento en que casi se le para el corazón, se quedó balanceándose con impotencia. El perro dio un brinco, y Zarzoso oyó el chasquido de sus dientes al cerrarse y notó su aliento caliente en la piel.

Entonces consiguió clavar las uñas en un tallo de hiedra más fuerte y volvió a izarse. Esquirolina apareció debajo del árbol, pasó como un rayo ante las narices del perro y subió al árbol, adelantándose a Zarzoso, hasta acurrucarse temblando en una rama. Zarzoso se colocó a su lado.

El joven guerrero descubrió a Borrascoso y Trigueña aferrados a otra rama, justo por encima de su cabeza, y Corvino se les unió tras trepar por el otro lado del tronco.

—¡Plumosa! —jadeó—. ¿Dónde está Plumosa?

El perro se había parado junto al tronco, a menos de un zorro de distancia, destrozando la hiedra con las zarpas mientras gruñía furiosamente y le caía la baba por la boca abierta. Volvieron a oírse gritos del Dos Patas, pero lejos.

Entonces Zarzoso descubrió que Plumosa estaba agazapada en el arbusto de espino, justo detrás del perro, con los ojos desorbitados de espanto. Si la gata intentaba correr hacia la seguridad del árbol, el perro la

atraparía. Zarzoso se preguntó cuánto tiempo tardaría aquella bestia en captar el olor de la guerrera.

De pronto oyó que Corvino bufaba:

—¡Cagarrutas de zorro! Ya me he cansado de esto.

El aprendiz del Clan del Viento se lanzó árbol abajo y aterrizó al lado del perro. El chucho giró en redondo y fue tras él, esparciendo las hojas secas. Mientras estaba distraído, Plumosa salió del matorral a toda prisa, cruzó el claro y saltó desesperada hacia una fina rama, que se balanceó alarmantemente bajo su peso.

—¡Corvino! —bramó Zarzoso.

El gato negro grisáceo había desaparecido entre los arbustos. Zarzoso oía al perro corriendo ruidosamente, ladrando como un loco, y los gritos del Dos Patas, cada vez más cerca. Entonces Corvino apareció de nuevo, con la barriga pegada al suelo, avanzando deprisa hacia el árbol. El perro iba resollando justo detrás de él. Zarzoso cerró los ojos con fuerza y volvió a abrirlos a tiempo de ver cómo Corvino volaba de un salto y clavaba las garras en la hiedra.

En el mismo instante, el Dos Patas entró pesadamente en el claro y alargó una mano hacia el collar del perro. Era un tipo de rostro colorado y chillaba furibundo. El perro lo esquivó, pero el Dos Patas consiguió agarrarlo y le ató una correa al collar. Los ladridos se transformaron en gañidos mientras se lo llevaban a rastras, arañando la hierba y las hojas en su intento por regresar en busca de su presa.

—¡Gracias, Corvino! —exclamó Plumosa sin aliento, aferrada todavía a la rama colgante—. ¡Me has salvado la vida!

Corvino siguió subiendo hasta alcanzar la rama en la que se encontraban Zarzoso y Esquirolina.

—Menuda bestia estúpida —masculló con aspecto azorado—. Se enredaba con sus propias patas.

Los ojos azules de Plumosa estaban clavados en el aprendiz.

—Seguro que me habría atrapado si no hubieses acudido a ayudarme —susurró la gata.

Conforme se disipaba su miedo, Zarzoso recordó por primera vez la voz que lo había llamado desde lo alto del árbol. No era uno de los gatos de

clan. Al levantar la mirada, vio un par de ojos reluciendo entre las hojas, un poco por encima de su cabeza. Entonces las hojas susurraron y apareció un gato desconocido.

Era un atigrado viejo y rechoncho, con el pelo apelmazado, como si nunca se hubiera molestado en lavárselo. Se reunió con los seis viajeros con movimientos lentos y cuidadosos.

—Bueno —dijo con voz ronca—, desde luego, sois tontos. ¿No sabéis que ese perro corre suelto a diario antes de la puesta de sol?

—¿Cómo íbamos a saberlo? —le espetó Trigueña—. Nunca habíamos estado aquí.

El atigrado le guiñó un ojo.

—Pues ya lo sabéis para la próxima vez. No os crucéis en su camino.

—No habrá una próxima vez —intervino Borrascoso—. Sólo estamos de paso.

—Gracias por ayudarnos —añadió Zarzoso—. Estaba empezando a creer que no escaparíamos.

El gato atigrado hizo caso omiso de aquel agradecimiento.

—De modo que sólo estáis de paso, ¿eh? —maulló—. Seguro que tenéis una buena historia que contar. ¿Por qué no os quedáis un rato y la compartís conmigo? —Se incorporó, listo para saltar al claro.

—¿Ahí abajo? —Esquirolina sonó nerviosa—. ¿Y si el perro regresa?

—No regresará. Ahora se ha ido a casa. Vamos.

El viejo gato descendió por el tronco cubierto de hiedra y se dejó caer al suelo patosamente el último tramo. Mirando hacia arriba, abrió las mandíbulas en un gran bostezo.

—¿Venís o no?

Zarzoso saltó tras él; no iba a permitir que aquel veterano, o minino casero, o lo que fuera, demostrase más valor que los guerreros. Sus compañeros lo imitaron y se apiñaron mirando con incertidumbre al desconocido.

—¿Quién eres? —preguntó Borrascoso—. ¿Eres un minino doméstico?

El viejo gato pareció desconcertado.

—¿Minino doméstico?

—Los que viven con Dos Patas —maulló Esquirolina con impaciencia.

—¿Dos Patas?

—Oh, vámonos —dijo Corvino, agitando las orejas con desdén—. Es un cabeza de chorlito. No sacaremos nada claro de él.

—¿A quién estás llamando estúpido, jovenzuelo? —repuso el atigrado con una voz profunda, mientras hundía las garras en las hojas del suelo.

—Lo lamento —se apresuró a disculparse Zarzoso, fulminando a Corvino con la mirada; puede que el aprendiz hubiera mostrado una valentía asombrosa, pero seguía siendo un maleducado. Tras volverse hacia el viejo gato, se explicó—: Los Dos Patas son como ese que ha venido a llevarse el perro.

—Oh, estás hablando de los Camina Erguidos. ¿Por qué no lo habías dicho? No, yo no vivo con Camina Erguidos. Lo hice una vez, eso sí. ¡Qué días aquéllos! —Se acomodó al pie del árbol, con los ojos fijos en la distancia, como si estuviera viendo de nuevo al joven que había sido—. Un fuego junto al que dormir y toda la comida que pudieras zamparte.

A Zarzoso no le entusiasmó. Estrella de Fuego siempre decía que la comida para mascotas no era ni remotamente tan sabrosa como las presas que uno cazaba por sí mismo. Y respecto a lo de dormir junto al fuego, se acordó del incendio que había arrasado el campamento del Clan del Trueno, y el simple recuerdo le produjo un hormigueo en todo el cuerpo.

—Hablando de comida —maulló Corvino—, tenemos que ir a cazar. Debería haber presas entre estos árboles. Oye, tú… —Alargó una zarpa para pinchar al viejo gato, que se había adormilado—. ¿Cómo son las presas por aquí?

El atigrado abrió uno de sus ojos ámbar.

—Jóvenes —masculló—. Siempre con prisas. Por aquí no hace falta cazar criaturas chillonas. No si uno sabe adónde ir.

—Bueno, pues no lo sabemos. —Esquirolina agitó las orejas.

—Por favor, ¿nos lo dirías? —le preguntó Plumosa al viejo—. Aquí somos forasteros, de modo que no conocemos los mejores lugares. Llevamos mucho tiempo caminando y tenemos mucha hambre.

Su educado tono y la mirada suplicante de sus acuosos ojos azules parecieron ganarse al atigrado.

—Podría enseñároslo —contestó, rascándose tras la oreja con una pata trasera.

—Eso sería muy amable de tu parte —se sumó Borrascoso, colocándose junto a su hermana.

El anciano paseó la mirada por todos y acabó deteniéndose en Zarzoso.

—Sois seis —maulló—. Un numeroso grupo que alimentar. En cualquier caso, ¿quiénes sois? ¿Por qué no tenéis vuestros propios Camina Erguidos?

—¡Somos guerreros! —dijo Zarzoso. Se presentó a sí mismo y a sus compañeros—. Supongo que tú debes de ser un solitario —concluyó—, si no vives con Dos Patas… quiero decir, Camina Erguidos. —Intentando sonar tan educado como Plumosa, preguntó—: ¿Querrías decirnos cómo te llamas?

—¿Cómo me llamo? Creo que no tengo nombre. Los Camina Erguidos me dan de comer, aunque no me quedo con ninguno de ellos. Me llaman de diferentes maneras… pero no se puede esperar que un gato se acuerde de todas.

—Debes de haber tenido un nombre —insistió Esquirolina, poniendo los ojos en blanco.

—Sí. ¿Cómo te llamabas cuando vivías con el… Camina Erguido que tenía el fuego? —preguntó Plumosa.

El viejo gato se rascó la otra oreja.

—Bueno… eso fue hace mucho tiempo. —Soltó un profundo suspiro—. Mucho tiempo y muy buen tiempo. En la casa de aquel Camina Erguido atrapé más criaturas chillonas de las que vosotros, jovencitos, habéis visto en vuestra vida.

—Y si era tan bueno, ¿por qué te marchaste? —le preguntó Trigueña. Por cómo agitaba la cola, Zarzoso supo que a su hermana se le estaba acabando la paciencia.

—Mi Camina Erguido murió. —El atigrado sacudió la cabeza como si intentara librarse de un abrojo enganchado—. No más comida, no más caricias junto al fuego, durmiendo en su regazo… Después llegaron más Camina Erguidos e instalaron trampas para pillarme, pero yo era más listo. Y me fui.

—Pero ¿cuál era tu nombre? —le espetó Esquirolina apretando los dientes—. ¿Cómo te llamaba el Camina Erguido?

—Nombre… oh, sí, mi nombre. Puma, eso es. Me llamaba Puma.

—¡Por fin! —masculló Esquirolina.

—Entonces te llamaremos Puma, ¿te parece? —maulló Zarzoso, dándole a Esquirolina en el hocico con la punta de la cola.

El viejo atigrado se levantó esforzadamente.

—Como os apetezca. Y ahora, ¿queréis comida o no?

Echó a andar entre los árboles. Zarzoso intercambió una mirada dubitativa con sus amigos.

—¿Creéis que deberíamos confiar en él?

—¡No! —respondió Corvino—. Fue un minino doméstico. Los guerreros no pueden fiarse de las mascotas.

Trigueña coincidió con un murmullo, pero Plumosa dijo:

—Todos tenemos hambre y no conocemos este bosque. ¿Qué tendría de malo, sólo por una vez?

—¡Yo estoy muerta de hambre! —añadió Esquirolina, flexionando las uñas con impaciencia.

—El Clan Estelar sabe que nos vendría bien un poco de ayuda —maulló Borrascoso—. No puedo decir que me guste, pero mientras mantengamos los ojos bien abiertos…

—Entonces, de acuerdo —decidió Zarzoso—. Nos arriesgaremos.

Abrió la marcha, saltando deprisa a través del sotobosque para alcanzar al viejo atigrado, que iba caminando tranquilamente, como si no le importara si lo seguían o no. Para sorpresa de Zarzoso, Puma no les enseñó ningún lugar del bosque donde cazar. En vez de eso, fue directo hacia el extremo más alejado, donde una estrecha franja de hierba separaba los últimos árboles de una hilera de casas de Dos Patas. Puma avanzó confiado sobre la hierba hacia la valla más cercana, sin detenerse siquiera a ver si había peligro.

—¡Eh! —Corvino se detuvo en el lindero del bosque—. ¿Adónde nos lleva? ¡Yo no pienso entrar en una casa de Dos Patas!

Zarzoso también se detuvo. Por una vez, estaba de acuerdo con Corvino.

—¡Puma, espera! —lo llamó—. Nosotros somos guerreros… no nos metemos donde viven los Camina Erguidos.

El viejo gato se paró al pie de la valla y miró atrás, con una mueca risueña.

—Tenéis miedo, ¿eh?

Corvino dio un único paso adelante, con las patas tensas y el pelo del cuello erizado.

—¡Repite eso! —bufó.

Para asombro de Zarzoso, Puma ni se inmutó, aunque era obvio que Corvino podría despellejarlo.

—Susceptible, ¿eh? —maulló el anciano—. No te preocupes, jovencito. Ahora no habrá Camina Erguidos por aquí. Y en su jardín hay buena comida.

Zarzoso miró a los demás.

—¿Qué opináis?

—Yo creo que deberíamos intentarlo —maulló Borrascoso—. Necesitamos comer.

—Sí, hagámoslo —mascculló Trigueña.

Plumosa asintió ansiosamente y Esquirolina dio un saltito de ilusión. Sólo Corvino se mantuvo apartado, mirando hacia delante sin responder a la pregunta de Zarzoso.

—En ese caso, en marcha —maulló éste.

Tras mirar cautelosamente a un lado y otro, cruzó la hierba para reunirse con Puma, y los demás lo siguieron, incluso Corvino, aunque rezagado y mirando al suelo.

—Corvino sabe lo de mi sueño del agua salada —le susurró Plumosa a Zarzoso al oído—. Al despertarse esta mañana parecía de buen humor, así que se lo he contado, antes de que apareciera el perro. Creo que está disgustado.

—Bueno, pues tendrá que superarlo. —A Zarzoso se le estaba acabando la paciencia; ya tenía bastante de que preocuparse sin hacer concesiones al orgullo herido de Corvino.

Plumosa movió la cabeza, dubitativa, pero entonces llegaron junto a Puma, de modo que no añadió nada más.

El atigrado se coló por un agujero de la valla y los condujo hacia el jardín de los Dos Patas. Zarzoso arrugó la nariz ante los olores poco familiares: un par de Dos Patas por lo menos, el hedor acre de un monstruo —aunque, para su alivio, era rancio—, y toda una mezcla de aromas de plantas desconocidas. Algunas tenían flores enormes y velludas que se inclinaban bajo su propio peso. Esquirolina olfateó una y se apartó de un salto, sorprendida, cuando le cayó encima una lluvia de pétalos.

Puma cruzó la extensión de césped y se detuvo en el centro, desde donde los invitó a acercarse moviendo la cola. Al llegar a su lado, Zarzoso descubrió que había un estanque bordeado por un duro material de Dos Patas. Sobre el agua flotaban flores pálidas y hojas verdes, y en el fondo vio un destello dorado, tan brillante que, instintivamente, miró hacia arriba para ver si había aparecido el sol, pero el cielo seguía nublado.

—¡Es un pez! —exclamó Plumosa—. ¡Un pez dorado!

—¿Qué? ¡Los peces no son dorados! —replicó Corvino.

—Éstos sí. —Borrascoso se había sentado junto a su hermana, contemplando el agua—. Nunca había visto nada así. En el río no tenemos de esta clase.

—¿Se pueden comer? —preguntó Trigueña.

—Ya lo creo, están muy buenos —contestó Puma.

—¡Voy a intentarlo! —Esquirolina dio unos manotazos tentativos al agua.

—¡No se hace así! —maulló Borrascoso—. Sólo conseguirás ahuyentarlos. Deja que Plumosa y yo os enseñemos.

Los dos hermanos del Clan del Río se situaron al borde del estanque, con la vista fija en el agua. De pronto, Plumosa alargó una zarpa velozmente. Un reluciente pez dorado voló por el aire formando un arco de gotitas centelleantes y cayó al suelo, donde se quedó retorciéndose.

—Que alguien lo agarre antes de que vuelva a caer al agua —ordenó Borrascoso.

Esquirolina, que estaba más cerca, saltó sobre el pez y le mordió la cabeza.

—¡Está bueno! —anunció tras engullir un bocado.

Borrascoso ya había pescado otro, y pronto Plumosa atrapó un tercero, de modo que Trigueña y Zarzoso pudieron comer. Zarzoso probó el suyo con cierto recelo, pero la carne era suculenta y se lo terminó rápidamente.

Borrascoso le tendió el siguiente a Corvino.

—Come… está bueno.

Corvino miró el pez con desprecio.

—Deberíamos estar siguiendo nuestro camino, en vez de perder el tiempo con cosas de Dos Patas. Nunca habría venido si hubiera pensado que el viaje al lugar donde se ahoga el sol, o a donde sea, duraría tanto. Me estoy perdiendo el entrenamiento guerrero con mi mentor.

—Yo creo que aquí estás teniendo un entrenamiento guerrero bastante bueno —señaló Borrascoso.

—Ven a sentarte conmigo —maulló Plumosa de modo persuasivo— y te enseñaré cómo atraparlos.

—¡Enséñame a mí también! —suplicó Esquirolina entusiasmada.

Corvino miró desdeñosamente a la aprendiza del Clan del Trueno, pero fue a sentarse junto a Plumosa al lado del estanque.

—Estupendo —maulló la guerrera—. El truco está en no dejar que vuestra sombra caiga sobre el agua. Cuando veáis un pez, sacadlo tan deprisa como podáis, antes de que tenga tiempo de alejarse.

Corvino se inclinó sobre el agua con una zarpa medio extendida, y al cabo de un instante la metió velozmente en el estanque. Sacó un pez, pero éste giró en el aire y volvió a caer al agua, salpicando al aprendiz con una lluvia de gotas. Esquirolina soltó una risita y Zarzoso la miró ceñudo.

—Buen intento —tranquilizó Plumosa al enfadado aprendiz—. Prueba de nuevo.

Pero Corvino se había apartado del estanque. Empezó a lamerse las gotas del pelo, pero se detuvo con expresión asqueada.

—¿Qué clase de agua es ésta? ¡Está salada!

—No, no lo está —replicó Borrascoso.

Lo que iba a decir a continuación quedó ahogado por un estruendo y los alaridos furiosos de un Dos Patas. Al levantar la mirada, Zarzoso vio a un Dos Patas plantado ante la puerta abierta de la vivienda, chillando. Llevaba

algo en la mano que lanzó a los gatos; el objeto aterrizó entre las flores velludas, justo al lado de Puma.

—Oh, oh —maulló el viejo atigrado—. Hora de irse.

Se encaminó pesadamente hacia el agujero de la valla. Zarzoso y Borrascoso lo siguieron; Trigueña y Esquirolina se adelantaron y salieron las primeras, con Plumosa pisándoles los talones. Corvino iba en último lugar; salió del jardín y atravesó la zona herbosa hasta el refugio de los árboles bufando de rabia.

—¿Por qué nos has traído hasta aquí? —quiso saber, volviéndose hacia Puma—. No deberíamos haber confiado en ti. ¿Querías que ese Dos Patas nos pillara? Esos repugnantes peces no valían tanto riesgo.

—Corvino, por favor —lo sosegó Plumosa, dejando en el suelo el pez que llevaba en la boca—. No había nada malo en los peces ni en el agua.

—¡Te digo que sabía a sal! —le espetó Corvino.

Zarzoso estaba a punto de intervenir —habían malgastado demasiado tiempo, primero huyendo del perro y ahora discutiendo—, pero vio un fulgor en los ojos de Plumosa.

—¿Sabes por qué a ti te ha sabido a sal y a los demás no? —maulló la guerrera quedamente, tocándole el costado con la punta de la cola—. Es tu señal del agua salada, Corvino. ¡Por fin la has recibido!

El gato gris oscuro abrió la boca para replicar, pero no dijo nada. Se quedó mirando al pez y luego a Plumosa.

—¿Estás segura? —maulló.

—Por supuesto que sí, tontorrona bola de pelo —ronroneó Plumosa, y Zarzoso pensó que nadie excepto Plumosa podía llamar tontorrona bola de pelo a Corvino sin que éste le propinase un zarpazo—. ¿Por qué si no el agua de un estanque Dos Patas iba a saber salada? Es la señal del Clan Estelar de que vamos por el camino correcto.

Corvino parpadeó, y el lomo se le alisó.

—¿Qué es todo eso de señales y agua salada? —gruñó Puma.

—¡Estamos haciendo un viaje importante! —le informó Esquirolina emocionada—. El Clan Estelar nos ha mandado en una misión para encontrar algo vital para nuestros clanes.

—¿Viaje…? ¿Desde dónde? ¿Qué clanes?

Zarzoso suspiró. Incluso aunque deseaba seguir adelante, se imaginó que el viejo atigrado se encontraba solo; le pareció desconsiderado abandonarlo sin contarle siquiera por qué estaban allí. Al fin y al cabo, Puma los había salvado del perro y los había llevado hasta los relucientes peces dorados.

—Vamos entre los helechos —maulló—. No nos verán, y así podremos contártelo todo.

Todos lo siguieron; ni siquiera Corvino puso objeciones. Borrascoso y Plumosa compartieron el pez, y Trigueña se quedó vigilando mientras Esquirolina relataba su historia. Zarzoso intervenía para corregirla o explicarse cuando Puma no entendía algo.

—¿El Clan Estelar? —repitió el viejo atigrado, con expresión dubitativa, cuando Esquirolina le contó el sueño de Zarzoso—. ¿Os habló en sueños? Nunca había oído algo así.

La aprendiza se quedó boquiabierta, incrédula de que hubiera un gato que no conociese al Clan Estelar.

—Continúa —le indicó Zarzoso a Esquirolina, pues no quería perder tiempo en largas explicaciones.

Ella lo miró poniendo los ojos en blanco, pero prosiguió. Al terminar, el solitario guardó silencio un rato… un rato tan largo que Zarzoso se preguntó si se habría dormido. Al cabo, el viejo se incorporó y abrió sus ojos ámbar, en los que ardía un fuego inesperado.

—Yo conozco lo del lugar donde se ahoga el sol —maulló—. He hablado con gatos que han estado allí. No se halla muy lejos.

—¿Dónde está? —inquirió Esquirolina levantándose de un salto—. ¿A qué distancia?

—A dos días de camino, quizá tres. ¿Sabéis qué? Voy a ir con vosotros y enseñároslo.

Su alegre expresión se tornó desilusionada al ver que los gatos no decían nada. Por fin, Corvino dio voz a lo que estaba pensando Zarzoso.

—Imposible. Tú no podrás avanzar lo bastante deprisa.

—Y no recuerdo que te hayamos invitado —masculló Trigueña.

—Pero si él conoce el camino correcto… —maulló Borrascoso—. Tal vez deberíamos dejar que viniera.

—Sin duda sabe moverse a través de este poblado de Dos Patas —añadió Plumosa, señalando con la cola las hileras e hileras de viviendas de un rojo apagado que impedían ver el horizonte.

«Eso es cierto», pensó Zarzoso, recordando los problemas que habían tenido en el último poblado de Dos Patas. Si Puma conocía realmente el camino al lugar donde se ahogaba el sol, tal vez fuera más rápido ir con él, incluso aunque no pudiera moverse muy deprisa. Quizá fuese el guía que el Clan Estelar había mandado en respuesta a sus ruegos. Puma parecía un salvador inverosímil, pero desde luego poseía el valor de cualquier gato del bosque.

—De acuerdo —maulló, y advirtió que sus compañeros estaban mirándolo como si esperasen que él tomara la decisión—. Creo que Puma debería venir.



20

Puma guió a los gatos silvestres a lo largo del lindero del bosque. Era el día siguiente de haber escapado por los pelos del perro, y Zarzoso continuaba lleno de dudas por su decisión de seguir al viejo atigrado; sabía que Corvino y Trigueña tampoco estaban contentos con eso. Pero parecían no tener opción: más y más viviendas de Dos Patas tapaban el horizonte, y el cielo todavía estaba nublado, de modo que el sol no podía indicarles el camino al lugar donde se ahogaba.

—¿Sería posible conseguir algo más de comida? —le preguntó Zarzoso a Puma mientras dejaban atrás los árboles para cruzar un espacio cubierto de hierba y salpicado de matas de flores—. Los peces de ayer no fueron suficiente, y Corvino no comió nada.

—Claro, puedo llevaros a un sitio —contestó Puma con una mirada hostil a Corvino, que había sido el más directo en expresar su desconfianza hacia el viejo atigrado.

Los condujo al otro extremo de la zona herbosa, donde había una nueva hilera de viviendas de Dos Patas. Zarzoso observó con desazón cómo Puma se pegaba al suelo para colarse por debajo de una portezuela de madera, gruñendo por el esfuerzo, para sacudirse vigorosamente al otro lado.

—¿Más Dos Patas? —bufó Corvino—. No pienso entrar ahí.

—Como quieras —replicó Puma, empezando a recorrer el sendero que llevaba a la puerta con la cola bien alta.

—Será mejor que permanezcamos todos juntos —murmuró Zarzoso—. Recuerda lo que sucedió la última vez.

Corvino resopló, pero no dijo nada, y ninguno de los otros protestó. Uno detrás de otro pasaron por debajo de la puerta y siguieron a Puma por el sendero. Corvino iba el último, lanzando miradas recelosas por encima del hombro.

Puma los esperaba junto a la puerta entreabierta de la casa de Dos Patas. Un crudo resplandor iluminaba el interior, que estaba lleno de formas extrañas y olores que Zarzoso jamás había captado.

—¿Aquí? —preguntó—. ¿Esperas que entremos en una vivienda de Camina Erguidos?

El atigrado agitó la cola con impaciencia.

—Aquí es donde hay comida. Conozco este lugar; vengo a menudo.

—Esto es un disparate —maulló Trigueña. A Zarzoso le pareció que su hermana estaba asustada, pues flexionaba las uñas nerviosamente contra el duro sendero—. No podemos entrar ahí. No somos mininos domésticos. Tomar comida de mascotas va contra el código guerrero.

—Oh, vamos. —Borrascoso le dio un toque amistoso con la cola—. No tiene nada de malo. Estamos haciendo un largo viaje, y si podemos conseguir comida fácilmente, eso nos ahorra el tiempo que deberíamos emplear cazando. El Clan Estelar lo comprenderá.

Trigueña sacudió la cabeza, nada convencida. Pero Plumosa pareció tranquilizarse con el razonamiento de su hermano, y los dos guerreros del Clan del Río se aventuraron a entrar cautelosamente.

—Muy bien —los animó Puma—. Ahí está la comida, ¿veis?, en esos cuencos, lista para nosotros.

A Zarzoso le rugió el estómago; el pez que había comido era muy pequeño, y de eso ya hacía tiempo.

—De acuerdo —maulló—. Creo que Borrascoso tiene razón. Adelante, pero hagámoslo deprisa.

Esquirolina saltó al interior tras los pasos de Puma. Zarzoso la siguió, pero Corvino y Trigueña se quedaron fuera.

—¡Nosotros vigilaremos! —exclamó la guerrera del Clan de la Sombra.

Borrascoso y Plumosa ya estaban inclinados sobre los cuencos, tragando ávidamente. Zarzoso miró la comida con recelo: eran unas bolitas

duras como excrementos de conejo, pero, ante el olor que desprendían, supo que era seguro comerlas.

Esquirolina hundió el hocico en el otro cuenco. Al levantar la cabeza, tenía el pelo pringado con algo blanco y sus ojos verdes resplandecían.

—¡Está bueno! —exclamó—. Puma, ¿qué es esto?

—Leche —contestó el viejo atigrado—. Es un poco como la que mamaste de tu madre.

—¿Y los mininos domésticos la beben a diario? —Esquirolina estaba atónita—. ¡Hala! Casi vale la pena ser una mascota. —Y volvió a hundir el hocico en el cuenco.

Zarzoso se agachó a su lado y dio lametones a aquel líquido blanco. Esquirolina tenía razón, estaba bueno, rico y sabroso, sin apenas nada de Dos Patas en él. Se puso cómodo para seguir bebiendo.

El primer indicio de problemas fue una puerta al abrirse y una aguda voz de Dos Patas chillando por encima de su cabeza. Zarzoso se levantó de un salto, a tiempo de ver cómo una pequeña Dos Patas cruzaba la puerta corriendo y tomaba en brazos a Plumosa.

Pillada por sorpresa, Plumosa soltó un aullido desconcertado, pero la joven Dos Patas la tenía bien agarrada. Borrascoso se plantó sobre las patas traseras, intentando alcanzar a su hermana, pero la criatura Dos Patas no se dio ni cuenta. Zarzoso contempló la escena abatido. ¡Plumosa! Miró alrededor en busca de Puma, y vio al viejo —moviendo la cola a modo de saludo— acercándose tranquilamente a un Dos Patas adulto que se encontraba en el umbral.

Entonces apareció Corvino desde el jardín, como un torbellino negro con feroces ojos ámbar.

—¿Ves? —le espetó a Zarzoso con un bufido—. ¡Esto es culpa tuya! Tú has permitido que ese viejo saco sarnoso nos trajera aquí.

Zarzoso se quedó sin habla ante la acusación, pero Corvino no esperó una respuesta. Giró en redondo para encararse a la pequeña Dos Patas, mostrando los colmillos con un gruñido.

—¡Suéltala o te haré pedazos! —bufó.

La cría Dos Patas, que estaba acariciando alegremente a Plumosa con sonoros grititos, no reparó en Corvino ni comprendió su amenaza. El

aprendiz negro estaba a punto de saltar cuando Esquirolina se puso ante él.

—¡Espera, cerebro de ratón! Solamente es una cría. Hazlo así.

Fue hacia la Dos Patas. Tras levantar hacia ella sus ojos verdes, ronroneó restregándose contra sus piernas.

—¡Buena idea! —exclamó Borrascoso, que se acercó a la pequeña por el otro lado, ronroneando.

A la niña Dos Patas le brillaron los ojos. Soltó un chillido de felicidad y se inclinó para acariciar a Esquirolina. Al mismo tiempo, notando que se aflojaba la presión, Plumosa consiguió liberarse retorciéndose y saltó al suelo.

—¡Vámonos! —aulló Zarzoso.

Los gatos salieron disparados por la puerta y recorrieron el sendero hasta la portezuela. Mientras Zarzoso se colaba por debajo, oyó cómo la pequeña Dos Patas chillaba, pero no se detuvo a escuchar.

—¡Por aquí! —exclamó, encaminándose a un matorral.

Al internarse debajo de las ramas bajas de hojas relucientes, advirtió aliviado que todos sus compañeros estaban con él. Al cabo de un momento, con muchos resoplidos, suspiros y esfuerzos, Puma se les unió.

—¡Largo! —espetó Corvino al viejo atigrado—. Tú eres quien nos ha traído hasta aquí para que nos atraparan los Dos Patas. —Con una mirada penetrante a Zarzoso, añadió—: Si me hubieras escuchado, esto no habría sucedido.

Puma agitó una oreja, sin mostrar la mínima señal de marcharse.

—No sé qué te preocupa. Son unos Camina Erguidos muy decentes. No harían daño a ningún gato.

—Sólo lo harían prisionero —gruñó Trigueña—. Era evidente que esa cría Dos Patas pretendía convertir a Plumosa en mascota.

—No he corrido ningún peligro —aseguró Plumosa—. Podría haber escapado por mi cuenta, pero no quería arañar a la pequeña Dos Patas. —Guiñó un ojo a la aprendiza del Clan del Trueno, agradecida—. Pero Esquirolina ha tenido una buena idea.

Ésta bajó la cabeza, azorada.

—Si al regresar a casa alguno de vosotros le cuenta a alguien que le he ronroneado a un Dos Patas —maulló con los dientes apretados—, lo haré

picadillo. Y es una promesa.

A pesar de las protestas de Corvino, prosiguieron su viaje con Puma como guía. Durante todo el día, el viejo atigrado los condujo por duros senderos de Dos Patas que les abrasaban las zarpas y donde tenían que avanzar al abrigo de los muros o cruzar deprisa Senderos Atronadores ante las narices de rugientes monstruos.

Hacia el final de la jornada, Zarzoso estaba exhausto y apenas podía poner una pata delante de la otra. Sus compañeros no estaban mejor. Esquirolina iba cojeando y Corvino arrastraba la cola; Zarzoso recordó que el aprendiz de oscuro pelaje todavía no había comido, y se preguntó si habría presas en medio de aquel territorio de Dos Patas.

—¡Puma! —llamó, obligándose a apretar el paso para alcanzar al viejo —. ¿Hay algún lugar seguro para pernoctar? Un sitio donde encontrar comida… no comida para mascotas —precisó—. Necesitamos un lugar donde cazar.

Puma se sentó pesadamente en el cruce de dos Senderos Atronadores y se rascó una oreja.

—No sé nada de presas —dijo con voz ronca—. Un poco más adelante hay un sitio donde podríamos pasar la noche.

—¿A qué distancia? —gruñó Trigueña—. Se me van a caer las patas.

—No está lejos. —Puma se levantó de nuevo; Zarzoso tuvo que admitir que el viejo estaba demostrando más resistencia de lo que había imaginado —. Nada lejos.

Cuando Zarzoso se preparaba para ponerse en marcha de nuevo, reparó en un tenue resplandor rojo que incidía sobre la dura superficie del Sendero Atronador. Giró en redondo y se quedó boquiabierto de espanto. Las nubes estaban escampando en el horizonte, y en el espacio entre dos viviendas de Dos Patas pudo ver el sol poniente. ¡Habían estado avanzando en la dirección equivocada!

—¡Puma! —exclamó con un alarido ahogado—. ¡Mira!

El viejo bizqueó ante la luz rojiza del cielo.

—No me extrañaría que mañana hiciera buen tiempo.

—¡Buen tiempo! —bufó Corvino—. Se ha pasado todo el día llevándonos en dirección contraria.

Esquirolina se dejó caer al duro suelo y apoyó la cabeza en las patas.

—Se supone que tenemos que ir hacia donde se pone el sol —señaló Zarzoso—. Puma, ¿de verdad sabes dónde está el lugar donde se ahoga el sol?

—Por supuesto que sí —se defendió el viejo atigrado, comenzando a erizar su apelmazado pelo—. Es sólo que… bueno, dentro del poblado de Dos Patas uno se despista a veces.

—No lo sabe —maulló Trigueña.

—Claro que no lo sabe —se mofó Corvino—. No podría encontrar ni su propia cola. Vamos a dejarlo aquí y seguir por nuestra cuenta.

Pasó otro monstruo rugiendo. Borrascoso, que era el que estaba más cerca del Sendero Atronador, retrocedió de un salto mientras lo salpicaba una lluvia de arenilla.

—Escuchad —maulló—. Coincido en que Puma nos ha llevado por el camino equivocado, pero ahora no podemos marcharnos por nuestra cuenta. Jamás saldríamos de este poblado de Dos Patas.

Plumosa asintió sombríamente y se acercó a su hermano para retirarle la arenilla del pelo a lametazos.

Zarzoso sabía que tenían razón; contuvo su frustración al pensar en el tiempo que estaban perdiendo.

—De acuerdo —maulló—. Puma, enséñanos ese lugar donde podemos dormir. Todo parecerá mejor por la mañana.

Pasando por alto un resoplido desdeñoso de Corvino, volvió a seguir los pasos del viejo atigrado.

Para cuando llegaron al sitio en que Puma proponía dormir, el cielo estaba casi completamente negro, pero su camino se hallaba iluminado por un crudo resplandor de luces de Dos Patas, como pequeños soles sucios. El viejo atigrado los condujo a una extensión de arbustos y hierba, rodeada por una valla de púas con espacios entre los postes por donde un gato podía

pasar fácilmente. Estaba resguardado y había agua en pequeños charcos, incluso olor a presas.

—¡Aquí es! —exclamó Puma, agitando los bigotes con satisfacción—. No está mal, ¿eh?

Zarzoso asintió, preguntándose si Puma pretendía llevarlos realmente hasta allí o si había encontrado el sitio por pura casualidad. Aunque estaban cansados, se pusieron a cazar de inmediato; los ratones que atraparon eran escuálidos y apestaban al poblado Dos Patas, pero a los hambrientos gatos silvestres les supieron tan bien como los campañoles más sabrosos.

Esquirolina se zampó el suyo, miró alrededor buscando más y suspiró.

—¡Lo que daría por un cuenco de leche doméstica! Estoy bromeando —añadió al ver la mueca de Corvino—. Anímate, hombre.

Corvino le dio la espalda, demasiado exhausto para discutir en serio.

Para alivio de Zarzoso, sus compañeros no tardaron en acomodarse para dormir. Él se ovilló debajo de unas ramas bajas, donde casi podía imaginarse en la guarida de los guerreros. Miró entre los huecos que dejaban las hojas para contemplar el cielo, pero la intensidad de las luces Dos Patas cegaba el brillo del Manto Plateado. El Clan Estelar parecía muy lejano.

Al día siguiente continuaron penosamente siguiendo las indicaciones de Puma. Al pie de altos muros Dos Patas, que parecían tan empinados como el acantilado del lugar en que se ahogaba el sol, Zarzoso sintió como si hubiera estado caminando durante un tiempo tan largo como la vida de un veterano. Ya estaba casi convencido de que el viejo atigrado avanzaba al azar, sin preocuparse de si iban en la dirección correcta o no. Pero los gatos no tenían la menor esperanza de hallar por sí solos la salida del poblado Dos Patas. Las nubes ocultaban de nuevo el sol, de modo que éste no les servía de ayuda, y de vez en cuando llovía en frías rociadas.

—Nunca saldremos de aquí. —Trigueña dio voz a los pensamientos de Zarzoso mientras se reunían para cruzar otro Sendero Atronador.

—También podrías parar de quejarte —replicó Borrascoso—. No hay nada que podamos hacer al respecto.

A Zarzoso le sorprendió oír una respuesta tan hostil del afable guerrero del Clan del Río. Pero es que todos estaban cansados, incluso tras dormir toda la noche, y la esperanza iba esfumándose como el agua al caer sobre la arena. Al ver la expresión ceñuda de Trigueña, que estaba erizando el pelo del cuello, Zarzoso se le acercó.

—Tranquilizaos —maulló.

Se interrumpió cuando Borrascoso dio media vuelta y salió disparado hacia el Sendero Atronador, casi bajo las patas de un monstruo que se aproximaba. Plumosa soltó un alarido de angustia y corrió tras su hermano.

—¡Y no corráis riesgos estúpidos! —les chilló Zarzoso.

Los guerreros del Clan del Río no le hicieron caso. Encogiéndose de hombros, Zarzoso se volvió hacia Esquirolina, que estaba agazapada a su lado al borde del Sendero Atronador, atenta a su oportunidad para cruzar.

—Ya te diré cuándo es seguro —le dijo Zarzoso.

—¡Yo puedo hacerlo! —bufó la aprendiza—. Deja de intentar sonar como mi padre.

Y saltó a la superficie del Sendero Atronador; por suerte, no había monstruos a la vista.

Zarzoso fue tras ella y la alcanzó cuando llegaba al otro lado. Se encaró a Esquirolina, nariz con nariz, y habló con un bufido de rabia:

—¡Si vuelves a hacer algo tan estúpido, seré más duro contigo de lo que jamás ha sido tu padre!

—¡Ojalá fueras mi padre! —le espetó la aprendiza—. Estrella de Fuego sabría qué camino tomar.

No había nada que Zarzoso pudiera contestar a eso. Esquirolina tenía razón: el heroico líder del Clan del Trueno jamás habría convertido aquel viaje en semejante desastre. ¿Por qué el Clan Estelar lo había elegido a él? ¿Por qué?

Se volvió hacia el viejo atigrado, que estaba cruzando el Sendero Atronador como si tuviera todo el tiempo del mundo.

—Puma, ¿cuánto falta para llegar al final de este poblado de Dos Patas?

—Oh, no mucho. —Y soltó un ronroneo risueño—. Los jóvenes sois demasiado impacientes.

Corvino emitió un leve gruñido y dio un paso hacia su guía.

—Por lo menos la edad no nos ha averiado el cerebro —espetó—. ¡Ponte en marcha!

Puma le guiñó un ojo.

—Todo a su tiempo. —Se quedó inmóvil, olfateando el aire, y al cabo se volvió hacia el arcén del Sendero Atronador—. Por aquí.

—No tiene ni idea —gruñó Corvino, pero aun así lo siguió.

Como les sucedía a los demás gatos silvestres, ya no era una cuestión de fe o valor. Sencillamente, no tenían opción.

El día pareció alargarse eternamente, y cuando la luz comenzó a disminuir, iban avanzando de un modo penoso junto a una alta valla de Dos Patas. Zarzoso pensó que habría perdido toda la piel de las almohadillas de tanto caminar sobre piedra; anhelaba la balsámica frescura de sentir bajo las zarpas cosas vivas y en crecimiento.

Abrió la boca para pedirle a Puma que les buscara otro sitio en que descansar, y entonces percibió un olor penetrante y desconocido. Se detuvo, intentando identificarlo; en el mismo instante, Trigueña se le acercó corriendo.

—Zarzoso, ¿has notado ese olor? Es como el del vertedero que hay en un extremo del territorio del Clan de la Sombra. Será mejor que tengamos los ojos bien abiertos; habrá ratas.

Zarzoso asintió. Ahora que su hermana se lo había recordado, detectó claramente el olor a ratas entre los asquerosos hedores de la basura de Dos Patas. Al mirar atrás, vio que el resto de sus compañeros estaban desperdigados, consumidos por el miedo, la incertidumbre y la dificultad de la expedición.

—¡Daos prisa! —exclamó—. ¡Y manteneos juntos!

Un sonido chirriante y seco lo interrumpió. Al girar en redondo, vio que tres ratas enormes se colaban por debajo de la valla para plantarse en su camino; sus colas peladas se curvaban bien alto por encima del lomo. Sus ojos centelleaban en sus malignos rostros en forma de cuña; Zarzoso distinguió el brillo de sus afilados colmillos.

De pronto, una rata se abalanzó sobre él. Zarzoso dio un salto atrás y notó cómo el roedor mordía el aire a apenas un pelo de su pata. Entonces el guerrero le propinó un zarpazo en un lado de la cabeza. La rata cayó de espaldas chillando, pero otra ocupó su lugar. Aparecieron más desde el otro extremo de la valla, inundando el sendero como un río cruel y chillón. Zarzoso entrevió a Trigueña, que gruñó ferozmente cuando una rata le clavó los dientes en el bíceps. Entonces dos más se lanzaron sobre él y quedó sepultado por una masa de cuerpos agitados.

Al principio casi no podía respirar. El asqueroso hedor de las ratas le colmaba las fosas nasales, asfixiándolo. Pataleó con las patas traseras y hundió las garras en piel y carne. Una rata chilló y su peso desapareció. Zarzoso se levantó a duras penas para atacar a otra de aquellas viles criaturas, que le había mordido la oreja.

Justo a su lado, Esquirolina estaba retorciéndose debajo de una rata casi tan grande como ella. Antes de que Zarzoso pudiera moverse para ayudarla, la aprendiza se la quitó de encima y se lanzó sobre ella, con las orejas pegadas al cráneo y la boca abierta en un alarido de furia. La rata huyó. Esquirolina la dejó marchar y se giró para arañar a otra que se había agarrado al lomo de Plumosa y estaba dejándole regueros de brillante sangre roja con sus afiladas uñas.

Zarzoso volvió a lanzarse a la batalla al lado de Corvino, al que estaba arrastrando por el suelo una rata en la que él había clavado los dientes. Zarzoso despachó al roedor de un solo mandoble y se volvió para enfrentarse al siguiente atacante. Borrascoso y Plumosa estaban luchando hombro con hombro al pie de la valla. Trigueña, sangrando profusamente por un omóplato, sacudió por la cola a una rata antes de soltarla y morderla con fuerza en la garganta. Puma había regresado también, y estaba avanzando entre la multitud de ratas, apartándolas con sus potentes patas delanteras.

Tan deprisa como había empezado, la pelea terminó. Las ratas supervivientes huyeron por el agujero de la valla; Corvino asestó un golpe a la última cuando su cola desaparecía.

Zarzoso se quedó resollando, notando unos agudos pinchazos en la cola y en una pata trasera, y observó a las ratas esparcidas por el suelo, algunas

de las cuales todavía se sacudían. «Carne fresca», pensó sombríamente, aunque no pudo reunir la energía suficiente para recoger los cuerpos y comer. El resto de sus compañeros se apiñaron a su alrededor, mirándose con ojos dilatados; todas sus disputas habían quedado olvidadas en su miedo compartido.

—Puma —maulló Zarzoso agotado—. Tenemos que descansar. ¿Qué te parece ese sitio?

Señaló con la cola un agujero en la valla del otro extremo del Sendero Atronador, en el lado opuesto del vertedero en que se encontraban las ratas. Más allá, todo estaba oscuro. Podía captar olor a Dos Patas, pero rancio.

Puma asintió.

—Claro, estará bien.

Esta vez fue Zarzoso quien abrió la marcha a través del Sendero Atronador. Estaban tan exhaustos que, si hubiera aparecido un monstruo, los habría aplastado a todos, pero el Clan Estelar los protegía y todo se hallaba en calma. Zarzoso, Borrascoso y Plumosa llevaron unas ratas a rastras, mientras Esquirolina brindaba su apoyo para ayudar a avanzar a Trigueña, que cojeaba e iba dejando un reguero de gotas de sangre tras de sí.

Por el agujero de la valla accedieron a un oscuro espacio cercado, detrás de una vivienda de Dos Patas de aspecto abandonado. Del suelo sobresalían duras piedras, entre las que había charcos de agua grasienta. Corvino se inclinó a beber y gruñó de asco, pero no tuvo fuerzas para quejarse en voz alta.

No había nada que emplear como lecho. Los gatos se apelotonaron en un rincón, excepto Esquirolina, que se fue a husmear alrededor del muro y regresó con una pata cubierta de telarañas, que usó para taponar la herida de Trigueña.

—Ojalá me acordara de qué hierbas utiliza Hojarasca para las mordeduras de rata —maulló la aprendiza.

—En cualquier caso, aquí no hay hierbas —murmuró Trigueña con una mueca—. Gracias, Esquirolina, esto me ayuda mucho.

—Será mejor que montemos guardia —propuso Zarzoso—. Las ratas podrían volver. Yo iré primero —añadió—. Los demás, dormid un poco,

pero, si tenéis algún mordisco de rata, primero laváoslo bien.

Todos sus compañeros, incluso Corvino, obedecieron sin rechistar. Zarzoso supuso que estaban tan asustados que les alegraba que alguien les indicara qué hacer.

Se encaminó al agujero de la valla y se sentó entre las sombras, mirando hacia el otro lado del Sendero Atronador, al lugar en que habían aparecido las ratas. Todo estaba tranquilo, de modo que Zarzoso no tuvo otra cosa que hacer que preocuparse por cómo la jornada había ido tan mal. Lo inquietaba especialmente Trigueña. Todos tenían arañazos y cortes tras la batalla, pero su hermana era la única con una dentellada profunda; presentaba muy mal aspecto, y él sabía que, de todas las mordeduras, las de rata eran las más peligrosas. ¿Cómo se las arreglarían si la herida se infectaba o si a Trigueña se le entumecía tanto la pata que no podía seguir adelante?

El susurro de un movimiento a su lado le hizo dar un salto, hasta que vio que se trataba de Esquirolina. La aprendiza tenía alborotado su pelo rojizo y le sangraba un corte en la nariz, pero sus ojos seguían brillando. Zarzoso se preparó para oír críticas o alguna impertinencia, pero, cuando Esquirolina habló, lo hizo en voz queda:

—Trigueña se ha dormido.

—Bien —maulló Zarzoso—. Tú… has luchado muy bien. Si Manto Polvoroso lo hubiera visto, se habría sentido muy orgulloso de ti. —Soltó un largo suspiro, cargado de cansancio e incertidumbre.

Para su sorpresa, Esquirolina restregó el hocico contra su costado, reconfortándolo.

—No te preocupes —maulló la aprendiza—. Estaremos bien. El Clan Estelar nos protege.

Aspirando el suave y cálido aroma de la gata, Zarzoso deseó poder creerla.



21

Hojarasca se levantó de un salto en su cama, entre los helechos que había fuera de la guarida de Carbonilla. El sol estaba saliendo en ese momento, sus rayos resplandecían en las gotas de agua que temblaban en las frondas de helecho y las briznas de hierba. El aire era frío y eso le recordó que la estación de la caída de la hoja daría paso a la estación sin hojas antes de que transcurrieran muchas lunas.

Al principio no supo qué la había despertado. No se oía nada, excepto el suave susurro del viento entre la copa de los árboles y el distante murmullo de los guerreros que estaban levantándose en el claro principal. Carbonilla no la había llamado, pero aun así sintió un hormigueo en la piel con la certeza de que había algo que debía hacer.

Casi por sí solas, sus patas la condujeron hacia la entrada de la guarida de Carbonilla. Asomándose por la hendidura rocosa, maulló quedamente:

—Carbonilla, ¿estás despierta?

—Ahora lo estoy —respondió la curandera con voz soñolienta—. ¿Qué ocurre? ¿Nos ataca el Clan de la Sombra? ¿El Clan Estelar está paseándose entre nosotros?

—Nada de eso. —Hojarasca arañó el suelo—. Sólo quería comprobar si tenemos raíz de lampazo.

—¿Raíz de lampazo?

Hojarasca oyó cómo su mentora se ponía en pie, y al cabo de unos segundos Carbonilla sacó la cabeza por la hendidura.

—¿Para qué la quieres? A ver, Hojarasca, ¿para qué usamos la raíz de lampazo?

—Para las mordeduras de rata, Carbonilla —maulló la aprendiza. Se sentó, enroscando la cola alrededor de las patas e intentando calmarse, pues el corazón le martilleaba como si acabara de llegar a la carrera desde los Cuatro Árboles—. Especialmente si están infectadas.

—Correcto.

Carbonilla salió de la guarida e hizo un rápido recorrido por el claro, hurgando entre las matas de helecho con una zarpa.

—No, aquí no hay ratas —anunció al cabo.

—Ya sé que no hay ratas —maulló Hojarasca con impotencia—. Sólo quería comprobar si tenemos raíz de lampazo; eso es todo.

Carbonilla entornó los ojos.

—¿Has soñado algo?

—No, yo… —Hojarasca se interrumpió—. Pues quizá sí, pero no sé qué significa. Ni siquiera recuerdo de qué iba el sueño.

Los ojos azules de Carbonilla la observaron tranquilamente varios segundos.

—Tal vez sea una señal del Clan Estelar —maulló al final.

—Entonces, ¿puedes decirme qué significa? —suplicó Hojarasca—. ¡Por favor!

Para su disgusto, Carbonilla negó con la cabeza.

—La señal, si es que se trata de una señal, te pertenece a ti —explicó la curandera—. Ya sabes que el Clan Estelar nunca nos habla con simples palabras. Sus mensajes pueden ir encerrados en pequeñas cosas: un picor en la piel, un tirón en las patas…

—La sensación de que algo está bien… o mal —añadió Hojarasca.

—Exacto. En parte, ser curandera implica aprender a descifrar esos mensajes instintivamente… y las dos sabemos lo difícil que puede ser actuar guiada por la fe. Eso es lo que debes hacer ahora.

—No estoy segura de saber cómo —reconoció Hojarasca, arañando el suelo—. ¿Y si me equivoco en el significado?

—¿Acaso crees que yo no me equivoco nunca? —La mirada de Carbonilla se volvió más intensa—. Debes confiar en tu propio juicio.

Créeme, algún día te convertirás en una curandera maravillosa… quizá incluso tan buena como Jaspeada.

A Hojarasca se le desorbitaron los ojos. Había oído muchas historias de la talentosa y joven curandera a la que mataron poco después de que Estrella de Fuego se uniera al Clan del Trueno. Ni en sus sueños más fantasiosos habría imaginado que pudieran compararla con ella.

—¡Carbonilla, no lo dices en serio!

—Por supuesto que sí —replicó la curandera secamente—. Yo no hablo por el placer de oír mi voz. Y respecto al lampazo, crece al borde de la hondonada de entrenamiento. Ve y desentierra unas cuantas raíces. Para que tengamos de sobra, sólo por si acaso.

Mientras salía del campamento, Hojarasca intentó recordar su sueño. Pero no le acudió nada a la mente, excepto la imagen de una oscura vivienda de Dos Patas y una cruda luz brillando sobre un Sendero Atronador. Se preguntó si habría sido realmente una señal del Clan Estelar, pues lo cierto es que tenía la sensación de que Esquirolina estaba tratando de decirle algo, aunque la fuerza de su conexión había disminuido con la distancia. En su sueño, no había visto a su hermana ni a los demás gatos desaparecidos, pero, de algún modo, acabó por convencerse de que a Esquirolina la había mordido una rata.

«Ojalá hubiera ido con ella —pensó con impotencia—. Necesitan un curandero. Oh, Esquirolina, ¿dónde estás?».

En la hondonada arenosa, Musaraña y Espinardo estaban entrenando a sus aprendices. Hojarasca se detuvo a mirarlos, pero fue incapaz de interesarse demasiado. El sol parecía estar consumiendo sus energías, de modo que apenas podía colocar una pata delante de la otra.

Le resultó fácil encontrar los altos tallos de lampazo. Hurgó debajo de las oscuras hojas de penetrante olor para desenterrar las raíces. Después de retirarles la mayor parte de la tierra adherida, las llevó a la guarida de Carbonilla y las depositó en un pulcro montón junto a las otras hierbas.

Se acordó de que aquella noche había Asamblea. Cuando Carbonilla le dijo que iba a asistir, Hojarasca se había sentido ilusionada, sobre todo ante la idea de ver de nuevo a Ala de Mariposa, pero ahora notaba que no tenía la energía necesaria para ir hasta los Cuatro Árboles. Habría renunciado a

todas las Asambleas desde ese momento hasta cuando fuera a reunirse con el Clan Estelar si hubiera podido tener la certeza de que su hermana estaba sana y salva.

Para cuando los gatos del Clan del Trueno llegaron a la Asamblea, Hojarasca se sentía mejor. Había echado una cabezadita después del mediodía, oliendo el aroma del lampazo pegado a su pelo, y había despertado con energías renovadas.

Al salir entre los arbustos al claro de los Cuatro Árboles, vio que Ala de Mariposa se encaminaba hacia ella.

—Hola —maulló Hojarasca—. ¿Cómo te va?

Ala de Mariposa se detuvo.

—Bien, creo, pero ¡hay tanto que aprender! Y a veces no me siento más cerca del Clan Estelar que antes de ir a la Boca Materna.

Hojarasca soltó un maullido irónico.

—Todos sentimos eso. Yo creo que todos los curanderos del bosque se han sentido así en alguna ocasión.

Los enormes ojos ámbar de Ala de Mariposa parecían confundidos.

—Pero yo creía que sería más sabia al convertirme en curandera. Creía que caminaría junto al Clan Estelar y siempre tendría respuesta para todo.

Parecía tan abatida que Hojarasca se inclinó a consolarla con un lametón en la oreja.

—Quizá algún día sea así. Cada día caminamos más cerca del Clan Estelar. —Al ver que su amiga seguía intranquila, añadió—: Ala de Mariposa, ¿hay algo que te angustie en particular?

La joven se sobresaltó.

—Oh, no —contestó, sacudiendo su ancha cabeza dorada—. Nada en absoluto. Sólo…

Hojarasca no llegó a saber qué iba a decir. Un sonoro alarido ahogó la voz de su amiga: Estrella Alta, en la cima de la Gran Roca, pedía silencio. Estrella Leopardina se encontraba a su lado, mientras que Estrella de Fuego y Estrella Negra, el líder del Clan de la Sombra, se hallaban un poco más atrás.

Estrella Leopardina fue la primera en hablar.

—Estrella Alta —maulló—, desde la última Asamblea ha llovido muchas veces en el bosque. ¿Los arroyos vuelven a correr abundantemente en el territorio del Clan del Viento?

Estrella Alta inclinó la cabeza hacia ella.

—Así es, Estrella Leopardina.

—Entonces retiro la autorización que os di a ti y a tu clan para entrar en el territorio del Clan del Río a beber. A partir de este momento, mis guerreros echarán a cualquier gato del Clan del Viento que encuentren a nuestro lado de la frontera.

No dijo nada sobre la manera en que el Clan del Viento había seguido bajando al río cuando ya no les hacía falta, pero habló con voz cortante, y Hojarasca notó su tácita indignación.

Estrella Alta se encaró a la líder del Clan del Río sin inmutarse.

—Estrella Leopardina, el Clan del Viento agradece vuestra ayuda y no abusará de vuestra confianza.

La líder del Clan del Río asintió secamente y dio un paso atrás. De pronto hubo un revuelo entre los gatos del claro, y un lustroso atigrado de grandes omóplatos se puso en pie. Era el hermano de Ala de Mariposa, Alcotán.

—Con tu permiso, Estrella Leopardina, me gustaría hablar —maulló.

Hojarasca estaba sorprendida; los guerreros jóvenes no solían hablar en las Asambleas.

—¿Y bien? —preguntó Estrella Leopardina.

Alcotán vaciló, arañando el suelo con aparente timidez, pero Hojarasca advirtió que sus ojos azul hielo se movían de un lado a otro, como asegurándose de que todos estaban mirándolo.

—No sé si debería decir esto —empezó al cabo—, pero… bueno, cuando el Clan del Viento bajaba al río, no se limitaba a beber. Los he visto robando peces.

—¿Qué? —Estrella Alta saltó al borde de la roca y se agazapó como si fuera a abalanzarse sobre el guerrero del Clan del Río—. ¡Cómo te atreves! ¡Ningún gato del Clan del Viento ha robado presas!

Hojarasca sabía que eso era mentira; recordó que Esquirolina le había contado que habían pillado a una patrulla del Clan del Viento en el territorio del Clan del Trueno con un campañol robado.

—¿Algún otro gato lo ha visto? —le preguntó Estrella Leopardina a Alcotán.

—No lo creo. —El guerrero pareció apenado—. En aquella ocasión estaba yo solo.

Estrella Leopardina paseó la mirada por el claro, pero nadie habló. Hojarasca se preguntó si debería decir algo, pero ella no había presenciado personalmente lo ocurrido; además, Esquirolina y Zarzoso estaban fuera desde hacía mucho, y Manto Polvoroso, que también lo había visto, no había acudido a la Asamblea. De modo que guardó silencio.

Estrella Alta se giró hacia la líder del Clan del Río.

—Juro por el Clan Estelar que el Clan del Viento no se ha llevado nada más que agua del río. ¿Vas a condenarnos por la palabra de un único guerrero?

Estrella Leopardina erizó el cuello.

—¿Estás diciendo que mi guerrero miente?

—¿Estás llamando ladrones a los miembros de mi clan? —replicó Estrella Alta con un gruñido, mostrando los colmillos y desenvainando las garras.

En el claro surgieron aullidos de protesta lanzados por gatos de los clanes del Viento y del Río. Hojarasca vio cómo los guerreros se giraban hacia los otros con bufidos desafiantes. Sintió que se le erizaba el pelo, repentinamente aterrorizada por que pudiera romperse la sagrada tregua de la Asamblea.

—¿Por qué Alcotán tenía que empezar esto? —murmuró la aprendiza casi para sí misma.

—¿Y qué debería haber hecho? —La voz de Ala de Mariposa sonó cortante al defender a su hermano—. ¿Callarse y dejar que el Clan del Viento se fuera de rositas? En el Clan del Río todos saben que por un par de colas de ratón esos gatos te robarían hasta el pellejo. —Sus ojos ámbar llameaban cuando se puso en pie, como dispuesta a unirse a la batalla en cuanto comenzara.

Su mentor Arcilloso le dirigió un bufido furioso, recordándole que los curanderos debían mantener la paz, y Ala de Mariposa lo miró medio rabiosa y medio avergonzada.

—¡Esperad! —Esa sola palabra cruzó la hondonada con claridad. Hojarasca vio que Estrella de Fuego se había acercado al borde de la Gran Roca—. El Clan Estelar está enfadado… ¡mirad la luna!

Con los demás gatos, Hojarasca levantó la vista. La luna llena flotaba por encima de los árboles; a no mucha distancia, una solitaria nube se dirigía hacia ella, aunque apenas soplaba viento en el claro. Hojarasca se estremeció. Si el Clan Estelar estaba lo bastante enfadado para tapar la luna, habría que disolver la Asamblea.

Los guerreros se agazaparon; su hostilidad estaba apaciguándose con el miedo.

Volvió a resonar la voz de Estrella de Fuego:

—Estrella Leopardina, Estrella Alta, ¿enfrentaréis a vuestros clanes en una batalla por la palabra de un solo guerrero? Alcotán, ¿es posible que te equivocaras en lo que viste?

Alcotán miró al líder del Clan del Trueno entornando los ojos hasta convertirlos en simples rendijas.

—Creo en lo que he dicho —contestó al cabo—. Pero supongo que es posible que me equivocara. Quizá me deslumbró el sol sobre el agua o algo así.

—Entonces dejemos que haya amistad entre el Clan del Río y el Clan del Viento —maulló Estrella de Fuego—. Estrella Alta ya ha prometido no volver a bajar al río.

—Y mantendré mi promesa —bufó el líder del Clan del Viento—. Pero tú deberías enseñar a tus guerreros a mostrar un poco de respeto, Estrella Leopardina.

—¡No me digas qué debo hacer! —espetó la líder.

Seguía furiosa, pero Hojarasca supo que la amenaza de guerra había pasado. Por encima de sus cabezas, el viento empujó la nube lejos de la luna, como si el enfado del Clan Estelar estuviera desvaneciéndose.

—Recordad lo buena que es ahora la vida en el bosque —les dijo Estrella de Fuego a ambos líderes—. Hay presas en abundancia y los

arroyos vuelven a estar llenos de agua. Todos estamos bien preparados para la estación de la caída de la hoja y la estación sin hojas. No tenemos ninguna necesidad de invadir el territorio de los demás. —Lanzó una mirada a Estrella Negra, que había permanecido sentado con expresión maliciosa, como si disfrutara con el desacuerdo entre los clanes—. Eso no significa que mis fronteras no estén bien guardadas —añadió.

—Lo mismo digo de las del Clan del Río —bufó Estrella Leopardina, pero dio un paso atrás, como aceptando que la discusión había terminado.

Estrella Alta también retrocedió, dejando a Estrella de Fuego en primera fila. Hojarasca sabía qué iba a suceder. Su padre hizo una pausa antes de empezar a hablar, y Hojarasca supuso que estaba escogiendo sus palabras con cuidado. El líder del Clan del Trueno no quería que los demás clanes creyeran que él había expulsado a sus propios gatos.

—Hace un cuarto de luna —empezó—, el guerrero Zarzoso y la aprendiza Esquirolina abandonaron el Clan del Trueno. No sabemos adónde han ido, pero tenemos razones para creer que no se fueron solos. —Tras volverse hacia los otros líderes, preguntó—: ¿Alguno de vuestros guerreros ha desaparecido?

Estrella Leopardina contestó gustosamente. Hojarasca supuso que Vaharina le habría contado que ella ya había hablado sobre Plumosa y Borrascoso.

—Dos guerreros, Plumosa y Borrascoso, se marcharon del Clan del Río justo antes de la media luna. Al principio nos imaginamos que habrían cruzado el río para vivir en vuestro territorio, Estrella de Fuego. Como tienen conexión con el Clan del Trueno —añadió con fría desaprobación por su herencia compartida—, podemos aventurar que todos se han ido juntos.

Hubo una pausa; luego, Estrella Alta carraspeó y maulló quedamente:

—El Clan del Viento ha perdido al aprendiz Corvino. Debió de ser más o menos en los mismos días. Pensaba que quizá se lo había llevado un zorro o un tejón, pero parece que podría estar con vuestro grupo.

Un murmullo de inquietud recorrió el claro. Un gato exclamó:

—¿Cómo lo sabéis? Quizá haya algo en el bosque que se nos está llevando uno a uno.

—¿Y qué hay de los perros? —aulló otra voz—. ¡A lo mejor ha regresado la manada!

Estrella de Fuego avanzó hasta el borde de la Gran Roca y miró hacia abajo. Por un momento, sus ojos se encontraron con los de Hojarasca. La aprendiza se estremeció; su padre no iría a mencionar su conexión con Esquirolina delante de toda la Asamblea, ¿verdad?

Hojarasca se relajó cuando Estrella de Fuego empezó a hablar.

—Nosotros también pensamos en depredadores —maulló—. Pero no hay ni la menor señal que uno esperaría encontrar en el bosque… y, creedme, si los perros hubieran vuelto, el Clan del Trueno lo sabría. Estamos convencidos de que estos gatos se han marchado por su propia voluntad.

Su sosegada voz pareció tranquilizar a los congregados. Los gatos que se habían puesto en pie volvieron a sentarse, aunque muchos de ellos seguían pareciendo preocupados.

—¿Y qué pasa con el Clan de la Sombra? —Estrella de Fuego se giró hacia Estrella Negra—. ¿También habéis perdido gatos?

El líder del Clan de la Sombra vaciló; la naturaleza de ese clan era ser reservado, como si la información fuera una preciada presa.

—A Trigueña —maulló por fin—. Supuse que había regresado al Clan del Trueno para estar con su hermano.

El claro se llenó de murmullos mientras los gatos intentaban encontrar sentido a lo que acababan de oír.

—¡Eso es al menos un gato de cada clan! —exclamó Ala de Mariposa —. ¿Qué significa? —Y con frustración añadió—: ¿Por qué el Clan Estelar no me ha mostrado esto?

Hojarasca anhelaba compartir con su amiga lo que Esquirolina y Zarzoso le habían contado antes de marcharse. Se preguntó si Carbonilla mencionaría la profecía que había visto en el helecho en llamas: el tigre y el fuego unidos, y conectados de algún modo a un peligro para todo el bosque. Pero vio que la curandera estaba sentada al pie de la Gran Roca al lado de Cirro, cabizbaja y en silencio.

—¿Qué sugieres que hagamos, Estrella de Fuego? —preguntó Estrella Alta.

—No hay mucho que podamos hacer —intervino Estrella Leopardina antes de que Estrella de Fuego pudiera responder—. Se han marchado. Podrían estar en cualquier parte.

Estrella de Fuego asintió.

—Todos son gatos leales.

Hojarasca supo que su padre debía de estar pensando en sus discusiones con Zarzoso y Esquirolina antes de que se fueran y en la profecía que lo preocupaba.

—Debe de haber algo que podamos hacer —insistió Estrella Alta—. No podemos actuar como si nunca hubieran existido.

—Tu preocupación te honra, Estrella Alta —maulló Estrella de Fuego —. Pero estoy de acuerdo con Estrella Leopardina. Nada podemos hacer. Ahora están en manos del Clan Estelar. Y quizá el Clan Estelar les conceda regresar pronto sanos y salvos.

Estrella Negra, que aún no había hecho ningún comentario, dijo burlón:

—La esperanza es fácil, pero no sirve para cazar presas. Si queréis saber mi opinión, no volveremos a verlos nunca más.

Detrás de Hojarasca, un gato masculló:

—Estrella Negra tiene razón. Ahí fuera hay muchos peligros.

Hojarasca sintió como si una enorme garra le atenazara el corazón. Volvieron a invadirla sus temores por Esquirolina, y recordó el sueño de las mordeduras de ratas. «Esquirolina —dijo para sus adentros—, debe de haber algo que pueda hacer para ayudarte».

Le costó prestar atención a Estrella Negra, que estaba informando sobre la creciente actividad de los Dos Patas alrededor del Sendero Atronador, pues parecía que había nuevos monstruos apiñados en una extensión de terreno pantanoso al que los gatos nunca iban.

«¿Qué más da eso? —se dijo Hojarasca distraídamente—. ¿A quién le importa lo que hagan los Dos Patas?».

Cuando se dio por finalizada la reunión, la aprendiza se despidió de Ala de Mariposa y corrió a buscar a Carbonilla. Se le había ocurrido una idea y estaba ansiosa por regresar al campamento para ponerla a prueba.

En el camino de vuelta, redujo el paso para adaptarse al lento ritmo de Carbonilla, hasta que las dos quedaron rezagadas, detrás de los demás.

—De modo que han desaparecido gatos de los cuatro clanes, ¿eh? —dijo Carbonilla pensativa. Se detuvo un instante para mirar la luna llena, que estaba descendiendo por detrás de los árboles—. Hojarasca, tú estás preocupada por Esquirolina, ¿verdad? ¿Sabes algo de dónde se encuentra ahora?

Aquella pregunta tan directa sorprendió a Hojarasca, que no supo qué responder.

—Vamos, Hojarasca. —Carbonilla entornó los ojos—. No intentes decirme que no sabes nada.

Hojarasca miró a su mentora, agradecida por tener la ocasión de decir la verdad.

—Sé que Esquirolina está viva y que se halla con los otros gatos que se marcharon. Pero no sé dónde se encuentran ni qué se proponen. Creo que están muy lejos… más lejos de lo que ha llegado jamás ningún gato silvestre.

Carbonilla asintió, y Hojarasca se preguntó si el Clan Estelar le habría contado algo sobre el viaje, pero, si era así, la curandera no dijo nada.

—Podrías contarle eso a tu padre —maulló—. Lo ayudaría a tranquilizarse.

—Sí, lo haré.

Por fin llegaron al barranco. Hojarasca se sentía cansada cuando siguió a su mentora hacia el túnel de aulagas y el campamento.

—Carbonilla —maulló—, ¿me hará algún daño comer un poco de raíz de lampazo?

—Quizá te dé dolor de barriga si comes demasiado. ¿Por qué?

—Es sólo una idea que he tenido.

«Si sé qué está pensando Esquirolina —se dijo—, quizá ella pueda captar algo de mi parte». Casi se sentía tonta por tener la esperanza de alcanzar a su hermana a través de una distancia tan grande, pero debía intentarlo.

Los ojos de Carbonilla relucieron con calidez; no presionó a su aprendiza para que dijera nada más.

Antes de ir a acostarse entre los helechos, Hojarasca dio un buen mordisco a una de las raíces de lampazo almacenadas en la guarida, y se

dispuso a dormir con el amargo bocado en la boca.

«Raíz de lampazo, raíz de lampazo —repitió—. Esquirolina, ¿puedes oírme? Raíz de lampazo para las mordeduras de rata».



22

Zarzoso estaba agazapado entre los arbustos, contemplando la luna llena en el cielo azul oscuro. En los Cuatro Árboles, los clanes se habrían reunido para celebrar la Asamblea. Al pensar en el claro repleto de gatos, donde se intercambiaban cotilleos y se contaban historias, se sintió más solo que nunca.

Durante otro día interminable habían avanzado a través del poblado Dos Patas, a lo largo de Senderos Atronadores, a través de vallas, por encima de muros. Por fin habían dejado atrás la parte de suelo más duro; ahora los Senderos Atronadores estaban bordeados de hierba y las viviendas de Dos Patas se hallaban rodeadas de jardines. Habían encontrado refugio para la noche entre unos arbustos, e incluso habían conseguido cazar. Aun así, los afilados dientes del nerviosismo mantenían despierto a Zarzoso.

Todavía no sabía si estaban yendo en la dirección correcta. Puma los conducía con mucha seguridad, pero la serpenteante ruta que seguía entre las casas de Dos Patas no tenía en cuenta el sol, y Zarzoso sentía que el lugar donde se ahogaba el sol estaba igual de lejos que al principio.

—Creo que estamos más lejos que nunca —había dicho Corvino con tono sarcástico antes de acomodarse para dormir.

Pero su principal preocupación era el omóplato de Trigueña. Aunque su hermana era demasiado orgullosa para admitir que le dolía, cuando se detuvieron a pasar la noche, apenas podía andar. La mordedura había dejado de sangrar, pero el bíceps de la guerrera se había hinchado, y la carne

desgarrada estaba roja e inflamada. Zarzoso no necesitaba ser curandero para saber que la herida se había infectado.

Esquirolina y Plumosa se habían turnado para lamerla mientras Trigueña caía en un sueño intranquilo y superficial, pero todos sabían que haría falta algo más que eso para sanarla.

Zarzoso dio un brinco al oír unos ruiditos en los arbustos. Era Borrascoso, que se sentó a su lado.

—Yo vigilaré un rato, si te parece —maulló el guerrero gris.

—Gracias. —Zarzoso se desperezó arqueando el lomo y clavando las garras en la tierra—. Aunque no estoy seguro de que pueda dormir.

—Inténtalo —le aconsejó Borrascoso—. Necesitarás todas tus fuerzas para mañana.

—Lo sé. —Mirando de nuevo la luna, añadió—: Ojalá estuviéramos todos a salvo en los Cuatro Árboles.

Para su sorpresa, Borrascoso le dedicó un guiño comprensivo.

—Pronto estaremos allí. No te preocupes. El Clan Estelar está aquí con nosotros, tanto como si nos encontráramos en la Asamblea con nuestros clanes.

Zarzoso soltó un suspiro. De alguna forma, metidos como estaban en el poblado de Dos Patas, le costaba imaginar a los guerreros estelares entre ellos. Con un último vistazo a la luna, se ovilló y cerró los ojos, y por fin logró quedarse dormido.

Lo despertó el ladrido de un perro. Se levantó de un salto, temblando, pero enseguida advirtió aliviado que estaba demasiado lejos para suponer una amenaza; no había olor a perro cerca.

Una luz gris se filtraba a través de los arbustos, y las hojas se movían bajo una fría brisa con olor a humedad, como si la lluvia fuera inminente.

Los compañeros de Zarzoso dormían a su alrededor, todos excepto Borrascoso, al que no se veía por ninguna parte. El joven guerrero estaba preparándose para despertarlos y ponerse en marcha de nuevo, cuando Corvino irguió la cabeza y se levantó, sacudiéndose el mantillo de hojas.

—Escucha, Zarzoso —maulló, menos agresivo de lo habitual—. Tenemos que salir de aquí hoy mismo. Las cosas irían mejor si pudiéramos encontrar un bosque, incluso campos de labranza. Quizá necesitemos parar un poco para que Trigueña descanse, y eso no podemos hacerlo en medio de todos estos Dos Patas.

Zarzoso esperó que no se le notara la sorpresa ante las razonables palabras del aprendiz, sobre todo ante su preocupación por Trigueña.

—Tienes razón —coincidió—. Pero no estoy seguro. No nos queda más remedio que confiar en que Puma nos sacará de aquí.

—Es una lástima que hayamos dejado que nos acompañe —gruñó Corvino. Se acercó hacia donde estaba durmiendo Puma, un desaliñado bulto de pelo atigrado que roncaba, y le clavó una uña con fuerza en las costillas—. ¡Despierta!

—¡Eh! ¿Qué? —Puma parpadeó y se incorporó pesadamente hasta quedarse sentado—. ¿A qué viene tanta prisa?

—Tenemos que ponernos en camino. —Corvino había recuperado su tono brusco—. ¿O es que se te había olvidado?

Zarzoso dejó que Corvino lidiara con Puma, pues estaba demasiado cansado y nervioso para intentar impedir el rifirrafe, y fue a despertar a los demás. Dejó a Trigueña para el final, y se inclinó a olfatear y examinar de cerca la herida.

—No está mejor —susurró Plumosa a sus espaldas—. No creo que hoy pueda llegar muy lejos.

Mientras hablaba la guerrera del Clan del Río, Trigueña abrió los ojos.

—¿Zarzoso? ¿Es hora de irse? —Hizo un esfuerzo por sentarse, pero Zarzoso vio que la pata apenas la sostendría.

—Quédate tumbada un rato más —maulló Plumosa—. Deja que te limpie un poco la herida.

Se agachó a lamer la carne inflamada, y su áspera lengua produjo un sonido reconfortante. Trigueña volvió a apoyar la cabeza sobre las patas. Mientras Zarzoso la observaba, apareció Borrascoso con un ratón, que depositó cerca del hocico de Trigueña.

—Toma —le dijo—. Carne fresca.

Trigueña lo miró pestañeando.

—Oh, Borrascoso… gracias. Pero yo debería cazar mis propias presas.

A Zarzoso se le contrajo el estómago de pena. Ningún gato había parecido nunca tan incapaz de cazar.

Borrascoso se limitó a tocarle la oreja con la nariz.

—Cómete esto —murmuró—. Necesitas recuperar fuerzas. Yo puedo cazar más después.

Con un leve gesto de agradecimiento, Trigueña empezó a comer. Sin hacer caso de la discusión que se estaba produciendo entre Corvino y Puma, Zarzoso fue a ver qué estaba haciendo Esquirolina.

La gata rojiza estaba sentada en el lecho de hojas que se había preparado la noche anterior. Estaba diciendo algo entre dientes y no paraba de relamerse la boca, como si notara un sabor desagradable.

—¿Qué ocurre? —preguntó Zarzoso. E, intentando bromear, añadió—: ¿Has estado comiéndote tu propio pelo?

Por una vez, Esquirolina no reaccionó.

—No —contestó, sin dejar de lamerse el hocico—. Es sólo este extraño sabor. Debería recordar qué es.

—Espero que no sea sal —comentó Zarzoso alegremente. Nunca habría pensado que echaría de menos los descarados comentarios de Esquirolina, pero su seriedad lo ponía nervioso.

—No… es otra cosa. Deja que piense un poco y lo recordaré. Algo me dice que podría ser importante.

Se pusieron en marcha con Puma a la cabeza. Las horas de sueño parecían haber ayudado a Trigueña, que avanzaba cojeando esforzadamente, siguiendo el lento ritmo de Puma. Zarzoso no le quitaba el ojo de encima, decidido a hacer un alto en cuanto viese que su hermana lo necesitaba.

El viejo atigrado los guió a través de más jardines Dos Patas hasta un estrecho Sendero Atronador, flanqueado por un lado por una valla de madera y, por el otro, por un alto muro. Al borde del Sendero Atronador había dos o tres monstruos agazapados, con un brillo en sus enormes ojos. Zarzoso los miró con recelo al pasar ante ellos, listo para huir si cobraban vida con un rugido.

El Sendero Atronador viraba bruscamente a un lado. Puma dobló la esquina, y Zarzoso vio que Plumosa se detenía para mirar con incredulidad.

—¡No! —bufó la guerrera, con una rabia insólita en ella—. ¡Esto es demasiado! ¡No podemos ir por ahí, bola de pelo!

Como en respuesta, un perro empezó a ladrar al otro lado. Zarzoso miró alrededor alarmado, pero no había ningún lugar por donde el perro pudiera alcanzarlos. Inquieto, siguió adelante y descubrió lo que había alterado a Plumosa. A unos pocos zorros de distancia, el Sendero Atronador terminaba de golpe ante una alta pared que bloqueaba el camino con la misma piedra roja que los había rodeado durante días. Por allí no podían continuar. Todos los músculos de Zarzoso protestaron al pensar en tener que volver sobre sus pasos.

Puma se había parado a mirar atrás, con expresión dolida.

—No hay por qué ponerse así.

—No tienes ni idea de dónde estamos, ¿verdad? —le espetó Plumosa. Había pegado la barriga a la dura superficie del suelo; Zarzoso no estaba seguro de si intentaba ocultarse o si se preparaba para atacar a su inepto guía. Y si lo hiciera, ¿quién la detendría?—. Tenemos a una compañera herida. No podemos pasarnos todo el día yendo de acá para allá en este… ¡este detestable lugar!

—Calma. —Corvino se acercó a Plumosa y le pasó la lengua por la oreja—. No hagas caso a este viejo bobo. Vamos a planear cómo salir de aquí por nuestra cuenta.

Plumosa le enseñó los dientes.

—¿Cómo? No sabemos dónde estamos.

Tras el muro, el perro se estaba volviendo loco, soltando una ráfaga de estridentes ladridos. Zarzoso se puso en tensión, listo para echar a correr si el chucho hallaba la manera de salir de su jardín. Detrás de él, Borrascoso dobló la esquina, advirtió que el perro no suponía un peligro inmediato y fue hacia su hermana. Al cabo de un momento llegó Esquirolina con Trigueña.

—¿Qué está pasando? —preguntó la aprendiza del Clan del Trueno—. ¿Dónde está Puma?

Zarzoso reparó en que el viejo atigrado había desaparecido, y no supo si se sentía aliviado o furioso.

—Que se vaya con viento fresco —gruñó Corvino.

Acababa de pronunciar esas palabras cuando reapareció Puma, asomando la cabeza por un agujero que había junto al muro.

—¿Y bien? —maulló el viejo gato—. ¿Venís o no?

Desapareció de nuevo. Zarzoso se acercó al panel roto de la valla y echó un vistazo. Estaba preparado para ver más viviendas Dos Patas, de modo que se quedó boquiabierto del asombro. Al otro extremo de una senda estrecha y polvorienta había una loma cubierta de hierba y salpicada de matas de aulaga, y más allá… ¡árboles! Había árboles hasta donde alcanzaba la vista, sin una sola casa Dos Patas.

—¿Qué es? —inquirió Esquirolina a sus espaldas con impaciencia.

—¡Un bosque! —exclamó Zarzoso con una voz tan aguda como la de un cachorro—. Un auténtico bosque por fin. Venga, vamos todos.

Se coló por el agujero y llegó junto a Puma. El viejo atigrado estaba mirándolo con un brillo de complicidad en los ojos.

—¿Ya estáis satisfechos? —ronroneó—. Queríais salir; y yo os he traído fuera.

—Eh… sí. Gracias, Puma, esto es genial.

—Ya no más «estúpida bola de pelo», ¿verdad? —repuso Puma, lanzando una mirada significativa a Corvino cuando éste atravesó el agujero.

Zarzoso y el aprendiz del Clan del Viento intercambiaron una mirada. El guerrero sospechaba que Puma estaba tan sorprendido como ellos de haber encontrado el camino de salida del poblado Dos Patas, aunque el viejo jamás lo admitiría. En cualquier caso, eso ya no importaba. El poblado Dos Patas había quedado atrás, y por fin podían volver a buscar el lugar donde se ahogaba el sol.

Cruzaron la senda y empezaron a subir la loma. Zarzoso se deleitó con la sensación de la fresca hierba bajo las zarpas y con los aromas forestales que le llegaban con la tenue brisa. Cuando se hallaron debajo de los árboles, fue casi como regresar a casa.

—¡Esto está mucho mejor! —maulló Borrascoso, mirando las matas de helechos y la larga y fresca hierba que los rodeaban—. Voto por que nos quedemos aquí el resto del día y la noche. Trigueña podrá dormir bien y los demás podemos cazar.

Zarzoso se mordió la lengua para no protestar; su ansia por llegar al lugar donde se ahogaba el sol era más intensa conforme pasaba el tiempo, pero sabía que les iría mejor si se detenían a recuperar fuerzas.

Los demás gatos estuvieron de acuerdo, excepto Trigueña.

—No tenéis que pararos por mí.

—No se trata sólo de ti, cerebro de ratón. —Esquirolina restregó afectuosamente el hocico contra la guerrera del Clan de la Sombra—. Todos necesitamos comer y descansar.

Lentamente, los gatos comenzaron a internarse más en el bosque, avanzando muy juntos y alerta por si había algún peligro, mientras buscaban un sitio donde reposar. Zarzoso se detenía cada pocos pasos a saborear el aire, pero no captó olor de zorro, tejón ni de otros gatos… nada que pudiera darles problemas. Pero el aire estaba cargado con el aroma de presas; empezó a hacérsele la boca agua ante la idea de hundir los dientes en un rollizo ratón o, mejor aún, un conejo.

No tardaron en llegar a un sitio donde el suelo descendía hacia un arroyuelo que discurría bajo unos densos espinos.

—No podría ser mejor —maulló Corvino—. Hay agua y cobijo, y si hay depredadores por aquí, no les resultará fácil llegar hasta nosotros.

Trigueña, que volvía a cojear pronunciadamente, medio se deslizó y medio se dejó caer por la pendiente, y se arrastró hasta un hueco musgoso entre dos raíces retorcidas. Sus ojos verdes estaban empañados de dolor y agotamiento. Plumosa se acomodó a su lado y se puso a lamerle de nuevo la herida. Puma se derrumbó junto a ellas, se ovilló y se quedó dormido de inmediato.

—Bien, vosotros tres quedaos ahí —maulló Corvino—, y los demás cazaremos.

Zarzoso abrió la boca para cuestionarle que se pusiera a dar órdenes, pero se dijo que no valía la pena. Además, suponía un agradable cambio que

no esperasen que él tomara todas las decisiones. Así pues, se acercó a Esquirolina.

—¿Te apetece cazar conmigo? —preguntó.

La aprendiza asintió como abstraída. Siguió a Zarzoso arroyo arriba, y apenas habían perdido de vista el campamento provisional cuando el guerrero descubrió un ratón correteando entre la hierba, cerca del borde del agua. Con un ágil movimiento, adoptó la posición del cazador y dio un salto. Mató a su presa de una sola dentellada. Al volverse para enseñárselo a Esquirolina, vio a la aprendiza con la cabeza levantada y la boca abierta para aspirar los aromas del bosque.

—Esquirolina, ¿te encuentras bien?

Ella se sobresaltó.

—¿Qué? Oh, sí, bien, gracias. Hay algo que no puedo… —Se interrumpió y volvió a relamerse la boca.

Zarzoso echó tierra sobre el ratón para que estuviera a buen recaudo hasta que regresara a recogerlo, y se internó más en el bosque. Todo el sitio rebosaba de presas, y éstas apenas parecían saber lo que era un depredador. Fue una de las cacerías más sencillas de su vida.

Esquirolina lo ayudó, pero era evidente que no estaba concentrada en la tarea. Solía ser una cazadora eficaz, pero ese día se le escapó un mirlo por dudar demasiado, y ni siquiera reparó en una ardilla que estaba mordisqueando una bellota a apenas un zorro de distancia.

Luego, mientras Zarzoso se aproximaba sigilosamente a un conejo, la aprendiza gritó:

—¡Eso es! ¡Ahí está!

El conejo dio un salto y al cabo de un segundo lo único que Zarzoso pudo ver de él fue su cola blanca zigzagueando mientras huía.

—¡Oye! —exclamó indignado—. ¿Por qué has hecho eso?

Esquirolina no le prestó atención. Había salido disparada hacia la ribera, donde crecían unas plantas altas de hojas verde oscuro. Mientras Zarzoso la observaba, la gata comenzó a cavar vigorosamente en la base de los tallos.

—Esquirolina, ¿qué haces? —preguntó.

La aprendiza se detuvo para mirarlo con sus ojos verdes, que centelleaban triunfantes.

—¡Lampazo! —respondió resollando, y volvió a atacar los tallos—. Esto es lo que necesita Trigueña para la mordedura de rata. Ayúdame a desenterrar las raíces.

—¿Cómo lo sabes? —inquirió Zarzoso empezando a cavar.

—¿Recuerdas el sabor del que te he hablado antes? He estado pensando en él toda la mañana. Hojarasca debió de mencionarlo al despedirse de nosotros.

Zarzoso se detuvo a mirar a Esquirolina. Era cierto que Hojarasca les había hablado de varias hierbas que podrían necesitar, pero no recordaba que la raíz de lampazo estuviera entre ellas. Luego se encogió de hombros y cavó con más ímpetu. Esquirolina no podía haberlo sabido de otra manera.

Después de desenterrar tres o cuatro raíces, Esquirolina las lavó en el agua y las agarró con fuerza entre los dientes para llevarlas al campamento. Zarzoso la siguió más despacio, recogiendo tantas presas como podía cargar.

Cuando el joven guerrero llegó por fin al lugar de descanso, se encontró con que Esquirolina ya había mascado un poco de raíz y estaba aplicando la pulpa cuidadosamente sobre el omóplato herido de Trigueña. La guerrera permaneció tumbada, pero, cuando el jugo de la raíz se filtró en la carne desgarrada, se relajó y soltó un largo suspiro.

—Eso está mucho mejor —maulló—. Se me está durmiendo. Ya no noto el dolor.

—¡Fantástico! —exclamó Zarzoso.

—Debes de ser una curandera secreta —le dijo Trigueña a Esquirolina, poniéndose más cómoda sobre el musgo—. Quizá tengas parte del espíritu de tu hermana. —Parpadeando soñolientamente, volvió a quedarse dormida.

Esquirolina contempló a Trigueña con ojos brillantes, y Zarzoso sintió un hormigueo. ¿De verdad Hojarasca había mencionado la raíz de lampazo en su despedida, o acaso había algo más misterioso entre las dos hermanas?

Regresó al bosque a recoger el resto de las presas. Para cuando volvió, Borrascoso y Corvino habían llevado también una buena cantidad de piezas. Por primera vez en muchos días, podrían comer tanto como quisieran. Puma despertó y engulló la carne con avidez, como si la encontrara más sabrosa que la comida de mascota a la que estaba acostumbrado.

Después de comer, todos se quedaron dormidos. Al despertar, Zarzoso vio que las nubes habían desaparecido y que la luz del sol se colaba entre los árboles, bañando el bosque con un resplandor rojizo. Se levantó de un salto y subió hasta la cima de la loma, donde encontró un espacio entre los árboles por donde pudo ver que el sol se estaba poniendo.

—Ésa es la ruta que debemos seguir. —Borrascoso había subido la loma tras él, y su voz sonó tan tranquila y resuelta como si él hubiera tenido la misma visión—. Ahí es donde averiguaremos qué nos dice la medianoche.

Zarzoso sintió un cosquilleo en las patas, deseoso de echar a correr hacia el sol poniente, como si supiese con certeza que Estrella Azul estaba esperándolo para explicarle exactamente cómo salvar el bosque. Pero sabía que lo más sensato era ceñirse al plan original y pasar la noche allí. Memorizando con cuidado la dirección en la que debían viajar, regresó con sus amigos al lado del arroyo.

Trigueña estaba zampándose un conejo con voracidad. Se detuvo a saludar a su hermano cuando éste llegó.

—Estoy muerta de hambre —admitió—. Y noto el bíceps mucho mejor. ¿Qué dices que le has puesto, Esquirolina?

—Raíz de lampazo.

Zarzoso reparó en que la aprendiza no intentaba explicar cómo sabía que la raíz de lampazo era el remedio perfecto para la mordedura infectada. Quizá ella misma no lo entendía.

Esquirolina empezó a mascar otra raíz, y cuando Trigueña terminó de comer le aplicó la pasta a la herida. Zarzoso advirtió que la hinchazón había desaparecido y que el desagradable color rojo se había aclarado. En silencio, dio las gracias al Clan Estelar —y a Hojarasca— por la recuperación de su hermana.

Para cuando se pusieron en marcha a la mañana siguiente, después de otra buena comida, Trigueña parecía casi la misma de siempre. Apenas cojeaba y de nuevo le brillaban los ojos.

Mucho antes de que el sol alcanzara su cenit, llegaron al lindero del bosque. Delante de ellos había campo abierto hasta donde alcanzaba la vista. El suelo ondulaba en una serie de suaves lomas. El viento soplaba

entre la corta y flexible hierba, entremezclada con trébol y tomillo silvestre. Parecía una ruta sencilla y el aire tenía un cariz fresco.

—¡Como en casa! —murmuró Corvino, recordando el abierto páramo del Clan del Viento.

Al contrario que el aprendiz oscuro, Zarzoso se resistía a dejar atrás los árboles. La protección del dosel vegetal le había resultado reconfortante. Pero la comida y el descanso habían proporcionado a todos nuevas fuerzas, y el guerrero esperó que, al menos, estuvieran llegando al final de su viaje.

Para su sorpresa, Puma se despidió de ellos antes de que salieran de entre los árboles.

—No me siento a gusto bajo cielo abierto —admitió, dando voz a los pensamientos de Zarzoso—. Supongo que he sufrido la persecución de demasiados Camina Erguidos. Prefiero estar en un sitio donde pueda esconderme. Además, vosotros ya no me necesitáis. El Clan Estelar, sea lo que sea, no estará esperándome a mí a medianoche —añadió con un destello en los ojos.

—Quizá no —maulló Zarzoso—. En cualquier caso, gracias por todo. Te echaremos de menos. —Asombrado, se dio cuenta de que eso era cierto; había llegado a sentir algo cercano al afecto por aquel exasperante gato viejo—. Si alguna vez vas a nuestro bosque, te invito a visitar el Clan del Trueno.

Al terminar de hablar no pudo evitar oír cómo Corvino le susurraba a Trigueña:

—Quizá tu hermano lo eche de menos, pero ¡yo no!

Zarzoso le hizo una mueca de advertencia, pero Puma no había oído las palabras masculladas por el aprendiz del Clan del Viento.

—Os esperaré aquí dos o tres días —prometió el atigrado—. Por si necesitáis ayuda para encontrar el camino de regreso.

Zarzoso lanzó una mirada a Corvino a tiempo de ver cómo el aprendiz ponía los ojos en blanco volviéndose hacia Plumosa, que se encogió de hombros.

—Suponiendo que vayáis a regresar, claro —continuó Puma, alejándose con la cola bien alta—. A mí no me pillaríais tan cerca del lugar donde se ahoga el sol. No me extrañaría que todos acabarais ahogándoos.

—Estupendo —susurró Esquirolina al oído de Zarzoso—. ¡Eso nos anima muchísimo!

Pero cuando el día tocaba a su fin, incluso Zarzoso había empezado a desanimarse. El calor del sol le había consumido la energía, y al no haber agua en aquellas onduladas tierras altas, notaba la boca como el suelo de la arenosa hondonada de entrenamiento. Sus compañeros no estaban mucho mejor, y avanzaban pesadamente con la cabeza gacha y la cola a rastras. Trigueña cojeaba de nuevo. Aunque la guerrera no quería que nadie examinara su herida, Zarzoso pudo ver que había vuelto a inflamarse y se preguntó cuánto tiempo podría seguir adelante su hermana. Por allí no había lampazo.

Justo delante de ellos, el sol estaba poniéndose en una llamarada escarlata; lenguas de fuego se extendían hasta la mitad del cielo.

—Por lo menos vamos en la dirección correcta —murmuró Plumosa.

—Sí, pero ¿cuánto tiempo tenemos que continuar? —Zarzoso había intentado no compartir sus dudas, pero el nerviosismo lo consumía—. El lugar donde se ahoga el sol podría estar a días de camino.

—Yo siempre he dicho que esto era una idea descabellada —señaló Corvino, demasiado exhausto para resultar agresivo.

—Bueno, ¿y cuánto vamos a seguir? —preguntó Borrascoso—. Si no encontramos el lugar, tendremos que decidirlo antes o después… ¿nos rendiremos o continuaremos?

Zarzoso sabía que el guerrero del Clan del Río tenía razón. Tal vez en algún momento deberían aceptar la derrota. Pero ¿qué significaría para sus clanes si no se plegaban a la voluntad del Clan Estelar y regresaban a casa sin completar su misión?

Entonces Esquirolina, que se había puesto de cara al viento para absorber los olores que arrastraba, giró en redondo hacia los otros, con ojos centelleantes de emoción.

—¡Zarzoso! —exclamó sin aliento—. ¡Huelo a sal!



23

Zarzoso se quedó mirando fijamente a la aprendiza antes de abrir la boca y saborear el aire por sí mismo. Esquirolina tenía razón. La nota salada era inconfundible, y lo devolvió a su sueño y al sabor amargo del agua que había surgido a su alrededor.

—¡Sí que es sal! —exclamó—. Debemos de estar cerca. ¡Vamos!

Corrió hacia el viento con el sol deslumbrándolo. Un vistazo atrás le confirmó que sus compañeros lo seguían. Incluso Trigueña consiguió ir más deprisa, a pesar de su cojera. Zarzoso sintió las extremidades inundadas de una nueva energía, como si pudiera seguir corriendo eternamente hasta ascender por el ardiente cielo, igual que uno de esos pájaros blancos que giraban y chillaban sobre ellos.

Pero en vez de eso frenó en seco, aterrorizado, al borde de un gran acantilado. Descendía en escarpados muros arenosos a apenas un ratón de sus patas. Las olas rompían allá abajo, y ante él se expandía una movediza extensión de agua verdiazulada. El sol estaba hundiéndose en ella en el horizonte, y sus rayos brillaban tanto que Zarzoso tuvo que entornar los ojos. El fuego anaranjado creaba un camino llameante y rojo como la sangre a través del agua, alcanzando casi el pie del acantilado.

Durante unos momentos, ningún gato fue capaz de hacer otra cosa que quedarse mirando sin pestañear. Al cabo, Zarzoso se dio una sacudida.

—Tenemos que darnos prisa —maulló—. Hay que encontrar la caverna con dientes antes de que se haga de noche.

—Y luego esperar a la medianoche —añadió Plumosa.

Zarzoso miró de un lado a otro, pero no vio nada que le indicara qué camino tomar. Tras elegir una dirección al azar, encabezó la marcha a lo largo del acantilado. De vez en cuando se detenían a asomarse por el borde, buscando la cueva. Zarzoso clavaba las uñas firmemente en la ruda hierba; era demasiado fácil imaginarse resbalando y cayendo a las ávidas aguas.

Poco a poco el terreno fue descendiendo hasta que el agua quedó a sólo un árbol por debajo de ellos. La cima del acantilado formaba un saliente, de modo que no podían ver qué había debajo; la pared, casi vertical, estaba profundamente surcada por antiguos arroyuelos de lluvia. Cuando el acantilado se tornó menos escarpado, los gatos bajaron un poco y avanzaron en paralelo al agua, a veces incluso al alcance del choque salado de una ola. Grietas producidas por antiguos riachuelos dividían la roca, y en ocasiones eran tan anchas que los gatos tenían que salvarlas de un salto; la hierba daba paso a menudo a huecos donde unos pocos arbustos retorcidos se aferraban a la escasa tierra.

—Hay muchos sitios donde pasar la noche resguardados si no encontramos la caverna —señaló Borrascoso.

Zarzoso empezaba a creer que quizá necesitaran buscar un lugar donde parar. El sol ya había desaparecido bajo el agua, aunque grandes llamaradas anaranjadas seguían tiñendo el cielo. El viento se estaba volviendo más frío. Zarzoso pensó que Trigueña podría tumbarse a descansar mientras los demás seguían buscando.

Su hermana se había rezagado un poco. Zarzoso estaba a punto de ir hacia ella mientras bordeaba una de las grietas, cuando resbaló y empezó a deslizarse imparablemente hacia la hendidura. Arañó el suelo, pero éste cedió bajo sus zarpas, regándolo de tierra. Siguió resbalando; en las sombras no podía ver el fondo y soltó un maullido de alarma.

—¡Zarzoso!

Borrascoso saltó a la grieta tras él e intentó cogerlo por el bíceps, pero Zarzoso notó que el suelo seguía cediendo bajo su peso y los dos guerreros empezaron a descender más deprisa que antes. La tierra que caía sobre la cara de Zarzoso le picaba en los ojos y le impedía respirar bien. Desde algún punto por encima de su cabeza oyó un aullido ensordecedor, y Esquirolina se abalanzó prácticamente sobre él.

—¡No… regresa! —ordenó el guerrero entre toses al tragar tierra.

Luego, incluso el suelo movedizo desapareció y no hubo nada debajo de él. Cayó aullando durante unos segundos aterradores, y aterrizó de golpe sobre guijarros mojados.

Permaneció unos instantes atontado. Un eco atronador resonaba en sus oídos, y sintió como si todo el mundo diera vueltas a su alrededor. Por fin abrió los ojos y se quedó mirando horrorizado la forma de una gigantesca y dentada boca abierta, perfilada contra el cielo rojo del anochecer. Intentó ponerse en pie, pero una repentina oleada de agua lo levantó del suelo. Su alarido de pavor quedó cortado bruscamente cuando el agua le entró en la boca, con el aterrador sabor salado de su sueño.

Zarzoso pataleó con todas sus fuerzas, pero las olas lo lanzaron sin piedad hacia los dientes, y luego volvieron a arrastrarlo hacia atrás, lejos del acantilado. El guerrero no sabía dónde estaba ni hacia dónde debía nadar. El agua le llenó los ojos y las orejas, y las sofocantes y frías olas estaban cerrándose sobre su cabeza cuando notó un punzante dolor en el omóplato. De repente, la presión sobre su cuerpo desapareció y pudo respirar de nuevo. Giró la cabeza tosiendo agua, y vio a Esquirolina, mirándolo con ojos ardientes y con los colmillos firmemente cerrados sobre su pelo.

—¡No! —exclamó el guerrero—. No puedes… te ahogarás…

Esquirolina no podía contestar sin soltarlo. Su única respuesta fue agitar con fuerza las patas. Zarzoso notó guijarros moviéndose debajo de sus zarpas, y entonces las olas los empujaron de nuevo hacia los dientes rocosos.

Reuniendo sus últimas fuerzas, nadó con desesperación, intentando alejarse a sí mismo y a Esquirolina de aquellas rocas puntiagudas. El agua los levantó. Zarzoso entrevió un empapado pelaje gris oscuro —Borrascoso— a su lado, antes de que las olas los lanzaran brutalmente a un duro suelo.

Incapaz de respirar, Zarzoso trastabilló entre cantos rodados, mientras el agua, al retirarse, amenazaba con arrastrarlo de nuevo. Esquirolina, sin soltarle el bíceps, tiró de él y el guerrero notó que otro gato lo empujaba por detrás. Por fin se derrumbó sobre roca sólida y se quedó inmóvil, dejando que el mundo se alejara a la deriva.

Lo reanimó una zarpa contra su costado.

—¿Zarzoso? —Era Esquirolina, angustiada—. Zarzoso, ¿te encuentras bien?

El joven guerrero abrió la boca y soltó un gañido. Estaba empapado y helado. Se sentía demasiado exhausto para moverse; todos sus músculos protestaban de dolor, y se notaba el estómago hinchado por toda el agua tragada. Pero por lo menos estaba vivo.

Consiguió levantar la cabeza.

—Estoy bien —contestó con voz ronca.

—Oh, Zarzoso. ¡Creía que estabas muerto!

Cuando se le aclaró la visión, el joven distinguió a Esquirolina inclinada sobre él. No recordaba haberla visto jamás tan alterada, ni siquiera cuando su padre estaba enfadado con ella. Ver los preocupados ojos de la aprendiza lo impulsó a hacer un esfuerzo; se incorporó, y de inmediato vomitó varios tragos de agua salada.

—No estoy muerto. —Tosió—. Gracias a ti. Has estado estupenda, Esquirolina.

—Ha corrido un riesgo enorme. —Era la voz de Borrascoso. El guerrero gris se hallaba a su lado. Con el pelo pegado al cuerpo parecía más pequeño que de costumbre. Su tono sonó a desaprobación, pero miró a Esquirolina con un centelleo en los ojos—. Pero ha hecho algo muy valiente.

—Y muy estúpido.

Con un sobresalto de sorpresa, Zarzoso reparó en que Trigueña también estaba allí, con el agua mojándole las patas y los ojos entornados de furia.

—¿Y si os hubierais ahogado los dos? —espetó la guerrera.

—Bueno, no nos hemos ahogado —respondió Esquirolina.

—Yo podría haberos ayudado.

—¿Con esa herida infectada? —Borrascoso restregó brevemente el hocico contra el costado de Trigueña—. Sólo el Clan Estelar sabe cómo habrás logrado bajar hasta aquí.

—Me he caído, como todos vosotros. —La voz de Trigueña sonaba ácida, pero se relajó un poco al mirar a Esquirolina—. Lo siento —añadió—. Has sido muy valiente. Es sólo que me cuesta mucho lo de estar herida y no poder ayudar. Como tú, yo… pensaba que habíamos perdido a Zarzoso para siempre.

Para entonces, Zarzoso ya empezaba a sentirse mejor, lo bastante para mirar alrededor y reconocer la caverna de su sueño. Estaba dentro de ella. La boca abierta con su hilera de dientes se hallaba en un extremo. El agua la bañaba con una cadencia extraña e interminable, rompiendo contra ella con un bramido y retirándose luego con un siseo, haciendo rodar las piedrecillas del suelo. Las paredes rocosas eran lisas y redondeadas. El suelo se elevaba hacia el fondo de la cueva, que estaba sumida en sombras. La única luz procedía de la boca y de una pequeña abertura en lo alto del techo, donde estaban asomados Plumosa y Corvino, muy nerviosos.

—¿Estás bien? —preguntó Plumosa.

—Estoy bien —contestó Zarzoso, levantándose con patas temblorosas—. Creo que hemos encontrado lo que buscábamos.

—Esperad, ahora bajamos —maulló Corvino.

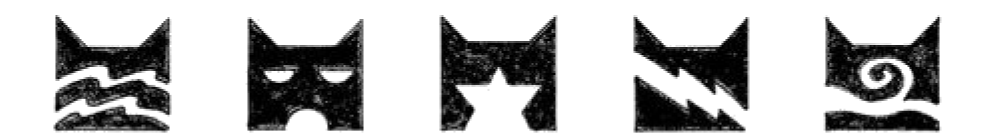
Zarzoso estuvo a punto de ordenarles que se quedaran quietos —orden que, sin duda, Corvino habría desobedecido—, pero, al fijarse más, vio una serie de salientes y hendiduras en la pared rocosa por donde se podía descender con seguridad y luego volver a salir. Plumosa y Corvino bajaron cuidadosamente hasta el suelo de la gruta y miraron alrededor parpadeando.

—¿Tenemos que quedarnos aquí hasta la medianoche? —preguntó Esquirolina, y se lamió el agua del pecho. Su voz resonó extrañamente contra los muros.

—Supongo… —empezó Zarzoso, pero se detuvo con los músculos en tensión.

Desde la oscuridad del fondo de la cueva se oyó ruido de arañazos. Zarzoso notó un potente y apestoso olor. Una sombra se movió; no era completamente negra, sino que tenía algo de blanco. Entonces, a la escasa luz, apareció con lentitud una figura aterradoramente familiar: uno de los enemigos más mortíferos de los gatos del bosque.

¡Un tejón!



24

Zarzoso miró desesperadamente por encima del hombro, pero no había ningún sitio a donde huir, sólo lanzarse al agua. El complicado ascenso hasta el agujero del techo sería demasiado largo. La culpabilidad lo azotó con la misma fuerza fría que las olas que casi lo habían ahogado. Todas sus visiones, toda su certeza, habían conducido a sus compañeros hasta aquel pavoroso lugar, donde no encontrarían respuestas, ni revelaciones del Clan Estelar: sólo una muerte absurda y horrible. ¿De qué servían ahora la fe y el valor, cuando estaban atrapados como conejos en una madriguera?

Corvino había pegado la barriga al suelo y avanzaba enseñando los dientes en un gruñido. Borrascoso estaba rodeando al tejón para atacarlo de lado. Descorazonado, Zarzoso supo que estaban encaminándose a su muerte. Ni siquiera los seis juntos, débiles y hambrientos como estaban, agotados por el viaje y la pelea contra el agua, podían esperar vencer a un tejón. Acorralados por las asfixiantes olas, no pasaría mucho tiempo antes de que las romas garras y afiladas fauces acabaran con ellos uno tras otro.

El tejón se había detenido al borde de las sombras del fondo de la gruta. Tenía encorvados sus poderosos omóplatos y sus zarpas arañaban la roca. Balanceó la cabeza de un lado a otro, con la franja blanca destellando, como decidiendo a cuál de ellos atacar primero.

De pronto habló.

—Medianoche está aquí.

Zarzoso se quedó boquiabierto y le pareció que el suelo cedía bajo su cuerpo. Que un tejón supiera hablar, que pronunciara palabras que él

entendía, palabras que significaban algo… Lo miró con incredulidad, con el corazón desbocado.

—Medianoche soy. —La voz del tejón era profunda y áspera, como el sonido de piedrecillas rodando bajo el agua—. Con vosotros debo hablar.

—¡Paparruchas! —bufó Corvino. El aprendiz del Clan del Viento seguía agazapado, listo para saltar—. Haz un movimiento más y te sacaré los ojos.

—No, Corvino; espera…

La risa gutural del tejón interrumpió a Zarzoso.

—Es fiero, ¿eh? El Clan Estelar ha elegido bien. Pero hoy no nos haremos daño. Estamos aquí para hablar, no para pelear.

Zarzoso y sus compañeros se miraron con incertidumbre, con la cola erizada. Corvino dio voz a lo que todos estaban pensando:

—¿Vamos a confiar en él?

—¿Qué otra cosa podemos hacer? —respondió Plumosa parpadeando.

Zarzoso volvió a mirar al tejón, evaluándolo. Era más pequeño que el que había visto en las Rocas de las Serpientes —probablemente se trataba de una hembra—, pero no por eso resultaba menos peligroso. Creer en lo que les había dicho iba contra todo lo que le habían enseñado de cachorro. Y, aun así, la tejona no había hecho ni el menor amago de atacarlos; Zarzoso incluso creyó distinguir un brillo risueño en sus ojos.

Se volvió hacia sus amigos. Corvino, Borrascoso y Plumosa habrían podido luchar bien, pero él y Esquirolina estaban agotados después de casi ahogarse, mientras que Trigueña se había dejado caer en el suelo de la gruta con el omóplato herido en posición extraña, y apenas parecía consciente.

—Vamos —dijo la tejona con voz ronca—. Toda la noche no podemos esperar.

Zarzoso tuvo la certeza de que no se trataba de un animal común y corriente. Nunca había oído hablar de un tejón que dominase una lengua que los gatos entendieran… y todavía menos de uno que mencionase al Clan Estelar, como si supiese más de la voluntad de los antepasados guerreros que cualquier gato vivo.

—Plumosa tiene razón —siseó—. ¿Qué elección tenemos? A estas alturas, esta tejona ya podría habernos hecho picadillo. A esto debía de referirse Estrella Azul en mi sueño al decirme lo de escuchar a medianoche.

No estaba hablando de un momento del día, sino de una tejona. —Volviéndose hacia ella, preguntó—: ¿Tú eres Medianoche? ¿Y tienes un mensaje para nosotros de parte del Clan Estelar?

La tejona asintió.

—Medianoche me llamo. Y me mostraron que aquí me encontraría con vosotros… aunque cuatro me dijeron que seríais, no seis.

—Entonces escucharemos lo que tengas que decirnos —contestó Zarzoso—. Tienes razón; fuimos cuatro los elegidos, pero hemos venido seis, y todos merecemos estar aquí.

—Pero haz un movimiento en falso y… —la amenazó Corvino.

—Oh, cierra el pico, cerebro de ratón —gruñó Esquirolina—. ¿Es que no ves que esto es lo que veníamos a buscar? Ésta es Medianoche. Tenemos que escucharla.

Corvino la fulminó con la mirada en la creciente oscuridad, pero no replicó.

Medianoche giró en redondo y dijo:

—Seguidme. —Y se encaminó hacia el fondo de la caverna.

Zarzoso sólo podía distinguir la oscura boca de un túnel. Tras respirar hondo, maulló:

—De acuerdo.

Borrascoso se puso en cabeza, con Corvino detrás. Zarzoso esperaba que el aprendiz dejara de buscar pelea lo suficiente para oír lo que la tejona tuviera que decir. Plumosa ayudó a Trigueña a ponerse en pie delicadamente y le prestó su hombro como apoyo mientras se tambaleaba hacia el túnel. Zarzoso intercambió una mirada con Esquirolina, y le sorprendió ver que, a pesar de estar exhausta y mojada, sus ojos relucían de emoción.

—¡Menuda historia para contar cuando regresemos a casa! —exclamó la aprendiza, levantándose y corriendo hacia el túnel tras Plumosa.

Zarzoso se situó en la retaguardia, con una última mirada a los dientes rocosos que enmarcaban la boca de la gruta y las olas que continuaban yendo y viniendo. Los últimos rayos carmesí del ahogado sol seguían tiñendo el cielo. Zarzoso creyó ver un interminable río de sangre manando sobre él, ensordeciéndolo con los gritos de gatos agonizantes.

—¿Zarzoso? —La voz de Esquirolina cortó los pavorosos sonidos—. ¿Vienes?

La visión se había ido. Zarzoso se encontró de regreso en la cueva bañada por las olas, y vio que el color estaba desvaneciéndose rápidamente del cielo, y que un único guerrero del Clan Estelar brillaba sobre él. Estremeciéndose, siguió a sus amigos y a Medianoche.

El túnel iba hacia arriba. Zarzoso no podía ver nada más que oscuridad, pero notó un suelo arenoso bajo las patas, en vez de guijarros o roca. Aparte del olor a cautela de sus amigos, había un potente hedor a tejón.

Luego llegó a otra caverna. Aire fresco sopló sobre su piel; en el extremo más alejado, un agujero llevaba al exterior. Un tenue resplandor plateado se colaba por él, y Zarzoso supo que, fuera, la luna estaba surcando el cielo. Bajo aquella luz, vio que la gruta había sido excavada en la tierra, con retorcidas raíces enmarañadas en el techo y con el suelo cubierto por una densa capa de helechos. Plumosa ya estaba ayudando a Trigueña a prepararse un lecho entre las blandas frondas, y se tumbó a su lado para lamerle la herida de nuevo.

—¿Una herida tienes? —le preguntó Medianoche a la guerrera del Clan de la Sombra—. ¿Cómo te la has hecho?

—Es una mordedura de rata —contestó Trigueña apretando los dientes.

La tejona chasqueó la lengua.

—Malo es. Espera.

Desapareció en las sombras de un lado de la cueva y regresó al cabo de un momento con una raíz en la boca.

—¡Raíz de lampazo! —exclamó Esquirolina, con una mirada triunfante a Zarzoso—. ¿Tú también la utilizas?

—Buena para mordeduras, buena para zarpas infectadas, buena para toda clase de llagas.

La tejona mascó la raíz y extendió la pulpa sobre la herida de Trigueña, tal como había hecho Esquirolina en el bosque.

—Ahora momento de hablar es —dijo al terminar.

Esperó a que todos los gatos se pusieran cómodos entre los helechos. Zarzoso sintió una creciente emoción. Empezaba a darse cuenta de que habían llegado al final de su viaje. Habían encontrado el lugar al que los

había enviado el Clan Estelar, y ahora iban a escuchar lo que Medianoche tenía que contarles.

—¿Cómo es que puedes hablar con nosotros? —preguntó el guerrero con curiosidad.

—Mucho he viajado, y muchas lenguas he aprendido. Lenguas de otros gatos que no hablan igual que vosotros. También de zorros y conejos. —Soltó un gruñido—. Nada interesante dicen. Los zorros sólo de matar hablan. Los conejos vilano de cardo tienen en vez de cerebro.

Esquirolina soltó un maullido de risa. Zarzoso se fijó en que la gata volvía a tener el pelo liso y escuchaba con atención.

—¿Y qué quieres contarnos? —le preguntó la aprendiza.

—Mucho, a su tiempo debido —respondió la tejona—, pero primero de vuestro viaje habladme. ¿Cómo desde vuestras tribus habéis venido?

Borrascoso pareció desconcertado.

—¿Tribus?

Medianoche sacudió la cabeza.

—Mi cerebro también de vilano de cardo es. Olvido qué clase de gatos sois. Decís clanes, ¿verdad?

—Así es —maulló Zarzoso.

Dejó a un lado el inquietante pensamiento de que había otros gatos como ellos, no solitarios, que vivían en clanes conocidos como tribus. No los habían visto durante el viaje… probablemente vivían lejos y en otra dirección.

Con la ayuda de los demás, Zarzoso empezó a relatar la historia de su viaje, desde los primeros sueños que habían compartido cuatro de ellos, hasta su propio sueño del lugar donde se ahogaba el sol y la decisión de abandonar el bosque. Medianoche escuchó atentamente, riendo entre dientes al oír sus desventuras con Puma, y con un gesto de entendimiento cuando le describieron cómo todos habían recibido, al final, su propia señal de agua salada.

—Y aquí estamos —concluyó Zarzoso—, preparados para saber cuál es el mensaje del Clan Estelar.

—Y por qué teníamos que venir hasta aquí para averiguarlo —añadió Corvino—. ¿Por qué no podía el Clan Estelar decirnos en el bosque lo que

debíamos saber?

Su tono seguía siendo hostil, como si no hubiera aceptado que Medianoche no era una amenaza, pero la tejona no se inmutó. Plumosa movió la cola hacia el aprendiz en un gesto tranquilizador, y su contacto pareció sosegarlo un poco.

—Piensa, pequeño guerrero —respondió Medianoche a sus preguntas—. Cuando salisteis, cuatro erais. Seis con amigos que no quisieron quedarse atrás. Ahora sois uno. —Su voz se tornó más profunda, y a Zarzoso le pareció cargada de premoniciones—. En días venideros, todos los clanes deberán ser uno. Si no, un amenazante peligro os destruirá.

Zarzoso sintió unas garras heladas en el lomo. El escalofrío que lo recorrió no tenía nada que ver con el pelo empapado.

—¿Cuál es ese peligro? —susurró.

Medianoche vaciló, mirando a un gato tras otro con sus oscuros ojos.

—El bosque debéis dejar —gruñó al cabo—. Todos los gatos marcharse deben.

—¿Qué? —Borrascoso se levantó de un salto—. ¡Eso es una estupidez! Siempre ha habido gatos en el bosque.

La tejona soltó un suspiro.

—Ya no más.

—Pero ¿por qué? —preguntó Plumosa, amasando nerviosamente los helechos.

—Dos Patas. —Medianoche volvió a suspirar—. Siempre Dos Patas. Pronto llegarán con máquinas… monstruos los llamáis vosotros, ¿no? Árboles arrancarán, rocas romperán, la propia tierra despedazarán. No habrá lugar para los gatos. Si os quedáis, los monstruos también os despedazarán, o de hambre moriréis por falta de presas.

La cueva iluminada por la luz de la luna quedó sumida en el silencio. Zarzoso se debatió con la espantosa visión que había conjurado la tejona. Se imaginó los monstruos de Dos Patas… cosas gigantescas y relucientes, en vivos colores antinaturales, rugiendo a través de su adorado bosque. Casi pudo volver a oír los gritos que había oído en la gruta con dientes, aunque ahora eran los alaridos aterrorizados de sus compañeros de clan al huir. Todo en su interior se rebelaba contra lo que había oído, pero fue incapaz de

decirle a Medianoche que no la creía. Todas las palabras de la tejona estaban cargadas de verdad.

—¿Cómo sabes todo eso? —maulló Borrascoso quedamente. No había desafío en su voz; sólo la desesperada necesidad de una explicación.

—Con mi madriguera sucedió, muchas estaciones ha. Lo he visto todo antes, y puedo ver lo que ahora vendrá. Al igual que las estrellas a vosotros os hablan, también a mí me hablan. Todo lo que debéis saber está escrito ahí. No es difícil de leer cuando lo sabes.

—¿No más Rocas Soleadas? —maulló Esquirolina con voz aguda, tan asustada como un cachorro sin su madre—. ¿No más hondonada de entrenamiento? ¿No más Cuatro Árboles?

Medianoche negó con la cabeza; sus ojos eran diminutas bayas brillantes en las sombras.

—Pero ¿por qué los Dos Patas harían eso? —preguntó Zarzoso—. ¿Qué daño les hemos hecho nunca?

—Daño ninguno —contestó Medianoche—. Los Dos Patas apenas saben que estáis ahí. Lo hacen para un nuevo Sendero Atronador construir… para ir acá y allá más rápido.

—Eso no va a pasar. —Corvino se plantó con un fulgor feroz en los ojos, como dispuesto a vérselas con toda la raza de Dos Patas—. El Clan Estelar no lo permitirá.

—El Clan Estelar impedirlo no puede.

Corvino abrió la boca para protestar de nuevo, pero no le salió nada. Pareció desconcertado al pensar en un desastre que ni el mismísimo Clan Estelar podía detener.

—Entonces, ¿para qué nos ha traído hasta aquí? —maulló una voz apagada. Trigueña había levantado la cabeza de entre los helechos para mirar fijamente a Medianoche—. ¿Se supone que tenemos que regresar a casa y presenciar cómo destruyen nuestros clanes?

—Desde luego que no, guerrera herida. —La voz de la tejona sonó repentinamente dulce—. Una esperanza se os da. Esperanza que a casa llevaréis. Debéis guiar vuestros clanes lejos del bosque y un nuevo hogar buscar.

—¿Así sin más? —Corvino soltó un resoplido disgustado—. ¿Se supone que tengo que ir a decirle al líder de mi clan: «Lo lamento, Estrella Alta, debemos irnos todos»? Me arrancaría las orejas, eso si no se muere antes de un ataque de risa.

Medianoche respondió con una voz que resonó desde lo más hondo de su pecho:

—Cuando a casa lleguéis, descubriréis que incluso vuestros líderes atención os prestan.

A Zarzoso lo atenazó el terror. ¿Qué más había visto la tejona en las estrellas? Cuando regresaran al bosque, ¿descubrirían que la destrucción ya había comenzado?

Se levantó de un salto.

—¡Tenemos que irnos de inmediato!

—No, no. —Medianoche negó con la cabeza—. Hora es de descansar esta noche. De cazar a la luz de la luna. De comer bien. De dejar dormir a vuestra amiga herida. Es mejor mañana viajar.

Zarzoso miró a sus amigos y asintió a su pesar.

—Eso tiene sentido.

—Pero no nos has dicho adónde ir —señaló Plumosa, con desazón en sus ojos azules—. ¿Dónde podemos encontrar otro bosque en que todos los clanes puedan vivir en paz?

—No temáis. Lejos de poblados Dos Patas lo encontraréis, donde hay paz. Colinas, arboledas en que refugiarse, arroyos.

—Pero ¿cómo? —insistió Zarzoso—. ¿Vendrás con nosotros para enseñárnoslo?

—No —respondió Medianoche con voz ronca—. Mucho he viajado, pero ya no más. Ahora me basta con esta cueva, el rugido del mar, el viento en la hierba. Pero no careceréis de guía. Cuando volváis, subid a la Gran Roca cuando el Manto Plateado brille en lo alto. Un guerrero agonizante os mostrará el camino.

Zarzoso se sintió más aterrorizado aún. Las palabras de Medianoche sonaban más como amenaza que como promesa.

—¿Uno de nosotros morirá? —susurró.

—No lo he dicho. Haced lo que os digo y veréis.

Era evidente que la tejona no estaba en condiciones de decir nada más, si es que sabía algo. Zarzoso no dudaba de su sabiduría, pero advirtió que a ella tampoco se lo habían revelado todo. Su aliento se tornó tembloroso al entrever otros poderes que estaban más allá del Clan Estelar… quizá un poder tan grande que todo el resplandor del Manto Plateado no era más que el brillo de la luz de la luna en el agua.

—De acuerdo —maulló, soltando un largo suspiro—. Gracias, Medianoche. Haremos lo que nos dices.

—Y ahora es mejor que vayamos a cazar —sugirió Borrascoso.

Tras inclinar la cabeza con profundo respeto ante la tejona, el guerrero gris pasó delante de ella y salió a la noche por el túnel. Corvino y Plumosa lo siguieron.

—Esquirolina, tú quédate con Trigueña —maulló Zarzoso—. Descansa y sécate.

Para su sorpresa, Esquirolina aceptó sin rechistar; incluso le dio un rápido lametazo en la oreja antes de acomodarse entre el helecho junto a Trigueña. Zarzoso las observó un momento y fue consciente de cuánto significaban para él… incluso la desquiciante aprendiza a la que había intentado dejar atrás. Borrascoso y Plumosa también eran auténticos amigos, e incluso Corvino se había convertido en un aliado al que querría tener consigo en cualquier batalla.

—Tenías razón —le dijo pensativo a Medianoche—. Nos hemos convertido en uno solo.

La tejona asintió con solemnidad.

—En los días por venir, los unos a los otros os necesitaréis. —Pronunció esas palabras con toda la fuerza de una profecía del Clan Estelar —. Vuestro viaje aquí no finaliza, pequeño guerrero. Sólo acaba de empezar.



Epílogo

La larga hierba que crecía junto al Sendero Atronador se separó y Estrella de Fuego salió al espacio abierto. El debilitado sol de la estación de la caída de la hoja relucía sobre su pelaje rojizo. Junto a él, Látigo Gris olfateó el aire con recelo.

—¡Por el gran Clan Estelar, hoy apesta! —exclamó el lugarteniente.

Nimbo Blanco y Tormenta de Arena se les unieron, y Hojarasca, el último miembro de la patrulla, dejó la mata de caléndula que estaba examinando para acercarse. Nimbo Blanco soltó un resoplido de asco.

—Cada vez que vengo aquí, tardo todo el día en quitarme este tufo de encima —protestó.

Tormenta de Arena puso los ojos en blanco, pero no dijo nada.

—¿Sabéis? Hoy pasa algo raro —maulló Estrella de Fuego, mirando el Sendero Atronador de arriba abajo—. No hay monstruos a la vista, pero huele peor que nunca.

—Y yo oigo algo —añadió Hojarasca, con las orejas erguidas.

El viento arrastraba hacia el grupo un profundo rugido, débil en la distancia, pero que iba acercándose poco a poco.

Nimbo Blanco se volvió hacia el líder del clan con perplejidad en sus ojos azules.

—¿Qué es eso? Nunca había oído… —Enmudeció y se quedó boquiabierto.

Por una elevación del Sendero Atronador apareció el monstruo más grande que ningún gato había visto en su vida. La luz del sol se reflejaba en

su resplandeciente cuerpo, y su silueta se ondulaba bajo el calor que se elevaba del Sendero Atronador. Su rugido gutural fue en aumento hasta que pareció invadir todo el bosque.

Se aproximó despacio, seguido por otro y por otro más. Había Dos Patas moviéndose sobre ellos como garrapatas, chillándose unos a otros, pero sus palabras quedaban ahogadas por el bramido de los monstruos.

Entonces, cuando el primer monstruo llegó a la altura de los cinco gatos, sucedió lo impensable. En vez de seguir adelante, viró bruscamente, aplastó la estrecha franja de hierba que bordeaba el Sendero Atronador y fue derecho hacia ellos.

—¿Qué está ocurriendo? —exclamó Látigo Gris con voz ahogada.

—¡Dispersaos! —aulló Estrella de Fuego.

El líder buscó refugio en una mata de helechos, mientras que su lugarteniente se internaba en el bosque y se volvía para mirar desde debajo de un espino. Nimbo Blanco trepó al árbol más cercano y se agazapó en la horcadura entre dos ramas. Tormenta de Arena se dirigió a una estrecha zanja con un hilillo de agua al fondo, y sólo se detuvo a mirar atrás al alcanzar el otro lado, con el pelo erizado en una mezcla de conmoción y furia. Hojarasca la siguió y se pegó al suelo entre la larga hierba.

El monstruo avanzó sobre sus gigantescas patas negras que lo aplastaban todo a su paso. Mientras los cinco gatos observaban la escena, paralizados de espanto, el monstruo embistió un fresno con su omóplato. El árbol se sacudió por el impacto, y luego, con un chillido como si todas las presas del bosque estuvieran muriendo a la vez, sus raíces abandonaron el suelo.

El fresno se desplomó contra el suelo y el monstruo le pasó por encima.

La destrucción del bosque había comenzado.